AVENTURAS DE PIPO Y PIPA

Volumen 3
(1932-1934)

Salvador Bartolozzi

Edición:

Julio Tamayo

cinelacion@yahoo.es

ÍNDICE

SÉPTIMA PARTE

68- La selva trágica…….……...…….....7
69- El terrible león..……...……..……...……9
70- La familia Carancha……..……...……..…….11
71- El bandido Mascaelaire…..……...……..……...….13
72- ¡Que matan a Pipa!…….……...…….15
73- Los monos hacen justicia..……...……..17
74- La princesa Monicaca y la mona Ramona……...……...…….19
75- Una boda en la selva……...…….…...21
76- Una boda accidentada……...……..23
77- Cocolín y Pelambruno……..……...…...25
78- Pipo y Pipa, en la higuera……..…….27
79- La traición del viejo guía…….…...29
80- La lechuza andaluza……..…...…..31
81- Pipa, en compota…….…….…..33
82- El señor Osete y su amada Cotorrina……..…...……....35
83- La justicia del rey León……...……..….37
84- La profunda sima……...…….39
85- En el fondo del mar……...…….41
86- El pájaro bobo se marea……...……...…….…..43
87- Al polo…….……...….45
88- Sepultados en la nieve…….……...….47
89- En el Polo Norte…….49
90- Pipa se hiela……...….51
91- La casita en la estepa rusa……..……...…..53
92- El cosaco y su saco…….……...…….55
93- La terrible niñería del cosaco……...…..57
94- Los titiriteros…….….59
95- Pipa es tonta de circo…….……61
96- La muralla de la China……...63
97- La naranja de la China……...….65
98- Granito de Arroz en el jardín……..67
99- El dragón Carrasclás…….…..69

100- El paseo de los dragones……..…...…..71
101- Pipo se pierde……..……73
102- Los ojos del gato y la trompa del elefante…...……..……...75
103- Granito de arroz baila…..……..……...…….77
104- En el país de los hombres gordos…...……..79
105- Miss Gordinflonia……...……..81
106- De Gordinflonia a Flacuchópolis…….…….83
107- La guerragordinfloflacuchopolitana……..……...85
108- Gordos y flacos…….…….…...87
109- ¡Ataque a la bayoneta!…….……89
110- La victoria de Pipo…….……...91
111- Un país agradable……...…….…….93
112- Los niños en Jauja……...…...……...95
113- Un país risueño……...…..…….97
114- Jauja está triste……...…..……..99
115- Jauja se moderniza…….….101
116- El bosque de los cuentos……..……...103
117- El brujo Camuñas……...….105
118- El cocodrilo disecado……..…...107
119- El tesoro de la reina Pandolfa…….109
120- Fuga en las tinieblas…….…...111
121- Pipo huye en autogiro……...…..113
122- Qué caídas tienen nuestros héroes…….…….115
123- El colmillo mágico del Leopardo Pardo……..……...117
124- En Cabezonia……...…...119
125- En busca del más bruto……..……121
126- Viva el señor alcalde……...123
127- Las leyes del nuevo alcalde Cabezón……125
128- Pipo en busca de los Reyes Magos……..……...127
129- Los planes de la bruja Pirulí……...129
130- La otra estrella……...….131
131- Con un día de retraso……..133
132- El Tiempo y sus doce hijos……135
133- Pasan las horas……....137
134- Noche de Reyes……..139
135- El cuento del rey y el pez……..…….141
136- Doña Sabiduría y sus cuatro hijas…….……143
137- En el castillo de la maga Bradamanta…..…….……...145
138- El panecillo encantado…….……..…….147
139- El triunfo del malvado posadero…….……...……149
140- El misterio del pez Chiquitruqui……...……..…...151
141- El falso jardinero……..…..153

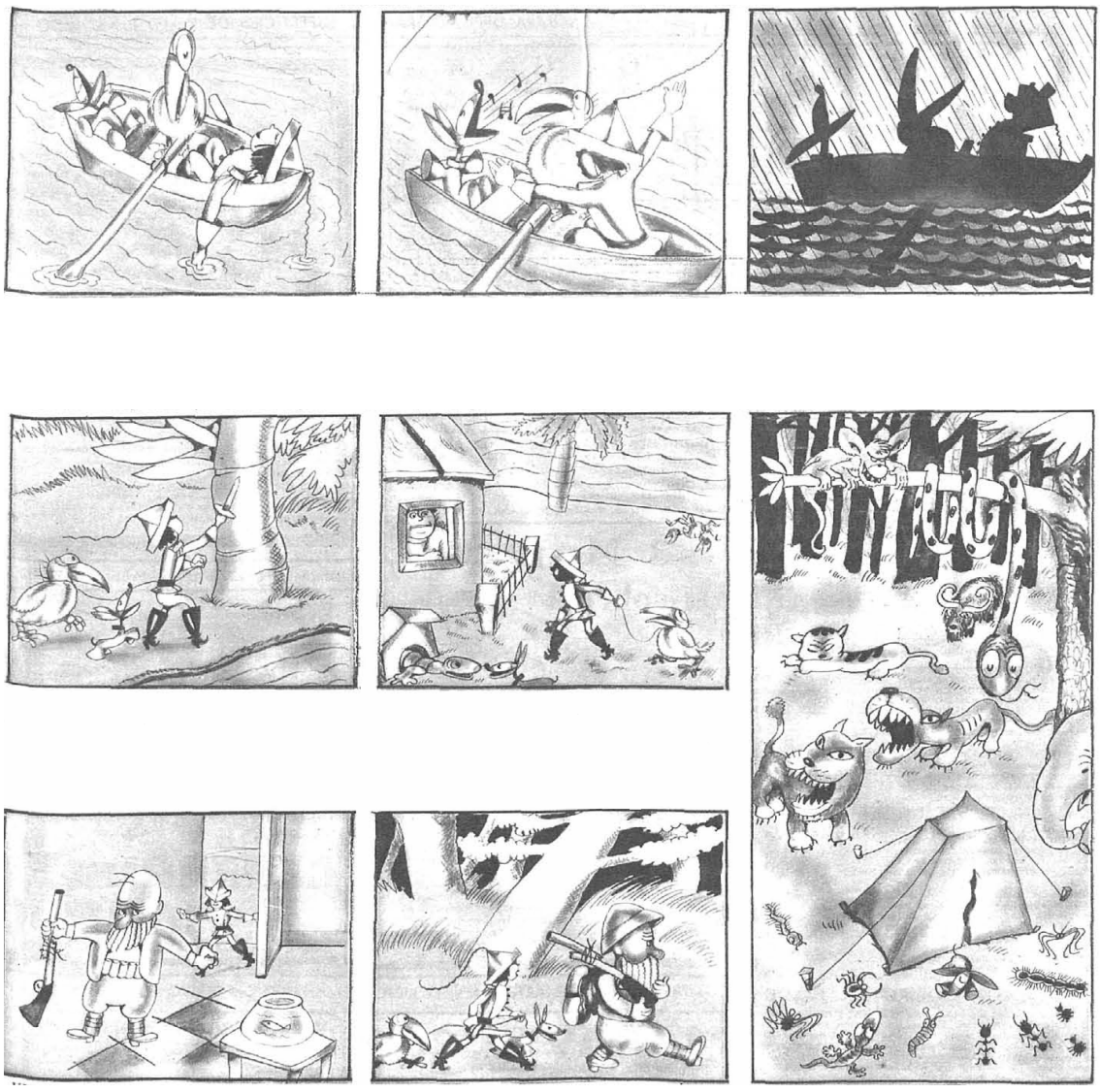
142- El castigo del posadero……..…….155
143- Garabito y Pelusilla……..…..157
144- La familia Cigüeña……..……...159
145- Los gnomos del bosque……...……...161
146- El falso gnomo…….……..……163
147- Don Antolín, la señorita Paquita y el tío Celedonio…….……..165
148- El molinillo mágico……..…..167
149- Los dos molinillos……..169
150- El despertar de los príncipes…….……..171
151- Garabito y Pelusilla dan bellotas……...……173
152- Pipa en el cepo…….…...175
153- ¡Pipa se va a casar!…….177
154- Ratonia y Gatunia……..……179
155- La gran guerra Gato-Ratonia……..181
156- Un cañón que la da con queso……..……..183
157- El príncipe está triste……..185
158- Gatunia y Ratonia hacen las paces…….187
159- Cautivos en Perronia…….……...…….…189
160- El señor Guau Guau y sus invitados……...191
161- La evasión…….……..193
162- Un banquete que acaba mal…….……...195
163- La isla de las Sirenas……...……...197
164- La familia Sirena……...……199
165- Un encargo de Neptuno……..201
166- Un drama en el fondo del mar……..……..203
167- La gruta del pulpo…….....…..205
168- Un paseíto por la estratosfera……...……..207
169- Espantapájaros de arriba…….209
170- Lunalunera y sus habitantes……..…..211
171- Cocolín entre los espantapájaros…….……...213
172- El poeta Floringuindingui……...215
173- Dos espantajos más……...…….217
174- Los pretendientes……....219
175- La carrera de sacos…….....221
176- La estrella que pasa……..……..223
177- Un país extraordinario……..……..225
178- Una carta misteriosa…….……..227
179- Una ancianita de cinco años……...229
180- El terrible Fierabrás, feo por delante y feo por detrás…….……...231
181- ¡Pobre Pipa!……...….233
182- La voz misteriosa……...…….235
183- El telescopio del mago Andrés……..…….237
184- La campanilla mágica…….239

EPISODIO LXVIII

LA SELVA TRÁGICA

Inmóvil está la lancha sobre las olas; sus ocupantes no tienen ni fuerza ni valor para remar; doce horas hace que se dieron cuenta de la terrible desaparición del buque, y la situación se ha hecho tal que Pipa, que lleva dos días sin probar bocado, no ha dicho ni una sola vez: "¡Tengo hambre!" No; lo que dice es: "¡Tengo sed." ¡La sed! He aquí el horrible tormento que padecen nuestros amigos; se abrasan de sed; por eso no tienen fuerzas para remar; por eso Pipa no se acuerda siquiera de tener hambre. De pronto, la perrita se yergue, y empieza a cantar: "¡Soy la garzón, zon, zon...!" Pipo, asustado, se precipita, le toma el pulso; no, no tiene fiebre. ¡Cielo! ¿Se habrá, vuelto loca? Tampoco.

Lo que pasa es que Pipa sabe que su oído de serrucho y su voz de carraca suelen tener inmediatas consecuencias meteorológicas. ¡Pipa canta para que llueva! Y, en efecto; en el instante en que Pipa ataca un tango (lo ataca y el pobre tango se defiende ferozmente), el cielo se nubla; todo se obscurece cual si de noche fuera, y caen unas gotas que no tardan en convertirse en un verdadero chaparrón, que nuestros amigos reciben jubilosos, abriendo quién la boca, quién el hocico, quién el pico. Ya confortados por aquella agua caída del cielo, vuelven a remar con nuevos bríos y no tardan en vislumbrar una costa, en la que aterrizan y desembarcan. A los pocos minutos de marcha les corta el camino una selva inmensa, inextricable, tenebrosa y misteriosa. A la entrada hay una casita, y en una ventana una señora haciendo calceta. Pipo se acerca cortésmente. "¿Puede decirme qué casa es ésta?" —pregunta—. "Es la casa del viejo guía —contesta la mujer—, que es mi marido, y que conoce la selva mejor que nadie. Como que la ha cruzado ya treinta mil ochocientas cuarenta y dos veces." El viejo guía tiene una barba gris, porque es viejo, y una escopeta, porque es guía. "Necesito atravesar la selva —dice Pipo— y contrato sus servicios." "Con ésta —contesta el viejo guía—, habré cruzado la selva treinta mil ochocientas cuarenta y tres veces." Después de la comida, que les prepara la esposa del viejo guía, los cuatro viajeros se internan en la selva. Esta vez Pipo no va delante, sino que, con Pipa, sigue al viejo guía; el pájaro bobo cierra la marcha. Al llegar la noche se detienen para descansar y arman una tienda de campaña. "Velaremos por turno —ordena Pipo—. Primero tú, Pipa; dentro de una hora te relevaré; por último, le tocará, la guardia al viejo guía." Pipa se coloca ante la tienda en actitud de centinela; pero, ¡ay!, tiene (¿cómo no?) sueño, y como la incauta perrita ignora que la selva está llena de peligros, se deja vencer por la fatiga y se queda dormida, sin sospechar lo que le rodea, y que a nosotros nos hiela de espanto.



EPISODIO LXIX

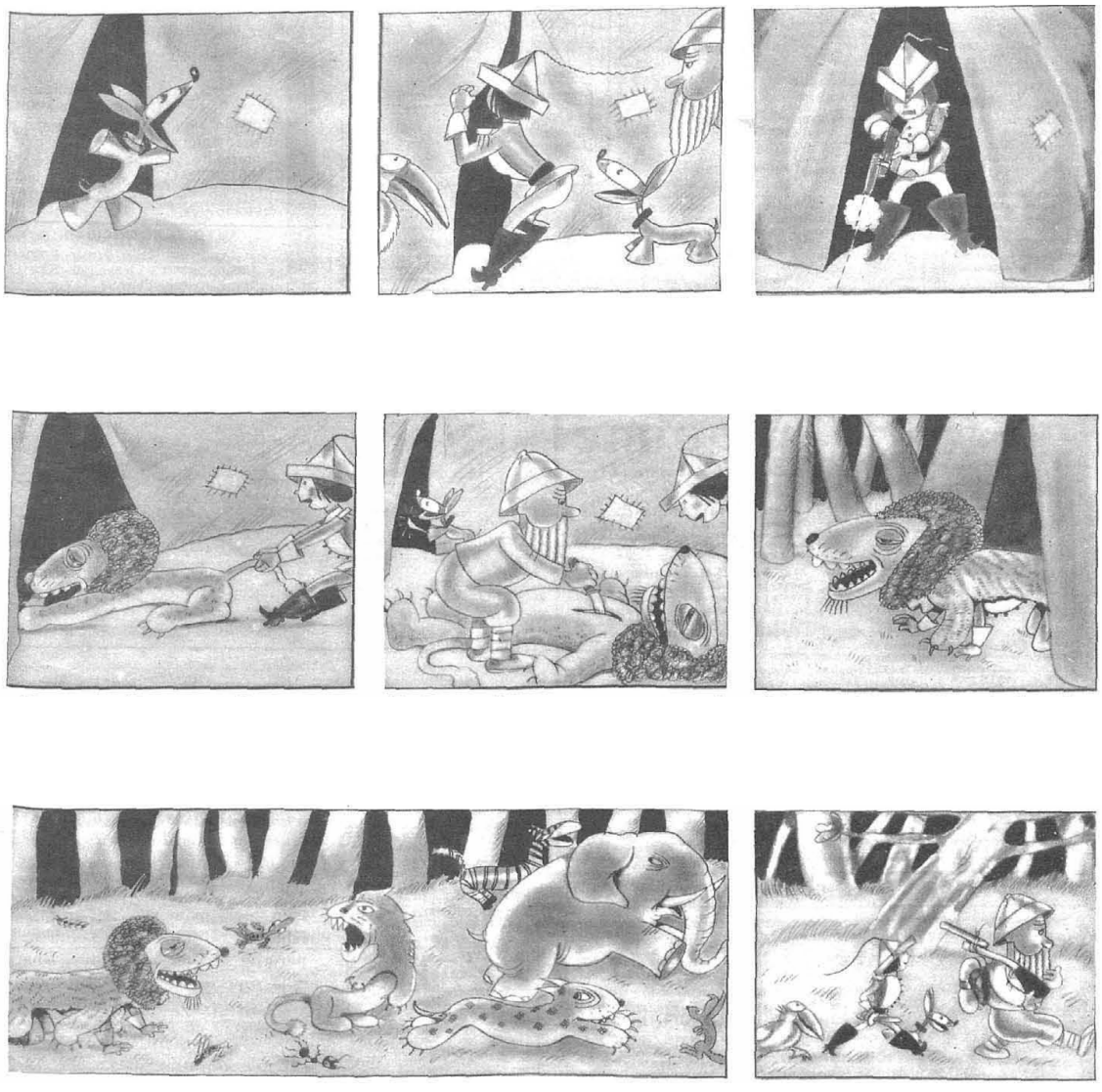
EL TERRIBLE LEÓN

Ruidos extraños despiertan a Pipa; perezosa entreabre un ojo; pero os juro que no tarda en abrir los dos y de par en par; lo que ve no es para menos: fieras terribles le rodean por doquier. Se le ponen las orejas de punta, y, loca de espanto, penetra en la tienda de campaña. "¿Qué pasa?" —exclama Pipo, que despierta sobresaltado.

"¡Guau guau!" —grita la perrita—. "No hables en perro, si quieres que te entienda, ¡caray!" —protesta su amo—. "Es verdad —dice Pipa—; estoy tan asustada, que no sé ni lo que me ladro. Asómate y mira, mi amo." Pipo se acerca a la entrada de la tienda, echa una mirada, y, al ver un león, un chacal, un tigre, dos tigres, tres tigres, y leopardos, hienas y jaguares, comprende en el acto —es tan listo— el peligro que los amenaza. Enterado de lo que ocurre, el viejo guía declara gravemente: "Mi experiencia de esta selva me dice que si salimos nos exponemos a ser devorados. Estamos perdidos." "Usted —dice Pipo— habrá atravesado esta selva muchas veces, pero nunca con un héroe como yo. Venga su escopeta."

Al verle apuntar, el viejo guía murmura: "Está loco. ¿Acaso pretende matar a todas las fieras?" No, Pipo no pretende matarlas a todas, sino solamente a una; a un enorme león que está a dos pasos de la tienda. Apunta, dispara y la fiera cae redonda.

Entonces, Pipo saca una mano, y agarrando al león muerto por la cola, le arrastra al interior de la tienda. "Pronto —ordena al viejo guía—, ayúdeme a desollarlo; necesito la piel." Mientras llevan a cabo esta operación, Pipa, obedeciendo las órdenes de su amo, se coloca a la entrada de la tienda y enciende cerillas sin cesar. Porque Pipo sabe que el fuego contiene a las fieras. Y, en efecto, ante las llamas temblorosas de las cerillas (temblorosas porque a Pipa, del susto le tiemblan las patitas) las fieras se mantienen a unos pasos, sin atreverse a acercarse. Ya está desollado el león; su magnífica piel ha salido enterita. El viejo guía dice: "No me parece este momento oportuno para fabricar cubre-divanes." Pero nosotros, que conocemos a nuestro héroe mejor que el viejo guía, sabemos que no pueden ser tan frívolas sus intenciones. En efecto, en cuanto tiene entre sus manos la piel del león, lo que hace es echársela encima. El plan de Pipo está, basado en sus profundos conocimientos de la fauna de las selvas vírgenes. Él sabe (a lo mejor vosotros, como sois tan listos, lo sabéis también) que el león es el rey de los animales, y a quien, por lo tanto, todas las demás fieras respetan o, por lo menos, temen. Disfrazado de león, Pipo sale de la tienda lanzando rugidos amenazadores. Al verle y oírle, tigres y jaguares, hienas y chacales, se dicen aterrados: "Su majestad trae cara de pocos amigos; se conoce que quiere el festín para él solo. Vámonos." Y se apresuran a retirarse. El viejo guía está pasmado ante esta hazaña del héroe. "Cosas veredes, señor viejo guía…" —dice Pipo con sencillez—. Amanece; nuestros amigos doblan la tienda de campaña, se la meten en el bolsillo y reanudan su marcha.



EPISODIO LXX

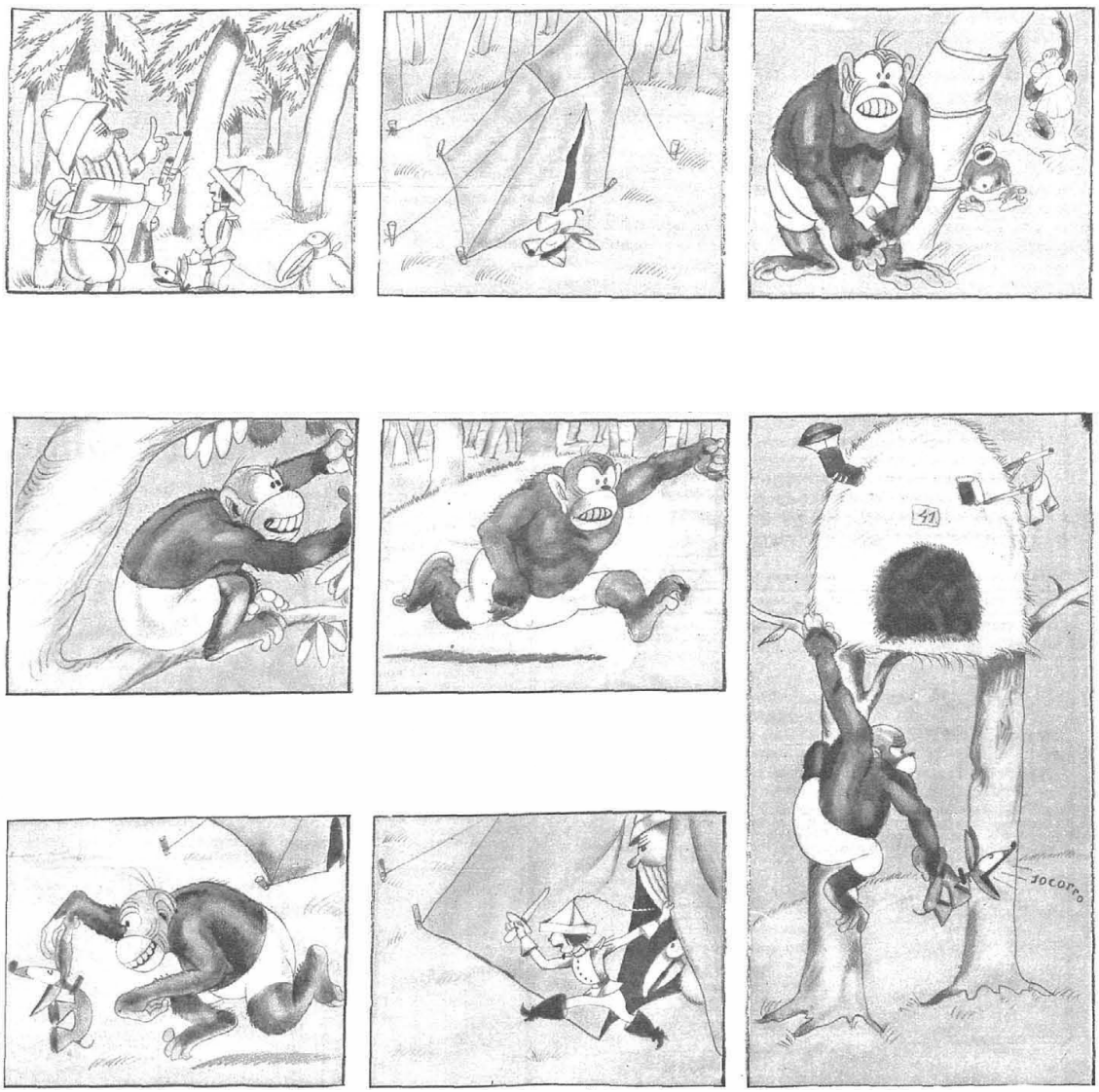
LA FAMILIA CARANCHA

Tras un día de marcha por la selva, el viejo guía detiene a la pequeña comitiva: "Estamos llegando —dice— al Bosque de los Gorilas, y como sería peligroso cruzarlo de noche, más vale que acampemos aquí hasta mañana." Siguiendo las indicaciones del guía, despliegan la tienda, la arman y se instalan para pasar la noche. "Velaremos por turnos, como siempre —dice Pipo—; pero esta vez yo velaré el primero, el guía el segundo y a ti Pipa, te reservo el tercer turno, el de la madrugada; como habrás pasado la noche bien descansadita es de suponer que no te dormirás, como ayer, ¿eh?" Pipa promete. Vela Pipo primero, luego el guía y le llega la vez a ella (el pájaro bobo no sirve para centinela, pues cada día está más bobo). Pipa está firmemente resuelta a permanecer despierta, y así permanece… un cuarto de hora. Al cabo de este tiempo, los ojos se le cierran, el hocico se le abre y ya está roncando como un peoncito. Esta es, precisamente, la hora en que Carancha... (Bueno; sabréis que Carancha es todo un señor gorila, que vive con su familia, la señora gorila y un gorilito, cerca de allí.) Pues bien; es la hora en que el gorila Carancho, que es muy madrugador, sale a buscar cocos, que constituyen la base de su negocio. En efecto; la familia Carancha vende cocos para asustar a los pequeños monitos que duermen poco, y también despacha refrescos de coco en su elegante establecimiento llamado Orang-Utang's Bar. Y he aquí que en esta madrugada, mientras el gorila Carancha está recolectando sus cocos, lanza, de pronto, un grito de sorpresa: acaba de ver una tienda de campaña, y, delante, una perrita dormida. Precisamente hace tiempo que él se desespera porque no tiene una perra más que cuando su hijito la coge. ¡Magnífica ocasión!

La dormilona Pipa se halla soñando que la han proclamado reina de la India, y que pasea recostada en un palanquín, llevado por esclavos negros; una brusca sacudida del palanquín la despierta; abre los ojos, furiosa, dispuesta a increpar a sus esclavos por tal torpeza, cuando ve con espanto que el palanquín es la manaza de un mono, que se la lleva.

Aterrada, la pobre perrita lanza gritos agudos: "¡Pipo! ¡Mi amo! ¡Socorro, que me roban!" Sabido es que la primera condición para ser héroe es tener un sueño ligero. Pipo lo tiene de pluma de marabú; aun cuando Carancha está ya lejos con su presa, él oye las llamadas de la perrita, despierta y se precipita fuera. Horror: ¡Pipa ha desaparecido!

Mientras el héroe, lleno de desesperación, registra el bosque, mata por mata, ayudado por el viejo guía, Carancha llega a un grueso árbol, por el que trepa con agilidad...; sí, con agilidad de mono, claro. Arriba, entre las ramas, está instalada la morada de los Carancha. Conque ya saben ustedes donde tienen su casa.


41
SOCORRO

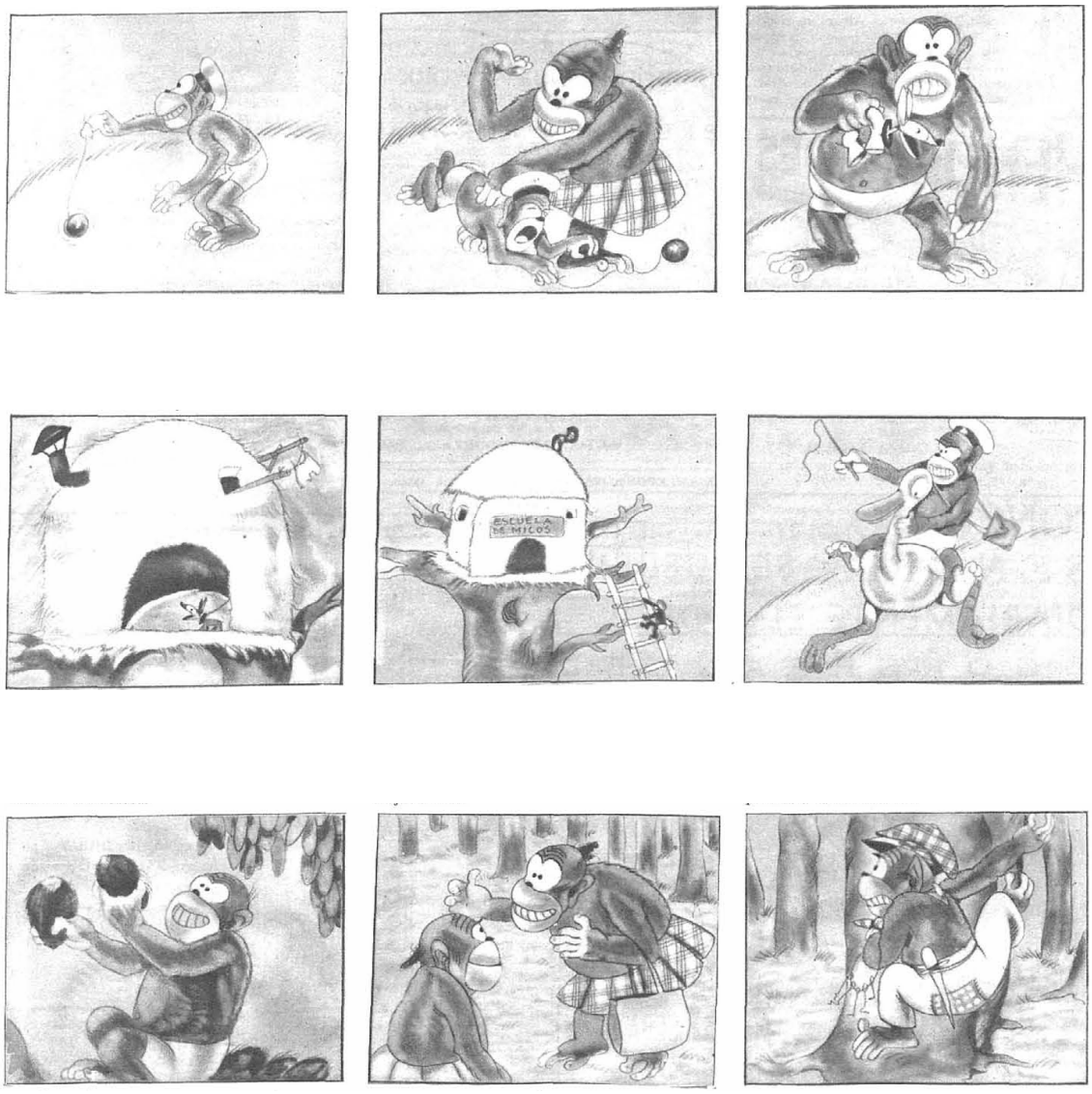
EPISODIO LXXI

EL BANDIDO MASCAELAIRE

Yo no niego que el joven Tití Carancha sea muy mono, una verdadera monada; pero lo que os digo es que es un incorregible juguetón. Todos los días, cuando su mamá se va a la compra, le deja al cuidado de la casa y de la comida, y ya veis lo bien que obedece: apenas la señora Carancha ha vuelto el rabo, ya está él jugando al "yo-yo".

Así, no es de extrañar que cuando mamá Carancha vuelve de la compra lluevan los azotes en la parte del cuerpo en que el joven Tití —y los demás monos también— tiene la cola. Pero hoy, la fuerte voz de papá Carancha interrumpe el merecido castigo. "¡Traigo algo bueno —grita—; algo que podrá guardar la casa en lugar del chico!" Y exhibe triunfalmente su presa, en la cual podemos reconocer con dolor —o con alegría, como más nos guste— a nuestra simpática amiguita Pipa. Menuda ganga supone para la familia Carancha la adquisición de la infeliz perrita. Se apresuran a atarla a la puerta con una cadena bastante larga, para que pueda dedicarse a las faenas propias de su sexo. Y le recomiendan que vigile cuidadosamente la casa para que nadie se acerque a ella, y que vigile no menos cuidadosamente el puchero, para que no se agarren las judías. De este modo los Carancha pueden dedicarse, cada cual, a sus ocupaciones. El joven Tití podrá ilustrarse acudiendo a la escuela del mono sabio Don Chimpa, que es el centro docente donde se educan todos los micos de las familias más distinguidas de la selva. Ahora, que Tití tiene tan poca afición a estudiar como a guardar la casa. Y mientras que sus papás le creen en la escuela Chimpa, él hace novillos o, mejor dicho "hace avestruces", pues, montado sobre uno de estos animalitos, se ejercita en el noble deporte de la equitación. Y es que Tití ha resuelto ser "jockey" cuando sea mayor, porque opina que, de todas las carreras, la mejor es la carrera de caballos. Entretanto, el papá Carancha se entrega con toda tranquilidad a la recolección de cocos que, como ya sabemos, constituyen la base principal de su negocio. Tantos coge, que pronto podrá ampliar su establecimiento, el "Orang-Utang's Bar". También la mamá Carancha está satisfecha: ya no tiene que volverse corriendo de la compra para darle una azotaina al chico. Ya puede entretenerse con las vecinas comentando los acontecimientos del día. "¿Se han fijado ustedes en que la chimpancita de la rama ática se ha puesto en el rabo una cinta rosa con un cascabel? ¡Habrase visto presumida!" o "¡Hay que ver a qué precio están hoy los plátanos! ¡No se va a poder comer!", y demás comentarios propios de las perfectas monas de su árbol.

En fin, que la familia Carancha está satisfecha y tranquila. Pero, ¡ay!, su tranquilidad no ha de tardar en verse turbada. En la selva hay un ladrón, un verdadero bandido, el famoso Mascaelaire. Al ver que la casa de los Carancha y su bar están guardados solamente por una perrita de trapo, el miserable piensa: "¡Esta es la mía!"


ESCUELA
DE MICOS

EPISODIO LXXII

¡QUE MATAN A PIPA!

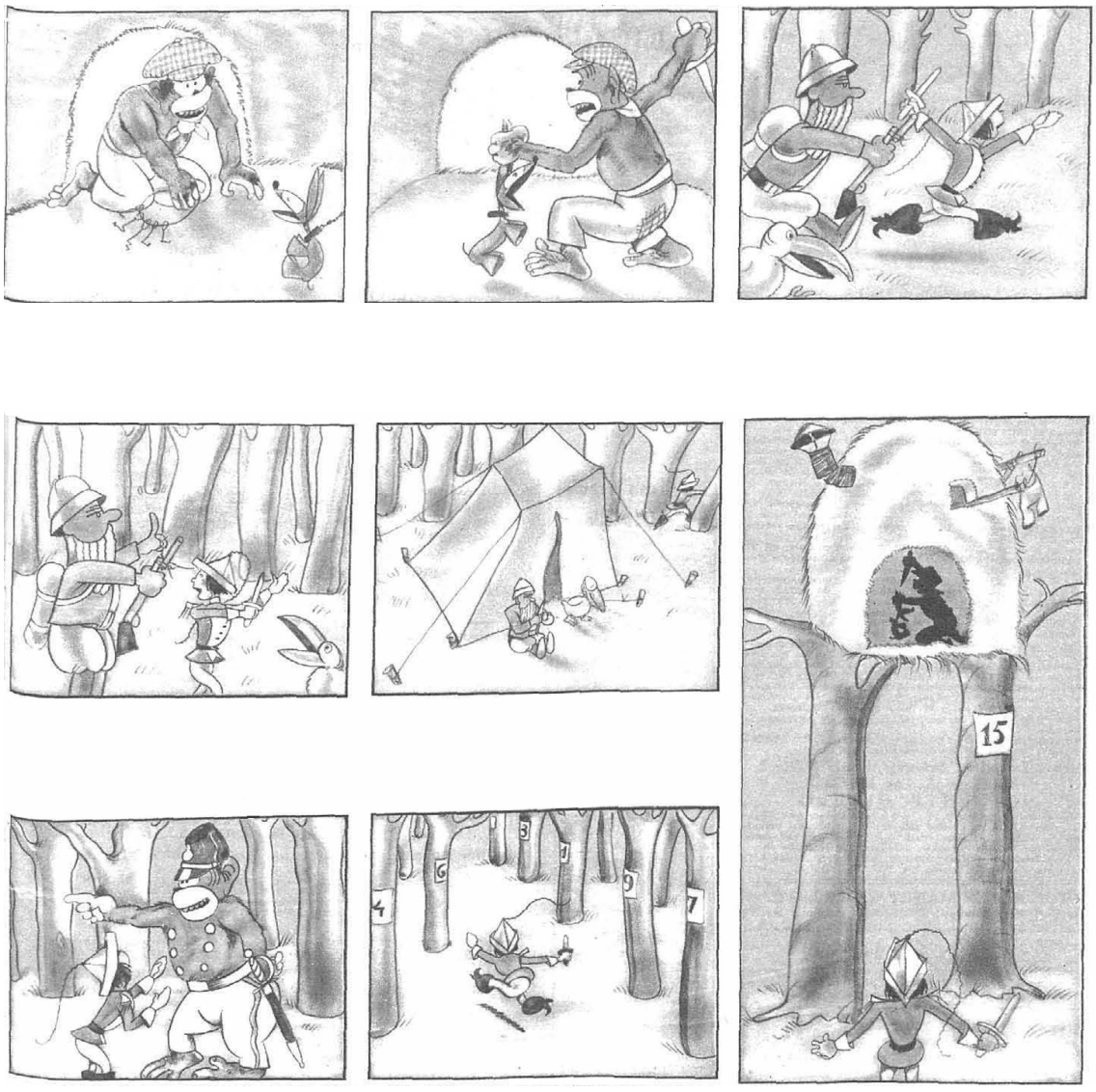
Pian, pianito, el terrible Mascaelaire trepa por los árboles y llega a la morada de los Carancha. Descerraja la puerta, entra, y ¿cuál no es su rabia al ver que en lugar de los tesoros que allí iba a buscar solamente encuentra una perra chica? "¡Me las pagarás!" —ruge, apoderándose de la infeliz Pipa y blandiendo un cuchillo muy grande—. La pobre, aterrorizada, junta sus dos patitas delanteras y gime, vertiendo un raudal de lágrimas saladas y amargas: "Adiós, amo querido; — adiós, Pipo inmortal; — a manos de un bandido — tu Pipa va a acabar." Lejos de apiadarse, el feroz Mascaelaire grita: "¡Sí; vas a morir, por perra y por hacer versos malos!"

Apartemos nuestra mirada de aquella escena espeluznante y volvámosla hacia Pipo, que en compañía del viejo guía y del pájaro bobo recorre la selva en busca de su fiel compañera. Al llegar al pueblo de los monos, el viejo guía detiene a la pequeña caravana. "Aquí —dice— no debemos entrar, porque son lugares muy peligrosos." Pipo lanza una exclamación de verdadero héroe: "¡Al infierno, si es preciso, iré por ella!" El pájaro bobo oye esta hermosa frase con el pico abierto, como quien oye cantar, y es que el pájaro bobo está cada día más bobo. Pipo añade: "Yo entraré solo en estos lugares peligrosos, y vosotros me esperaréis aquí."

Entonces, el viejo guía saca la tienda de campaña de un bolsillo y la arma. Pipo se interna solo en el pavoroso pueblo de los monos; mientras tanto, el viejo guía y el pájaro bobo se instalan para esperarle. Para entretenerse, el viejo guía corta corteza de los árboles y se dedica a fabricar palillos para los dientes.

Al Cabo de unos minutos de marcha, Pipo tropieza con un hermoso chimpancé uniformado, estacionado en la selva para regular la circulación. ¿No ha visto usted, por casualidad, una perrita de trapo?" —le pregunta—. "He oído decir —contesta el simio de la porra— que los señores de Carancha tienen una." "¿Y dónde vive esa familia?" —torna a preguntar nuestro héroe.

Y el guardia explica: "Tire usted por la avenida de los Alcornoques, tuerza por la travesía de los Chopos, siga calle de las Encinas adelante y llegará a la plazoleta de Alcalá Zamora; ahí viven los Carancha, en el árbol núm. 15." Pipo sigue estas indicaciones al pie de la letra. Pero como han cambiado todos los números de los árboles y todos los nombres de las calles, le cuesta trabajo encontrar lo que busca. ¡Ah, por fin, aquí es! Pero en el instante en que el héroe se dispone a trepar por el árbol núm. 15, un ladrido desgarrador le hiela la sangre en las venas. Levanta la cabeza y, ¡horror!, ve su perrita en poder del bandido, que se dispone a degollarla. "¡Pipa "infeliche", corro a salvarte!" —grita, como en "El Trovador".


15

EPISODIO LXXIII

LOS MONOS HACEN JUSTICIA

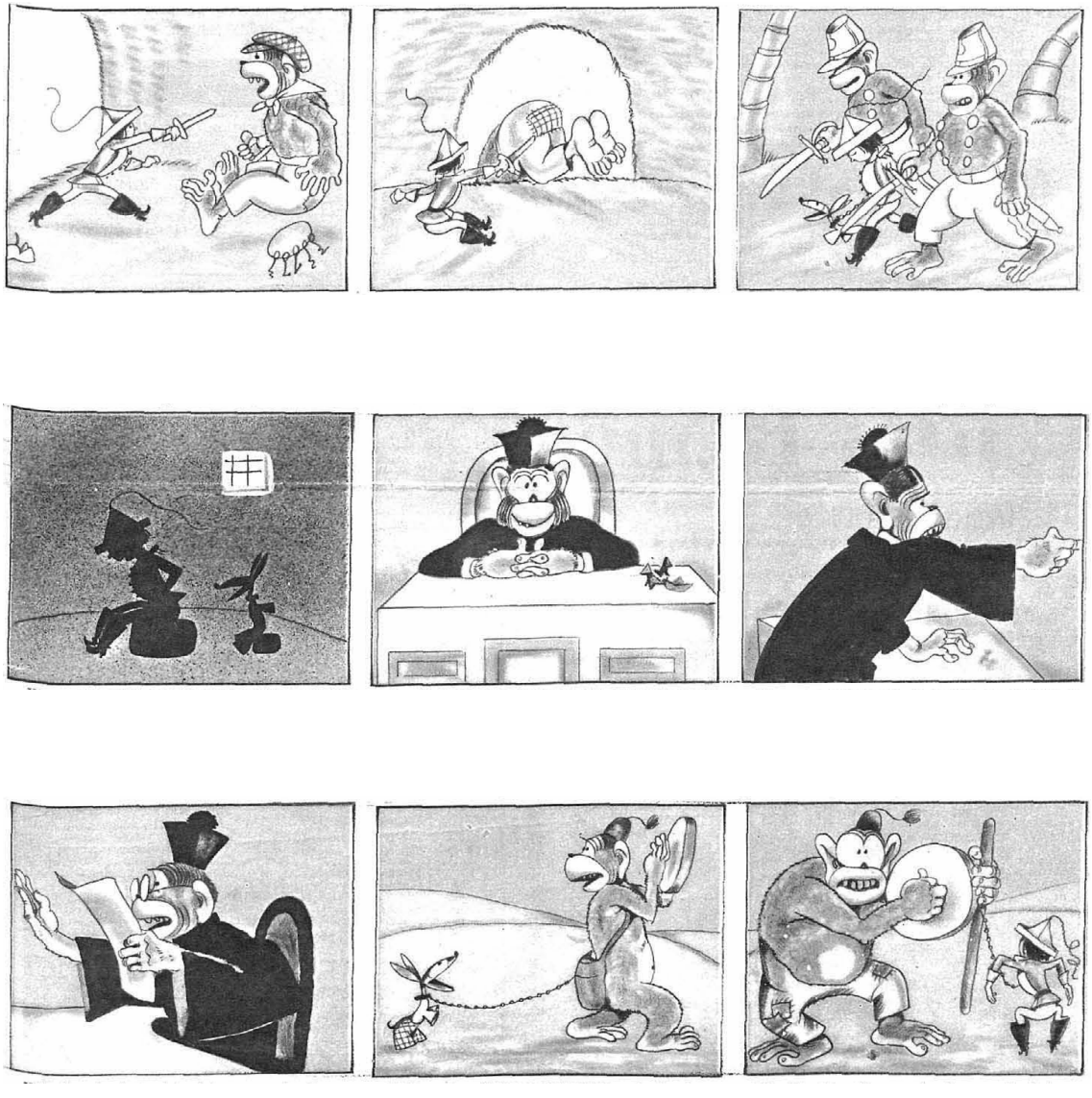
Al oír el grito desgarrador de su fiel compañera, Pipo, más que trepar, salta hasta la cima del árbol; ante la espantosa escena del bandido disponiéndose a degollar a la perrita, el héroe se abalanza, sable en alto, gritando: "¡Arriba las cuatro manos!" El terrible Mascaelaire, asustado, deja caer su enorme cuchillo. Pero en seguida se rehace y se precipita sobre el recién llegado. La lucha se entabla sin cuartel. Las uñas del feroz Mascaelaíre buscan el cuello de Pipo para estrangularlo..., pero no lo consigue. De un empujón violento, el héroe lo precipita desde aquella altura, y Mascaclaire cae al suelo, rugiendo: "¡Socorro!" No se ha matado, no.

Apenas toca la tierra, se pone en pie y corre en busca de una pareja. "Señores guardias —les dice—: en casa de los Carancha hay un chico y una perrita que me han querido asesinar. Son unos ladrones que han venido a robar." (Qué embustero, ¿eh?) Los guardias todo se lo tragan (menos sus sables). Se llevan detenidos a Pipo y Pipa, tanto más, cuanto que los hallan rodeados de "cuerpos del delito", que son el cuchillo de cocina y el manojo de llaves falsas que el ladrón Mascaelaire dejó caer al suelo. Los indicios son fatales, y nuestros héroes pasan la noche en un húmedo y sombrío calabozo, en espera de ser juzgados por el Tribunal.

A la mañana siguiente, son llevados ante un amable chimpancé, que es el señor juez que ha de sentenciarlos. Este magistrado consiente en interrumpir sus ocupaciones habituales (que consisten en fabricar pajaritas de papel) para oír el discurso del señor fiscal. Es magnífico este discurso. "Monos y monas —clama el gorila que actúa de fiscal—, no olvidéis que el hombre es nuestro enemigo eterno. Ni siquiera le detiene para maltratarnos la consideración de que somos sus nietecitos, pues sabido es que el mono no desciende solamente del árbol, sino que también desciende del hombre." "¡Bravo, bravo!" —grita el auditorio, entusiasmado por estas magníficas teorías.

Terminada la vista del proceso, el señor secretario lee la sentencia, por la cual el Tribunal ha acordado aplicar a los reos la pena del Talión. Es decir, que se hará con el héroe y su compañera lo mismo que con tanta frecuencia hace el hombre con los monos que caen en su poder. Se les obligará a recorrer los pueblos bailando y pidiendo limosna, humillados y maltratados, ni más ni menos que les pasa a los monos que van con los húngaros. Pipa es entregada a un orangután, que la lleva atada a una cadena, tocando el pandero, mientras que la pobre perrita hace toda clase de ejercicios acrobáticos y gime: "¡Este numerito faltaba en el repertorio de nuestras aventuras!"

Pipo ha caído en poder de un gorila de tamaño descomunal y de una brutalidad más descomunal todavía. Le obliga a bailar, amenazándole con un palo del grueso de un poste de telégrafos. Pero, mientras baila, el héroe no pierde tiempo y medita. ¿El qué? La manera de salvarse él y salvar a su fiel compañera.



EPISODIO LXXIV

LA PRINCESA MONICACA Y LA MONA RAMONA

En el balcón de palacio hay barandilla. Sí, hay barandilla en el balcón del palacio real, y por ella se asoma la princesita Monicaca sin necesidad de subirse a la buhardilla, ¡ja, jai!, como las colegialas de la canción. Esta princesita Monicaca, que es —nadie puede ponerlo en duda— una verdadera monada, tiene por padre al rey de los monos, Su majestad Micomicón XV, un soberano que es menos mono que su hija, pero que no por eso deja de ser mono también. El rey Micomicón tiene en este mundo y en esta selva dos grandes debilidades: la segunda es su hija, la princesita Monicaca; la primera, los cacahuetes con cáscara, de los cuales se dispone, precisamente, a darse un festín, cuando oye gritos de alegría y carcajadas. ¿Qué pasa? La princesa se ha asomado al balcón, porque ha llegado hasta ella cierto son de pandero, que suele hacer exclamar a las niñas, sean o no monas o princesas: "¡Los húngaros!, ¡los húngaros!" Sí; quien pasa es el húngaro-orangután que lleva a Pipo atado a una cadena, y toca el pandero que baile.

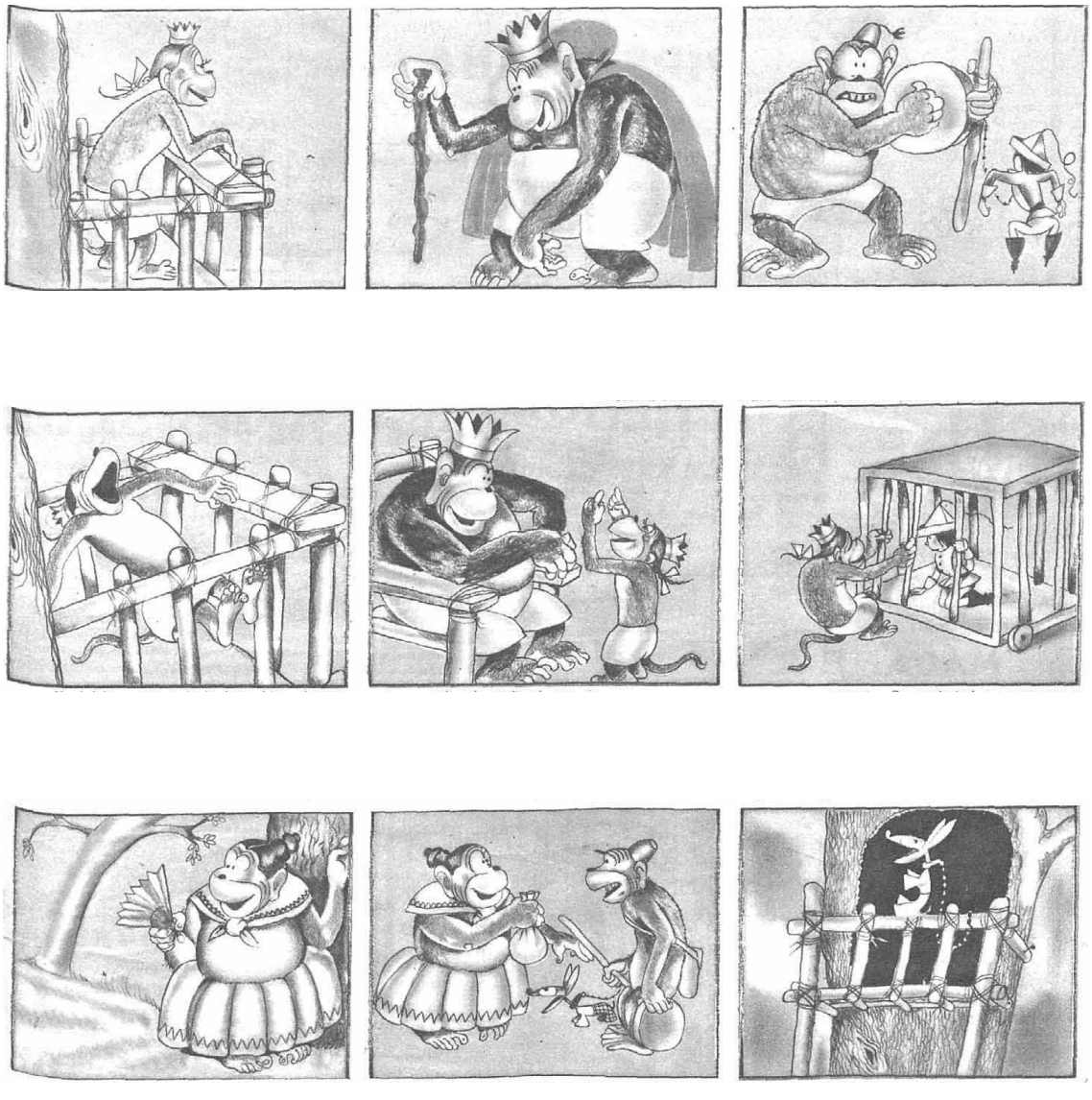
Y el héroe, que todo lo hace bien siempre, baila con tal agilidad, y salta y da volteretas de una manera tan graciosa y divertida, que Monicaca, al verlo, ríe, ríe, como una locuela, y se revuelca de risa, lo cual no es muy correcto y demuestra que no ha recibido una educación esmerada. Después de reírse a sus anchas, Monicaca va hacia el rey gritando: "¡Papá, papaíto! He visto un bicho muy raro, que baila muy mal y me hace mucha gracia, y lo quiero para mí." Micomicón, que conoce los deberes de los padres con sus hijos, se apresura a interrumpir su festín de cacahuetes con cáscara —va por el quinto kilo—, y exclama: "¡Lo tendrás ahora mismo, hija! ¡Pues no faltaba más!"

Efectivamente. Su majestad se apresura a dar las oportunas órdenes, y al poco rato nuestro héroe es arrebatado de las patas de su amo, el orangután-húngaro, y pasa a las patitas de Monicaca, que lo encierra en una jaula y le ofrece avellanas, plátanos y nueces en abundancia. Dejemos a Pipo enjaulado y veamos qué ha sido entretanto de su compañera.

Pipa también ha encontrado acomodo, y ha sido como sigue: la mona doña Ramona, que es una solterona, ricachona y pelucona (gasta peluca), volvía aquella tarde de "pagar" una visita de cumplido a una amiga que acababa de poner árbol nuevo, con agua corriente en todas las ramas los días de lluvia, cuando vio al chimpancé que llevaba a Pipa.

El corazón sensible de la mona Ramona se conmovió ante la simpática perrita. "¡Qué bien me acompañaría en mi soledad!" —suspiró—. Y le ofreció al chimpancé una cantidad crecida de bellotas (tal es la moneda de la selva) a cambio de la perrita, que le fue entregada en el acto. Así entró Pipa al servicio de la mona Ramona.

Y ya tenemos a la perrita, que tantas y tan extraordinarias aventuras corrió con su amo, instalada en el balcón de la mona Ramona y teniendo que aguantar, de la mañana a la noche, las ternezas de su nueva ama: "¿Quién te quiere a ti? ¿Quién es el encanto de su amita?" Lo cuál será, muy conmovedor, pero, a la larga, resulta bastante aburrido.

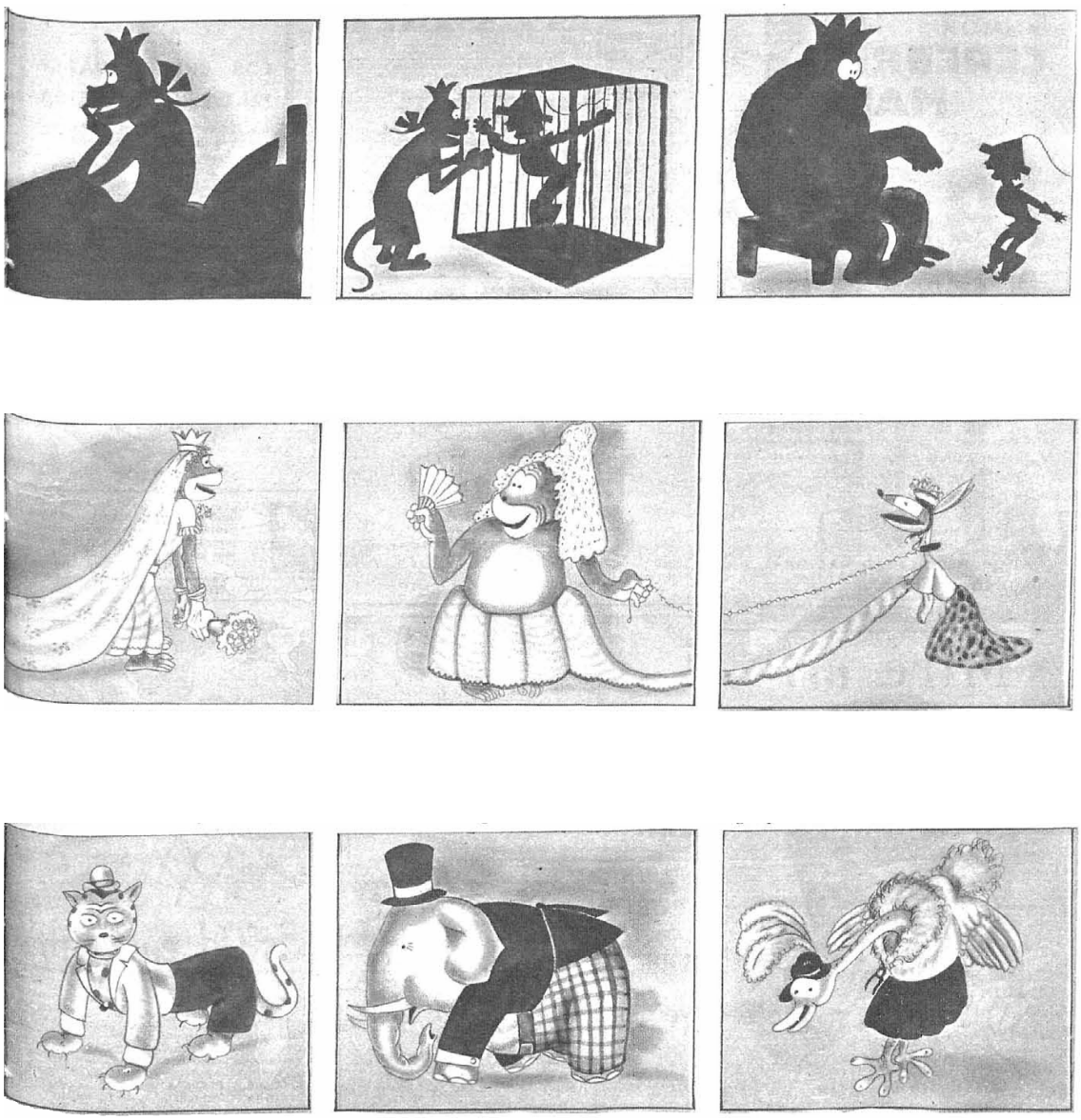


EPISODIO LXXV

UNA BODA EN LA SELVA

La princesa no está triste, pero está desvelada, suspiros se escapan de su boca, que parece una puertita o un buzón de Correos. Y es que Monicaca —¡chist!, esto es todavía un gran secreto— se ha enamorado de Pipo. Tal es su pasión que no logra conciliar el sueño, y tal es su impaciencia que a media noche se levanta y corre hacia la jaula donde está encerrado nuestro héroe. "¡Pipo, te amo! —le dice—. ¿Quieres casarte conmigo?" Pipo se queda espantado, pero la mona prosigue: "Si no aceptas, mi papá mandará que te maten." Es un elijan, ¿verdad? Además, el casarse con la princesa puede facilitar la evasión, y pensando en ello, el héroe acepta. Unas horas después es llamado a presencia del rey, a quien su hija ha comunicado sus propósitos, que este padre modelo se apresura a secundar. "La boda —dice su majestad Micomicón— tendrá lugar dentro de tres días; has de saber que mi hija aporta al matrimonio un dote cuantioso: nada menos que un quintal de nueces de coco y mil más de avellanas y cacahuetes." Llega el gran momento de la ceremonia; Monicaca está deslumbradora con las galas nupciales, que, naturalmente, son de seda, como "la mona, aunque se vista de seda, mona se queda", pues es natural que la princesa, vestida de seda, esté más mona que nunca.

Mientras en el palacio real se acicala la novia, en su casa se prepara la madrina; esta madrina ya la conocemos: es la mona Ramona; esta ricachona solterona luce mantilla de encaje, abanico de nácar y vestido de terciopelo con una cola larguísima, además de la suya propia, porque las monas, cuando se visten de gala llevan, como es natural, dos colas. Para llenar la del vestido de la mona Ramona, esta dama ha disfrazado a su perrita de "señorita de honor". Pipa, que es bastante presumidilla, está satisfechísima con su vestido de gasa rosa y su sombrerete a la moda. Pero piensa con un poco de inquietud: "Me alegro que no me vea así mi amo, porque sería capaz de reírse de mí. Ya van llegando los invitados, que son los animales más distinguidos de la selva. El señor Leo Pardo, que es el árbitro de las elegancias selváticas, lleva un chaqué impecable y llega a la hora en punto. En cambio, el que se retrasa un poco —¡qué pesado!—, es el señor don L. Fante, que es uno de los señores de más peso del lugar. Además de su elevada posición, este señor es de una gran utilidad en bodas y bautizos, porque se presta amablemente a tocar la trompa para que baile la juventud. Las damas no le ceden en elegancia a los caballeros; ya tenemos aquí a la señora doña A. Vestruz (que no sé si se llama Atanasia, Amparo o Abdona), deslumbradora cual "vedette" de revista, pues se presenta cubierta de plumas magníficas. Todas estas plumas se las dejó en herencia una tía suya, y con ellas se ha confeccionado un boa y adornado su sombrero de gran gala.



EPISODIO LXXVI

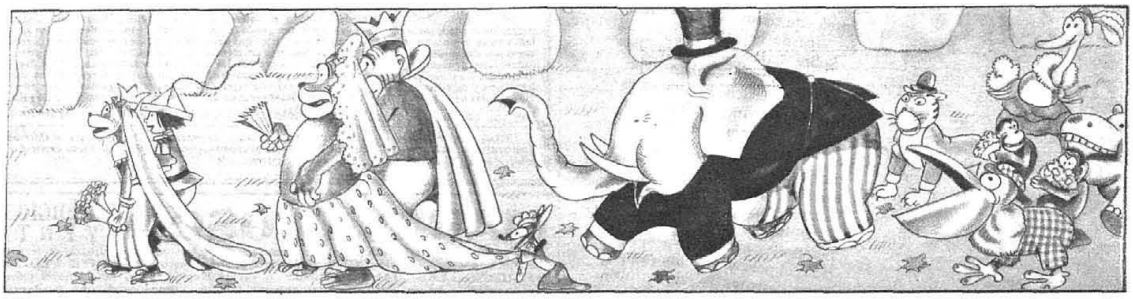
UNA BODA ACCIDENTADA

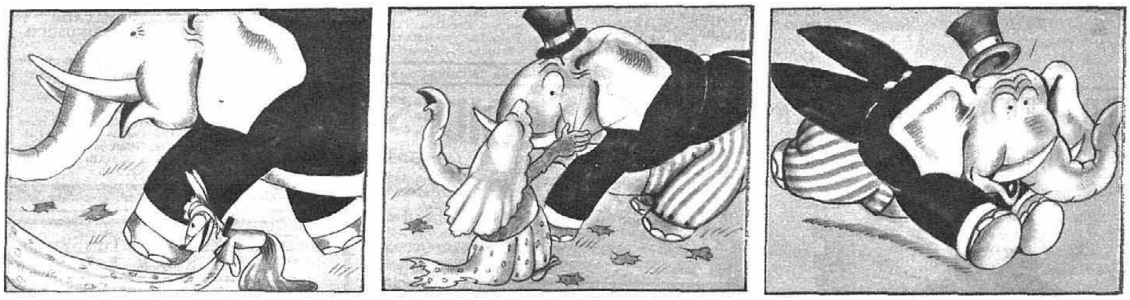
Se organiza la comitiva de la boda; de pronto, el novio ahoga un grito y la "dama de honor" de la madrina ahoga un ladrido: amo y perrita se han visto. Pero uno y otra logran contener su sorpresa y su alegría; y mientras el héroe, impasible en apariencia, ofrece el brazo a "su novia", Pipa, aparentemente impasible, sigue detrás de la mona Ramona que va ufanísima, estallando de vanidad, con su magnífico vestido de raso color de cereza, y dando el brazo nada menos que al padre de la desposada, el rey Micomicón. Detrás de ellos viene el padrino, que es el señor don L. Fante, que no lleva pareja porque los dos no cabrían en la fila. Luego siguen los demás invitados.

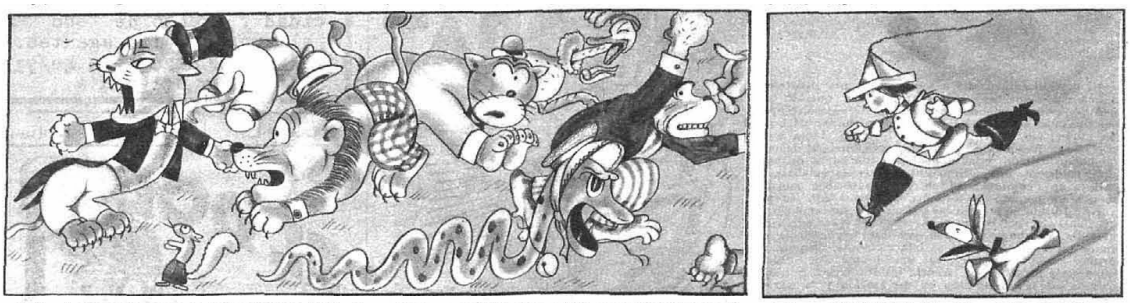
Reconocemos entre ellos a la empenachada doña A. Vestruz, al señor Tigre, que estrena una preciosa camiseta de rayas; a la señora Pantera, con un elegantísimo vestido de lunares, y al señor León, que se ha hecho rizar su hermosa melena con la ondulación permanente. Todos van tan satisfechos que nadie ha notado que el novio se las ha arreglado (este Pipo es el mismísimo demonio..., al menos por el ingenio, que por la bondad ya sabemos que es un ángel) para deslizar unas palabras en el oído de su fiel compañera, y ésta, con un guiño malicioso, ha movido la cola (la suya, no la del traje de la mona Ramona) de arriba abajo, lo cual significa: "Ya te entiendo, mi amo."

Y, en efecto; Pipa ha entendido las indicaciones de su amo, y, obedeciéndole, coloca la cola (no la suya, la del vestido de la madrina) debajo de una pata del señor don L. Fante, que viene detrás. La enorme pataza cae sobre el trozo de raso color de cereza; la mona Ramona, sin darse cuenta, tira y, ¡horror!, la tela se desgarra y se hace un siete que, por el tamaño, es más bien un setenta y siete mil setecientos setenta y siete. La mona Ramona lanza un grito y se vuelve, furiosa, hecha un basilisco: "¡Grosero! ¡Paquidermo! ¡Extremista!" —grita (quiere decir que don L. Fante tiene "extremidades" imposibles)—. Y tal es su ira, que, ¡pif!, ¡paf!, le atiza dos bofetadas sonoras.

A pesar de tener la piel bastante dura, el infeliz padrino se tambalea y, enloquecido por el dolor, empieza a soltar *trompazos* a diestro y siniestro. La desbandada ea general; todos gritan, rugen, corren. El señor León sacude su melena con tal violencia, que se le desondula. La señora A. Vestruz llora por todas sus plumas, que de este modo quedan convertidas en plumas "lloronas". La señora Serpiente, para imponer silencio, sacude su cascabel con tal violencia que lo rompe, ni más ni menos que si fuera Besteiro en el Congreso o don Pedro Rico en el Ayuntamiento. La novia se desmaya, la hiena se pone hecha una ídem. La confusión es espantosa, ensordecedor el ruido, trágico el espectáculo..., y la confusión estupenda para huir, que es lo que se apresuran a hacer nuestros héroes, aprovechando el escándalo que han armado con tanto éxito. Y siguen retumbando en la selva virgen los rugidos, gritos, lloros y bramidos, cuando ya Pipo y Pipa están lejos de allí; están, en fin, donde los encontraremos el sábado que viene.







EPISODIO LXXVII

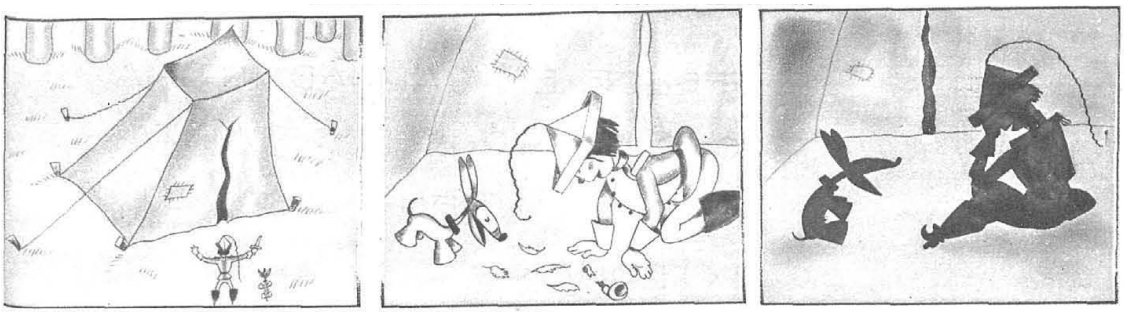
COCOLÍN Y PELAMBRUNO

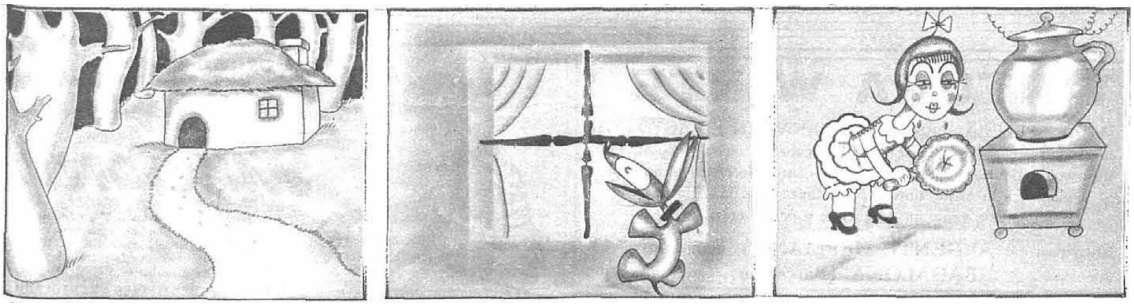
¡Menuda carrerita se dan nuestros amigos! Aún sigue el jaleo de la boda, aún siguen los señores invitados rugiendo y bramando, mordiéndose y arañándose, cuando ellos están ya a muchas leguas de distancia; están; en fin, en el lugar donde dejaron, en la tienda de campaña, al viejo guía y al pájaro bobo; allí sigue la tienda, en efecto, pero está vacía; sus huéspedes han desaparecido. "A lo mejor—sugiere Pipa— han ido, dándose un paseíto por la selva, a buscar bellotas para postre." Pero su amo, más perspicaz, mejor aleccionado por sus aventuras, examina el suelo y lo que ve le aterra: ve unas plumas sueltas y una pipa rota. No cabe dudar de la terrible realidad: el viejo guía y el atontado volátil han sido raptados. Rudo es el golpe para nuestro héroe: hallarse sin guía en medio de una selva peligrosísima y haber perdido el precioso pájaro que contiene el talismán por el cual ha pasado tantas fatigas. Durante la noche, Pipo se abandona a la desesperación. Pero ya sabemos que las ráfagas de desaliento son en nuestro héroe tan breves como raras. En cuanto amanece, Pipo se rehace y exclama con energía: "¡Sus, Pipa! Partamos en su busca." Y con paso firme parte, seguido de su fiel compañera, y sigue unas huellas de pasos que los conduce hasta cierta casita solitaria, de color verde, con techo rojo y una ventanita pintada de azul. "Encarámate hasta esta ventana —ordena Pipo a la perrita —y mira a ver lo que pasa en esta casa." Pipa obedece al punto, sin protestar ni gruñir, lo cual puede pareceros extraordinario en ella; pero no lo es, porque la misión que le es encomendada no le parece peligrosa, y, además, le resulta agradabilísima, dado que Pipa es, por lo menos, tan fisgona como miedosa.

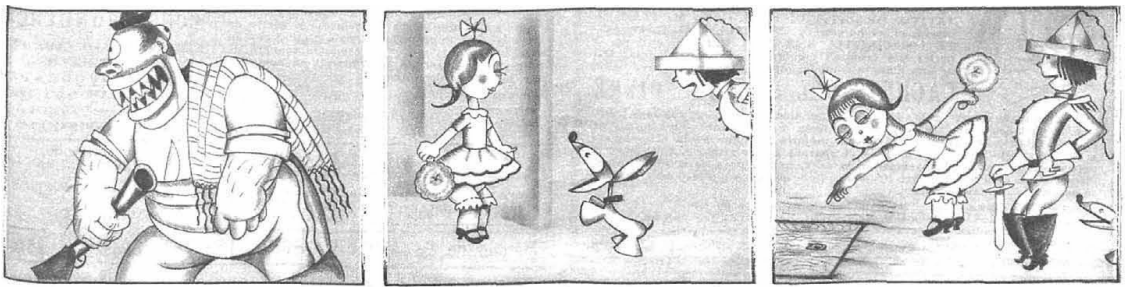
Lo que ve nuestra perrita es un hornillo, sobre el cual humea un enorme puchero (espectáculo atractivo para Pipa, si los hay); delante del hornillo, una nena aventa la lumbre con un soplillo. Es muy mona, pero está muy triste y gruesos lagrimones caen de sus ojos azules y resbalan por sus mejillas sonrosadas, aunque bastante tiznadas por el hollín.

Mientras que Pipa se recrea con tan tierno espectáculo, su amo, oculto detrás de un árbol, presencia otro menos apacible: ve salir de la casita y alejarse por la selva un ser horrible. Es un tío muy alto, muy gordo y muy feo, que tiene un ojo redondo en medio de la frente y otro en el cogote, por lo cual (piensa Pipo) debe de ser difícil cogerle desprevenido.

A la llamada de nuestros héroes sale a abrir la niña del soplillo. "¿Quién eres?" —pregunta Pipo—. "Yo soy Cocolín, esclava del dueño de esta casa." "Y ¿quién es el dueño de esta casa?" "El señor Pelambruno." "¿El célebre bandido?" "El mismo." ¿Creeréis que al oír semejante noticia nuestro Pipo huye? Al contrario; coge por la cola a Pipa y entra tranquilamente en la casa. "¿Sabes —pregunta a Cocolín— si tu amo se ha apoderado de un viejo guía y de un pájaro bobo?" "Ayer los trajo —contesta la nena— y en la cueva los metió." "¡Pues a la cueva!" —grita Pipo—. "¡Imposible, señor! Sólo puede penetrarse en ella por esta trampa, y mi amo la ha cerrado y se ha llevado la llave."







EPISODIO LXXVIII

PIPO Y PIPA, EN LA HIGUERA

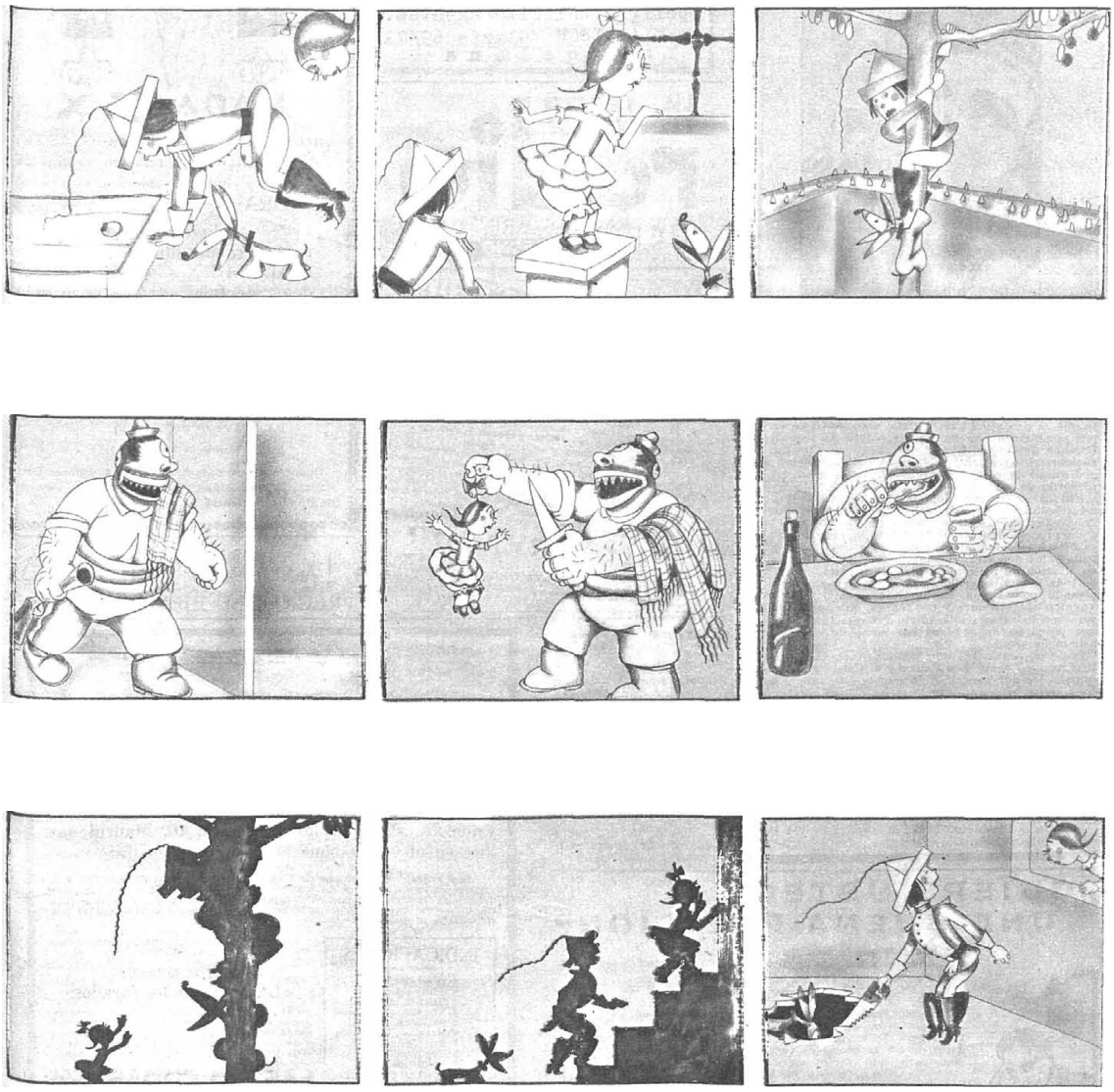
Inclinado sobre la trampa de la cueva, herméticamente cerrada, Pipo pregunta: "Señor viejo guía, ¿está usted ahí?" Lejana, cual si saliese de las entrañas mismas de la tierra, suena una voz: "Sí, señor Pipo, aquí estoy." "¿Y el pájaro bobo?" —torna a preguntar nuestro héroe—. Y la voz lejana torna a responder: "Aquí está, más bobo que nunca."

En este instante, Cocolín avisa: "Que viene Pelambruno, ¡pronto, pronto, escondeos!" Si, pero ¿dónde esconderse? No es tan fácil escapar a la doble vista de un bandido que ve por delante y por detrás. "Si os encuentra os hace picadillo" —repite la vocecita angustiada de Cocolín—. Entonces Pipo tiene una idea "suya" (entiéndase genial), y sale al huerto.

Este huerto está rodeado de una tapia, cuyo borde aparece erizado de trozos de vidrio, porque Pelambruno, como buen ladrón, sabe defenderse de los ladrones. Pero en el centro hay una higuera; Pipo ha pensado que ya que en la única dirección que no ve Pelambruno es hacia arriba, lo más seguro es refugiarse en lo alto del árbol.

Y trepa seguido de Pipa, que ni protesta ni gruñe esta vez, porque la golosa perrita ha olfateado ciertos hermosos higos, maduros y dulcísimos, con cuyo aroma se le hace la boca agua. Ya llega el bandido. Viene igual que siempre, esto es, malhumorado y hambriento. "Cocolín —grita—, dame la cena." La pobre nena tiembla; como se ha distraído la cena no está acabada de cocer. Temblorosa, murmura: "No tiraba bien la lumbre, y los garbanzos están un poco duritos." El bandido la agarra por su quiriqui y ruge blandiendo un enorme cuchillo: "¡Ah, miserable, estoy por cortarte la cabeza." "Entonces, señor, ¿quién te dará de cenar?" —gime Cocolín dando diente con diente—. Ante esta consideración, Pelambruno le perdona la vida. Al fin, ya está la cena servida y ya está la fiera comiendo. ¡Y cómo come, señor! Muy mal: cogiendo las tajadas con los dedos, chupándose los ídem, rebañando el plato... Y es que la característica de los bandidos que viven en los bosques consiste en tener muy poca educación. ¡Y lo que come y bebe! No es extraño que después de hincharse así, Pelambruno caiga en su cama como una masa, se quede dormido como un ceporro y ronque como un órgano. Es el momento que aprovecha Cocolín para correr a avisar a sus amigos: "¡Podéis venir! El amo no despertará en varias horas; le conozco bien." También Pipo y Pipa se han dado su festincito de higos.

Habéis de saber que mientras que estaba en la higuera, Pipo *no estaba en la higuera*, ni mucho menos, sino que aprovechaba el tiempo para pensar y meditar un plan, gracias al cual podrá, a la vez, libertar al viejo guía y al pájaro bobo de su encierro y librar al mundo de un bandido tan malo como Pelambruno. Entra en la casa, siguiendo a Cocolín, y seguido de Pipa y provisto de un serrucho, se va a abrir un boquete en el piso, en la habitación inmediata a aquella en que se abre la trampa de la cueva. Pero esta operación es penosísima y dura varias horas, y ya, al amanecer, reaparece Cocolín y avisa: "El amo ha estirado una pata, y esto significa que está a punto de despertarse."



EPISODIO LXXIX

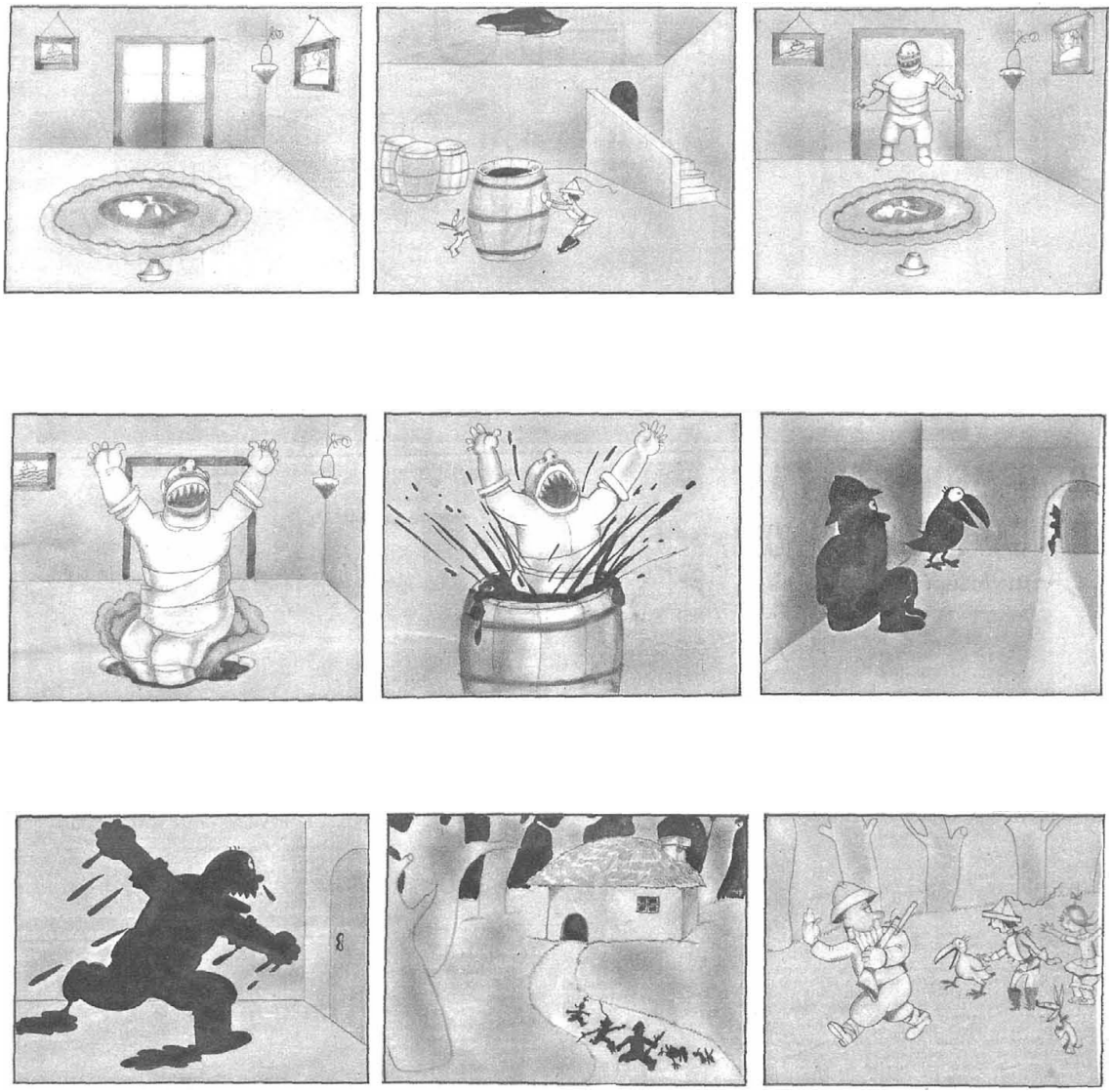
LA TRAICIÓN DEL VIEJO GUÍA

Ahora ya, ¿qué más da que se despierte el terrible bandido? El trabajo, o sea el boquete, está, terminado. Rápidamente, Pipo coloca junto a él, en el suelo y frente a la puerta, el sombrero de Pelambruno, que le han arrebatado durante su sueño. ¿Para qué? (no tardaremos en saberlo, y el bandido también). Sobre el boquete, el héroe tiende una estera, bajo la cual se desliza con su fiel Pipa, y los dos se descuelgan por el agujero hasta el sótano, donde buscan un barril de pez que colocan, destapado, precisamente debajo del boquete abierto en el techo. Hecho esto, salen amo y perrita de esta cueva y pasan a la cueva contigua, donde..., donde iremos nosotros también, pues ahora nos volvemos arriba, cerca del bandido, que se acaba de despertar, de malísimo humor, porque siente frío en la cabeza. "¿Dónde estará mi sombrero?" —pregunta—. Y grita: "¡Cocolín! ¡Tráeme mi sombrero!" Como nadie contesta, sale de la alcoba dando voces de energúmeno y pasa a la habitación contigua, donde se encuentra el sombrero en el suelo.

"¿Quién lo habrá puesto ahí? —ruge—. Siempre será esa idiota de Cocolín." Y como es un grandísimo groserote, que acostumbra a estar siempre cubierto, aunque sea bajo techado, se precipita a coger su sombrero; pero al hacerlo pisa la alfombra, que cede bajo su peso, como es natural, y, ¡cataplum!, cae por el boquete dentro del barril de pez que hay debajo.

Todo ha salido tal como nuestro ingenioso héroe lo había dispuesto y previsto. En el barril, Pelambruno, con un susto horrible (y es que esos bandidos tremebundos suelen ser unos grandísimos cobardes) y dando gritos de becerro degollado, hace esfuerzos inauditos para desasirse de la pez que lo sujeta. Entretanto, en la cueva contigua, el viejo guía y el pájaro bobo, que no tienen siquiera una triste baraja para entretenerse haciendo solitarios, están pensando en las musarañas o cosa parecida, cuando ven entrar a Pipo seguido de su fiel compañera. "¡Pronto! ¡Pronto! —dice el héroe—. ¡Huyamos!" Todo esto lo ha oído el bandido. Desesperado al comprender que se le escapan sus prisioneros, Pelambruno, con un esfuerzo supremo, logra salir del barril y precipitarse hacia la puerta. Pero, ¡ay!, esta puerta está cerrada por fuera, pues ya comprenderéis que nuestro Pipo ha sabido atar todos los cabos. Y el odioso Pelambruno golpea furioso la puerta del subterráneo, en el cual me parece probable que esté destinado a perecer de hambre. (Y conste que me tiene sin cuidado, pues bien merecido se tiene tan terrible castigo.) Ya se alejan de la casa nuestros cinco amigos. Digo bien, cinco, pues ya comprenderéis que Pipo se lleva consigo a la monísima Cocolín, encantada, la pobrecilla, de escapar de las garras de su terrible amo.

Pero cuando, por fin, han perdido de vista la casita de Pelambruno, se les presenta un nuevo conflicto; el viejo guía declara: "Decididamente, eso de acompañar héroes me resulta muy peligroso. Me vuelvo a mi casa." Ni súplicas, ni promesas, ni amenazas logran vencer al viejo testarudo. Y ahora, ¿cómo encontrar el camino en aquella selva laberíntica?



EPISODIO LXXX

LA LECHUZA ANDALUZA

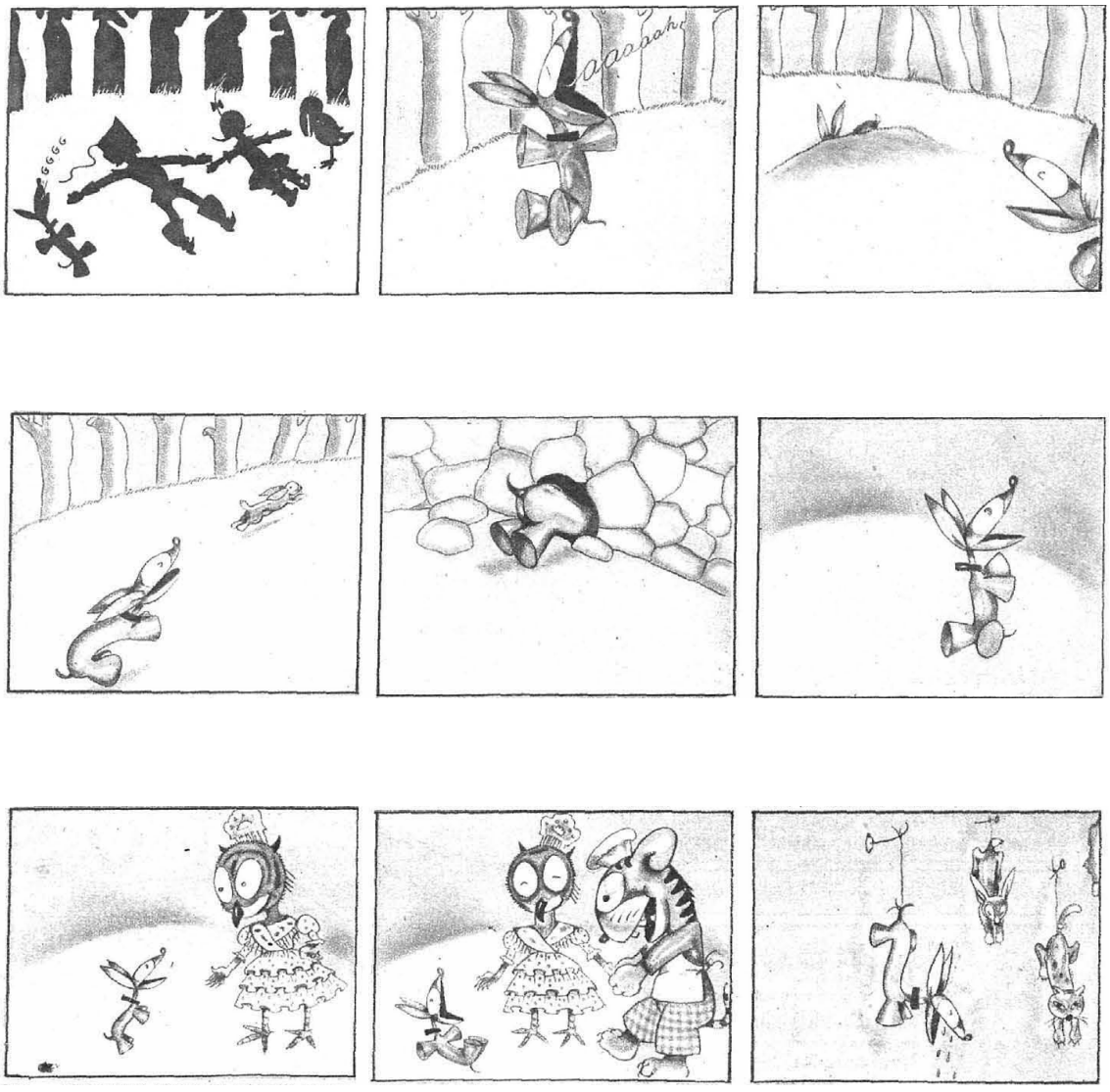
Y sucede lo que tenía que suceder: después de dar unas cuantas vueltas al azar, nuestros amigos se convencen de que están perdidos en aquel bosque laberíntico. Pero como este descubrimiento trágico coincide con la caída de la noche, Pipo, siempre sereno, declara: "Cada hora tiene su afán, y el de ésta consiste en dormir. Durmamos." Se tumba en el suelo, y la primera en dormirse es Pipa. También es la primera en despertarse; mejor dicho, la despierta algo así como un bichillo que le hace cosquillas dentro del estómago, y le grita: "¡Échame algo! ¡Pronto!" Y es que, antes que Pipa, se ha despertado su apetito; nuestra amiga abre una boca desmesurada: "¡Aaah!" El bostezo se le corta en seco.

Pipa ha visto algo interesantísimo: detrás de un pequeño cerro asoman dos orejas puntiagudas y un rabito. A Pipa se le ilumina el semblante —como a vosotros, cuando por las mañanas veis aparecer cierto tazón de café con leche— y exclama, jubilosa: "¡Mi desayuno!" Sí, su desayuno ha de ser aquella liebre, sobre la cual la hambrona perrita se abalanza con entusiasmo. Pero la liebre tiene el oído tan agudo, como puntiagudas tiene las orejas, y huye. El miedo le da alas; a Pipa le da alas el hambre, hasta el punto de que se olvida de que se halla en un bosque laberíntico y desconocido, y que es peligrosísimo alejarse de sus compañeros. Se olvida de todo, y sólo se acuerda de "desayunar".

Al cabo de una carrera desentrenada, Pipa logra acorralar a la pobre liebre ante una tapia. "¡Ya es mía!" —ruge con una ferocidad de que no la suponíamos capaz. Pero cuando va a aprehenderla..., la liebre desaparece por un boquete que hay al pie de la tapia. Pipa se mete detrás de ella. ¡Lo que puede el hambre, Dios mío, en las perritas tragonas!

Pipa se halla ahora en una vasta cueva, fría y sombría, y se queda estupefacta: la liebre ha desaparecido. Entonces se detiene un instante a reflexionar: ¿Dónde está? ¡Sabe Dios qué peligros le rodean! ¡Y con lo lejos que debe estar de su amo! Lo mejor es volverse con él en seguida. Da media vuelta, va a salir por donde ha entrado, pero alguien se ha interpuesto entre ella y la salida de la cueva. Es una señora muy rara y muy fea: "¿Quién es usted?" —pregunta Pipa—. "Yo soy —contesta el extraño personaje— La Lechuza Andaluza." Y, en efecto, lleva falda de volantes, y peineta, y mantoncito. Aquella paisana de los señores Quintero prosigue: "Y mi marido es el Señor Hojaldrete, el pastelero del bosque." Al oír estas palabras, el hocico de Pipa se ilumina: ¡Está en casa de un pastelero! ¡Y qué bonito nombre tiene! Se va a hinchar de comer turrón y mazapán. "Aquí está mi marido" —dice La Lechuza—. Y, al verlo, la pobre Pipa cae de..., bueno, del susto, ¡El tal Hojaldrete es un tigre! Razón tenía para asustarse nuestra amiga.

Minutos después, la volvemos a encontrar en la despensa del pastelero, colgada por el rabo, en compañía de otras víctimas, entre ellas, la liebre, un gato, un conejo, etc.. "¿Qué irán a hacer contigo?" —le pregunta al gato—. "Conmigo—dice el minino— pastel de liebre." "Pues conmigo —suspira la infeliz— he oído que quieren hacer una perrita en dulce."


GGGG
Aaaaah

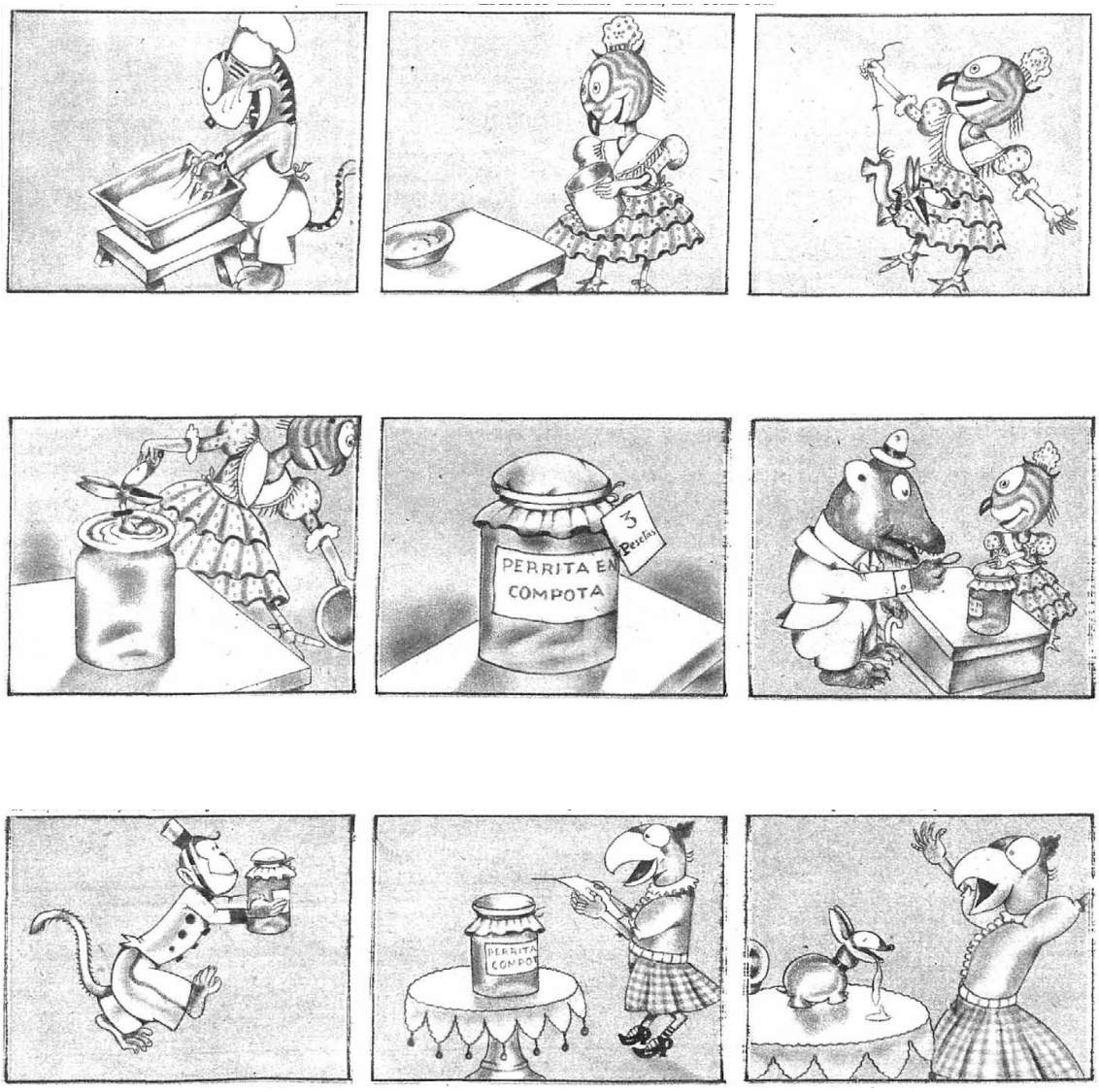
EPISODIO LXXXI

PIPA, EN COMPOTA

Volvemos a encontrar al señor Hojaldrete y le cogemos —bien podemos decirlo— con las manos en la masa; en la masa con la que hace pasteles riquísimos. Precisamente estos días se afana más que nunca, porque como estamos en tiempos de Pascuas, los negocios van viento en popa. Las Navidades se celebran mucho en la selva, cuyos habitantes son tan golosos y tragones (casi tanto como nosotros), que para manifestar su alegría no conocen manera más adecuada que salir a indigestión diaria. Mientras el tigre pastelero confecciona hojaldres y rellenos, su esposa, la Lechuza Andaluza, le ayuda; si bien ella, más dulce, por ser mujer, se dedica especialmente a las yemas, turrones, mazapanes, mermeladas, bombones, caramelos, almendras garrapiñadas y demás golosinas. Después de preparar una dulcísima mermelada de dátiles, la Lechuza Andaluza se dirige hacia la despensa y descuelga de un clavo algo que necesita, y que es, ¡horror!, nuestra amiga Pipa. La infeliz se estremece, comprendiendo que ha llegado su última hora.

"¿Qué irán a hacer conmigo?" —se pregunta angustiosamente—. Y a nosotros también se nos encoge el corazón. ¿Qué irán a hacer con ella? No tardaremos en saberlo. La señora repostera destapa el tarro que acaba de llenar de mermelada de dátiles y, ¡ploc!, sumerge en el líquido a la compañera de Pipo. "La dejaré en remojo unas horas —murmura la Lechuza Andaluza— para que se endulce bien." Y, en efecto, horas más tarde, aparece en el escaparate de la pastelería un hermoso tarro, en cuya etiqueta pueden leerse estas palabras apetitosas: "Perrita en compota." Tan buen aspecto tiene el tarro que no tarda en salirle un parroquiano. Es el señor Osete, un ricachón que luce un magnífico gabán de pieles, pero no por fuera, sino por dentro. El señor Osete entra en la pastelería y explica que deseando felicitar el año Nuevo a su novia le parece que sería una atención delicada, y, sobre todo, dulce, acompañar la tarjeta con el obsequio de una golosina. Y esta golosina será el tarro de perrita en compota de dátiles.

Ya en poder del tarro de mermelada, el señor Osete escribe una carta, en la cual, entre otras cosas amables, dice: "... Por muy dulce que sea mi envío, lo es menos que mi corazón cuando en vos piensa." Y encantado de haber escrito una frase tan bella y tan ingeniosa, manda llamar a Macaquín, que es el botones más veloz del continental de la selva, y le encarga que lleve a escape carta y regalo a su prometida, la señorita Cotorrina. Esta damisela acoge el envió con enorme júbilo; como es de lo más golosa que cabe, apenas echa una mirada a la carta, que a ella se le antoja, pese a las lindezas que contiene, menos dulce que el tarro de compota. Y se apresura a destapar éste y meter en él un dedo para chupárselo, según tiene por costumbre. Pero, ¡oh asombro! Apenas lo ha destapado, cuando surge del tarro una especie de bola con patas y orejas. ¡Es Pipa! Pipa, que está viva; Pipa, que se ha puesto gorda, gorda, porque apenas se ha visto dentro del tarro, la muy golosona se ha apresurado a zamparse toda la compota que le rodeaba.


PERRITA EN
COMPOTA
3
Perrita

EPISODIO LXXXII

EL SEÑOR OSETE Y SU AMADA COTORRINA

Radiante de felicidad, el señor Osete se dispone a leer una carta que acaba de recibir de su novia. ¡Las ternezas que le dirá la amable Cotorrina para agradecerle su dulce obsequio! Pero Osete se cae de espaldas al leer: "¡Es usted un groserote! Eso de mandarme como regalo de Pascuas una "perra gorda" es un desprecio. ¡Quedan rotas las relaciones!"

Después de escribir tan terrible carta, la señorita Cotorrina se quedó tan descansada y volvió junto a la perrita —que ya es perrona—, resuelta a echarla de su casa a puntapiés. Se la encuentra revolcándose sobre la mesa, retorciéndose las patitas y gimiendo: "¡Ay, mi tripita! ¡Cómo me duele!" La señorita Cotorrina, que a pesar de su mal genio tiene un corazón de oro, se siente llena de compasión ante tanto dolor, y se apresura a llamar al mejor médico de la selva para que cure a la enfermita. Este médico es un mono-sabio llamado el Doctor Gorilón, que acude al punto, examina a Pipa, le ausculta y declara: "¡Está muy grave! Hay que llevarla a operar a mi sanatorio."

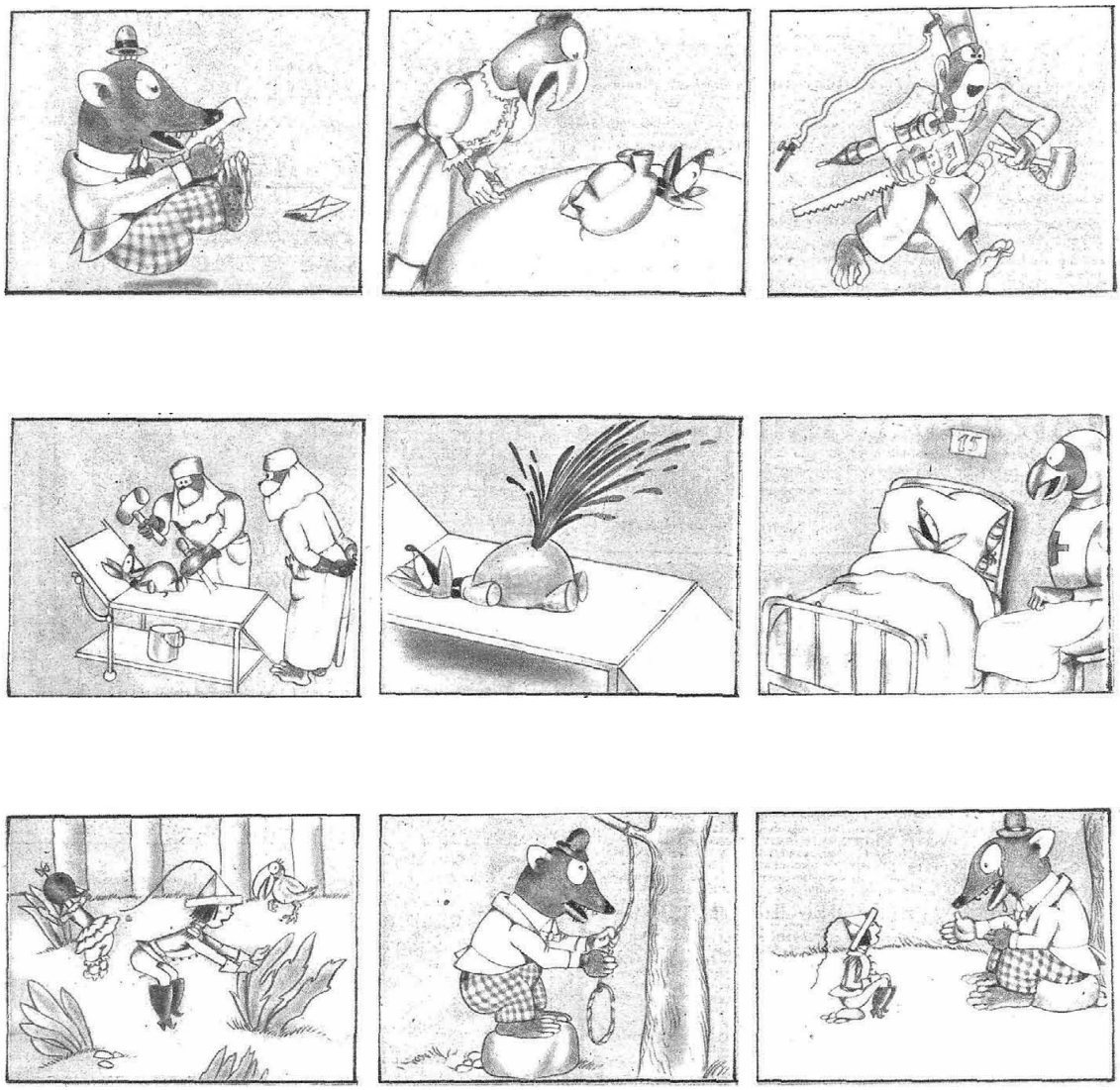
Y allá que te va la desventurada perrita al sanatorio del Doctor Gorilón. La tienden en la mesa de operaciones; pero, al ver acercarse al médico y a su ayudante armados con terrible instrumental, la miedosilla sufre tal susto, que se desmaya. "Mejor que mejor —dice el Doctor Gorilón, que además de sabio es económico—: así nos ahorramos el cloroformo."

Y se practica la operación. El médico apoya un formón sobre el ombliguito de trapo de la paciente, y su ayudante descarga un mazazo formidable. De este modo queda practicado un agujero, por el cual surge, ¡horror!, un verdadero, un trágico chorro... ¿de sangre? ¡Quia! ¡De mermelada nada más! Cuando ha salido mermelada en cantidad suficiente para llenar un tarro de considerables proporciones, Pipa abre un ojo, entreabre la boca y murmura con satisfacción: "¡Ay, qué gusto! Ya no me duele la tripita." ¡Está salvada! Sí, pero no curada, pues se ha quedado muy débil y tiene que guardar cama. La señorita Cotorrina —que ya sabemos que tiene un corazón de oro— se constituye en su enfermera.

Volvamos ya a Pipo, nuestro glorioso héroe, a quien encontramos desesperado, pues al despertarse ha visto que su compañera ha desaparecido. En vano la llama; en vano la busca, registrando matas y hierbas; en vano le ayuda, con todo celo, la gentil Cocolín (el único que no hace nada es el pájaro bobo, que está cada día más bobo).

Al fin, Pipo se interna en el bosque para seguir sus pesquisas, y lo primero que ve es un elegantísimo oso que ha anudado una soga a la rama de un árbol y se dispone a ahorcarse: "¡Eh, caballero! —grita Pipo—. ¿Qué va usted a hacer? No cometa tamaño pecado. ¿Qué le pasa para tomar esa determinación fatal?"

Entonces, el oso —en quien hemos reconocido al señor Osete—cae llorando sobre una piedra y exclama: "¡Ay de mí! ¡No he de querer matarme si mi amada, la bella Cotorrina, me ha abandonado! Después del tiempo que vengo haciendo el oso por su calle. ¡Y ya no me ama! Lea, lea lo que me ha escrito!" Y le tiende una carta empapada en lágrimas.



EPISODIO LXXXIII

LA JUSTICIA DEL REY LEÓN

"¡Ah, señor Osete! —dice Pipo después de oír el dramático relato del suicida fallido—. Somos hermanos en la desventura; usted ha perdido a su novia y yo he perdido a mi Pipa." "Pero, señor Pipo —protesta el oso—, ¿va usted a comparar a una pipa con una novia?" "Me refiero —explica el héroe— a mi fiel compañera, que se llama Pipa." "¡Ah, ya!"

Pipo prosigue: "Vamos a ayudamos mutuamente: usted me ayuda a encontrar a mi perrita, y yo le ayudo a reconquistar a su Cotorrina." Los dos se estrechan pata y mano, y el señor Osete declara: "Trato hecho. Pero para elaborar nuestros planes, lo mejor es que se venga usted a mi casa, que es suya." Y Pipo y Cocolín siguen al señor Osete.

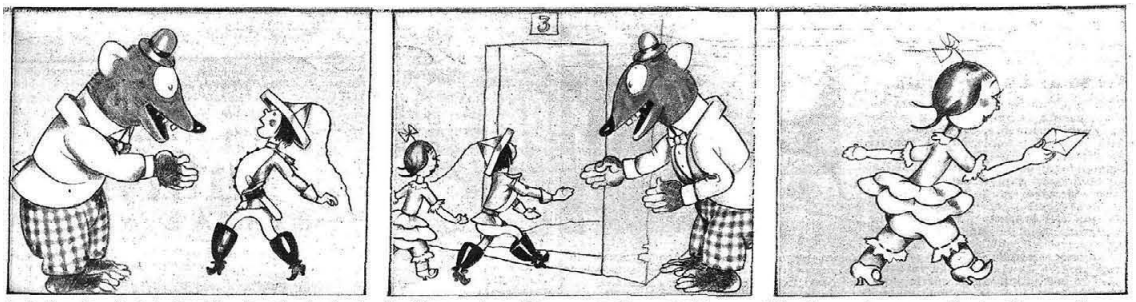
Como primera providencia, Pipo escribe una atenta carta a la señorita Cotorrina, pidiéndole una entrevista; no le dice más, pero adivinamos que ha resuelto aclarar el motivo del enfado de Cotorrina y convencerla para que reanude las relaciones con el señor Osete. Esta carta la lleva la gentil Cocolín, que sale corriendo hacia la casa de Cotorrina.

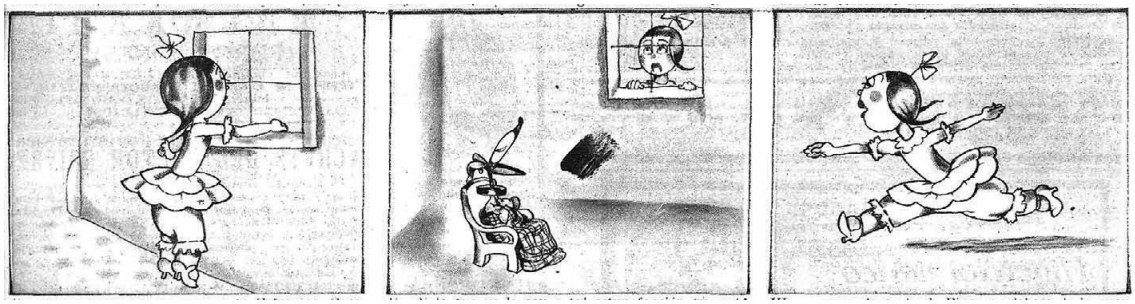
Al llegar a casa de la señorita Cotorrina, Cocolín llama al timbre, pero nadie sale a abrir la puerta. Vuelve a llamar, y entonces oye una vocecita débil, que dice: "La señorita Cotorrina ha ido a la compra y yo no puedo abrir, porque estoy malita." Intrigada Cocolín, que es un poquito curiosa, se empina de puntillas para mirar por la ventana.

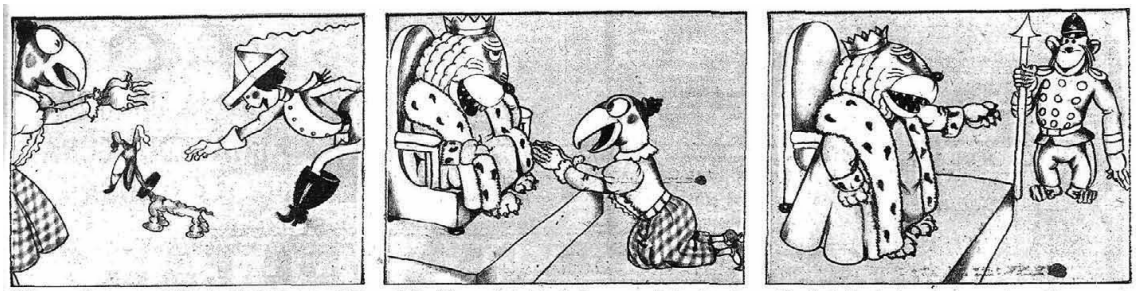
Y lo que ve le causa tal estupefacción que está a punto de caerse de... de espaldas. Ve, en el centro de la estancia, una butaca, y sentada en esta butaca está Pipa; sí, la propia Pipa, aunque nos cueste trabajo reconocerla, de tan delgadina y paliducha como se ha quedado. Al verla, Cocolín se olvida del encargo que trae; ni siquiera se le ocurre pasar la carta de Pipo por debajo de la puerta. Sale disparada, cual una exhalación, hacia la casa del señor Osete, donde entra gritando: "¡Ya encontré a Pipa! ¡Está, en casa de la señorita Cotorrina!" Oír esto Pipo y salir disparado todo es uno. Un solo brinco le basta para plantarse junto a Pipa. Está, ayudada por su bienhechora, que acaba de regresar, esboza, con patitas temblorosas, sus primeros pasos de convaleciente. Pipo no ve nada, ni siquiera echa una mirada a Cotorrina; él, tan sereno en los más terribles peligros, pierde la cabeza de alegría al volver a encontrar a su querida perrita. Se abalanza, la coge en brazos, y huye ni más ni menos que si fuera un ladrón que se lleva un objeto robado.

Y por un ladrón le toma, en efecto, la señorita Cotorrina. Ya sabemos el mal genio que se gasta esta damisela; furiosa, al ver que le arrebatan la perrita, con la cual se había encariñado ya, corre al palacio real, cae a los pies del rey, su majestad León VI, y grita: "¡Justicia, señor! Me han robado un tesoro: una perrita muy repreciosa que yo tenía!"

"¿Quién te ha robado ese tesoro?" —pregunta con un rugido. "Un chico extranjero." —contesta Cotorrina—. León VI hace una seña a sus guardias. "Que prendan inmediatamente ese chico extranjero —ordena— y que lo traigan a mi presencia." Aún no ha acabado de hablar, cuando ya han salido cuatro guardias para cumplir la orden regia.


3

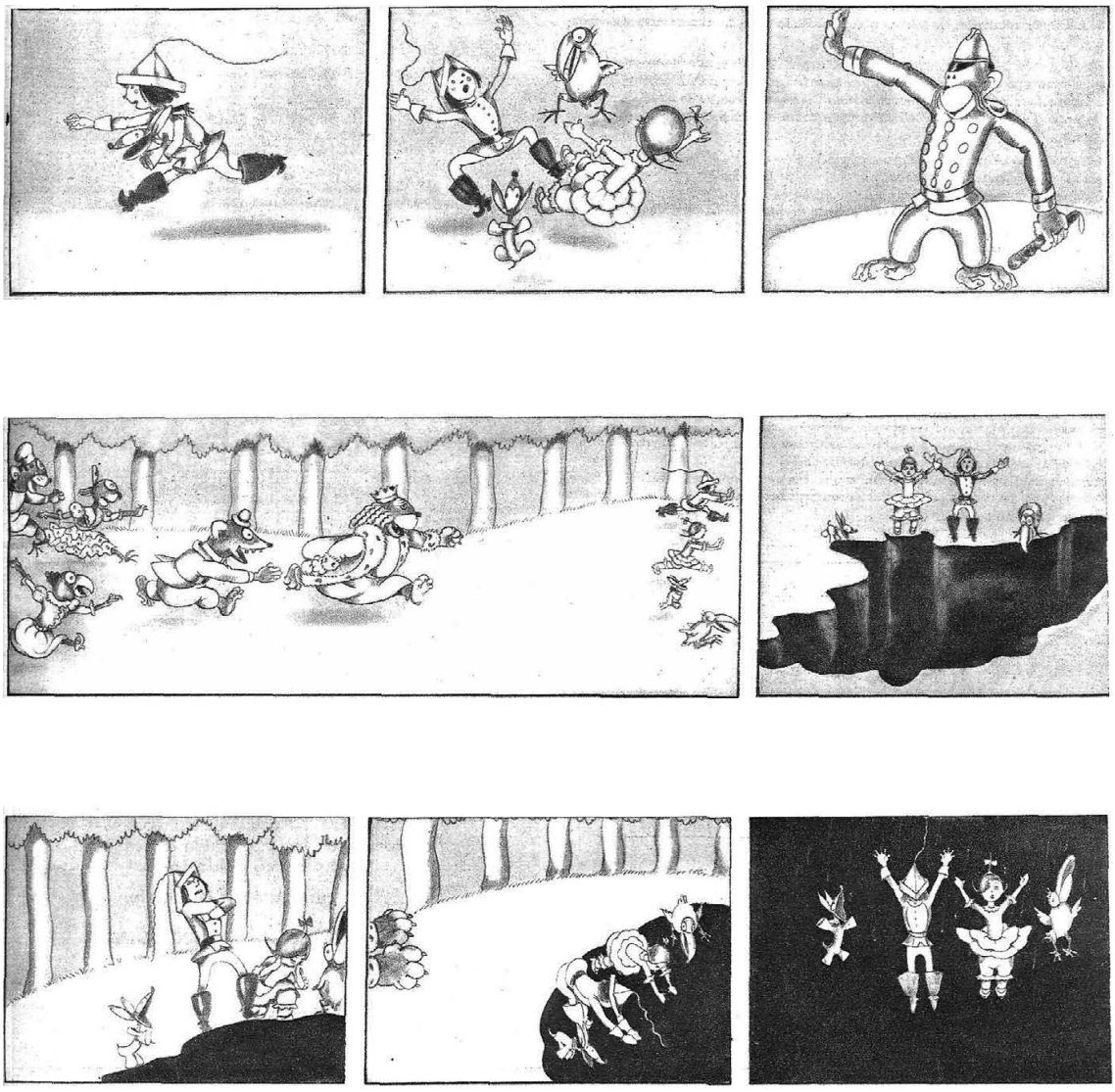




EPISODIO LXXXIV

LA PROFUNDA SIMA

¡Con qué alegría estrecha Pipo, mientras corre, a su fiel perrita entre sus brazos! Pues ¿y Pipa? Está tan contenta de verse de nuevo con su amo, que —¡fijaos!— ya está menos flaca. Y es que nada engorda tanto como la satisfacción... y la sopa de tapioca. Cuando ya están cerca de la casa del señor Osete, les sale al encuentro el pájaro bobo y la gentil Cocolín, que no ha podido dominar su impaciencia de volver a ver a Pipa, cuyo hocico cubre de besos cariñosos. Y los cuatro, encantados por verse reunidos al fin, se ponen a bailar y a cantar. Pero, ¡ay, qué poco había de durarles la alegría! De pronto, oyen una voz severa que grita: "¡Alto!" Es un mono-guardia. Se quedan asombrados, y el guardia ordena: "¡A la cárcel todo el mundo! ¡Estáis detenidos!" Al oír estas palabras, Pipo da un respingo, la gentil Cocolín lanza un grito y Pipa un ladrido. El único que se queda tan fresco es el pájaro bobo; es porque está cada día más bobo. Pero Pipo no se aviene a entregarse así como así. "¡Huyamos!" —dice—. Y echa a correr, seguido de sus tres compañeros. Lo malo es que no le siguen ellos solamente; detrás corre el guardia, que quiere cogerlos, y como el guardia ha tocado su pito, ha acudido el propio rey León en persona —quiero decir en animal— y todos los habitantes de la selva, que corren también: el señor Osete, la Lechuza Andaluza y su esposo, el pastelero señor Hojaldrete; la señorita Cotorrina, y muchos más que sentimos no recordar. Todos corren como… sí, sí, lo habéis adivinado: corren como fieras detrás de los fugitivos. Pero éstos llevan una buena delantera, y, además, van tan ligeros, que tengo la absoluta seguridad de que de seguir así, sus perseguidores no lograrían alcanzarles nunca. Y no les alcanzarían si, de pronto, nuestros amigos no se detuvieran en seco: una sima profunda que se abre en el suelo les corta el camino. En su desesperación, la gentil Cocolín se retuerce las manos, Pipa se retuerce las patas; Pipo, cruzado de brazos, permanece impasible, porque es un héroe; el pájaro bobo también permanece impasible, pero es porque es bobo. Ya han perdido toda la ventaja que tenían; ya están cerca de sus perseguidores. ¿Qué hacer? Cada segundo que pasa tiene el valor de un siglo. ¡Ah! ¡Cogidos! Ya están cogidos, o, por lo menos, van a estarlo en seguida. Con un rugido terrible, el rey León grita: "¡Ya son míos!", y su garra afiladísima se tiende amenazadora y casi toca ya el célebre casco de nuestro héroe. Entonces, Pipo tiene un gesto magnífico de rebeldía: "¡Quien me quiera que me siga!" —grita con energía—. Y, como si fuera a nadar, se tira al abismo. Ni Pipa, ni Cocolín, ni siquiera el pájaro bobo, vacilan en seguirle. ¡Pero, Dios mío, qué profunda debe ser esta sima! ¡Tres horas llevan cayendo y aún no ven el fondo! "¡Menuda tortilla nos vamos a hacer al llegar al fondo!" —gime Pipa—. "Mejor —contesta el pájaro bobo, que no comprende—; así tendremos algo que comer al llegar."



EPISODIO LXXXV

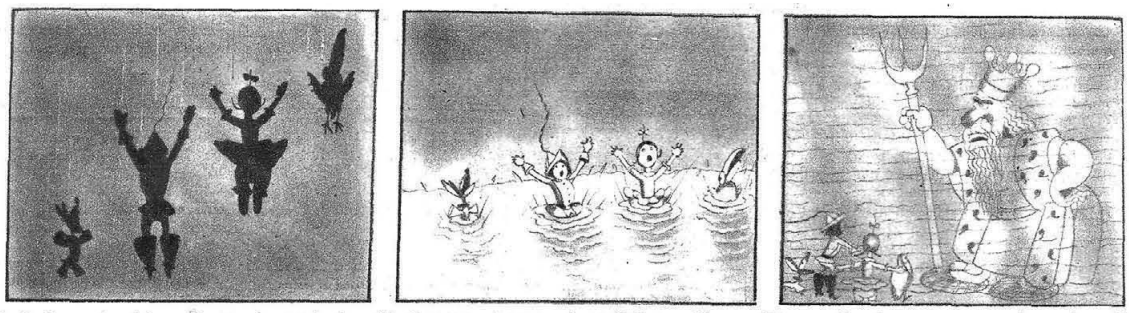
EN EL FONDO DEL MAR

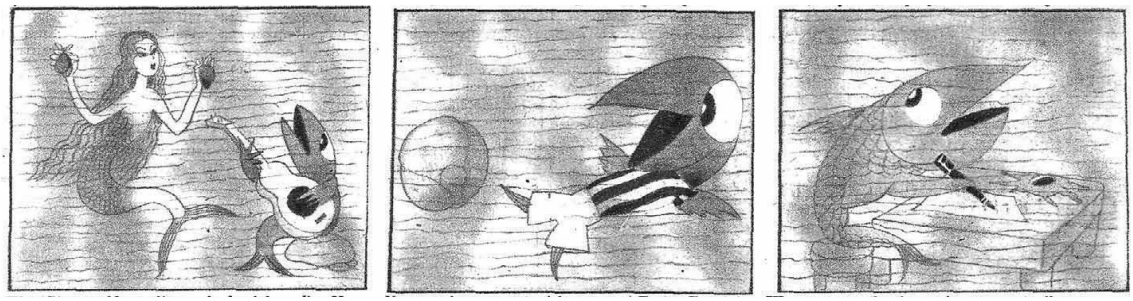
Desde que los dejamos, la semana pasada, todavía siguen cayendo nuestros cuatro amigos. ¡Ellos han caído noventa y seis horas! Pero, al fin, llega el momento trágico. ¡Oh, angustia! ¡Oh, terror! Instintivamente, los cuatro han cerrado los ojos. ¡Ay, ay, que llegan al suelo! ¡Que se aplastan! Cerremos los ojos nosotros también.

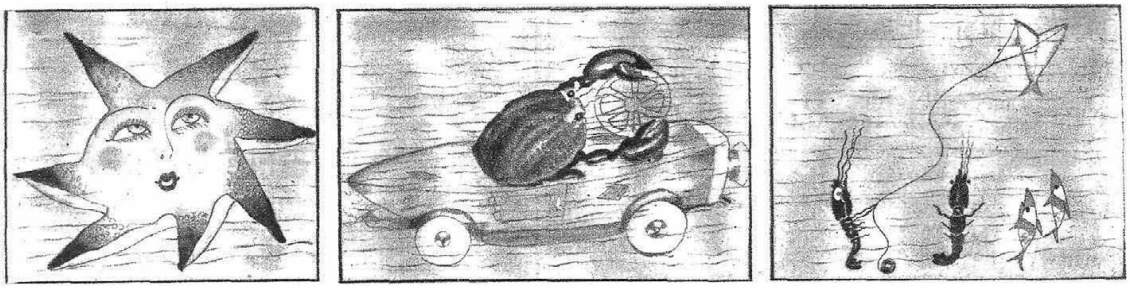
Pero no; miremos y tranquilicémonos. No se han matado; el fondo del abismo no era suelo, sino agua. En lugar del golpe hemos oído un ¡ploc! formidable. Pero al caer en el mar no se detienen nuestros amigos sino que siguen sumergiéndose, pero sin ahogarse; ¡oh, maravilla! ¡Hasta sin mojarse! Las cosas que le suceden a este gran Pipo no le pasan a nadie más que a sus compañeros, claro. Al llegar al fondo del mar, Pipa lanza un ladrido de sorpresa: "¡Anda, pero si estamos en Madrid, y en la plaza de Cánovas!" Esto lo dice porque ante ellos se yergue un señor majestuoso que lleva una corona en la cabeza y un tridente en la mano, y es, en efecto, Neptuno, el propio dios de las aguas.

"Bien venidos seáis a mis dominios —dice Neptuno—. ¿Queréis visitarlos?" "Sí, sí —exclama Pipo encantado—, deben de ser tan curiosos…" "¡Ay! —suspira el dios—. Eso era antes; ahora, con el cine y la radio, todo es igual, y hallaréis aquí las mismas cosas que en la tierra. ¿Veis aquella dama? Es una sirena. Antes cantaba bellas canciones; pero ahora se ha propuesto debutar en el Teatro Español, como "la Argentinita", "la Argentina" y "la Teresina", y se dedica al baile flamenco, acompañada por un boquerón malagueño que le sirve de "tocaor", y utilizando ostras a modo de castañuelas. Más lejos ven un pez que da coletazos a un balón. "Es el bonito, que desde que pilló un número de AS, procedente de un naufragio, se ha propuesto llegar a ser campeón de fútbol; ya no sirve ni para escabeche. Allí tenéis otro pez no menos absurdo; escribe dramas en verso y atraca a mis pobres calamares para robarles la tinta con que llenar su estilográfica; se cree un poeta y no es más que un besugo." Más lejos, el dios designa una estrella de mar que se contempla en un espejo. "Esta joven —dice— era sencilla y modosa; pero ganó un premio de belleza, y desde entonces ya no quiere ser estrella de mar, sino de cine. Ha enviado ya no sé cuantos retratos suyos a Hollywood, y ahora está aprendiendo a entornar los ojos como Marlene Dietrich. Al menos, su locura es inofensiva; no diré lo mismo del cangrejo, que, impulsado por su esposa, que estaba aburrida de pasar por Lista y no llegar más que a Hermosilla, se ha comprado un auto y se ha empeñado en batir el "record" de velocidad. Pero como el pobre sólo sabe dar marcha atrás, en cuanto pisa el acelerador hace estragos entre los "nadadeúntes"; salimos a docena de atropellos diarios."

Y el pobre dios Neptuno gime: "Todo, todo está desquiciado en mis dominios. La educación que se da a los niños es deplorable; los chicos están tan locos como los mayores; ved, si no, a los percebes, las quisquillas y los langostinos, que en lugar de ir a clase hacen novillos y se divierten con una cometa que se han fabricado con un bacalao."







EPISODIO LXXXVI

EL PÁJARO BOBO SE MAREA

Mis queridos huéspedes —dice Neptuno—, tengo que interrumpir nuestro paseo para ir a presidir un consejo de ministros." "Permitidnos, señor —suplica Pipo—, que sigamos visitando vuestros dominios." "Con mucho gusto, pero os advierto que saldréis defraudados al convenceros de que en el fondo del mar todo sucede igual que en la superficie de la tierra."

"Todo, no —murmura Pipo, mientras los cuatro se alejan—; hay cosas que no son iguales, sino mucho mejores; por ejemplo: la circulación. Ya quisieran en Madrid..." En efecto, los guardias urbanos, que son peces-porras, cumplen su cometido a las mil maravillas. "¿Sabes, Pipo, lo que me gustaría ver? —dice la gentil Cocolín— Pues las fábricas de perlas." Una anciana carpa que vuelve de la compra, con su cesta en la aleta, les indica el camino y llegan a un lugar donde varios peces japoneses despachan las perlas por millones de millones. Pipo, siempre tan galante y rumboso, se apresura a obsequiar a su compañera con un magnífico collar, por el cual paga "tles peletas", sin regatear ni nada.

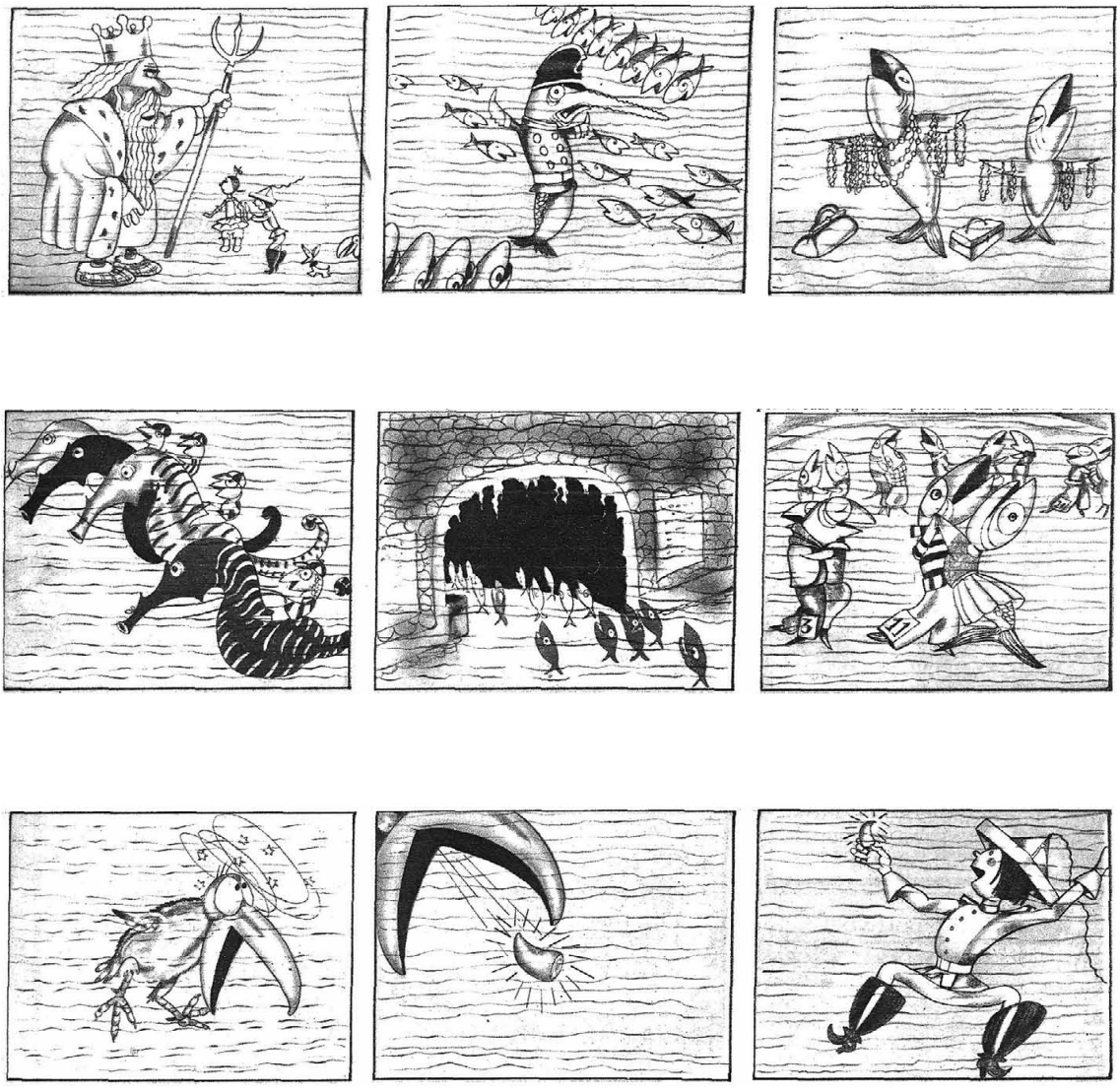
Ven un grupo numeroso de peces de todos los colores que se dirigen en una misma dirección: "¿Adonde irán?" —pregunta Pipa moviendo la cola con curiosidad—. Siguen la corriente —nunca mejor empleada la expresión— y llegan a un hipódromo, donde se celebran carreras de "hipocampos" —o sea caballitos de mar— montados por flacos lenguados.

Al acabarse la carrera de caballos marítima, todo el mundo corre hacia un edificio muy grande, ante el cual hay formada una cola considerable, una cola de pescado, naturalmente. Nuestros cuatro amigos esperan su tumo para entrar, y, al fin, se hallan en un recinto donde leen un enorme cartel que dice: "¡Ellos han bailado nueve mil horas!"

¡Es un campeonato de natación bailada! En el centro de la pista se ven congrios enlazados con pescadillas, barbos con barbas, carpas con bacalaos y meros con tomate, que dan vueltas y vueltas. Decepcionados, salen de allí exclamando: "Para ver esto no valía la pena de bajar al fondo del mar." Pero el pájaro bobo tiene una actitud extraña.

Se sostiene el pico con las patas, lanza gemidos, anda haciendo eses... ¡Cielos! ¿Habrá pescado una merluza? Claro que en los lugares en que se hallan no tendría nada de particular; pero no, el pájaro bobo no ha probado el vino; está mareado sencillamente de ver a los "bailarines-nadadines" dar vueltas. El pobre tiene náuseas, y, de pronto, arroja algo que es... ¡oh, maravilla!, el famoso colmillo del leopardo pardo, llamado Leonardo, el precioso talismán que ha de devolver la belleza y la dicha a la noble familia de los Rataplán de Patiditero, y que, como recordaréis, el pájaro bobo se tragó, hace de esto bastante tiempo. Pipo se precipita y lo coge.

"¡Ya ha vuelto a mis manos! —exclama el héroe—, ya puedo realizar todos mis deseos." Pipa, prudente, le tira de la chaqueta: "Cuidado, mi amo —advierte—, recuerda que está descompuesto y hace lo contrario de lo que se le pide." Pipo sonríe: "No te preocupes, que ya lo tengo en cuenta." Y, en efecto, lo tiene en cuenta al hacer la primera petición.



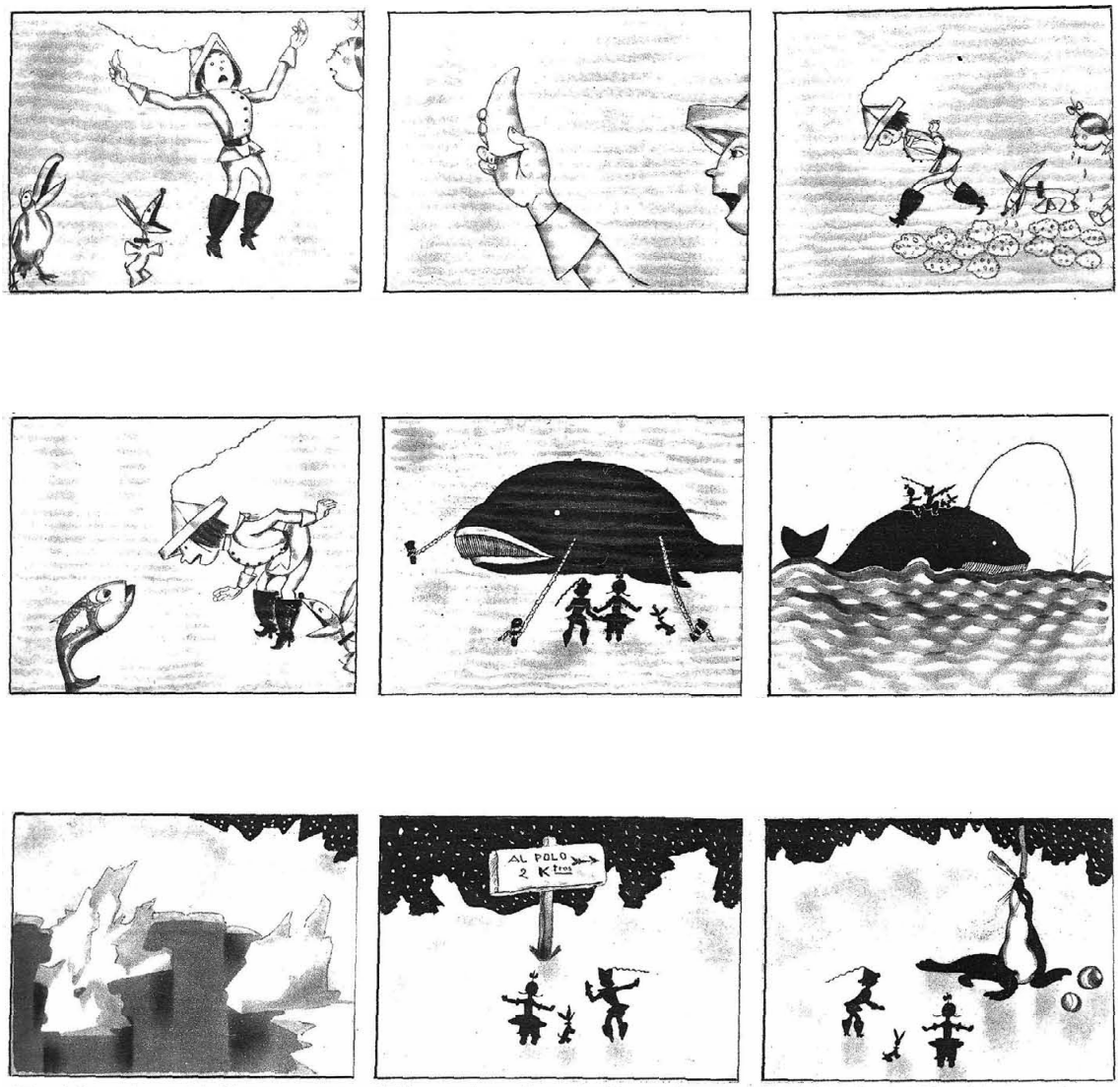
EPISODIO LXXXVII

AL POLO

"¿Qué os parece que le pidamos al talismán?" —pregunta Pipo—. "¡Volver a la tierra!" —exclaman sus compañeros—. "Lo mismo opino yo" —dice el héroe—. Y, en vista de ello, ordena al colmillo mágico: "Llévanos a mil leguas de aquí, alejándonos de la tierra aun más de lo que estamos." Y cuando esperan que el talismán obedezca esta orden al revés... ¿Sabéis lo que pasa? Pues que no pasa nada. Pipo considera el colmillo con estupor. ¿Es que ya no opera ni en un sentido ni en otro? "Claro —exclama una voz—; como que es un talismán de tierra; en el mar no tiene ningún poder." Esto, que no es ninguna tontería, lo ha dicho el pájaro bobo. Desde que ya no tiene el talismán dentro del cuerpo, se ha vuelto listo. Y tiene razón; el talismán no les sirve para volver a la tierra. Ante este descubrimiento, Cocolín y Pipa, desoladas, rompen a llorar: "¡Ya no veré más el sol!" —gime la una—. "¡Y con lo mal que se come aquí!" —gime la otra—. Esta "otra", que tanto se preocupa de su alimentación, huelga decir cuál es. Entretanto, el héroe pasea meditabundo, preocupado. En sus idas y venidas se encuentra con la mirada de un pequeño pez, clavada en él con expresión singular. "Atuncito, tú que eres bonito —le dice Pipo—, ¿no podrías indicarnos la manera de salir de aquí?" El atún no contesta, porque es mudo... como un pez. Pero mueve la cola y echa a nadar volviendo la cabeza hacia Pipo, como hacen los perros cuando quieren que se les siga. Pipo, intrigado, camina detrás de él y no tarda en hallarse ante una formidable ballena que está realizando grandes preparativos de viaje: "¿Adonde va usted, señora Ballena?" —le pregunta—. "Me voy a la tierra, a veranear, como todos los años —contesta la dama, dándose mucho tono.

La ballena consiente en llevar a nuestros amigos "¿Pero no pesarán mucho?" —pregunta cuando se disponen a montar sobre ella—. "¡Quia, no señora! —protesta Pipa—. Pregúnteles a los lectores de ESTAMPA y ya verá cómo dicen que no somos pesados." El pájaro bobo ha preferido quedarse en el mar y hacerse pez volador. A los demás los lleva la ballena a la superficie del mar, y ya navegan tres días, al cabo de los cuales. Pipo grita, cual Colón: "¡Tierra!" Pipa estornuda, y es que hace mucho frío, porque el lugar donde veranea la señora Ballena es nada menos que la Groenlandia; están rodeados de *icebergs*. ¡No importa! Encantado de hallarse en tierra firme; mejor dicho, en hielo firme, nuestros amigos se despiden muy finamente de la señora Ballena y echan a andar; a los pocos pasos encuentran un letrero que dice: "Al Polo, dos kilómetros." "Qué lástima —dice Pipo— que no tengamos una bandera; habríamos descubierto el Polo Norte." Siguen su camino y ven una foca que hace juegos malabares con dos palitos y tres pelotas.

"¿Dónde ha aprendido usted a hacer estos ejercicios tan graciosos?" —le pregunta Pipo—. "En un circo donde me amaestraron —contesta la foca—. Pero como tenía calor en todas partes, un día me escapé y me volví a mi país, con mis instrumentos de trabajo, gracias a los cuales gano el pez crudo de cada día haciendo exhibiciones ante mis paisanos."

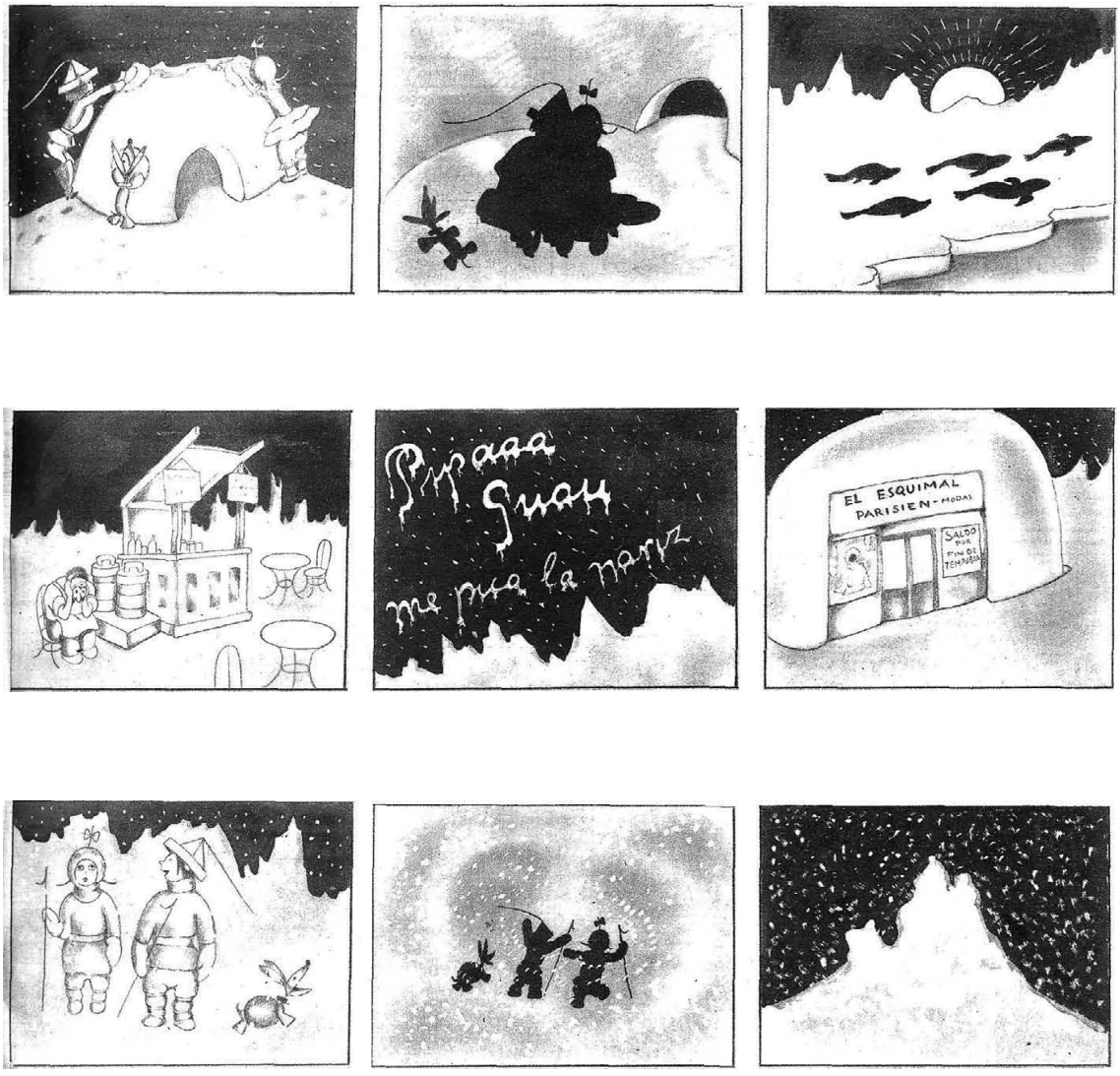

AL POLO
2 K fros

EPISODIO LXXXVIII

SEPULTADOS EN LA NIEVE

Cae la noche y no es cosa de dormir sobre el suelo raso; mejor dicho, sobre la nieve rasa. "¡Que traigan una fonda!" —exclama Pipa—. "Ahora mismo vamos a edificar una" —dice su amo—. Y, en efecto, los tres exploradores ponen manos a la obra con tal entusiasmo que en pocos momentos se eleva una estupenda casita de nieve que no es un modelo de confort, puesto que en ella faltan algunos detalles, entre otros el de la calefacción central, pero que, al menos, les sirve de albergue para pasar la noche y esperar la llegada de la aurora, que es una señora bastante madrugadora. Al salir el sol... canta la perdiz, ya lo sé; pero, además, despiertan nuestros amigos, se levantan, abandonan su refugio, y prosiguen su camino. Al cabo de un rato se encuentran con un espectáculo singular: unas cuantas focas, tumbadas en el suelo, panza arriba, están tomando baños de sol para estar a la moda. "Ahora me explico —dice Cocolín— por qué las focas tienen ese hermoso color tostado." Un poco más allá hay un puesto de horchata, cuyo dueño se mesa los cabellos con desesperación. Pipo se acerca, compasivo: "¿Qué le pasa a usted, señor horchatero? —pregunta—. Se conoce que los refrescos aquí no son negocio, ¿eh?" "Lo peor —contesta el buen hombre— es que todavía no he podido averiguarlo en los diez años que llevo aquí; porque si nadie quiere horchata, en cambio tengo la enorme ventaja de que la materia prima, el hielo, me sale de balde. Y ¿quién no aprovecha semejante ganga?". Se alejan nuestros amigos, dejando al horchatero entregado a sus preocupaciones; van tiritando; el frío es espantoso, tanto, que las palabras, al salir de la boca, se hielan en el aire. "No me gusta este país —declara Pipa— y no comprendo cómo hay gente a quien le divierte ir a jugar al polo." Afortunadamente, el gran Pipo tiene recursos para todo. "Si tenemos tanto frío —dice— es… porque lo hace, naturalmente, pero también porque no tenemos trajes adecuados a este clima. Tenemos que vestimos de exploradores." Y se dirigen a los almacenes llamados "El esquimal parisién".

Entran en esta tienda de novedades, y al poco rato salen con magníficos trajes completamente polares. Verdad es que no han encontrado ninguno para Pipa, porque no se hacen trajes de explorador para perrita; pero Pipo ha tenido la idea, genial como suya, de ponerle un manguito de señora, que ha quedado convertido en abriguito. Pipa va tan contenta porque ya no tiene frío, y, además, porque se encuentra elegantísima, que la muy presumida se olvida hasta de gruñir para contemplarse en todos los espejos —o sea en todos los trozos de hielo— que le salen al paso. Pero de pronto ocurre lo que tenía que suceder, y es que se levanta la tempestad de nieve que no puede faltar nunca en ningún relato de expedición polar. El viento ruge siniestramente, y torbellinos fantásticos de blancos copos envuelven, ciegan, ahogan a nuestros tres amigos. Cuando, por fin, se calma la tormenta, Pipo, Pipa y Cocolín han desaparecido; quiero decir que no se les ve cubiertos por el terrible sudario, que lo mismo puede parecer de azúcar que de algodón en rama.

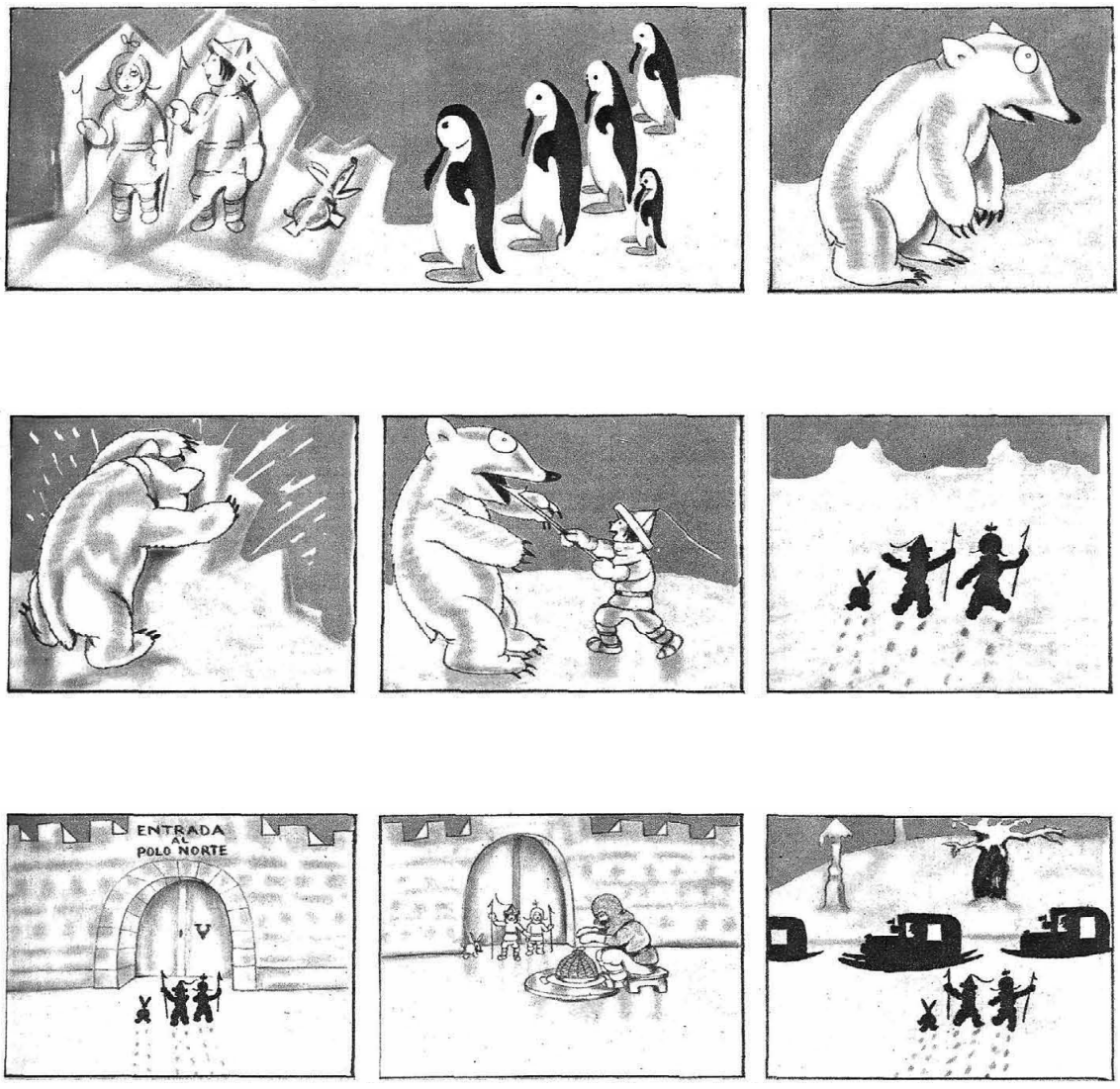

Pppaaa
Juan
me pica la nariz
EL ESQUIMAL
PARISIEN - MODAS
SALDO
POR
FIN DE
TEMPORADA

EPISODIO LXXXIX

EN EL POLO NORTE

Poco a poco, la nieve que envuelve a nuestros amigos se ha ido helando de tal modo que se vuelve dura y transparente como el cristal; encerrados en este fanal improvisado, Pipo, Pipa y Cocolín están absolutamente inmovilizados, lo cual es terriblemente incómodo para ellos; en cambio, el espectáculo resulta bastante divertido, pues parece que se los ve a través de la luna de un escaparate. Un señor pingüino que pasa por allí se queda estupefacto y a grandes gritos llama a todos sus conocidos: "¡Eh, venid a ver!" Todos acuden, se agrupan ante el escaparate de hielo, se empujan unos a otros, se empinan sobre la punta de las patas para ver mejor. "Es una nueva tienda de ropas hechas" —dice uno—. "Más bien, creo yo, que lo que se vende son los tres muñecos" —dice otro—. Un pingüinito tira a su madre del brazo y lloriquea: "¡Yo quería uno! ¡Cómprame el niño, mamá pingüina!" "Deben de costar mucho dinero" —dice la mamá—. "¡Entonces, cómprame la perra, que si no cojo una!" —repite el pingüinito—. "Es lástima que no sepamos el precio; debían tener etiqueta." En esto, un oso polar, que es todo blanco, quizá porque se ha restregado mucho contra la nieve, se acerca, atraído por el grupo y las voces, y abriéndose paso a fuerza de puños, va a pegar su nariz contra el hielo. Al verlo, Pipo tiene una idea estupenda: le saca la lengua y le hace burla. Y, claro, el oso, que, como sabéis, es muy susceptible, se ofende, y, furioso, la emprende a puñetazos contra "la luna", hasta que la rompe. Ya están libres de su encierro nuestros amigos. ¡Uf! Pero, ¡ay!, el oso sigue incomodado y se dispone a atacar al insolente a mordiscos y arañazos. Afortunadamente, Pipo no pierde su sangre fría —más que fría, está helada— y con su arpón logra deshacerse de su adversario, que queda tendido en el suelo completamente "knock-out". En cuanto a los pingüinitos, tal susto se han llevado al ver que los supuestos "muñecos" se mueven, que huyen despavoridos. Y, tranquilamente, los tres compañeros emprenden de nuevo, por la llanura blanca, el camino hacia el Polo. Tras de unas horas de marcha, ven, al fin unas murallas altísimas, brillantes y transparentes, que están formadas con bloques de hielo de ésos que vemos a veces por la calle que un señor lleva al hombro. En medio de la muralla hay una puerta con un letrero que dice: "Entrada al Polo Norte". Pipo llama; una voz contesta desde dentro: "Adelante." Y entran. Junto a un brasero se está calentando un "polar", que debe de ser, por las señas, el portero de la ciudad. Les grita: "¡Cierren pronto esa puerta que hay corriente de aire!". Ya están dentro del Polo Norte, y Pipo, siempre gran turista, propone una visita a la ciudad. Pero Cocolín murmura: "Yo estoy un poquito cansada." Y Pipo refunfuña: "Y yo tengo hambre."

"Entonces —dice Pipo—, lo mejor será buscar primero alojamiento y comida." Precisamente cerca de la puerta hay una parada de "taxis-trineos". Suben a uno y el héroe ordena al chofer: "Llévenos a una buena fonda." "La mejor —contesta el chófer— es la de "La Foca de Plata"." Y hacia allí se dirige, presuroso, el trineo que conduce a nuestros amigos.

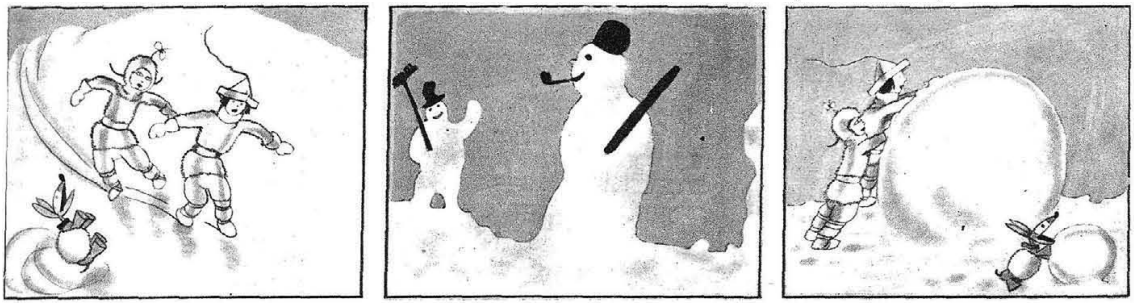

ENTRADA
AL
POLO NORTE

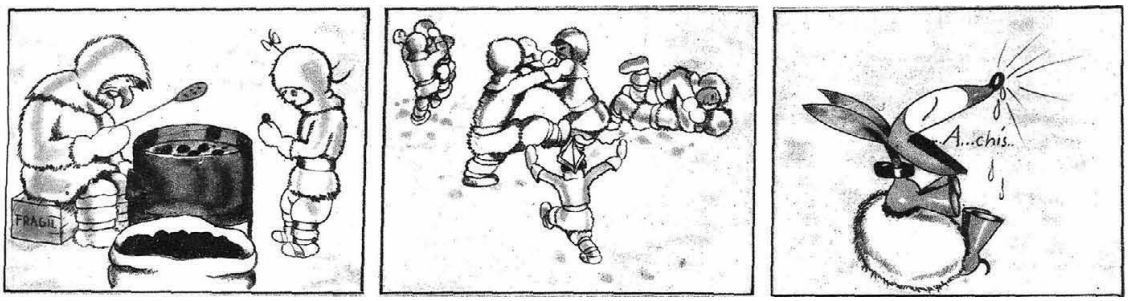
EPISODIO XC

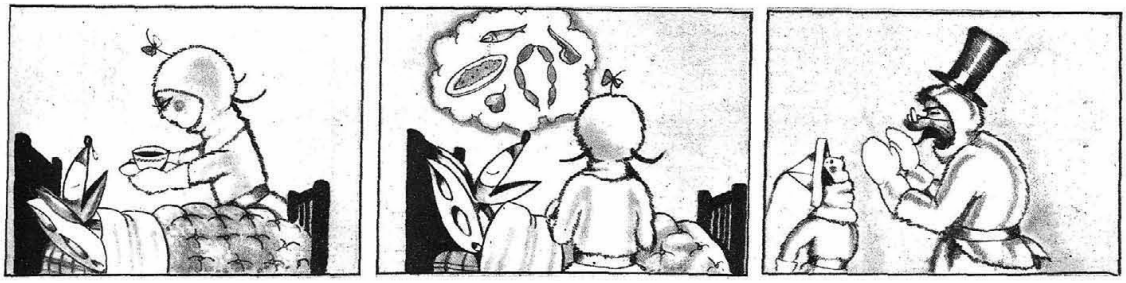
PIPA SE HIELA

Después de descansar un rato en la fonda y de tomar una merienda compuesta de fiambres de foca con mayonesa, ensalada y sorbetes, nuestros amigos salen a visitar la ciudad. Pero en el Polo no se puede andar: hay que patinar; Pipo y Cocolín, que son unos deportistas formidables, se divierten de lo lindo, pero la pobre Pipa, que en su vida calzó patines va dando traspiés y cada diez pasos describe una fenomenal voltereta. Como perfectos turistas, admiran los monumentos de la ciudad; no son de piedra ni de bronce; son las efigies de los esquimales ilustres, hechas con nieve, a la salida de clase por los esquimalitos, que son todos muy aficionados a la escultura.

Después de contemplar como se debe aquellas maravillas artísticas, nuestros amigos hacen grandes bolas de nieve. "Lo que es el material no falta. Así da gusto." —dice Pipo—. "¡Qué va a dar gusto! —protesta lla perrita—. ¡Con el frío que hace! Daría gusto jugar con la nieve si hiciese calor." "No te apures, rica —dice la gentil Cocolín—, allí veo un puesto de castañas y voy a comprar diez de "calentitas". ¡Ya verás qué bien nos sientan!" Pero al acercarse al puesto con su perra gorda, ¿cuál no es la desilusión de Cocolín al ver que las castañas no están calentitas, sino completamente heladas? ¡Claro! Como que son "marrons glacés". Cuando vuelve junto a sus compañeros, Cocolín ve un espectáculo terrible: varios "polares" se pegan a puñetazo limpio. Pipo, siempre "hidalguesco", se precipita hacia ellos para separarlos: "¡Eh, señores! —les grita—. ¿Qué hacen ustedes?" "Nos estamos calentando" —contesta uno de ellos—. "Ya lo veo —insiste Pipo—, y eso está muy mal. Haya paz" "¡Pero si es que nos estamos "calentando" porque este es nuestro sistema de calefacción!" Y el que así habla le arrea amablemente un puntapié a otro que acaba de obsequiarle con un puñetazo en las narices. Pipo les vuelve la espalda y se acerca a un termómetro; el mercurio marca sesenta grados bajo cero. "¡Qué bajo está el termómetro!" —exclama—. "Y tan bajo —dice Pipa— como que aquí, por lo visto, cuelgan los termómetros casi a ras de tierra. Ya podían colocarlos más altos, porque así no es de extrañar que haga tanto frío. Lo que es yo, estoy he..." Pero un estornudo formidable le corta la palabra. La pobre perrita se ha constipado. A escape, sus compañeros se la llevan a la fonda, la meten en la cama y Cocolín le trae una infusión de tila, otra de manzanilla, otra de té, pero, ¡ay!, todas están frías. Pipa se queja: "¡Me duelen las cuatro patas! ¡Ay!, qué dolores siento en el rabo y en la punta de las orejas." Luego ya ni sabe lo que se dice: habla de salchichas calientes, de sol hermoso, de abanicos y de pasteles… Está delirando. Pipo, asustado manda venir un médico. Este respetable galeno esquimal, que está muy bien educado, en cuanto entra se apresura a saludar a nuestros amigos frotando su nariz contra la de ellos. Luego ausculta a la enfermita y declara: "Está muy grave; se le ha helado el serrín en las venas; si no logramos producir el deshielo antes de una hora, morirá esta noche."




FRAGIL
A...chis..



EPISODIO XCI

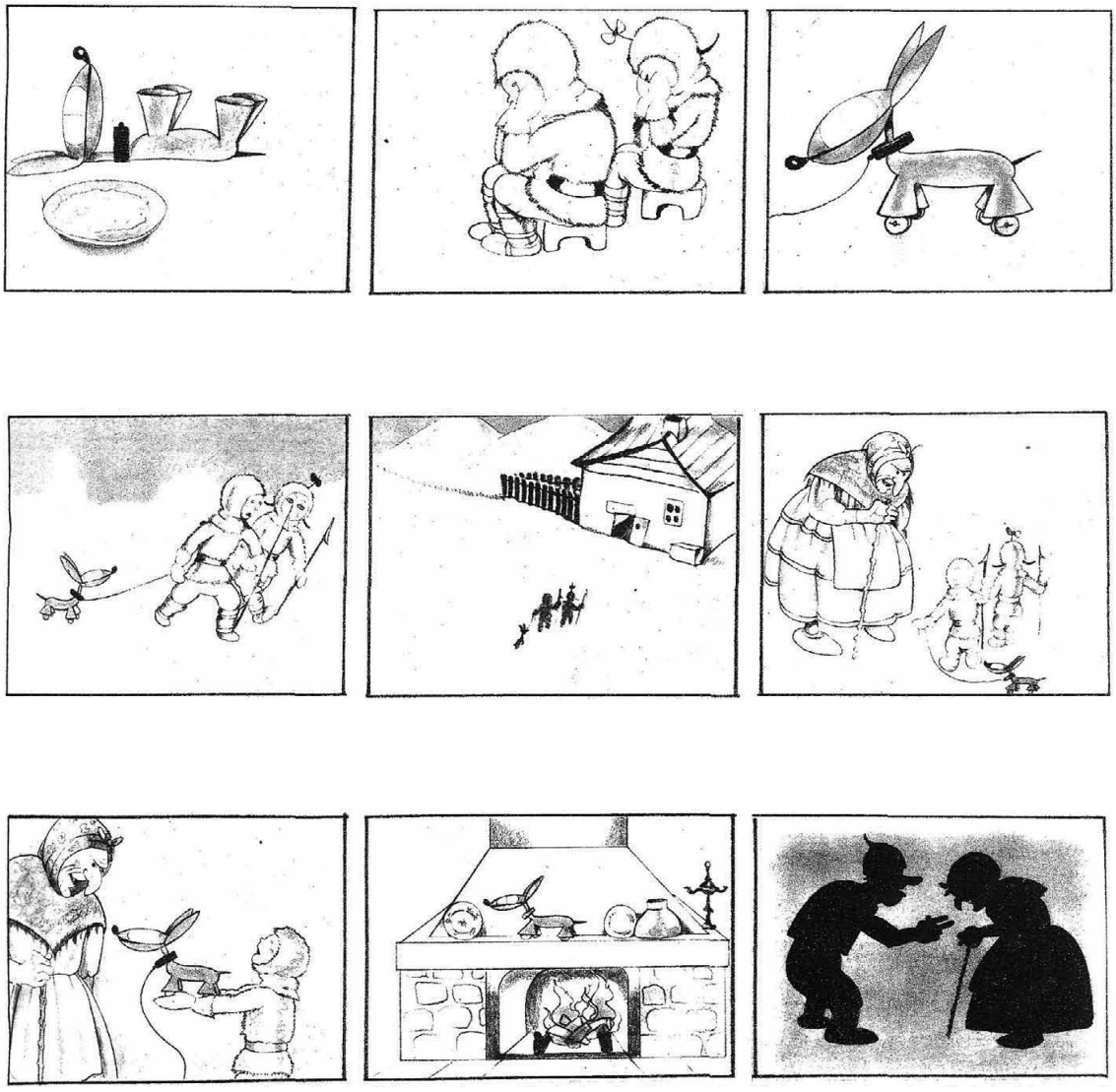
LA CASITA EN LA ESTEPA RUSA

¡Se acabó! El mal ya no tiene remedio; Pipa está helada y bien helada. Su amo ha intentado, para reanimarla, una prueba decisiva: ha colocado junto a ella un plato de arroz con leche, con sus preciosos dibujos de canela y su apetitoso olorcillo, ¡Y nada! La perrita ha seguido con los ojos cerrados y las patitas tiesas. ¡Ni siquiera le ha temblado el hocico!

Perdida ya toda esperanza, Pipo y Cocolín lloran desconsoladamente la desgracia de su compañerita: "¡Pobre Pipa! —gime Pipo—. ¡Con lo simpática que era! ¡Y tan gruñoncita!" "¡Ya, ya! —asiente Cocolín hipando de pena—. ¡Y tan tragoncita, y tan dormiloncita, y tan perezosina!" "¡Vámonos del Polo! —exclama Pipo—. Yo no me quedo en un lugar que guarda para mí tan tristes recuerdos." "¡Ay, qué pena separarnos de Pipa, dejarla aquí sola!" —exclama Cocolín—. "¿Dejarla? ¿Separarnos? ¡Nunca! Nos la llevamos." "¿No pesará demasiado?" "¡Claro! Como que nos la llevamos andando." "Pero, Pipo, ¿qué dices? ¡Si ya no puede andar!" "Andando, no; rodando," Y le pone unas ruedecitas a Pipa en las patas, y así, tirando de ella, como si fuese uno de esos carritos de la basura, tan divertidos, o un autito mecánico, al que se le hubiera roto la cuerda, Pipo y Cocolín emprenden el camino con dirección hacia el Sur, buscando climas menos rigurosos donde no se hielen las perritas. Cruzan la Laponia, tuercen un poco a mano derecha y llegan a una inmensa y desolada llanura, donde, al menos, crece hierba. Es una estepa, pues están en Rusia. Después de muchos días de camino vislumbran a lo lejos una casita; mejor dicho, una "isba", hacia la cual se dirigen. Llaman a la puerta: "¿Quién va?" —pregunta dentro una voz cascada—. "Viajeros extenuados que piden albergue" —dice Pipo.

La puerta se abre y se encuentran ante una vieja de nariz ganchuda y boca sin dientes. "Pasen, amiguitos —les dice—. Mi marido es leñador y ha ido al monte, pero no tardará en venir." Les da de cenar un plato de "sakuska" y una copa de "vodka"; luego les ofrece el pajar para dormir. "Pero, ¿dónde dejaré yo mi perrita, que está helada?" —pregunta el héroe.

"Pues si está helada —dice la vieja—, ¿tienes más que cogerla del rabo y tirarla por la ventana?" "¡Tirar a Pipa por la ventana! —exclama el héroe horrorizado—. No, señora; lo que busco es un sitio donde dejarla muy requetebién colocadita." "Bueno, pues ponía sobre la chimenea, que ahí no la tocará, nadie." Así lo hace Pipo, después de darle un beso en el hocico, la coloca tierna y cuidadosamente en el reborde de la chimenea de campana, entre un puchero de barro de Leningrado y un plato pintado de Talavera de la Zarina. Luego se va con Cocolín al pajar, a dormir, pues están extenuados por el viaje y las emociones. Nosotros nos quedamos en la cocina, donde al poco rato vemos entrar al marido de la vieja, que vuelve del monte con su carga de leña. Ya es noche cerrada; la cocina sólo está débilmente iluminada por el fuego que muere en la chimenea, y a cuya luz vislumbramos las siluetas de los dos viejos, que hablan muy bajito. ¿No es verdad que esto es algo sospechoso? A mí este matrimonio me da mala espina.



EPISODIO XCII

EL COSACO Y SU SACO

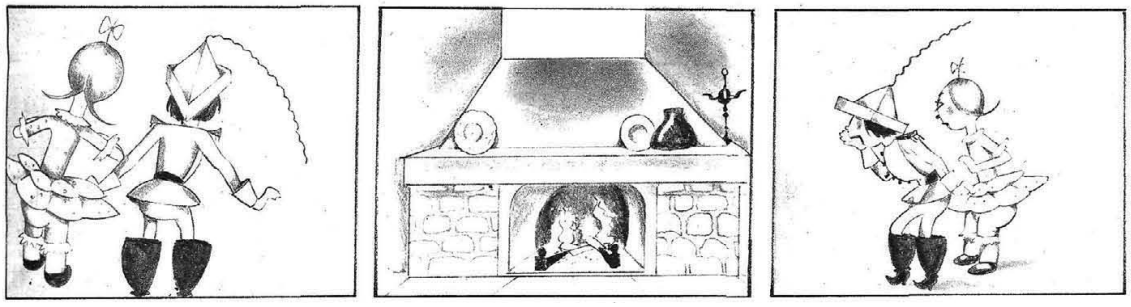
Apenas amanece, cuando Pipo y Cocolín despiertan en el pajar: "Ea —dice en seguida el héroe—, vamos a coger a nuestra pobre Pipa para seguir nuestro camino." Entran en la sala de la "isba", donde la víspera dejaron a la perrita sobre la chimenea. Pero, ¡oh, sorpresa! ¡Pipa ya no está allí! Encima de la chimenea, entre el puchero de Leningrado y el plato de Talavera de la Zarina, hay un sitio vacío. ¿Qué misterio es éste? ¿Quién se ha llevado a la perrita helada? "Quizá —sugiere la gentil Cocolín— la vieja la ha quitado al hacer la limpieza y se le ha olvidado volverla a poner." Pero no; en vano buscan a Pipa por todos los rincones. Pipa ha desaparecido. Hay que poner en claro este misterio.

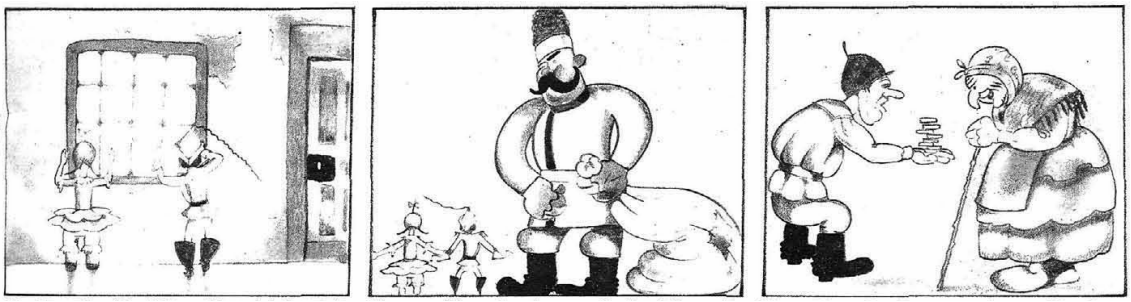
La vieja debe de tener la clave del enigma y la llaman; pero a sus llamadas no contesta nadie; en la "isba" el silencio es sepulcral. "¡Ay, Pipo! —exclama Cocolín, muy asustada—, yo tengo miedo; todo esto es muy raro; vámonos de aquí." El héroe no tiene miedo ninguno, pero consiente en irse de allí. "Bueno —dice—, vámonos y fuera seguiremos buscando a Pipa." Pero al ir a abrir la puerta se encuentran con que está cerrada por fuera. "Saltemos por la ventana —dice Pipo—; la altura es escasa." Y al abrir la ventana se encuentran con que tiene una reja de unos barrotes enormes. ¡Dios mío! ¿Pero es que están encerrados para siempre? ¿Es que ya no van a poder salir de aquella "isba" perdida en la estepa rusa? ¡Ah, sí, la puerta se abre! Pero más valiera que no se hubiera abierto; porque lo que aparece por ella es un gigantón vestido de cosaco del Don, como ésos que salen a cantar en los teatros; pero éste no viene a cantar, no; trae un saco enorme, y antes de darse cuenta de lo que les pasa, Pipo y Cocolín se encuentran metidos dentro del saco. Entre tanto, en la buhardilla de la "isba" misteriosa, el viejo matrimonio, que ya conocemos, se frota las manos con alegría y cuenta unos rublos de oro. Es el dinero que les han entregado a cambio de nuestros amigos, porque estos siniestros viejos son, ¡horror!, vendedores de niños.

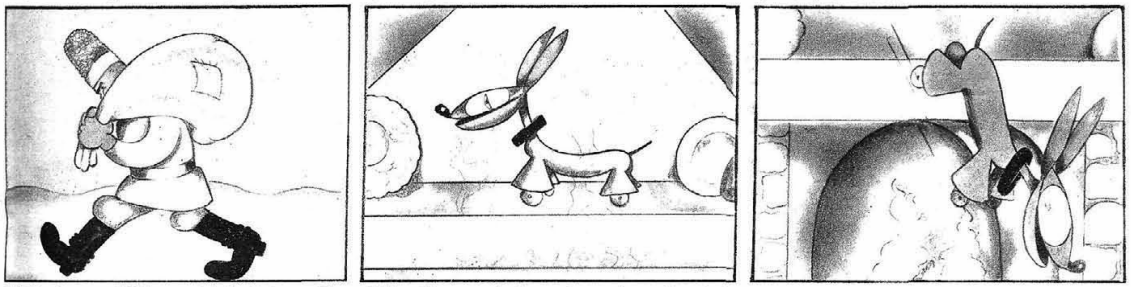
Ya el cosaco del Don se aleja llevándose a Pipo y Cocolín en su saco. ¿Adonde se los llevará? Cualquiera lo sabe; cualquiera y nosotros, que lo sabremos probablemente también el domingo que viene. Por ahora, nos sigue preocupando el enigma de Pipa. ¿Dónde estará la perrita helada? Yo os lo diré, y primero habéis de saber que ya no está helada.

Al poco rato de quedarse sola encima de la chimenea, el calor de la lumbre empezó a invadirla, y suavemente fue deshelando el serrín de sus venas. ¡Y la perrita resucitó! En seguida pensó en dos cosas: en reunirse con su amo y en comer. Para una y otra cosa tenía que bajar de la chimenea, y así lo hizo; pero al ir a salir oyó venir gente.

Se refugió en un viejo arcón, y desde su escondite pudo, por una rendija de la madera, ver entrar al viejo matrimonio, y con espanto oyó toda su conversación. Oyó cómo tramaban la venta de sus pequeños huéspedes al terrible cosaco. Se le pusieron las orejas de punta y os aseguro que poco le faltó para quedarse helada otra vez, y no de frío.







EPISODIO XCIII

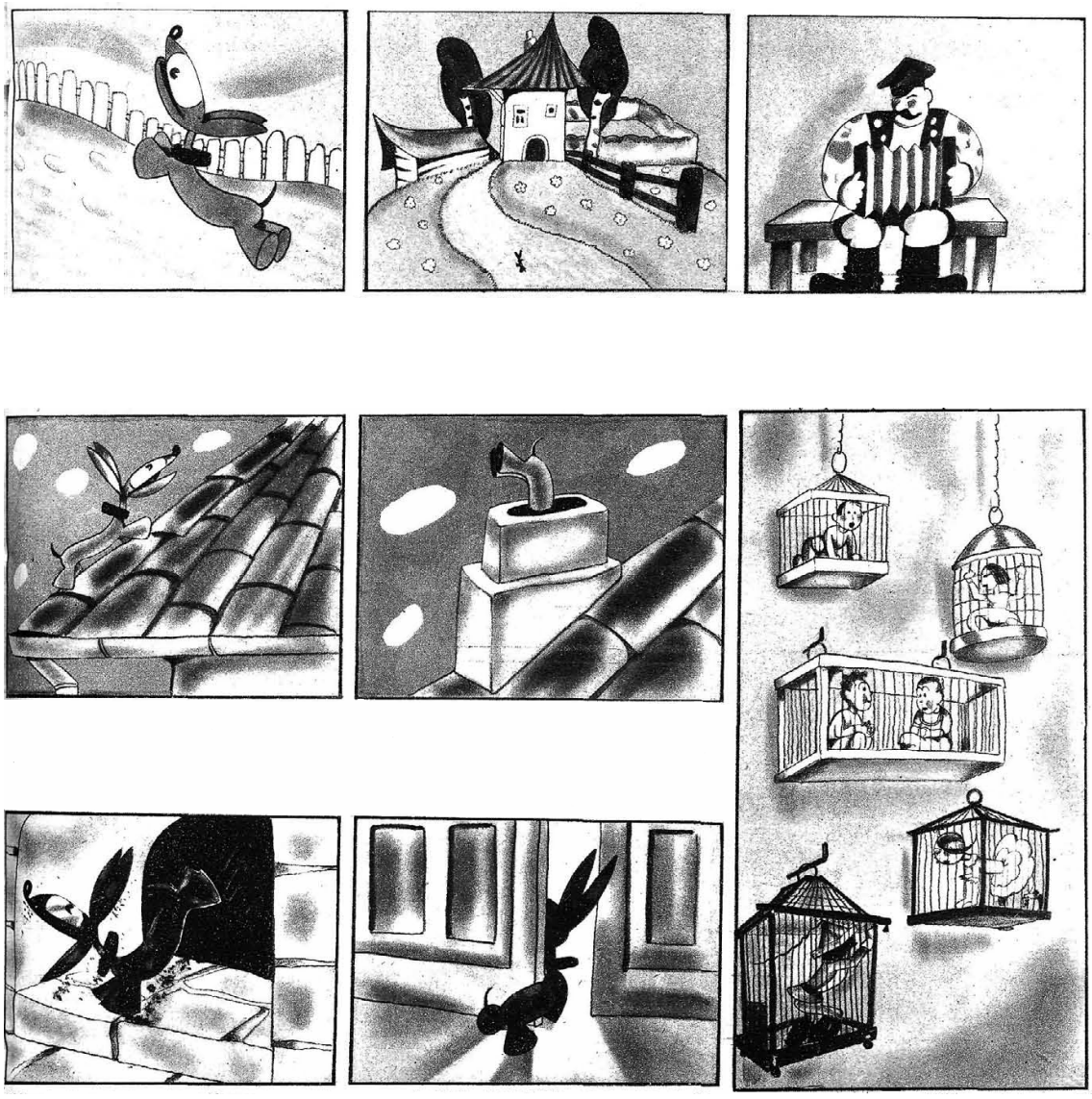
LA TERRIBLE NIÑERÍA DEL COSACO

Pipa será todo lo miedosilla que queráis, pero en tratándose de que su amo esté en peligro se convierte instantáneamente en una Agustina de Aragón. Apenas ha salido el formidable Katapoff (así se llama el cosaco; perdonadme que me haya retrasado algo en presentároslo) llevándose a Pipo y Cocolín, cuando ella sale a su vez de su escondite y se lanza en pos de él. Tal es la fuerza del coloso que no nota siquiera el peso de la carga que lleva al hombro; va cantando aquello de los "segadores" o los "pasteleros" o lo que sea del Volga, y anda tan ligero que Pipa lo pierde de vista, y si logra seguirle es gracias a su olfato. Así, se encuentra, al fin, ante una nueva "isba" más siniestra que la anterior.

Ante la puerta hay un cosaco tocando el acordeón (todos los cosacos tocan el acordeón). Este tío debe de ser por lo menos primo de Katapoff, pues tiene una cara de bruto bastante parecida a la suya. Naturalmente, Pipa se mantiene a prudente distancia de la "isba" siniestra; pero no por eso renuncia a entrar; ya que no puede ser por la puerta, decide entrar por una ventana. Pero tampoco puede ser, porque las ventanas están situadas a gran altura y, además, cerradas. Pero no en vano lleva tanto tiempo la perrita en compañía de un maestro de ingenio como es el gran Pipo. En seguida se le ocurre una idea que casi sería digna de su amo. Trepa por la tubería del agua, y de este modo llega al tejado. Una vez que se halla en tan elevada posición, se dirige hacia la chimenea; por suerte no sale humo, lo cual indica que no está la lumbre encendida. Pipa no vacila arriba de medio minuto, y ¡pluff!, de cabeza se tira chimenea abajo, sin más preocupación que la de encomendarse al perrito de San Roque, su patrón.

Cuando llega abajo, Pipa está completamente pasada de moda, puesto que ya no es moda ponerse negra, y ella está cubierta de hollín, hasta el punto de que a su lado Josefina Baker resultaría pálida, entre otras razones, porque palidecería de envidia. Pero bien poco le importa a nuestra perrita el color de su piel, o sea de trapo. A pesar de que suele ser bastante presumidilla, ni siquiera piensa en mirarse al espejo y se apresura a recorrer la casa en busca de su amo, de cuya presencia cercana le advierte su olfato. Recorre pasillos, sube y baja escaleras, cruza habitaciones y llega, al fin, ante una puerta, tras la cual se oye un extraño murmullo. Empuja la puerta y se halla ante un espectáculo impresionante.

Es una habitación inmensa, de cuyo techo y paredes penden incontables jaulas. Aquello podría parecer una pajarería; pero no, no son pájaros lo que contienen aquellas jaulas, sino niños; no es una pajarería: es una "niñería" lo que allí tiene el terrible cosaco Katapoff. Y en una de aquellas jaulas. Pipa reconoce a Cocolín, y en otra ve... al gran Pipo.



EPISODIO XCIV

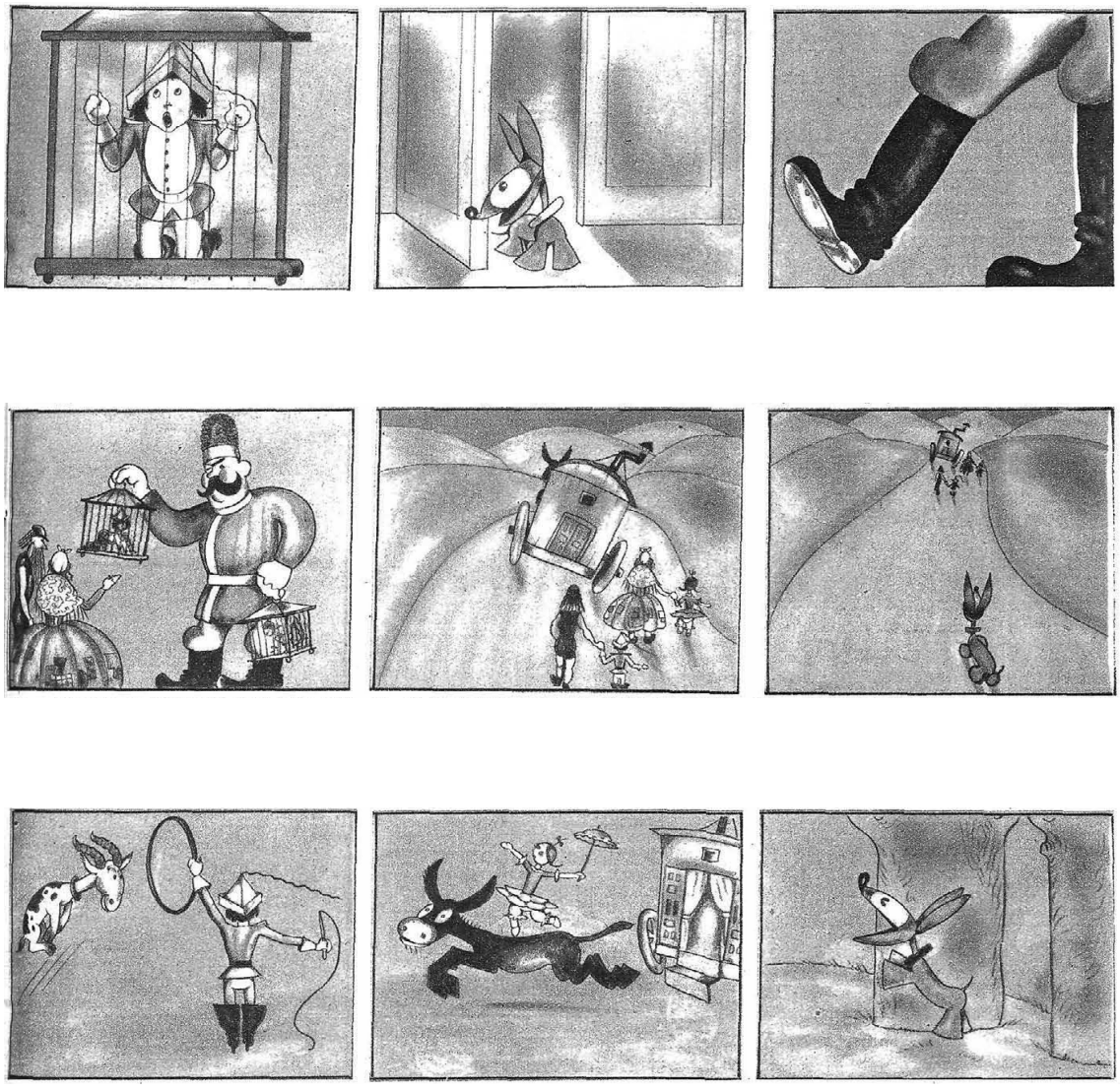
LOS TITIRITEROS

El estar encerrado en una jaula como un pajarito debe ser bastante aburrido, ¿verdad? Para Pipo es peor que aburrido, porque así es como, por sus compañeros de enjaulamiento, se entera de la suerte que le espera, y esta suerte es de las más negras. Parece ser que el cosaco Katapoff se dedica al comercio de niños, para venderlos a los titiriteros.

Al oír esto, la gentil Cocolín empieza a llorar y el propio Pipo se estremece. Precisamente este es el momento en que llega Pipa y lo oye todo; se dispone a entrar en la "niñería" gritando: "¡No temas, mi amo! ¡Aquí estoy yo para salvarte!" Pero oye un ruido como de truenos y se oculta detrás de la puerta. El ruido es de pisadas; pero estas pisadas son las del formidable cosaco, que llega con sus enormes botazas. Le acompañan dos personas, una pareja de gitanos rusos, muy feos y muy viejos, vestidos de mil colores: "Deseamos —dicen— un niño morenito y una niña rubita." "Recién compraditos de ayer los tengo." —exclama el cosaco—. Y les muestra las jaulas de Pipo y Cocolín. Al verlos, los gitanos disimulan su entusiasmo. "¡No están mal! —dice la vieja—. ¿Cuánto pides por ellos?" "Por la chica, ciento cincuenta rublos, y doscientos por el chico" —dice Katapoff—. "¡Es muy caro!" —exclama el gitano—. "¿Caro? —protesta el cosaco—. Pero ¿os habéis fijado en su hermoso gorro?" "Te doy por el chico ciento setenta rublos." "No puedo rebajar."

Al fin, después de muchas discusiones y regateos, se hace la venta, y los gitanos se llevan a Pipo y Cocolín. Y allá van, carretera adelante, nuestros amigos, de la mano de los gitanos, detrás de un carromato desvencijado, tirado por un borriquillo esquelético. Van los dos tristes y cabizbajos, bien lejos de sospechar que a cierta distancia los sigue su querida perrita, su fiel compañera, su simpática Pipa. Porque ya comprenderéis que ésta, que asistió a la venta de nuestros amigos, no los iba a abandonar así como así. Y los sigue, en espera de una ocasión de ayudarlos y salvarlos de aquella vida miserable que les amenaza. En las cercanías de un pueblo los gitanos se detienen.

Y nuestros héroes emprenden su aprendizaje de titiriteros. Bajo la mirada vigilante de sus dueños, Pipo adiestra una cabra más loca que una ídem y, además, medio-ciega y sorda del todo, a saltar graciosamente a través de un aro. Entre tanto, la gentil Cocolín se ve obligada a realizar ejercicios de equitación, de esos de alta escuela, y le sirve de montura el esquelético borriquillo, tan cochambroso el pobre, que apenas puede resistir el peso de la ingrávida y graciosa "écuyère". ¡Imposible negarse a practicar estos duros y difíciles trabajos! El gitano los vigila, látigo en mano, y la gitana les ha avisado que si no obedecen no se les dará de comer. Así Pipo y Cocolín tienen que ganar duramente el pan negro y el plato de judías, que constituye su única alimentación. Pero, seguramente, la existencia les resultaría menos amarga si supieran que, además de la mirada horrible de los gitanos, los vigila una mirada dulce y cordial. Pipa, oculta detrás de un árbol, no los pierde de vista, aun cuando no se atreve a salir de su escondite.



EPISODIO XCV

PIPA ES TONTA DE CIRCO

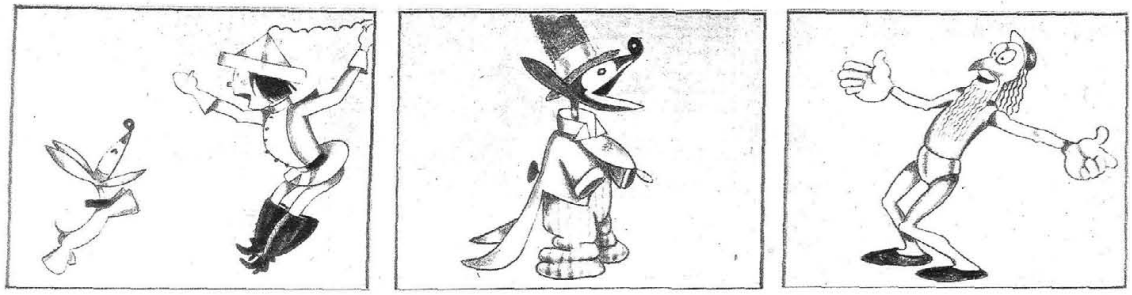
Después del ensayo de sus ejercicios, Pipo, encerrado por los gitanos en el horrible carromato, medita tristemente: "¿Qué habrá sido de Pipa?" De pronto suena a sus pies un alegre ladrido: "¡Tú —grita—, tú, viva: tú, deshelada; tú, aquí!" Sí, es Pipa, que ha entrado por la ventana; su amo la abraza llorando de emoción.

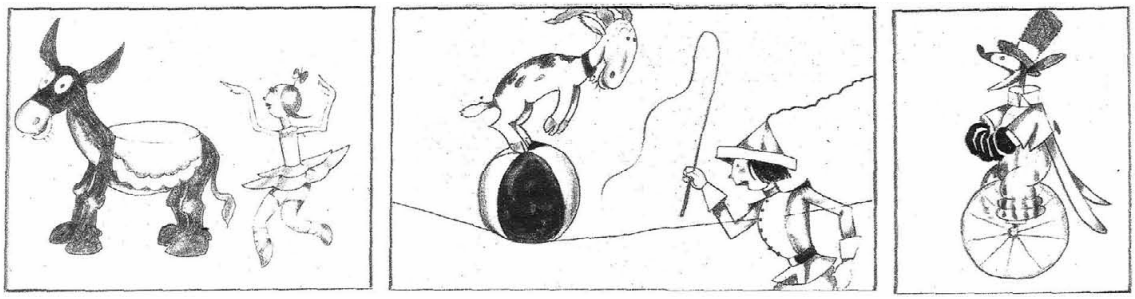
Pero si los gitanos encuentran a la perrita son capaces de echarla a puntapiés; Pipo tiene una idea de las suyas. Va a un rincón del carromato, donde hay un montón de trapos viejos, por lo cual se le llama pomposamente "el guardarropa", y con la habilidad que le caracteriza confecciona para su fiel compañera un traje estupendo de tonto de circo.

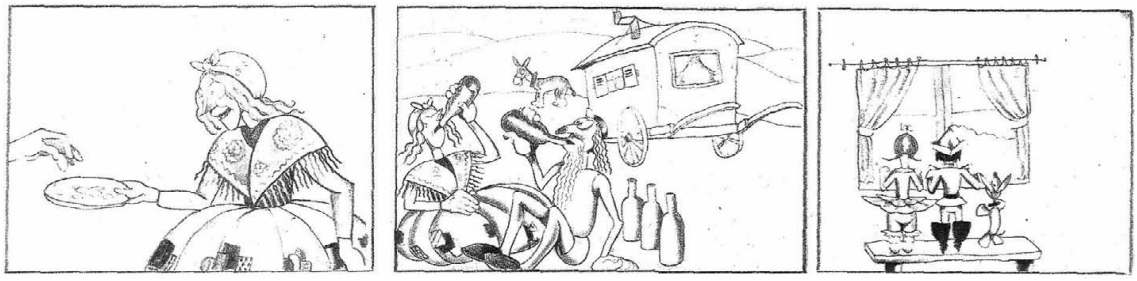
Luego presenta la perrita al gitano: "Aquí tiene usted una nueva artista" —le dice—. El viejo, al ver a Pipa, empieza por tumbarse de risa (la verdad, es que Pipa está graciosa, ¿no os parece?); luego se frota sus huesudas manos con satisfacción. "Ya tengo la compañía completa" —declara—. Instala su circo en la plaza de un pueblecito tártaro, y se da la primera función. Sale Cocolín, monísima de "écuyère", con su vestidito de tul rosa bordado de lentejuelas, y realiza ejercicios maravillosos de "alta escuela" sobre el viejo y cochambroso borriquillo de la "troupe". El público, entusiasmado, la aplaude y le echa caramelos y avena. La avena es para el borrico, claro.

El segundo número es el del célebre domador Pipo, que presenta a su cabra amaestrada. Tan bien amaestrada está la pobre que no se nota siquiera que está medio ciega, totalmente sorda y padece reuma. El público no cesa de gritar: "Nitchevo!" (que es la palabra que a los rusos les sirve para todo), y Pipo saluda fieramente con su látigo de domador. Pero lo que más éxito consigue, más que la gentileza de Cocolín y el talento de Pipo, es la "tozuda de la hilaridad" que sale montada en una rueda de bicicleta y tocando el acordeón. La gente llora de risa al verla, y Pipa, orgullosísima de este triunfo, casi no se acuerda de que tiene un miedo horrible a caerse. En fin, el público se divierte tanto que, cuando terminado el espectáculo, la vieja pasa el guante (se dice así, pero no es un guante, que es un platillo), lo llenan de "kopeks" y de rublos. En pocos momentos recoge una verdadera fortunita, y como estos gitanos son aún más codiciosos que malos, su alegría es inmensa. "Con estos artistas… —piensan—, hemos hecho nuestra fortuna. Esto hay que celebrarlo." Y dicen a nuestros tres amigos: "En premio a lo bien que os habéis portado, y por el dinero que nos habéis hecho ganar..., vamos a beber a vuestra salud." Y así lo hacen aquellos malvados e ingratos. Se disponen un festín suculento y lo riegan con innumerables botellas de "vodka"; mientras, los "artistas" los contemplan por la ventana.

"¡Se están hinchando —dice Pipa—, y a nosotros ni esto! Con lo ricos que deben de estar aquellos "sakuska" de caviar." (Hay que ver lo bien que ladra Pipa el ruso.) "¡Y lo que beben!" —añade Cocolín—. Pero Pipo sonríe: "Mejor para nosotros" —declara—. ¿Qué significarán estas palabras enigmáticas?





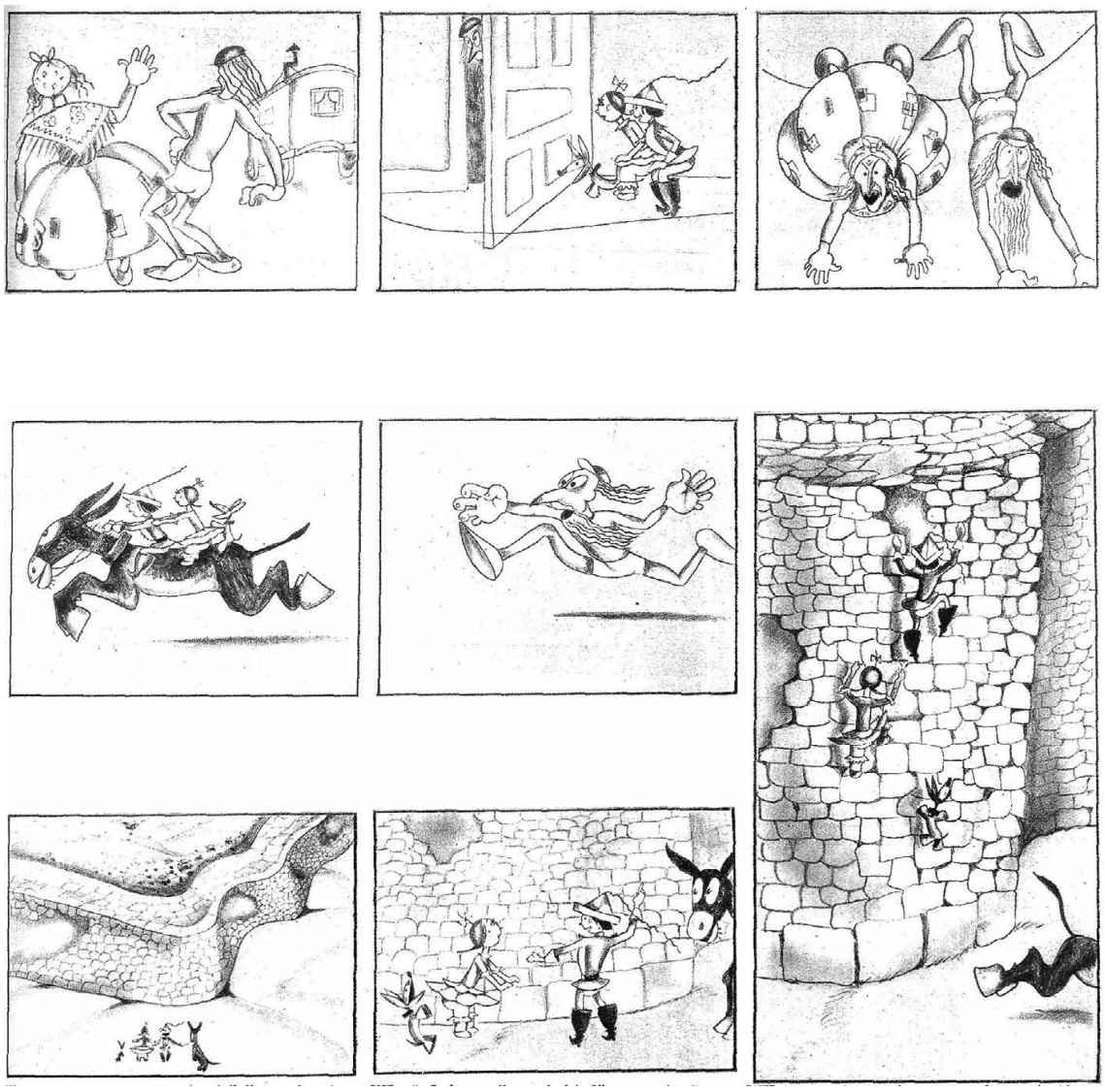


EPISODIO XCVI

LA MURALLA DE LA CHINA

Copita de *vodka* que te va, copaza de *vodka* que te viene, ya lo teníamos previsto: los gitanos acaban completamente borrachos. Esto ya comprenderéis que lo tenía previsto Pipo. Desde su observatorio, tras la ventanuca del carromato, ve con satisfacción cómo el dulce matrimonio se acerca haciendo eses, dispuesto a dormir la "mona" aun cuando ya sabemos que no figura ninguna mona en la *troupe*. Este es el momento que esperaba nuestro héroe; ayudado por sus compañeros, tiende una cuerda ante la puerta del carromato, y en seguida los tres se ocultan detrás de la puerta. ¡Ah!, ya entran los dos borrachos; vienen cantando "¡Volga! ¡Volga!", y tal es su... "animación" que no ven la cuerda, se enredan los pies en ella, y, ¡patatrás!, caen de bruces. Pero aún no han llegado al suelo, cuando ya Pipo, rápido como una centella, ha cogido a Cocolín de una mano, de una pata a Pipa, y sale con ellos corriendo hacia el burro, el buen borriquillo que los conoce y los quiere, porque en lugar de tratarle a palos como sus amos, le han amaestrado con caricias y buenas palabras. Dócilmente, Tirabeque (¡Ah!, ¿con que no sabíais que el borrico de los gitanos se llamaba Tirabeque? Perdonadme, se me había olvidado presentároslo) se deja montar por sus amigos, y encantado por librarse de los odiosos gitanos, echa a correr cuanto puede, que no es mucho, por supuesto. "¡Se escapa la compañía!" —ha gritado la vieja, súbitamente despejada ante tamaña catástrofe—. También al viejo se le disipa en el acto la borrachera y se lanza en persecución de los fugitivos. ¡Qué bárbaro! ¡Lo que corre! Claro, como que lleva el cuerpo lleno de alcohol, y esto para un viejo borracho ruso es como para un automóvil llevar el motor bien repleto de gasolina. Sin embargo, Tirabeque lleva mucha delantera, y sus jinetes, viéndose salvados, cantan ya a coro: "¡Que no nos coge, que no nos coge!" Cuando, de repente, el borriquillo se para en seco: una muralla le cierra el paso. Es una muralla enorme, altísima, escarpadísima, larguísima.

"¿Qué muralla será ésta?" —pregunta Cocolín—. "Debe de ser la de la China" —dice Pipo—. "¿Qué hacemos?" —ladra Pipa—. "Trepar por ella y pasar al otro lado" —contesta Pipo—. Al oír estas palabras, Tirabeque tiene un respingo: "Burro soy, que no mosca, y esto es peor todavía que estar con los gitanos." Y vuelve grupas y se aleja, mientras que nuestros amigos emprenden su fantástica ascensión. Por fortuna, las piedras, desgastadas por miles de siglos, ofrecen algunas anfractuosidades donde apoyar los pies; con todo y con eso, no parece posible que nuestros amigos logren llegar a la cima, desde donde chinitos y chinitas contemplan, estupefactos, aquel espectáculo jamás visto.



EPISODIO XCVII

LA NARANJA DE LA CHINA

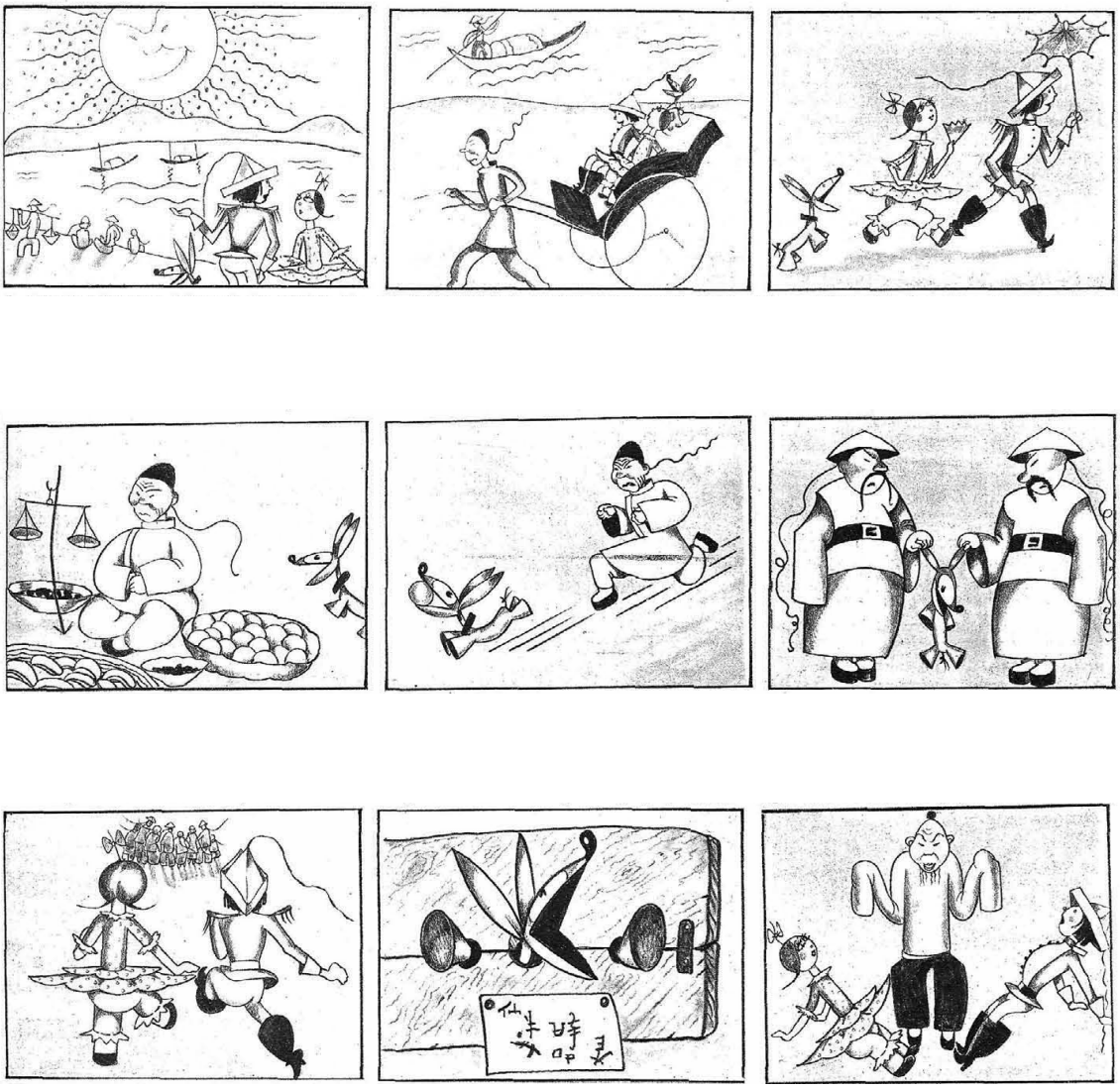
Tras de esfuerzos y fatigas sin fin, nuestros héroes logran trepar hasta lo alto de la muralla, y con peligros gravísimos consiguen luego deslizarse por la muralla hasta el suelo, donde son acogidos con una ovación formidable por todos los chinitos y las chinitas que han presenciado con asombro esta hazaña inverosímil.

"¡Ya estamos en la China, compañeros!" —exclama Pipo—. "Y en la China, ¿qué es lo que se hace?" —pregunta Cocolín—. "Pues lo mismo que en todas partes: irse a una fonda." Suben los tres a un ligero carrito tirado por un pobre *culí,* que los lleva corriendo al Hotel del Dragón de Oro. Después de comerse un plato de arroz con almejas, nuestros héroes se van a dar un paseíto por las calles de Pekín. Pipo se ha comprado una estupenda sombrilla de papel. Cocolín agita graciosamente un abanico de marfil, y Pipa va tan ufana y satisfecha porque su amo le ha decorado el rabo con un botón de coral, ni más ni menos que si fuese toda una señora mandarina de primera clase.

Muy entretenidos van paseando, cuando al pasar junto a un puesto de frutas, a Pipa se le ocurre una idea. (¡Dios mío, las ideas de Pipa! Hay para echarse a temblar.) Piensa: "Como los chinos parece ser que son tan fáciles de engañar, le voy a quitar a ese frutero una naranja y no se dará cuenta." Y dicho y hecho: abre el hocico y arrambla con una magnífica naranja... de la China. Pero el tal frutero no es tan "engañable" como se lo figuraba la traviesa perrita; con el rabillo del ojo ha visto la escena y se precipita hacia Pipa, que sale huyendo, perseguida por el chino enfurecido. Pipo y Cocolín no se han dado cuenta de nada, porque están contemplando un malabarista que hace juegos preciosos con media docena de jarrones de China, tres sandías, una silla y cuatro mondadientes. "¡A ésa! ¡A ésa!" —va gritando el frutero—. Estos gritos atraen a dos guardias de Asalto que se apoderan de Pipa y le dicen: "Eche usted *p'alante."* Pero como se lo dicen en chino, y la pobre no los entiende, la cogen cada uno de una oreja y se la llevan detenida.

Entre tanto, Pipo se ha dado cuenta de la desaparición de su fiel compañera. "¡Pipa! ¡Pipa! ¡Pipa!" —llama—. "¡Pipa! ¡Pipa!" —repite Cocolín—. Nada; Pipa no contesta, Pipa no aparece. "No se gana para sustos con esta perrita." —dice Pipo—. Cuando ven un grupo de gente y allá van corriendo. ¿Será un atropello? ¿Será Pipa que...? Pero, ¡ay!, es peor... Ven a Pipa, a la simpática Pipa, con la cabeza y las patas metidas en un terrible cepo de madera, sobre, el cual hay un letrero que dice... Bueno, lo que dice, como está en chino, ni yo lo entiendo ni lo entienden. Pipo ni Cocolín. Uno les explica: "Por haber robado una naranja se le tiene así, en espera del castigo que le corresponde."

"¿Y qué castigo es ése?" —pregunta Pipo, trémulo de emoción—. "Pues aquí, a los ladrones se les corta la mano con que han cometido su delito." "Pero esta perrita no ha podido coger una naranja con la pata." —protesta el héroe—. Y el chino asiente tranquilamente: "¡Claro! La ha cogido con la boca; por eso, lo que se le cortará es la cabeza."



EPISODIO XCVIII

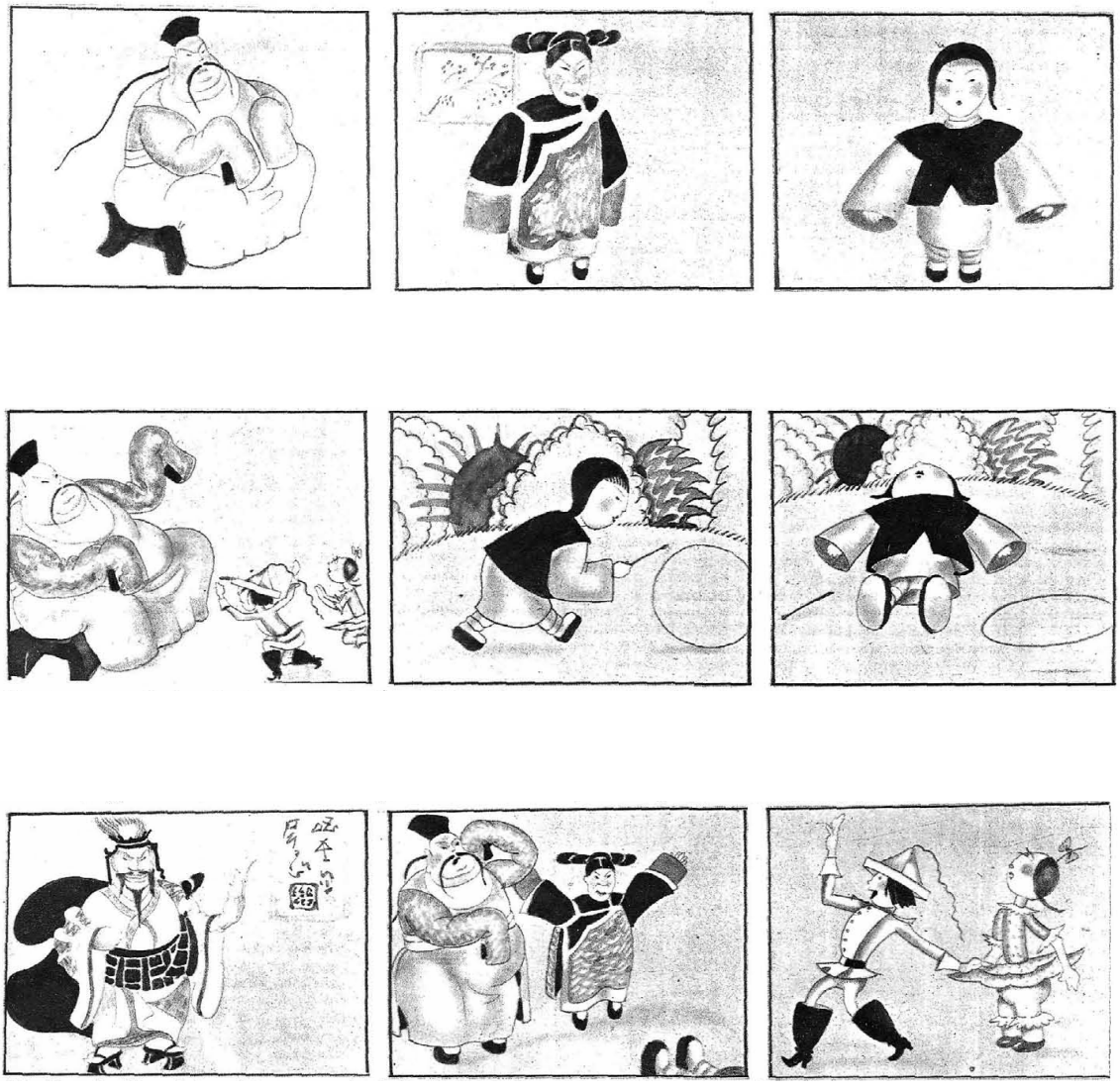
GRANITO DE ARROZ EN EL JARDÍN

En su magnífico palacio de la China y de china —de preciosa china rosa—, rodeado de árboles seculares, tan chiquitines que caben en tiestos de albahaca, vive el personaje más importante de la ciudad, que es el mandarín Rayo del Sol Naciente. Pero si vais por allí no preguntéis por él con este nombre, porque no os entenderían; traducido al chino Rayo del Sol Naciente se convierte en Hong-hung-hing. La esposa del mandarín es la señora Li-Tchatunga-Ki, lo cual bien claro está que significa Flor de Almendro Sin Narices. Esta noble dama no tiene mayor preocupación que la de tener los pies muy pequeñitos; para ello, lleva siempre zapatos que le están chicos. Es, en fin, una mandarina agria. Hija del distinguido matrimonio, es la monísima Granito de Arroz (ignoro la traducción de este nombre delicado; pero si os interesa no tenéis más que consultar vuestro diccionario hispanochino). Esta nena adorable, de pelito aceitoso y cutis de azafrán, es el encanto de sus papás y del palacio de porcelana rosa.

En su gran salón de audiencias, el venerable Hong-hung-hing recibe a unos visitantes extranjeros, a los que reconocemos en seguida. Pipo ha ido a pedir al mandarín la gracia para su fiel compañera: "Perdonad a mi perrita, señor —suplica el héroe—, os juro que no volverá a robar naranjas con la boca." "Estaré más seguro de ello si le cortan la cabeza —contesta el mandarín—. Además, el indulto es imposible. La sentencia ha de cumplirse inexorablemente." En este instante suena un grito espantoso, escalofriante, en el jardín. Todos se precipitan. ¿Qué ha pasado? Algo terrible: estaba la adorable Granito de Arroz jugando al aro junto a sus arbolitos enanos, cuando de pronto se ha caído al suelo y ha lanzado el grito que acabamos de oír. En el suelo permanece rígida, inmóvil, como muerta, con los ojitos cerrados y las mejillas del color del arroz a la valenciana, que es la manera que tienen las chinitas de ponerse pálidas. "¡Pronto, pronto! —gritan a una el mandarín y la mandarina—, que venga el doctor Ma-rañoni-Fu."

Llega el médico y declara: "El caso es gravísimo; la señorita Granito de Arroz ha debido de pisarle sin querer la cola a uno de esos dragones que andan bajo tierra." (No os asustéis; eso de que los dragones anden debajo del suelo no ocurre más que en la China; aquí lo único que anda así es el "Metro" y no es fácil pisarle la cola.) El sabio prosigue: "El dragón, furioso, le ha mordido en un pie y le ha producido este sueño, del cual no despertará jamás." "¿Jamás?" —repiten los mandarines, aterrados. "Digo jamás, porque para ello habría que frotarle el pie herido con una escama del propio dragón." "¡Confucio mío —grita la mandarina retorciéndose las manos—, mi hija está perdida! ¡No hay salvación!"

"¡No, no la hay! —grita a su vez el mandarín retorciéndose la trenza—. ¿Quién va a atreverse a afrontar al terrible dragón para arrancarle una escama?" "¡Yo!" —contesta una voz juvenil, firme, vibrante, que todos conocemos—. Y Pipo declara: "Señor mandarín, yo me comprometo a despertar a vuestra hija... a cambio de la gracia de mi perrita."



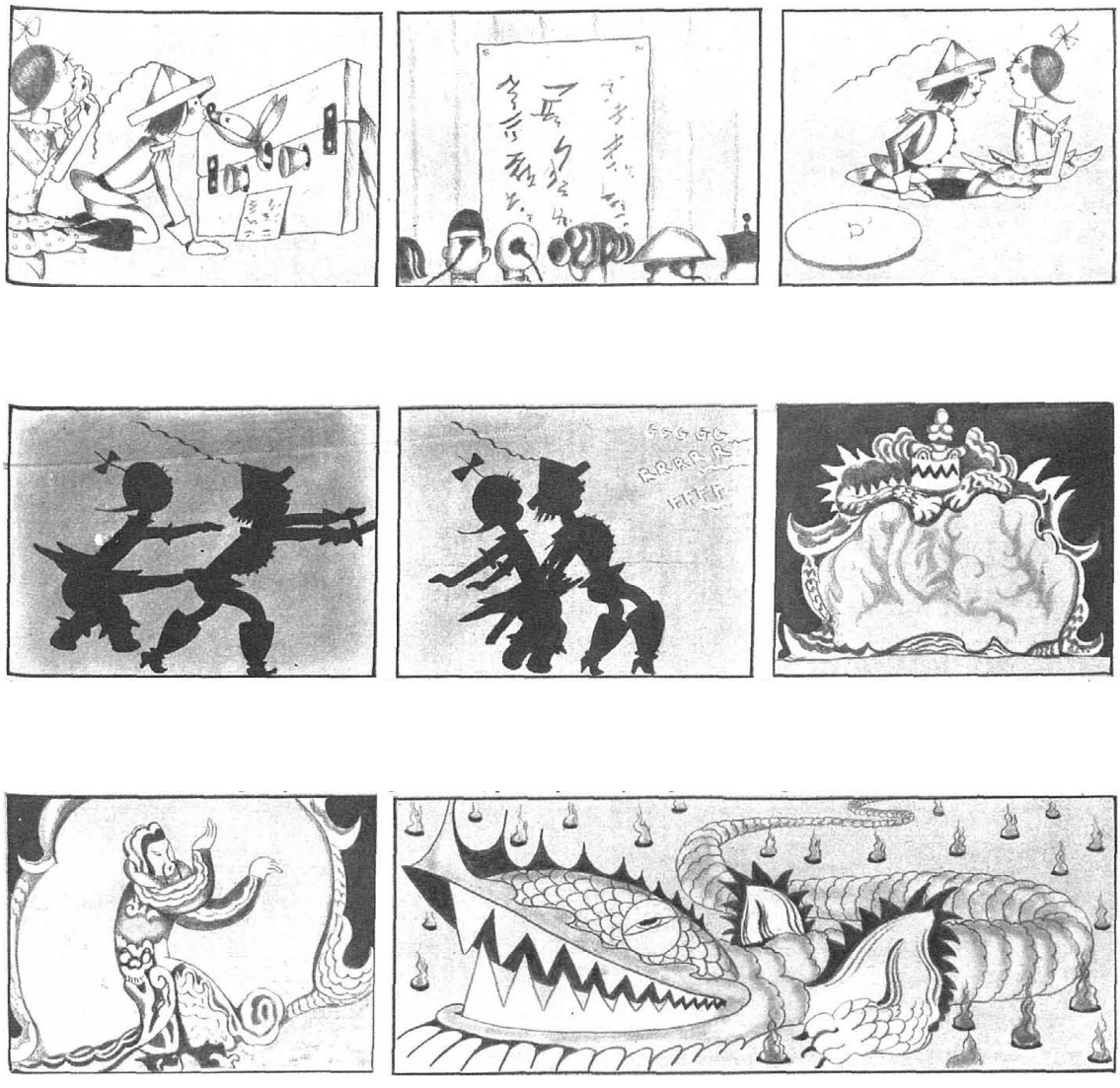
EPISODIO XCIX

EL DRAGÓN CARRASCLÁS

¡Atroz suplicio el de la desventurada Pipa! Ella, tan juguetona, está condenada a la inmovilidad por el terrible cepo; ella, tan comilona, nada tiene que comer; ella, tan miedosa, está esperando el momento de que le corten la cabeza. Pero Pipo llega, se acerca: "¡Valor! —le dice—. ¡Voy a salvarte!" Y mientras Cocolín vierte lágrimas ante esta escena, el héroe deposita un beso en el hocico de su fiel compañera. En la Gran Muralla aparecen unos cartelones, cuyo texto no entendemos, porque para nosotros —y para todo el mundo—están en chino. Pero parece ser que dicen así: "De orden de Hong-Hing-Hung, queda aplazada la ejecución de la perrita Pipa por tres días, concedidos al señor Pipo para traer el remedio que despierte a Granito de Arroz de su sueño fatal." Aunque separado de su perrita, Pipo no parte solo: la gentil Cocolín (estas nenas rubias tienen, a veces, un valor...) se ha empeñado en acompañarle. ¿Adonde? Pues al centro de la tierra, donde viven los dragones chinos; para llegar a cuyos lugares se introducen por una alcantarilla, que debe de ser el camino más directo. Ya están bajo la tierra, caminando a tientas entre las tinieblas, la humedad y alguna que otra rata que pasa por entre sus piernas. Cada vez que esto ocurre la pobre Cocolín lanza un grito de terror. ¡Ah!, es que, por muy valiente que se sea, una cosa es afrontar dragones y otra bien distinta afrontar ratones, ¿verdad? Al cabo de un rato de marcha, vislumbran a lo lejos una luz y suena en sus oídos un rugido lejano. Cocolín se estremece. "No temas —le dice Pipo—, no es nada; debe de ser la gruta del dragón." (¿Y le dice que no es nada? ¡Qué cosas tienen los héroes!) Siguen andando, pero de puntillas y con precaución.

Llegan, al fin, ante un antro del cual salen muchas luces y grandes ruidos discordantes y atolondrantes. "No cabe duda —murmura Pipo—; esto es la gruta de un dragón... o la entrada de un cabaret." La primera suposición era la buena; de la gruta surge un ser extraño, que saluda a los recién llegados diciendo con voz cavernosa: "Aquí vive el dragón Carrasclás —malo por delante y malo por detrás." "¿Se puede entrar?" —pregunta el héroe—. "¡Ya lo creo que se puede entrar! —exclama el ser raro—. Como que entrar aquí es facilísimo. Lo más difícil es poder salir después." Y dicho esto lanza una carcajada infernal.

Pese a esta broma amenazadora. Pipo y Cocolín se acercan resueltamente a la entrada de la gruta. Allí está el dragón Carrasclás (malo por delante, malo por detrás); está rodeado de llamas, que son su calefacción indispensable, porque los dragones chinos son muy frioleros y no pueden vivir sino junto a la lumbre. Estos dragones chinos son los que hacen allí las veces de la mosca "tsé-tsé" africana, que da la enfermedad del sueño a quien pica. Además, en la China, los dragones son algo así como el coco en Europa, hasta el punto de que la canción de cuna más corriente allí dice así: "Duerme niño chiquito — que viene el dragoncito — y se lleva a los niños — que duermen poquito."



EPISODIO C

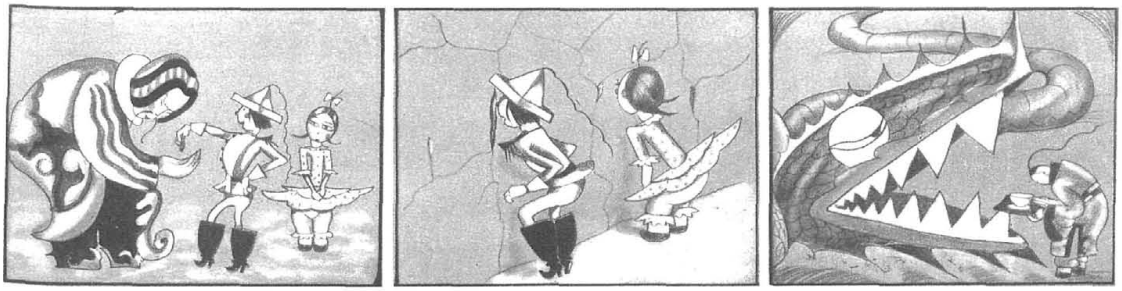
EL PASEO DE LOS DRAGONES

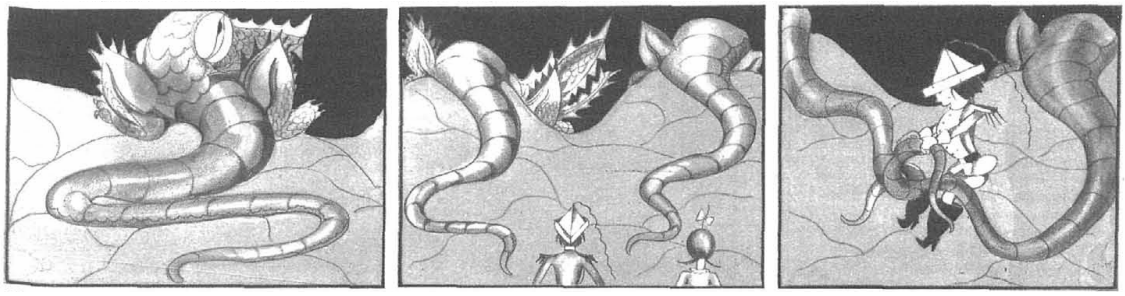
"Portero —dice Pipo—, yo desearía observar a su amo, el dragón, por una rendija de la gruta." "Eso no puede ser" —contesta el portero—. Pero nuestro héroe conoce el medio de ablandar el corazón de los porteros europeos de casas de alquiler y sospecha que debe de ser el mismo para los porteros chinos de grutas de dragones. Echa mano al bolsillo, y ante la espléndida propina que le ofrece, el portero accede a su petición, y Pipo y Cocolín pueden observar al dragón a sus anchas; mejor dicho, "a sus estrechas", porque la rendija por la cual miran, es angostísima. Pero les basta para ver cómo don Carrasclás, malo por delante, malo por detrás, se despierta, abre un ojo, luego el otro, y se despereza estirando la cola. En seguida lanza un rugido, en el cual Pipo adivina estas palabras: "¡Mi desayuno!" También el portero comprende y se apresura a entrar con un tazón de chocolate y media tostada de arriba. "¿Qué día es hoy?" —gruñe el dragón mientras engulle el sabroso soconusco—. "Martes, señor" —dice el portero—. "¡Mientes, miserable! Ayer me dijiste que lunes, hoy me dices que martes... ¿En qué quedamos? ¿Es que te burlas de mí?... ¡Te voy a hacer picadillo!" Pese a sus rugidos, el portero no tiembla; sabe que el dragón no le matará, porque entonces no tendría quien le pusiese el ascensor. En efecto, después de desayunarse, se dispone a dar su paseíto cotidiano. Pipo y Cocolín lo ven salir de la gruta y alejarse agitando su cola cual bailadora flamenca que agita la de su bata de percal. Le siguen a distancia y ven cómo se encuentra con otro dragón amigo suyo. Se saludan cortésmente: "Buenos días, señor Carrasclás, malo por delante y malo por detrás." "Muy buenos, señor Espantajo, bruto de arriba abajo." Y siguen juntos.

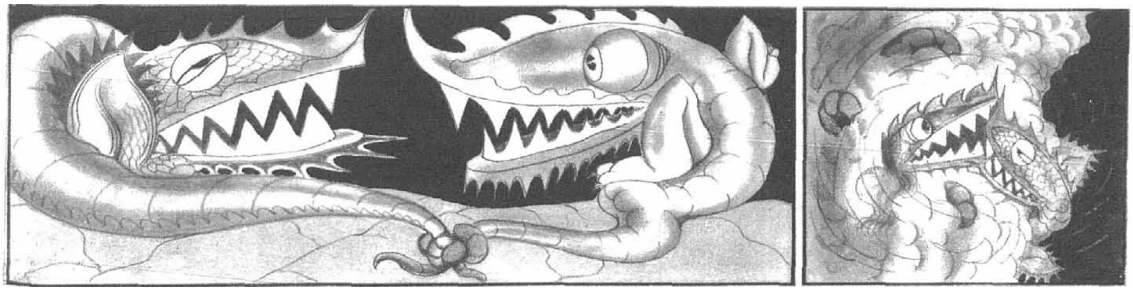
Entonces Pipo tiene una ocurrencia de las suyas. Se acerca de puntillas, coge con mucho cuidadito las colas de los dos dragones y las ata una a otra, formando un nudo apretado, sólido y más gordo todavía que el famoso nudo "gord... iano". "¿Qué haces?" —pregunta Cocolín—. "Matar dos dragones… sin disparar un tiro" —contesta el héroe.

Ya han terminado su paseo los dos dragones; muy finamente se despiden uno de otro y se separan...; es decir, se disponen a separarse, pero no pueden. Cada uno lanza una exclamación: "¿Qué es esto? ¿Por qué me sujeta usted por la cola, señor Carrasclás, malo por delante, malo por detrás?" "¡Eh, señor Espantajo, bruto de arriba abajo, haga el favor de soltarme la cola!" "Pero, señor mío, si es usted el que…" "¿Yo? Caballero, usted se confunde." "Usted es el que no sabe lo que se dice." "Es usted un dragón ineducado." "Como me insulte usted me lo como!" "¿Usted a mí? Sepa usted que si yo llevara pantalones me lo metía a usted en un bolsillo." "Y yo a usted me lo trago de un bocado." "¡Brrr!" "¡Ggggfff!"

Enfurecidos los dos dragones, Carrasclás, malo por delante y malo por detrás, y Espantajo, bruto de arriba abajo, se abalanzan uno sobre otro, arrojando llamas por los ojos, humo por la nariz y por la boca rugidos espantosos. Acurrucados en un ángulo obscuro, Pipo y Cocolín asisten a la escalofriante pelea; allí se arma la de Dios es Confucio.







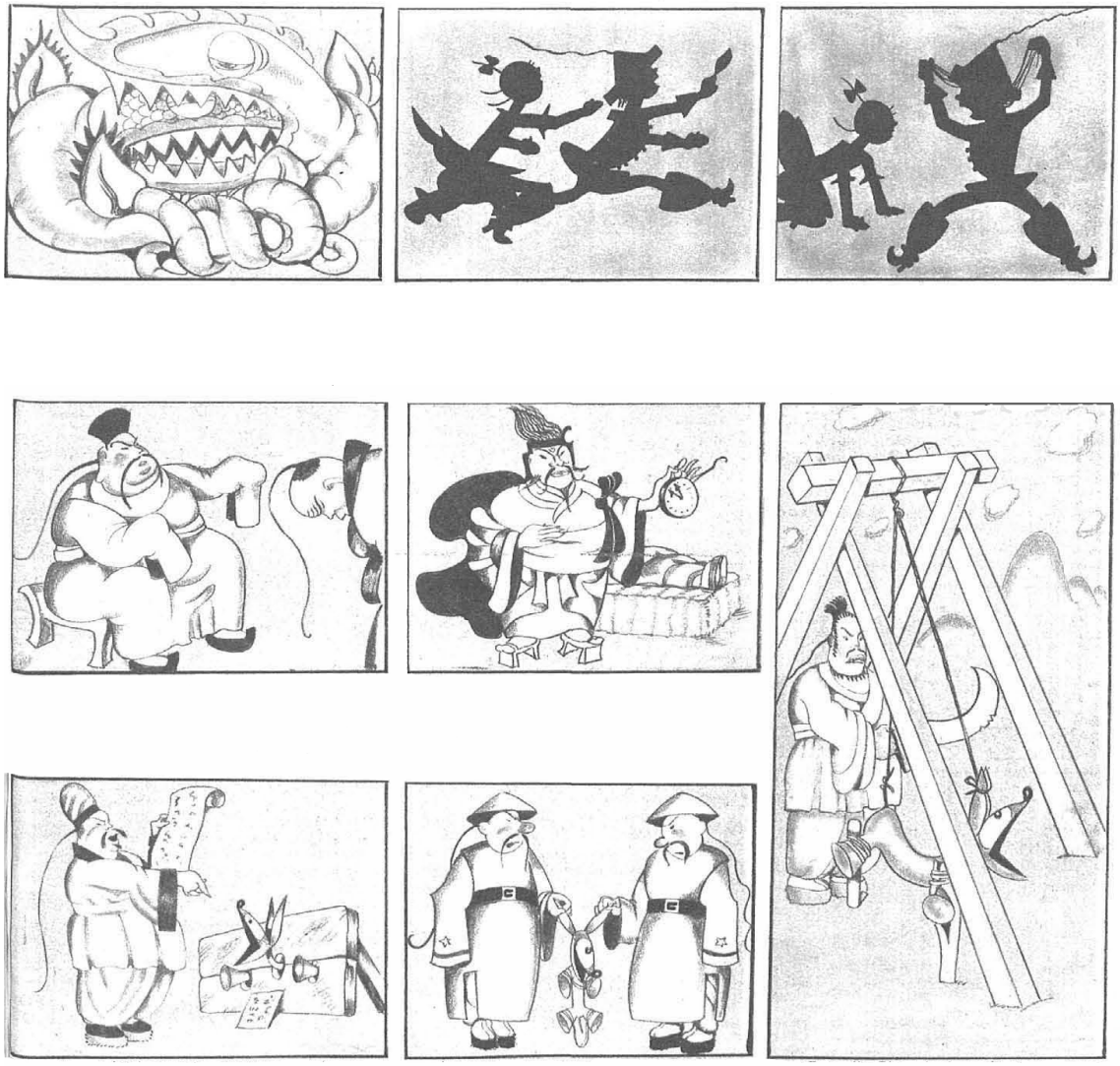
EPISODIO CI

PIPO SE PIERDE

¿Qué espeluznante espectáculo se ofrece a nuestra vista? ¡Dos dragones! Sí, Carrasclás, malo por delante y malo por detrás, y Espantajo, bruto de arriba abajo; pero los dos están fuera de combate; están muertos. Carrasclás se ha tragado a su enemigo Espantajo, pero, a su vez, Carrasclás ha muerto de indigestión. Se han vencido mutuamente. Es decir, quien ha vencido, en realidad, ha sido Pipo, que no debe la victoria esta vez ni a su valor ni a su fuerza, sino a su ingenio. Ahora, con toda tranquilidad, puede arrancarle al dragón Carrasclás la escama que ha de despertar a la mandarinita y salvar a Pipa. ¡Ya la tiene en su poder! "¡Vamos, Cocolín, vamos!" —grita el héroe con voz vibrante de alegría triunfal—. Y los dos, cogidos de la mano, echan a correr. Corren..., corren..., pero ¿qué es esto? Llevan corriendo mucho más tiempo del que tardaron en llegar a la gruta del dragón, Pipo se detiene, reflexiona y lo comprende todo. La alcantarilla es un laberinto chino y obscuro. Se han perdido. Pipo se tira de los pelos.

Entre tanto, allá en Pekín, en su palacio de Porcelana rosa, Hing-Hong-Hung se impacienta. Manda venir otra vez al doctor Ma-rañoni-Fu: "A ver —le dice— qué tal sigue mi hija." El médico baja al jardín, donde Granito de Arroz sigue durmiendo su sueño terrible, la ausculta y le toma el pulso, sacando de su bolsillo un reloj de esos muy grandes que ya sólo usan los médicos; luego declara: "Señor mandarín: sólo le queda a vuestra hija media hora de vida. Si antes de ese tiempo no se le ha aplicado el remedio que yo indiqué, su sueño se habrá hecho eterno." "¡Ah —ruge Hing-Hong-Hung—, y Pipo que no llega! Ese mocoso me ha engañado. Pero como no salva a mi hija, yo seré implacable con su perrita. Que la decapiten al instante." Manda venir a su jefe de policía y le da órdenes terminantes. Minutos más tarde le es leída a nuestra desventurada amiguita la sentencia dictada por el terrible mandarín. Al enterarse (no me preguntéis cómo es posible que Pipa se entere de una cosa que le leen en chino) la perrita gime: "¡Ay de mí!, — ¡ay, infelice!, — apurar cielos pretendo — porque me tratáis así." Y vierte unos lagrimones que nos parten el alma, pero que a los chinos les deja tan frescos, a pesar del calor que hace allí. Dos guardias la sacan de su cepo y se la llevan patiatada a través de la ciudad, hasta el lugar del suplicio.

¡Pobrecita Pipa! Aquí, donde la veis, parece que está en un columpio de verbena. Pero, sí, sí. Esto es nada menos que una guillotina estilo pekinés. Pipa está perdida; su amo, al que dejamos extraviado en la alcantarilla laberíntica, no llega a tiempo para salvarla. Y ya el verdugo levanta un alfanje colosal, con el cual se dispone a cortarle la cabeza...

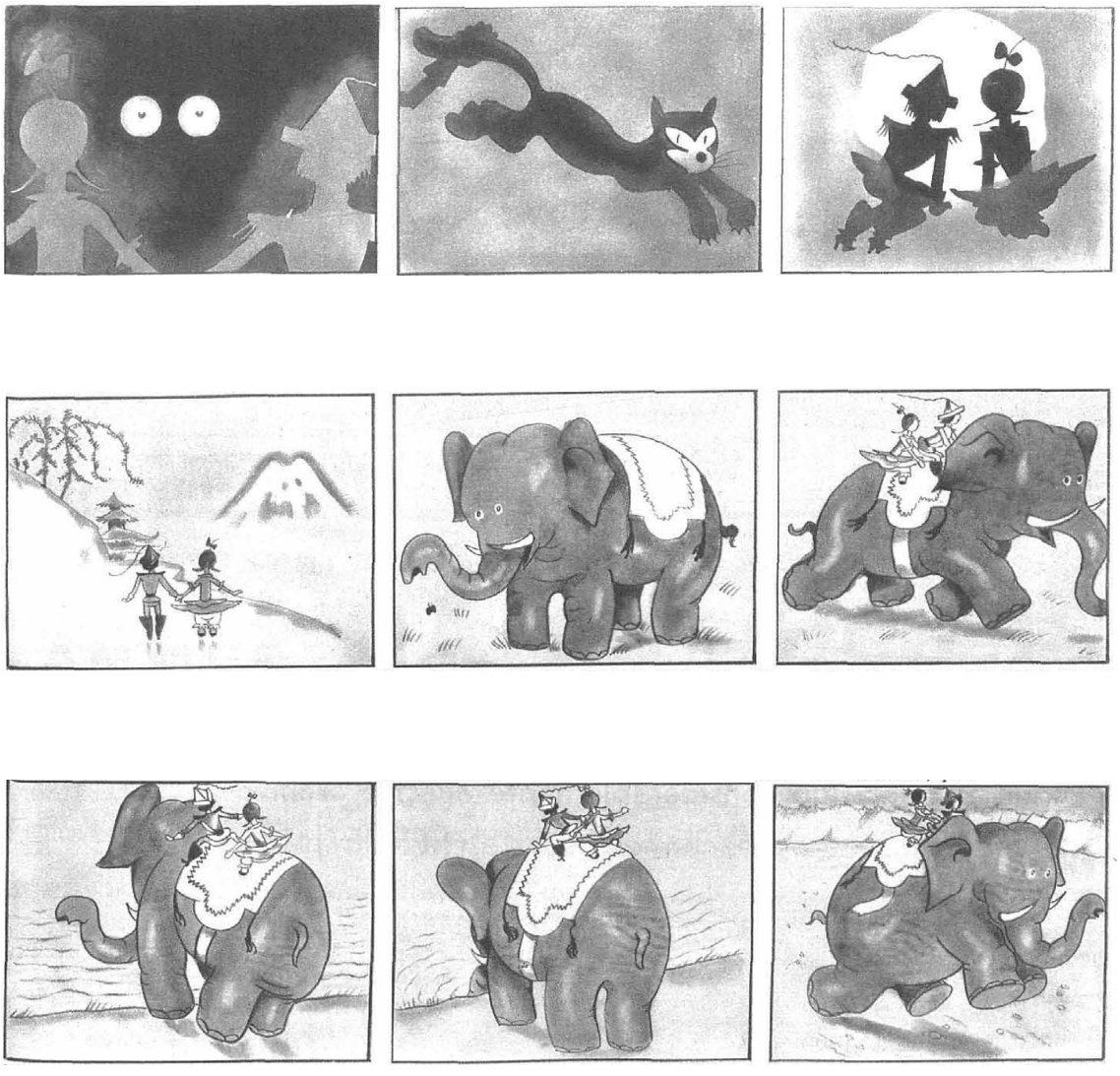


EPISODIO CII

LOS OJOS DEL GATO Y LA TROMPA DEL ELEFANTE

De pronto, Cocolín agarra el braza de su ilustre compañero: "Mira, Pipo —murmura con terror—, mira esas dos luces." Es cierto: ante ellos bailan diabólicamente dos extrañas lucecitas verdes. "No son luces —dice Pipo—, son ojos, ojos de algún animal." "¡Cielos —gime Cocolín—, otro dragón!" Y está a punto de desmayarse. Pero no; estos ojos no son los de un dragón precisamente, sino los de un gato, un hermoso gato de Angora, dotado de unos ojos de oro y esmeraldas, ojos felinos, ojos inquietantes, pero, al fin, ojos de gato. "¡Ah! —dice Cocolín con un suspiro de alivio—, esto me tranquiliza." "Más aún —dice Pipo—: nos salva; este gato nos va a ayudar a encontrar la salida del laberinto."

Y el héroe agarra de la cola al minino, que lanza un maullido furioso y echa a correr, llevándose agarrado de su cola a Pipo que, a su vez, lleva a Cocolín cogida de la mano. Como de costumbre, el héroe había calculado bien; este gato, como todos los gatos, sabe dirigirse admirablemente en la obscuridad, y, después de una carrera desenfrenada, las tinieblas se van haciendo menos densas; allá, a lo lejos, se vislumbra una claridad; ¡es la salida! Cocolín, encantada, palmotea; Pipo hace otro tanto, y para ello suelta la cola del gato, que ya no le sirve para nada, y huye lanzando maullidos rabiosos. ¡Uf!, qué satisfacción experimentan nuestros amigos al salir de aquel subterráneo tenebroso. Tanto más cuanto que se hallan ahora en un paisaje encantador: allí hay un "arroyo claro", una "fuente serena", como en la canción, y, además, arbolitos, flores silvestres, todo ello completamente chino, claro; es, en fin, un verdadero paisaje de abanico. A pocos pasos, un hermoso elefante pace la hierba fresca, cosa que allí debe de ser tan natural como aquí encontrarse vaquitas y ovejitas paciendo en los prados. A pesar de aquellas delicias, Pipo se retuerce las manos con desesperación: "¡Cuánto tiempo perdido! ¿Cómo llegar a tiempo de salvar a Pipa? ¡Oh, qué idea!" Salta con Cocolín sobre el elefante, que en este instante está muy ocupado en coger moscas con la trompa y le dice: "¡Corre! ¡A Pekín!" Los elefantes son buenos, listos y dóciles, y, además, quieren mucho a los niños; éste se apresura a obedecer a la simpática voz de nuestro héroe y echa a correr. Pero de pronto se detiene en seco, mejor dicho, en mojado, pues un río caudaloso le cierra el paso. "¡Dios mío! —exclama Pipo—, si damos un rodeo, ya no llegamos a tiempo y Pipa está perdida." Pero el elefante, que lo oye y lo comprende todo, tiene, a su vez, una idea genial: mete la trompa en el agua y empieza a beber con avidez, y he aquí que el nivel del río empieza a descender con tal rapidez que en pocos segundos ya no queda ni gota de agua: el buen elefante se la ha bebido toda. Justo es consignar que tenía mucha sed; pero esto no mengua el mérito de su ingeniosa hazaña, ¿verdad? Y ya, tranquilamente, el amable paquidermo cruza el río seco y reanuda su carrera hacia Pekín con toda la velocidad de sus patas.



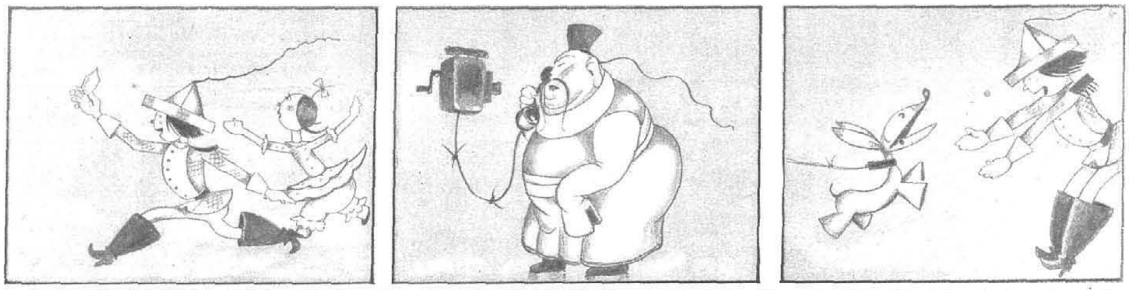
EPISODIO CIII

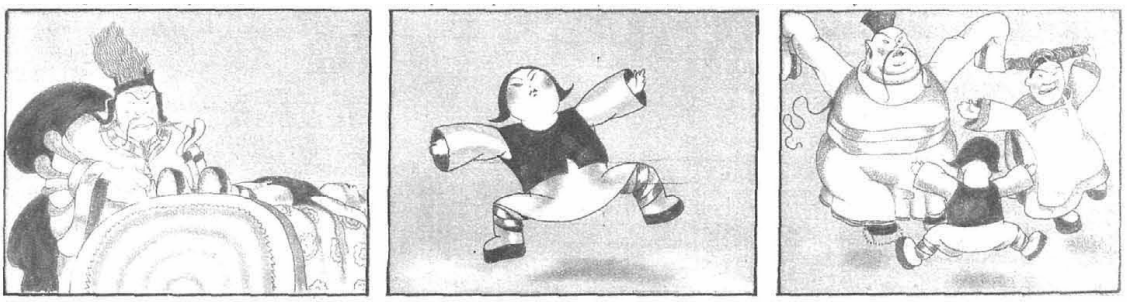
GRANITO DE ARROZ BAILA

A pocos pasos del palacio de porcelana rosa, Pipo ha detenido su montura, que no cabría por la puerta, y, echando pie a tierra, se ha precipitado en la casa, seguido de Cocolín, sin pararse siquiera a dar las gracias al buen elefante (con lo agradecido que es Pipo, ¡si llevará prisa!), y grita: "¡Mandarín! ¡Mandarín! Venga mi perrita, que traigo la escama del dragón." Oír esto y pegar un salto Hing-Hong-Hung, pese a su dignidad y a sus ciento cincuenta kilos, es todo uno. Pesado y mandarín, sí, pero padre antes que nada, se precipita sobre su teléfono (que es un aparato vetusto, de aquellos teléfonos primitivos, que ya no se ven más que en la China y en las películas norteamericanas), y ordena: "Suspéndase la ejecución y tráiganme a la reo en el acto." Un minuto más y esta orden llegaba tarde. "¡Guau, guau, guau…!" Ya se oye a Pipa; ya está aquí nuestra simpática perrita, sana y salva, y tan contenta, que al precipitarse en brazos de su amo se le olvida el idioma de las personas y habla en el suyo. Mientras se desarrolla esta escena, a pocos pasos se desarrolla otra de distinto género, pero emocionantísima también. El Doctor Ma-rañoni-Fu procede a despertar a la mandarinita encantada. Con la escama del dragón le hace un pinchacito en la punta de la nariz y otro en un dedo del pie, mientras pronuncia en latín las siguientes palabras misteriosas y escalofriantes: *Cogili pulguili, abrile boquili, metili polvi, catili mórtili.* ¡Oh prodigio! Apenas ha dicho la última palabra latina (no sé..., creo recordar que estas palabras no son latinas, sino malayas), la gentil durmiente estornuda, se pone en pie, lanza un gritito de alegría y empieza a bailar. ¡Está despierta! ¡Está salvada! Ante tal espectáculo, el mandarín, entusiasmado, se agarra a su mandarina, y los dos se ponen a bailar también. Entonces el aya de Granito se abraza al sabio doctor, y ¡venga otro baile! Al ruido
van llegando todos los criados de palacio, desde los mayordomos y los chóferes de los carritos de mano, hasta las fregonas y los marmitones, y todos bailan de alegría y cantan: "Granito de Arroz está salvada, la mandarinita ya no tiene mal, viva la rosa en su rosal." Pero, al fin, uno a uno se van cansando y dejan de bailar y contemplan, enternecidos, a la chinita..., que sigue bailando. "Basta ya de saltitos, cordera —dice el papá—; no es correcto que una chinita bien educada baile tanto rato seguido." "Si, señorita —dice el doctor—; descanse que se fatiga."

"Y, además —arguye la mamá—, se va a destrozar los zapatos." Pero Granito de Arroz sigue bailando como si no los oyese, como si le hubieran dado cuerda y esta cuerda no tuviese fin. ¡Cielos! ¿Sería desobediente? ¡Ay, no! He aquí que la infeliz ya no baila con alegría, sino que grita: "¡No me puedo parar!" Y un chorro de lágrimas brota de sus ojillos.

Al oír estas palabras, el sabio Ma-rañoni-Fu se lleva con espanto las manos al gorro y exclama: "¡Tres veces horror! ¡Si la mandarinita no puede pararse es que se han equivocado de dragón! La escama era de las de movimiento continuo!" "¡Cómo! —rugen los esposos—. ¿Este baile no tiene remedio?" "Sólo uno; pero no lo digo…" —dijo el doctor.





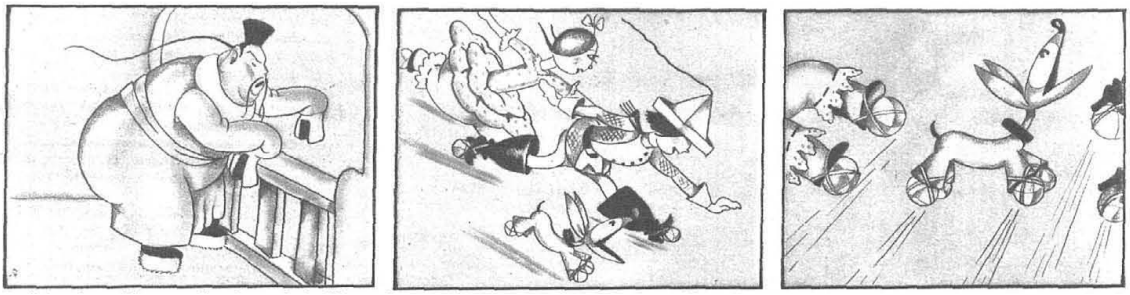
EPISODIO CIV

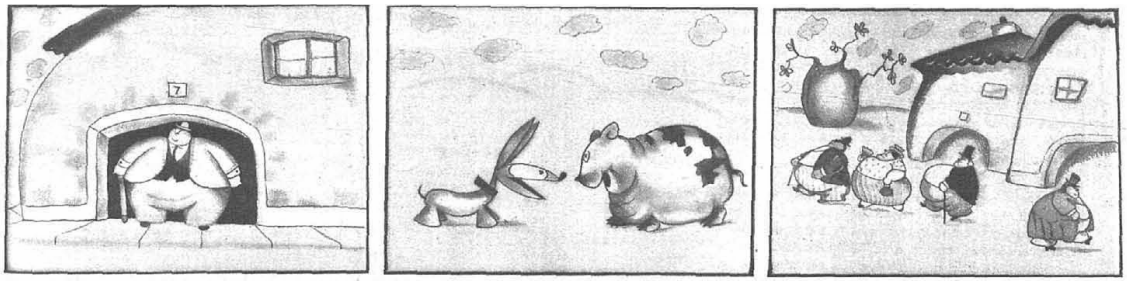
EN EL PAÍS DE LOS HOMBRES GORDOS

"¡Amados pekineses —grita el mandarín Hing-Hong-Hung, asomado a un balcón de su palacio de porcelana rosa—: perseguid a esos tres extranjeros! ¡Por su culpa, mi hija ha sido atacada de una terrible e incurable enfermedad, que la hace bailar casi tanto como si fuese una señorita europea! ¡Detenedlos y traédmelos, para castigar como se merece su funesto error! ¡Sus y a ellos, pekineses!" Esta arenga inflama el corazón de todos los buenos patriotas, y Pekín entero, cual un solo hijo de Confucio, se lanza en persecución de nuestros amigos. Pero éstos no han esperado un momento para echar a correr; pero antes de emprender la carrera, Pipo ha tenido la idea admirable de colocarse en los pies, así como en los de Cocolín y en las patas de Pipa, unas pelotas de goma, gracias a las cuales, en lugar de andar van a saltos, y cada uno de sus pasos gana más terreno que si llevasen puestas las botas de Siete Leguas del mismísimo Pulgarcito. De este modo, no es posible darles alcance, y en pocos momentos han recorrido la China de punta a punta y se hallan ante un caudaloso río que señala sus fronteras. Pipo y Pipa se arrojan al agua intrépidamente; pero Cocolín lanza un grito desesperado: "¡No sé nadar!" Entonces, Pipo —¿para qué no tendrá recursos?— junta todas las pelotitas de goma, que ya no necesitan, y fabrica con ellas un salvavidas que le pone a su gentil amiguita. Y, andando. ¡Mejor dicho: nadando! Mientras nuestros amigos atraviesan el río fronterizo, todas las murallas de la China se cubren de grandes cartelones, que dicen así: "Se hace saber que todo aspirante a la mano de la mandarina Grano de Arroz habrá de presentar un diploma de campeón de baile de resistencia."

Ya terminó el cuento chino; ya están nuestros amigos en otro país. Extraño país, en verdad, pues el primer ser humano que a su vista se presenta es un hombre andrajoso, pero gordísimo, que les tiende la mano, implorando: "¡Una limosnita para comprar pan, que llevo ocho días sin comer y ya ven ustedes que me estoy quedando en los huesos!"

Pues si ese mendigo, que debe andar rondando los cien kilos, se considera flaco, ¿cómo serán aquí los que comen a diario? No hemos de tardar en verlo, pues de una casa enormemente ancha y con una puerta del tamaño de tres o cuatro puertas de cocheras juntas, sale un señor, tan gordo, que apenas puede pasar por el hueco. "¡Anda… —exclama Cocolín—, ese señor tiene trazas de ser muy rico!" "Sí —asiente Pipo—; debe de ser el alcalde." Pipa ha encontrado, a su vez, otro fenómeno: es una bola, en la cual, gracias a su olfato, reconoce un perro. "Compañero —le dice—; aquí debéis de alimentaros espléndidamente." "Yo, no —contesta el perro gordo—; yo apenas como para conservar la línea, porque has de saber que soy un galgo." Con asombro, nuestros héroes ven que todas las casas son como la primera, y las personas tan gordas como el señor que de ella salía. "Pero ¿qué país es éste?" —se preguntan Pipa y Cocolín—. Y Pipo, que todo lo sabe, exclama: "¡Esto debe ser Gordinflonia, el país de los hombres gordos!"




7

EPISODIO CV

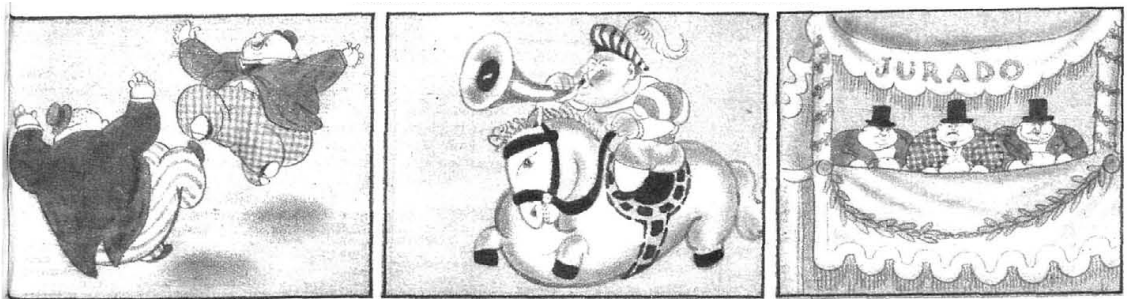
MISS GORDINFLONIA

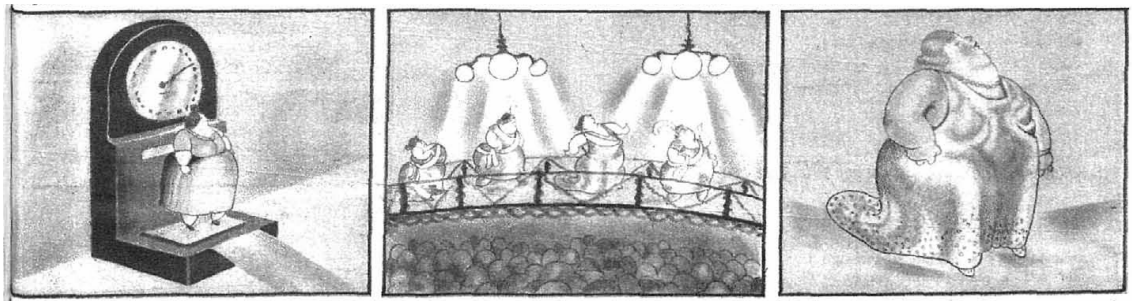
¡Qué alegre debe de ser este país! Por las calles todo el mundo baila y salta. ¿Lo harán para adelgazar? No; porque van riendo y cantando y parecen contentísimos. "¿Estarán siempre así?" —se preguntan nuestros amigos, sorprendidos—. Pero no tardan en tener la explicación de tanta alegría. Suena una trompeta que más bien es un trombón. La toca un heraldo montado en un caballo tan gordo que se le han quedado las patas cortas y se arrastra sobre su vientre. Vocea: "¡Acudid, gordinflones! Hoy, grandes festejos para celebrar la elección de la reina de la belleza." Por eso está todo el mundo tan alegre. Llevan una semana divirtiéndose de lo grande.

Ya está reunido el Jurado que ha de elegir a la reina de la belleza, que debe ser, naturalmente, la más gorda de todas las concursantes; este Jurado está compuesto por tres señores competentísimos en la materia: un fabricante de romanas, un fabricante de colchones y un filósofo, que es el señor más pesado del país.

Para facilitar la labor del Jurado, se ha colocado en la sala una balanza, en la cual habrán de pesarse todas las "misses"; el título será para la que alcance mayor número de kilos; de este modo, se tiene la seguridad de que el fallo ha de ser justo y satisfacer a todo el mundo. Pero antes de proceder a la ceremonia del peso, tiene lugar la presentación al público de todas las concursantes, que desfilan graciosamente por un puente de plata. Ahora que este puente no es de plata, sino de plomo, para que ofrezca más resistencia, a pesar de lo cual se hunde hasta tres veces durante el desfile. La primera en aparecer es "Miss Inglaterra".

Una salva de aplausos acoge su aparición; no es que sea muy gorda, no; puede que no pase ni de los ciento cincuenta kilos; pero así y todo, el público aprecia su mérito por venir de un país donde todas las señoritas son flacas. Como que costó mucho trabajo encontrarla; se la descubrió en una barraca de feria, donde se exhibía en calidad de mujer cañón. Después de ella aparece "Miss Francia", que deslumbra a la concurrencia por su elegancia sin par. Hay que ver qué línea la suya. Una línea completamente redonda; es un verdadero círculo, algo así como un círculo de Gordas Artes. Se le aplaude con entusiasmo, pero, detrás de ella, surge "Miss España". Esta sí que está bien. Al verla, el entusiasmo se desborda; nuestros amigos aplauden frenéticamente a su paisana; también a nosotros nos complace su éxito, ¿verdad? Los piropos llueven: "¡Vaya una "miss" gorda!" "¡Esta sí que es pesada!" "¡Olé las ballenas con gracia!" En medio de tanta admiración, los gordinflones están inquietos. ¿Se llevará el premio una extranjera? Pero en cuanto aparece la "miss" nacional se vuelven locos de entusiasmo. Hay que reconocer que las supera a todas, y cuando se la quiere pesar... no se puede, porque la balanza no marca más de doscientos cincuenta kilos. La ovación se hace delirante, indescriptible.





JURADO

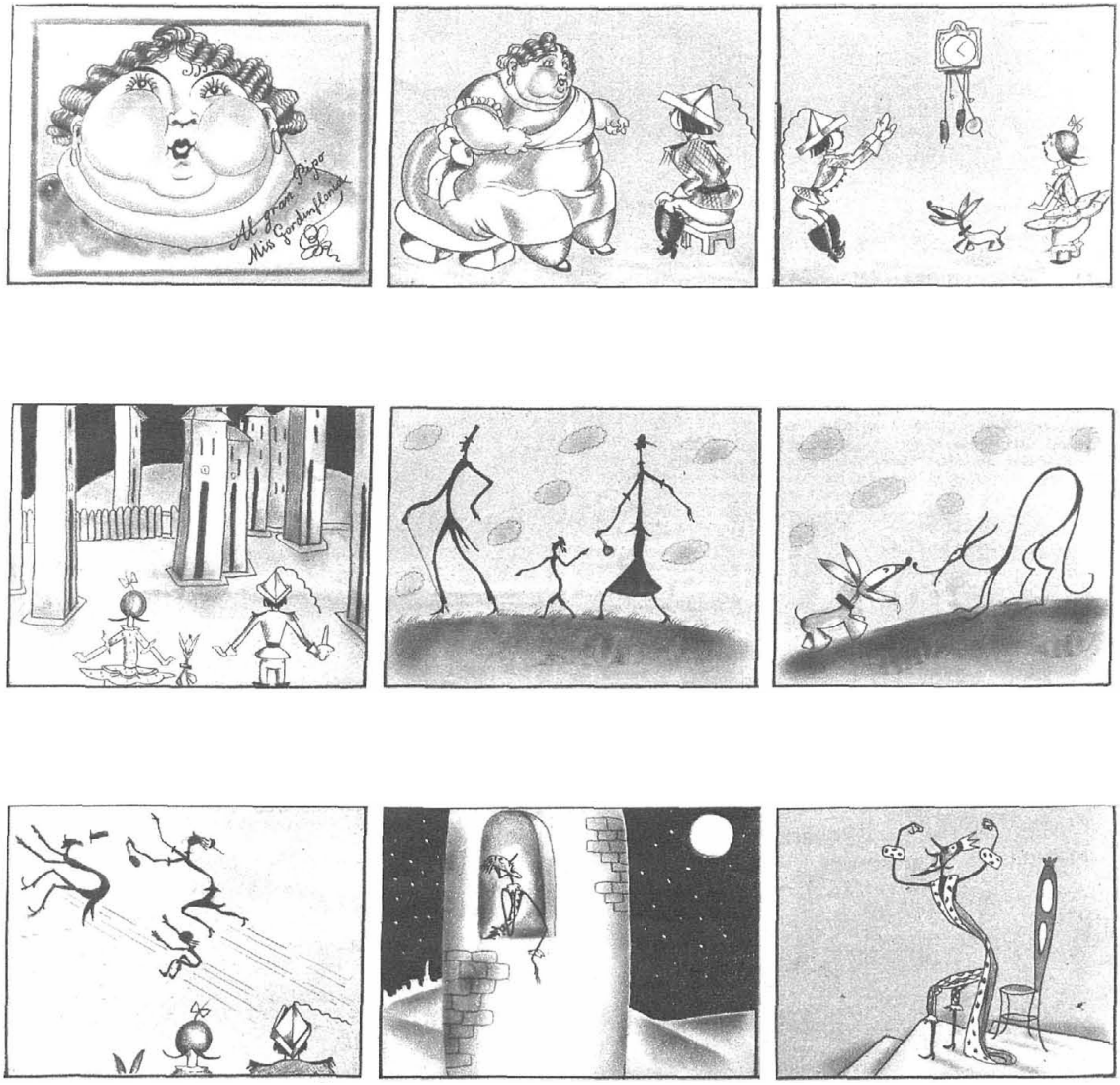
EPISODIO CVI

DE GORDINFLONIA A FLACUCHÓPOLIS

Rodeada, estrujada, apretujada, atolondrada, la bella triunfadora no concede entrevista particular más que al gran Pipo, que acude cortésmente a felicitarla, y a quien le dedica un retrato y todo. Pero cuando el héroe le pregunta lo que se pregunta a todas las *misses:* "¿Está usted satisfecha? ¿Piensa marcharse a Hollywood?", la reina de la gordura se echa a llorar amargamente; lágrimas amargas, sí que también saladas, y tan gordas que parecen pompas de jabón, resbalan por sus mofletes, mientras gime: "¡Ay, mi señor don Pipo! ¡Qué he de estar contenta, si soy desgraciadísima! ¡Qué he de irme a Hollywood, si lo que yo quiero es casarme con mi amor y no me dejan!" Y cuenta que está enamorada del príncipe Finito, hijo de Fideo XVI, rey de Flacuchópolis, país vecino de Gordinflonia: como los dos países son enemigos mortales, la boda es imposible. Muy impresionado por esta confidencia, Pipo vuelve cerca de sus compañeros, se lo cuenta todo, y dice: "No podemos consentir que esta joven tenga una pena que, como suya, debe de ser realmente enorme. Vamos a Flacuchópolis, a ver si arreglo las cosas." Momentos después traspasan las fronteras y entran los tres en el reino de Fideo. ¡Ay!, amigos y lectores míos, qué contraste se ofrece a su vista. Aquí, las casas son tan estrechas que las puertas y las ventanas parecen rendijas de hucha. Claro que sobra para que pasen los flacuchos, que son la gente más delgada que puede imaginarse. Como que cuando se les ve de frente parece que están de perfil, y cuando se les ve de perfil... no se les ve. Y se les ve mucho, sin embargo, pues siempre están por las calles, paseando, para no perder la línea, que es lo que más estiman en el Mundo. En este extraño país, que con sus casas afiladas parece que está "de pie", Pipa se encuentra, también como en Gordinflonia, con una compañera; es decir, se encuentra con una silueta que parece hecha con alambre y que resulta que es una perrita de carne y hueso; bueno, de hueso, sí; pero lo que es carne, debe de tener menos que un real de patatas fritas.

Mientras nuestros amigos pasean por Flacuchópolis se levanta una ligera brisa, y entonces, ¡horror!, algunos transeúntes salen volando como plumas al viento. Estos infelices son unos imprudentes que se han echado a la calle sin acordarse de calzar los zapatos de plomo que los flacuchos precavidos llevan siempre puestos, para que no se los lleve el viento, como a Maríasarmiento. Andando, nuestros amigos llegan al pie de una torre que parece un alfiletero, a una de cuyas ventanas está asomado un doncel que llora y suspira, mirando al cielo, mientras declama: "¡Oh, luna llena, blanca y fondona, — cómo me recuerdas a mi Gordinflona!" Es el príncipe Finito.

Conmovido, Pipo solicita una audiencia del rey Fideo, y, tras de las salutaciones de rigor, le dice: "Señor; de la bondad de vuestro corazón, que será, sin duda, tan grande como flaco, solicito que permitáis el matrimonio de vuestro hijo con la hermosa *Miss Gordinflonia."* Al oír estas palabras, el monarca se pone en pie, enfurecido, y exclama...


Al gran Pipo
Miss Gordinflona

EPISODIO CVII

LA GUERRAGORDINFLOFLACUCHOPOLITANA

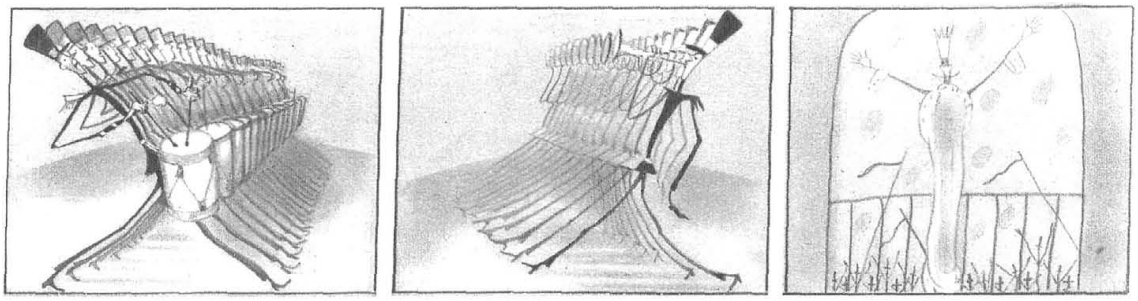
"¿Qué es esto? ¿Qué pasa", se preguntan los habitantes de Flacuchópolis; y todos acuden, atraídos por un batallón de tambores, que recorre las calles batiendo el parche sobre el ritmo del "Alirón, alirón, alirón, pom, pom, pom. pom", haciendo así: "¡Rataplán! ¡Rataplán! ¡Rataplán, plan, plan, plan, plan!", que éste es el himno guerrero del país.

A este batallón sigue otro de cornetas, que lanzan, con el mismo aire, las notas agudas de sus claros clarines: "¡Tararí, tararí, tararí, ti, ti, ti, ti!" Lo que pasa es lo siguiente: que al oír la petición de Pipo, el rey Flacucho había exclamado con indignación: "¡Ah! ¡Esto es un insulto! ¡Pedir la mano de mi hijo para una gordinflona! Para vengarme voy a declarar la guerra a esos impertinentes gordinflones." Y asomándose al balcón de su palacio —que tiene barandilla— arenga a sus súbditos: "¡Amado pueblo! ¡Sus! ¡Vamos a aplastar a nuestros enemigos seculares, los hombres gordos!" Y todos los flacos, como un solo hombre, contestan: "¡Mueran los gordos!"

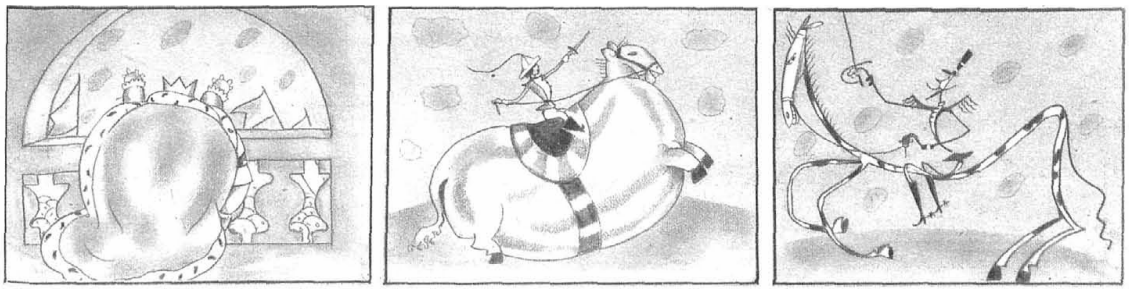
Pipo está aterrado. "¿Qué he hecho? —exclama—. ¡Pues sí que me ha salido bien mi gestión diplomática! He lanzado a estos mondadientes de mal genio a una guerra terrible contra los infelices gordos, que no saben nada. ¡Al menos, corramos a prevenirlos para que se pongan a la defensiva!" Y, seguido de Cocolín y de Pipa, se vuelve a Gordinflonia.

Como un cohete, Pipo se dirige al palacio real, y sin entretenerse en pedir audiencia, atropellando chambelanes y mayordomos, irrumpe en la cámara, donde Su Majestad Gordinfla XV está durmiendo su quinta siesta del día, o sea la de las once de la mañana. El rey es hombre apacible y calmoso, y no suele apurarse por nada. Sin embargo, la brusca aparición de nuestro héroe, despertándole de sopetón, le sobresalta un poquito: "¿Quéee paaasa?" —pregunta en un bostezo interminable—. "¡Señor —grita Pipo, sacudiéndole un brazo, con menos respeto que emoción—; el rey Flacucho se dispone a declararos la guerra! ¡Es preciso aprestarse a la defensa!" La terrible noticia acaba de despabilar al cachazudo soberano, que se precipita hacia su balcón —también tiene barandilla—, y grita: "¡Gordinflones! ¡Los flacuchos nos declaran la guerra! ¡Hay que vencer a estos enemigos odiados! ¡Mueran los hombres flacos!" Miles de voces contestan a una: "¡Mueran los hombres flacos!"

Cuando se tiene la suerte de contar con un aliado tan glorioso como nuestro gran Pipo, es natural que se aproveche. Es lo que hace el rey Gordinfla, que le nombra capitán coronel generalísimo de sus ejércitos. Y ya tenemos al héroe que, montado en brioso corcel, que parece un hipopótamo, se pone a la cabeza de las tropas gordinflonas, mientras que allende las fronteras que separan los dos países rivales, una silueta de alambre en forma de caballo, caracolea fieramente, llevando sobre el lomo un brillante uniforme, que, aunque parece que cuelga de una percha, contiene el cuerpo del valeroso Espiritiminí, generalísimo de la armada flacuchona.



ZZZZZ



EPISODIO CVIII

GORDOS Y FLACOS

No os vayáis a creer que el rey Gordinflón es un comodón, que se queda en su palacio cuando su pueblo va a la guerra. No; se ha subido —mejor dicho, le han subido con grúa— a lo alto del Monte Redondo, y desde allí se dispone a seguir las operaciones militares, armado de un catalejo potentísimo, tan potente como el que utiliza en estos mismos momentos el rey Fideo, de Flacuchópolis, que, en dos zancadas, se ha encaramado en lo alto del Cerro Agudo, para seguir, paso a paso, las evoluciones de sus ejércitos, que, como recordaremos, han partido a la guerra, al mando del bizarro y valiente generalísimo Espiritiminí.

Entre los buitres de Gordinflonia ha corrido, cual reguero de pólvora, la buena noticia: "¡Que va a haber guerra! ¡Venid todos! Vamos a tener carne en abundancia!" ¡Vaya si van tener! Aun cuando las víctimas de la contienda no pasasen de media docena, ya serían sus buenos mil y tantos kilos de comestible.

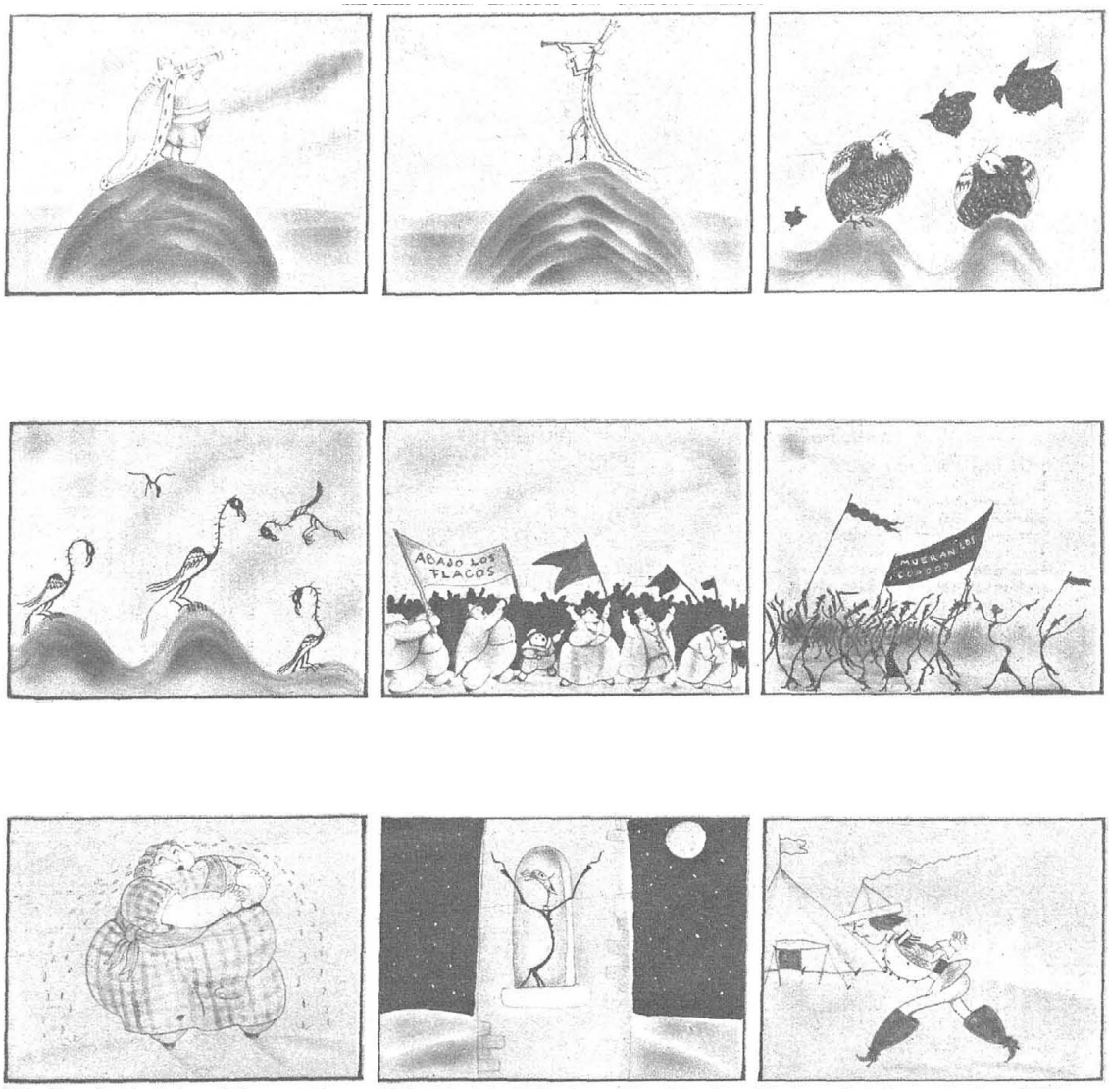
Igual alegría embarga el ánimo siniestro de los buitres de Flacuchópolis. ¡Ah! Claro que, aun cuando pereciese todo el ejército del generalísimo Espiritiminí, los pajarracos sólo hallarían unos huesos que roer. Pero están tan escuchimizados ellos también, que se darían por satisfechos aunque fuese con tan poca cosa.

Gordinflonia se prepara briosamente a la lucha; la gente se ha echado a la calle y recorre todo el país cantando el himno nacional, y todos, desde los más encopetados caballeros y las elegantes damas de cuatrocientos kilos en adelante, hasta los modestos personajillos de doscientas libras, rugen: "¡Mueran los flacos!" Con voces formidables que atruenan los aires, mientras unos kilómetros más allá, las nubes son agujereadas por gritos estridentes de "¡Mueran los gordos!", que lanzan todos los habitantes de Flacuchópolis como un solo hombre. Y en verdad que entre todos no abultan mucho más que si uno solo fuesen.

En medio del entusiasmo belicoso que reina en Gordinflonia, un corazón sensible está torturado, unos ojos bellos vierten, sinceras, un raudal de gruesas lágrimas. ¡Pobrecita *Miss Gordinflonia!* Esta guerra terrible que se prepara es el golpe de gracia para su amor atormentado; para siempre jamás la separará del príncipe Finito.

Del príncipe Finito, sí, que, allá, en Flacuchópolis, contempla con desesperación, desde su torre, los preparativos de la guerra terrible que ha de ser, para su amor atormentado, el golpe de gracia. Y la mirada sentimental de su alteza flota entre la luna llena que le recuerda a su amada y los ejércitos del generalísimo Espiritiminí.

En su tienda de campaña, Pipo, el glorioso capitán coronel general de la armada Gordinflona, pasea cabizbajo y cejifruncido. Medita. ¿Sin duda un plan de campaña para aplastar a los flacuchos? ¡Oh, no! Nuestro héroe es tan bueno como valiente; odia la guerra abominable y quisiera evitarla y reconciliar a las naciones rivales, Pero ¿cómo?


ABAJO LOS FLACOS
MUERAN LOS GORDOS

EPISODIO CIX

¡ATAQUE A LA BAYONETA!

El capitán coronel general Pipo, ha ordenado a sus soldados que caven trincheras, muchas trincheras, muy hondas —y, sobre todo, muy anchas, claro—, para que les quepa en ellas la barriga, y que permanezcan en ellas sin asomar la punta de la nariz, pues hay que tener en cuenta que la punta de la nariz de un gordinflón significa un blanco formidable para el enemigo. Este, por el contrario, no necesita ocultarse para que no se le vea; impávidos, los ejércitos flacuchones aguantan la lluvia de balas de los gordinflones, que pasan entre sus filas sin tocarles; para ello les ha bastado con colocarse de perfil, según les ha mandado el generalísimo Espiritiminí.

Entre tanto, el rey Gordinflas, desde su observatorio, espera que pase algo; pero no ve nada, porque, en realidad, no pasa nada. Esto le va resultando un poco aburrido y descabeza una siestecita; luego otra, luego otra, y otra... Entre sueño y sueño vuelve a escudriñar el horizonte con su telescopio: todo sigue igual.

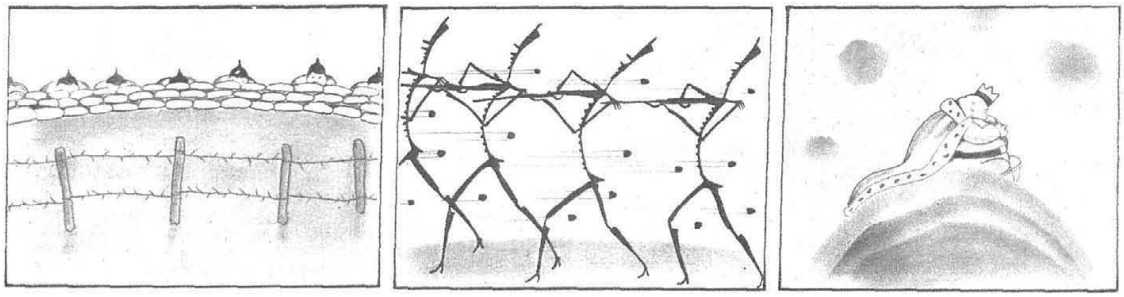
Mientras que el cachazudo rey gordinflón se aburre desde su alto observatorio, el nervioso rey Fideo se impacienta desde el suyo: "Pero ¿qué guerra de pega es ésta —murmura mordiéndose los puños de rabia— y qué generalísimo de chichirinabo es el de mis ejércitos?" Al fin, manda comparecer ante su regia presencia al bravo Espiritiminí.

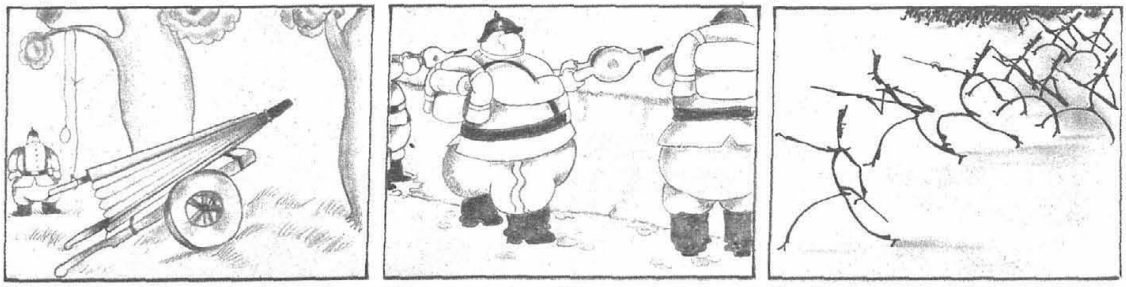
Precisamente es el momento en que, a pesar de su calma, el rey de Gordinflonia se ha decidido a impacientarse y a mandar comparecer a su capitán coronel general Pipo. "Mira —le dice—, esto no puede seguir así, porque así no tiene razón de acabar, y yo te confieso que para dormir me encuentro mejor en mi cama: conque a ver si acabamos mañana mismo."

Al ver aparecer ante él al generalísimo Espiritiminí, el rey de Flacuchópolis se apresura a exponerle su impaciencia: "Esto no es una guerra —dice—, es una tomadura de pelo." "Señor —protesta Espiritiminí muy digno—, considere vuestra majestad que no hemos tenido una sola baja." "Ni el enemigo. Exijo que mañana mismo se decida la victoria."

El capitán coronel general Pipo comprende que ha llegado el momento de las grandes resoluciones; ordena que se le traigan, montados sobre carritos de dos ruedas, como si fueran cañones, todos los fuelles que puedan encontrarse en las fraguas de Gordinflonia, y pronto se encuentra en poder de una gran cantidad de estos fuelles, que son enormes, y, además, gordísimos, como todas las cosas de aquel país. Además, también ordena que todas las gordinflonas le entreguen los fuelles, con los cuales allí (y en otros países también) se aventa la lumbre en las cocinas, y se los distribuye a sus soldados, que siguen cuidadosamente atrincherados, ordenándoles que sustituyan con ellos todas sus armas.

¡Tararí, tararí, tararí, ti, ti, ti, ti! El bravo generalísimo Espiritiminí ha tomado una gran resolución: ha ordenado a sus soldados que carguen a la bayoneta. ¡Ah! ¿Conque los gordinflones se empeñan en permanecer en sus trincheras? Pues en ellas perecerán, atravesados de parte a parte por las afiladas bayonetas de los flacuchones enardecidos.





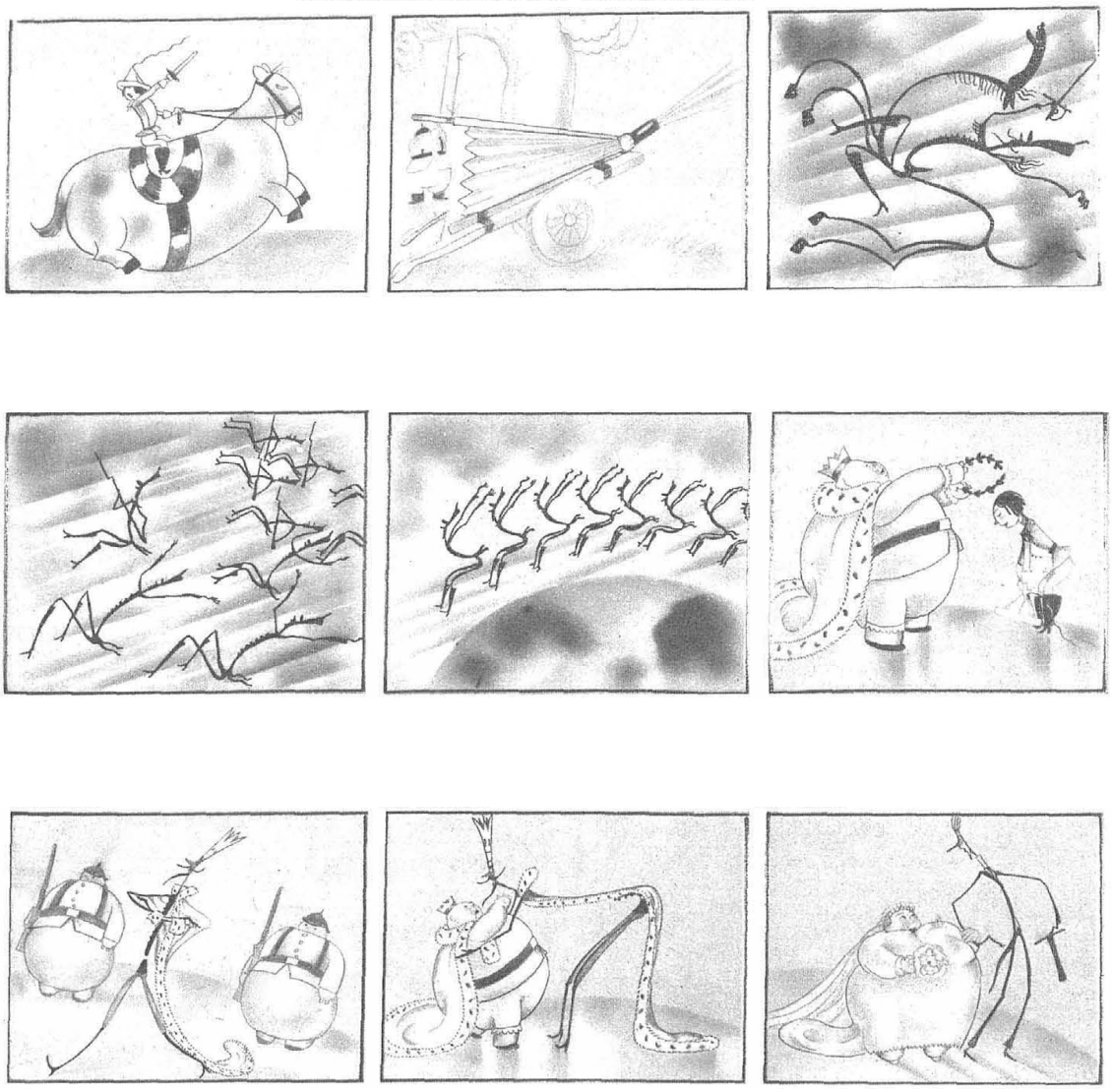
EPISODIO CX

LA VICTORIA DE PIPO

Erguido en su brioso corcel de ochocientos y pico de kilos, Pipo, magnífico, espera tranquilo el instante preciso en que las tropas flacuchonas caen, bayoneta en ristre, sobre las trincheras en que se ocultan los ejércitos gordinflones. Entonces levanta su sable y lanza con voz estentórea una orden: "Apunten: ¡Aire!"

Y obedeciendo a la orden del capitán coronel general, el tremendo fuelle del 42 "abre el aire" con un disparo atronador dirigido nada menos que contra el propio generalísimo Espiritiminí. Este disparo es todo un enorme vendaval, que sale del fuelle haciendo ¡pluuufff!, y el infeliz militar flacucho, con caballo y todo, sale volando, cual frágil plumilla de ave envuelta en un torbellino. Volando y girando, pues va dando vueltas y más vueltas en los aires hasta perderse de vista. Entre tanto, y obedeciendo a nuevas órdenes del glorioso Pipo, todos los soldados gordinflones disparan sus respectivos fuelles sin cesar, haciendo blanco en el grueso del ejército flaco. ¡Pfff! Una línea entera de flacuchones que vuela. ¡Pfff! Otra que tal. Cual nubes de mosquitos, avanzan los soldados flacuchones, pero al llegar junto a las trincheras salen volando y girando como salió su generalísimo. Enardecidos por este éxito tan extraordinario, los gordinflones arrecian con tal ímpetu y energía tan creciente, y es tal la fuerza de sus disparos de aire, que los infelices habitantes de Flacuchópolis allá te van, lanzados con tal ímpetu, que es lo más probable que no paren hasta que reaparezcan por el otro lado de la Tierra, cuya vuelta han emprendido a la velocidad de mil kilómetros al minuto. Ya han desaparecido todos. ¡Ya no queda a la vista un solo militar flacuchón! ¡La guerra está ganada! El vencedor, nuestro amigo glorioso, es llamado a presencia del rey Gordinfla, que le espera en el salón del trono y le pone una corona, diciéndole: "Permite, noble héroe, que ciña tus sienes con el laurel de la victoria." Pero Pipo declara: "Señor, yo sólo quiero una recompensa, y es que Gordinflonia y Flacuchópolis hagan las paces y se conviertan en buenos amigos." Maravillado por tanta nobleza, el rey Gordinfla manda que le traigan al rey Fideo. En Flacuchópolis, los emisarios gordinflones se apoderan de Fideo, que llega al palacio de su enemigo convencido de que lo van a matar. Mas, ¡oh, sorpresa!, el rey Gordinfla le echa los brazos al cuello y le dice: "No hay vencedores ni vencidos. Sólo hay dos países que se van a querer mucho, y cuya amistad vamos a sellar con la boda de tu hijo y de la más bella de mis gordinflonas."

¡Ah, qué alegría, qué emoción! ¡Esta sí que ea la mejor victoria de Pipo! En medio del entusiasmo general (el ejército flacucho ya reapareció, después de su vuelta alrededor de la Tierra), los enamorados Finito y "Miss Gordinflonia" se casan; todos dicen: "¡Qué buena pareja hacen!" Seguramente los hijos que tengan serán perfectos: ni livianos ni pesados.

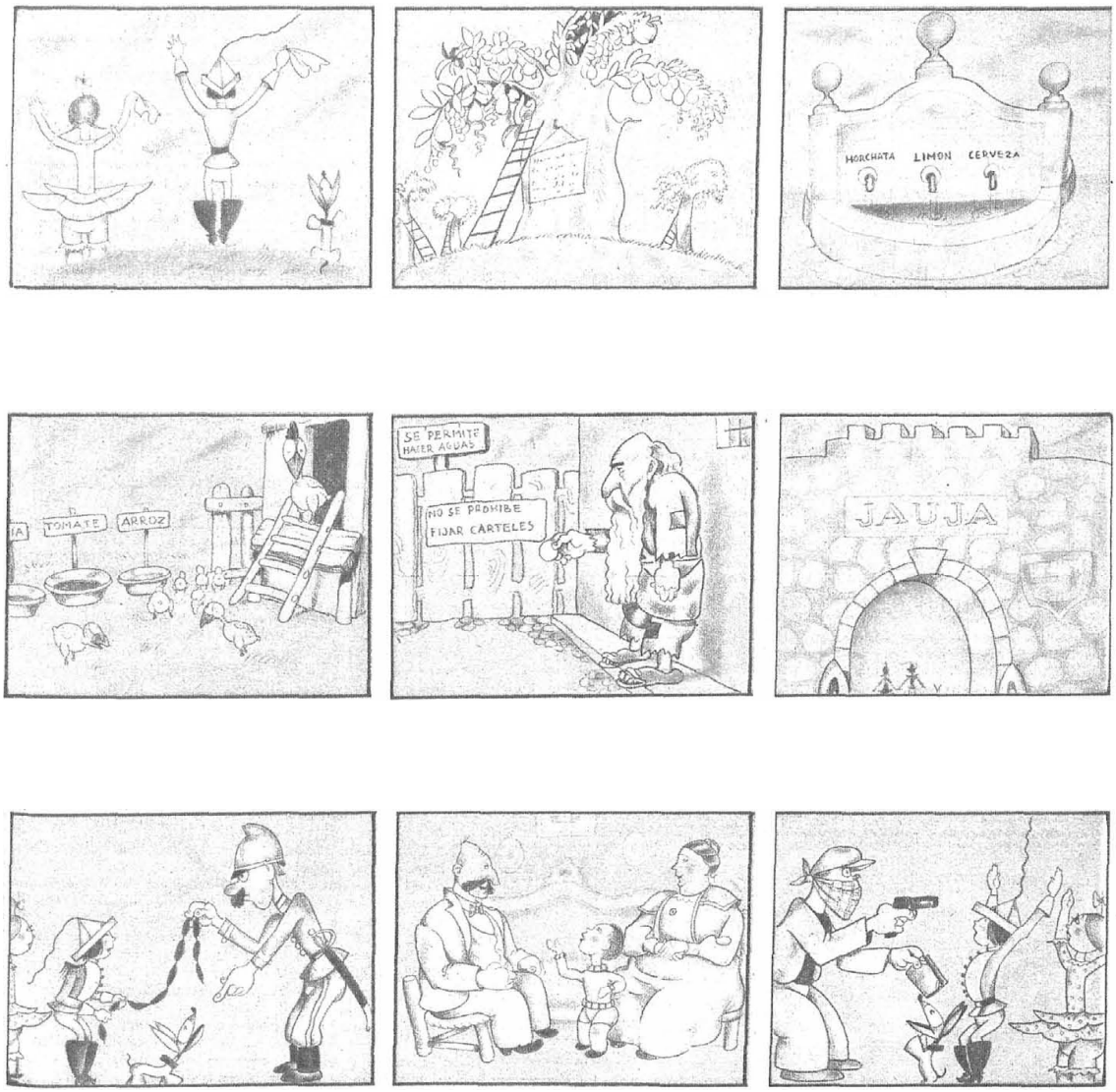


EPISODIO CXI

UN PAÍS AGRADABLE

"¡Adiós adiós!" —gritan nuestros amigos, agitando sus pañuelos, mientras que allá, a lo lejos ya, gordinflones y flacuchones, conmovedoramente unidos en torno a la feliz pareja nupcial, contestan—: "¡Adiós, adiós!" Pipo, Cocolín y Pipa siguen carretera adelante y llegan a un bosque frondoso, en el que entran con ánimos de descansar a la sombra de los árboles; mas son extraños estos árboles; cargan sus ramas frutas de todas clases, y hasta cucurbitáceas: melocotones, peras, melones, sandías, naranjas...; junto a cada tranco hay una escalera que facilita el acceso al surtido frutal, y de las ramas penden cartelitos avisadores: "Tengan la bondad de coger los albaricoques de la izquierda, porque son los más maduros." o "El adjunto melón está muy dulce." En verdad que dulces están todas aquellas frutas, tanto, que después de darse un sabroso atracón nuestros amigos tienen sed. Menos mal que hay una fuente cerca. A la vista está; a la vista nuestra y a la boca de nuestros héroes, que después de su festín, duermen una siestecita en el bosque y reanudan su marcha. Al cabo de un rato, Pipa murmura: "Tengo hambre otra vez." Si antes lo dice, antes dan con este extraordinario corral, donde pululan los pollos, gallinas, conejos, perdices y patos... ¡asados! Hay, además, varios barreños: uno, lleno de arroz; otro, de tomate; o de salsa de pepitoria, o de mahonesa. Es muy cómodo: no hay más que coger el animalito que más apetezca, meterlo en el barreño de salsa que más agrade..., y comérselo, claro. ¿Hay que decir que Pipa está satisfechísima con el sistema? A lo lejos, se vislumbran las murallas de una gran ciudad; poco antes de llegar, se encuentran a un viejecito harapiento, que les tiende la mano. Pipo se dispone a darle una limosna al mendigo, cuando ve, con asombro, que éste le entrega una moneda de oro. Cocolín, mujercita al fin, está intrigadísima por tantas cosas extraordinarias: "¿Qué país será éste?" —no cesa de preguntar—. "Ahora mismo lo sabrás —le contesta Pipo—, pues ya llegamos a la capital." Y Pipo ya había adivinado —y vosotros, ¿no?— que han tenido la suerte de dar con Jauja. Apenas han traspasado las murallas de mazapán con almenas de chocolate, cuando se les acerca un guardia: "Caballero —dice a Pipo—, aquí los perros no pueden andar sueltos." Al oír estas palabras, el hocico de Pipa se frunce. El guardia añade: "Tome usted longaniza para atarla." Esta desfrunce el hocico.

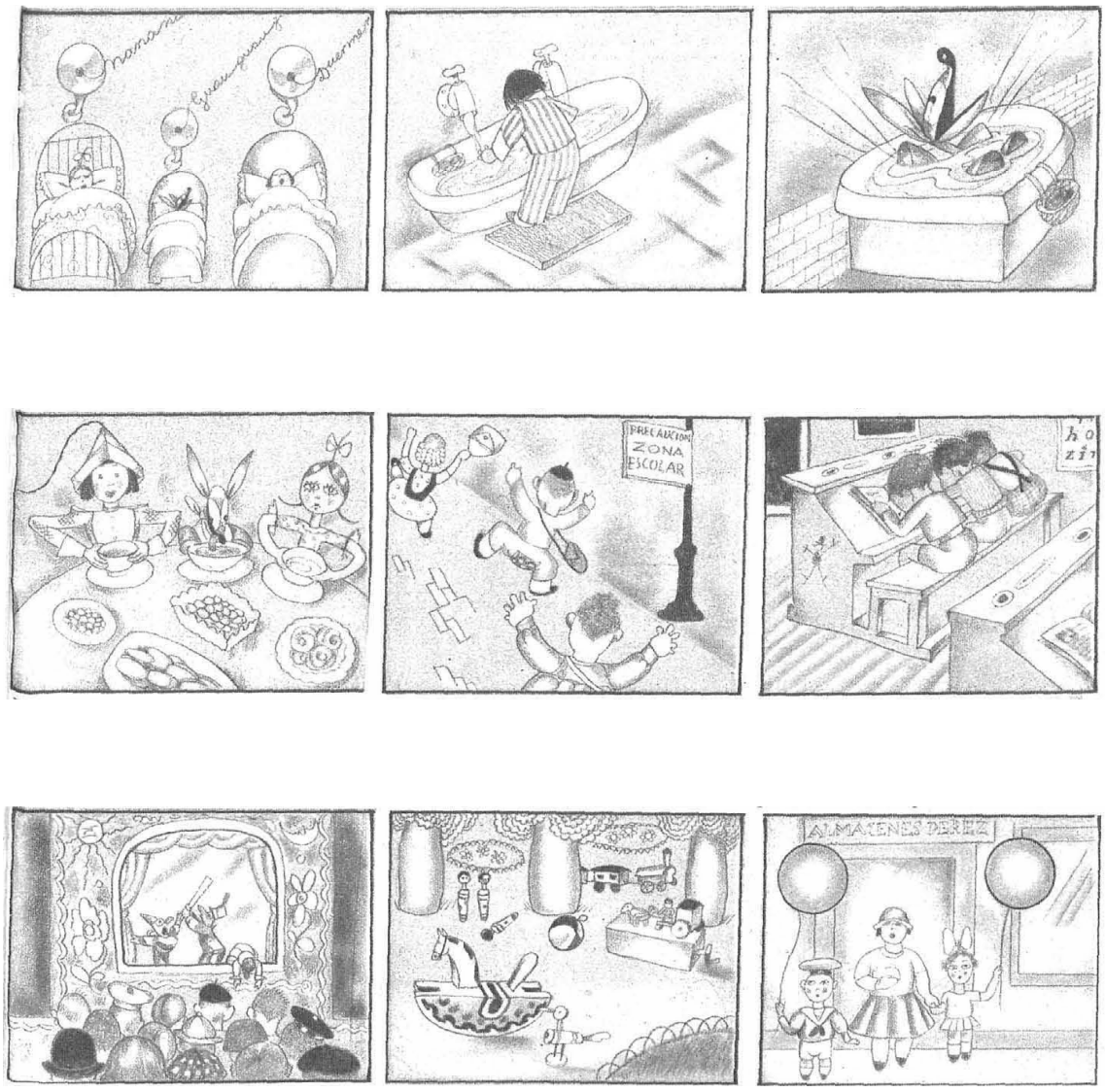
Por la ventana de un piso bajo nuestros amigos presencian una escena encantadora; una señora, que se ve que es la dueña de la casa, y un señor, que se ve que está de visita, escuchan respetuosamente a un niño que charla por los codos: "En este país —explica Pipo, siempre gran cicerone— sabréis que los papás nunca dicen a sus hijos: "Los niños hablan cuando hacen "pipí" las gallinas." En este instante suena una voz terrible: "¡Manos arriba!" Un enmascarado les apunta con una pistola. Nuestros amigos las levantan, y el atracador saca una cartera... de su bolsillo y la desliza en el de Pipo. Luego le pone a Cocolín pendientes de perlas, y se retira, tras de obsequiar a Pipa con un collar.


HORCHATA
LIMON
CERVEZA
TOMATE
ARROZ
SE PERMITE HACER AGUAS
NO SE PROHIBE FIJAR CARTELES
JAUJA

EPISODIO CXII

LOS NIÑOS EN JAUJA

Hay muchas fondas en esta ciudad maravillosa, y todas llevan nombres que son maravillosos también: Hotel de Balde, Fonda de Todo Pagado, Gratis Palace, etcétera, etc... Nuestros amigos entran en una de ellas, donde se instalan en una habitación espléndida y se acuestan en unas camitas mullidas, dotadas cada una de un fonógrafo que les adormece tocando la canción que más les guste. Así, a pesar de que les desvela la alegría, no tardan en quedarse dormidos. A la mañana siguiente se levantan y pasan a unos cuartos donde hay baños con dos grifos: uno para el agua templada y el otro para una esencia a elegir. Pipo, modesto como todos los héroes, perfuma su baño a la violeta. La ingenua Cocolín prefiere la esencia de lilas. En cuanto a Pipa, aunque es poco aficionada al agua, experimenta un verdadero deleite en bañarse en agua de rosas. Estos baños tienen otras dos ventajas: la primera es que se sale del agua ya seco; la segunda es que abren el apetito, y esto es tanto más de apreciar cuanto que permite hacer honor a un desayuno suculento de chocolate, pasteles, bollos de todas clases, churros y picatostes, "marrons glacés", huevos con jamón, emparedados de caviar, etc., etc. Pipa, huelga decirlo, "se hincha", y, sin embargo, no se hincha ni poco ni mucho, porque en Jauja los alimentos tienen la propiedad de no engordar mucho ni producir nunca indigestiones. Ya en la calle, nuestros amigos ven uno de esos letreritos que dice: "Precaución; zona escolar", y que también tenemos aquí, porque se ponen en las proximidades de los colegios para que los transeúntes tengan cuidado de que los chicos no les larguen una patada o un pelotazo en la cara. En efecto, multitud de niños se dirigen a clase, pero van cantando, bailando y saltando de alegría. No es extraño, porque en estas escuelas se pasa divinamente: allí, al sumar, lo mismo hacen cuatro y siete once que veintitrés; España limita con lo que a cada cual le da la gana, y los reyes godos apenas se llaman Pérez. Y lo único que se estudia son los preciosos tomos de las "Maravillosas Aventuras de Pipo y Pipa", que aquí se venden en las librerías para los niños buenos, pero que en Jauja sirven de libros de clase. Después de visitar uno de estos colegios estupendos, nuestros héroes recorren las calles, donde en cada esquina hay un divertidísimo teatro guiñol, o un cine al aire libre, y se adentran luego en un frondoso parque público, donde los niños lo pasan mejor que en la escuela, pues hay prados que se pueden pisotear, flores que se pueden arrancar, porque crecen en el acto, y multitud de juguetes a la disposición de todo el que pasa. Cocolín elige una muñeca preciosa, Pipo se balancea un rato en brioso corcel de cartón y Pipa se divierte de lo lindo saltando a la comba. Al volver a la fonda pasan delante de un almacén y ven salir a una señora con dos niños, cada uno con un enorme globo en la mano. "¿Es que hoy es día de regalos?" —pregunta Pipo a un dependiente—. "Se regalan globos todos los días—contesta el dependiente—, porque aquí todos los días son jueves."


PRECAUCION
ZONA
ESCOLAR
ALMACENES PEREZ

EPISODIO CXIII

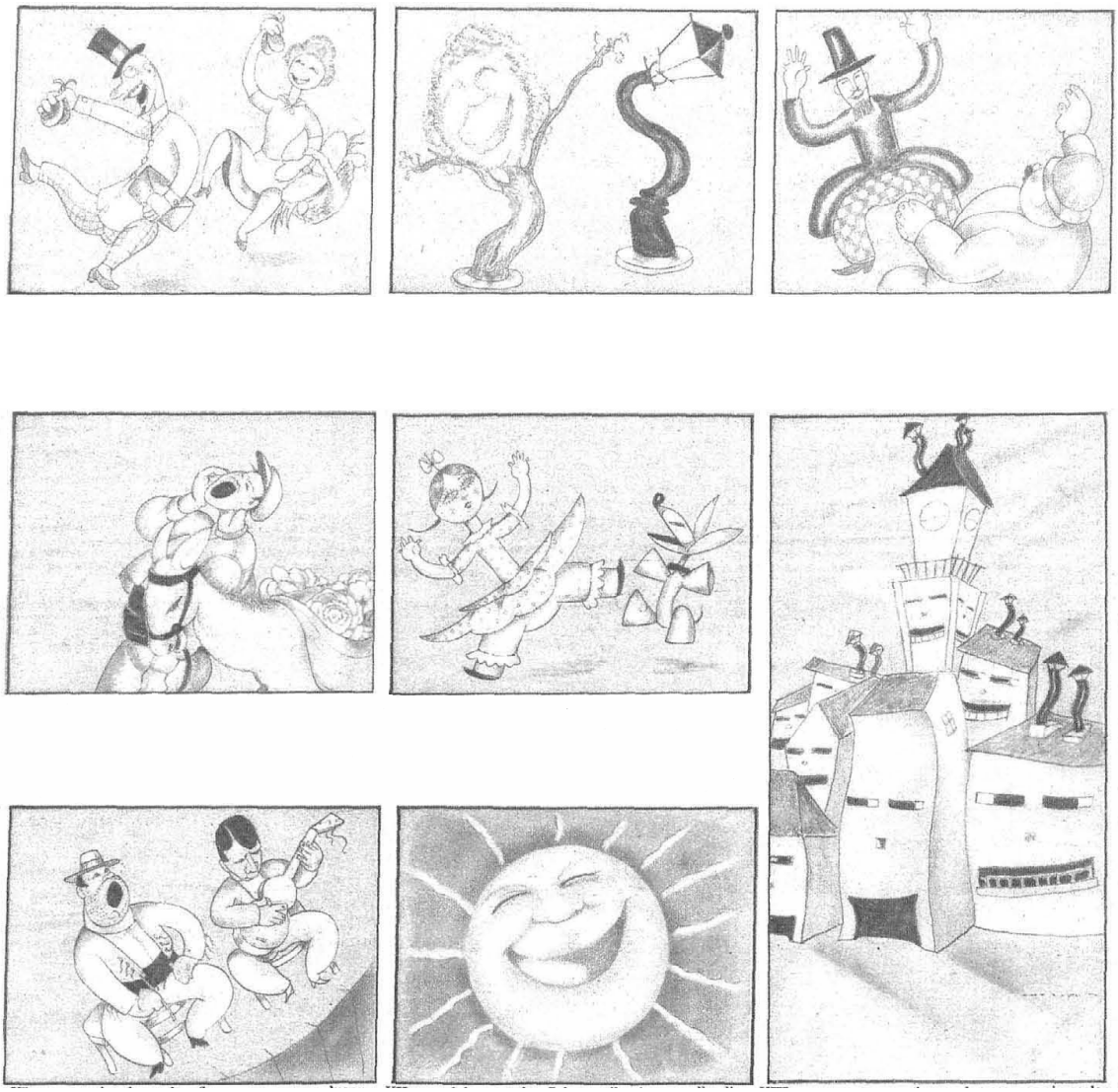
UN PAÍS RISUEÑO

"¡Qué país tan agradable!" —no cesan de repetir Pipo, Pipa y Cocolín—. La verdad es que no es extraño que los habitantes de Jauja estén encantados de la vida; tan encantados están que allí los empleados van a la oficina bailando y las cocineras van a la compra tocando las castañuelas. En todas las vallas y paredes se ven letreros que dicen cosas por este estilo: "Si quieres estar sano, baila y ríe en invierno y en verano." y todos siguen tan buen consejo. El que no ríe es porque canta, y el que ni canta ni ríe es porque está bailando. Hasta los árboles "se tronchan" y las farolas del alumbrado público se desternillan de risa. Cuando dos amigos se encuentran por la calle se saludan diciéndose algo así:

"—¿Dónde vas sin mantón de Manila?
¿Dónde vas con corbata chiné?
—Voy a ver si me compro unas botas
porque voy enseñando este pie."

Pero los que más cantan son los vendedores callejeros, que pregonan su mercancía con cuplés así: "Bejarana no me llores, — porque me voy a la guerra, y cómprame coliflores; — lechugas, dos una perra." O como este otro: "Hay que ver, hay que ver — las cosas que en dos reales le voy a usted a vender."

En las esquinas, los guardias se entretienen en hacer juegos malabares con sus porras, pues no tienen otra cosa que hacer, porque como allí todo el mundo es feliz, pues todo el mundo es bueno, y como todos son ricos, no hay ladrones. Así, Pipa y Cocolín, contagiadas por el ambiente, no cesan de bailar, cantar y reír también; sobre todo se ríen escuchando coplas flamencas, que en lugar de ser tristonas y lúgubres como en otras partes son divertidas y alegres, llenas de chistes y de bromas, hasta el punto de que los "cantaores" han substituido su tradicional "jipío" de "aaay" por una carcajada de "jaaa." Oyéndolos se le alegra a uno el corazón, y ríe hasta el buen padre Sol, que ilumina aquella dichosa tierra y la calienta lo preciso para que sus habitantes no tengan frío nunca, pero con muchísimo cuidadito de que no tengan nunca calor tampoco. La misma solicitud la tiene con Jauja la luna, que allí envía a la tierra una luz sonrosada, y la tienen las nubes, pues no llueve nunca más que de noche para que se rieguen los campos sin molestia para las personas. Total, que en Jauja todo es alegría continua, y las casas, riendo siempre, como la gente y los animales, y los árboles y las farolas, dan al país un aspecto de alboroto de efecto graciosísimo entre "terremotístico" y ligeramente "borrachinesco".



EPISODIO CXIV

JAUJA ESTÁ TRISTE

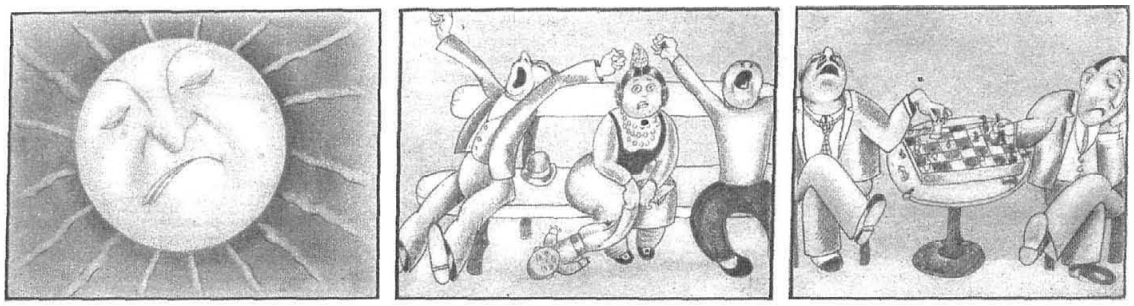
Nuestros amigos lo están pasando en Jauja todo lo estupendamente que os podéis imaginar. Pero un día, Pipo, al mirar el sol con un cristal ahumado, le encuentra una cara de pocos amigos, bien diferente a la de los días anteriores. El astro-rey no está risueño; por el contrario, parece tristón, aburrido, mohíno, malhumorado.

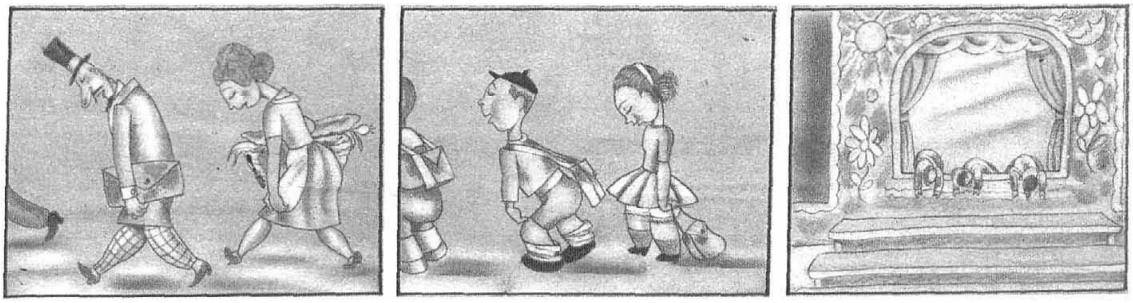
Extrañado por este fenómeno, nuestro héroe se dedica a observar y advierte otros muchos síntomas inquietantes. En los parques públicos, aquellos parques maravillosos llenos de flores que se pueden coger y de juguetes con los cuales se puede jugar, la gente bosteza sobre los bancos y los nenes dormitan en el suelo.

Alguien juega, sí; son unos aficionados al ajedrez; pero ¡qué manera de jugar! En lugar de contemplar fijamente el tablero como si quisieran hipnotizarlo, sin mover un solo peón nunca, según hacen todos los buenos jugadores, ellos mueven los peones de un lado para otro, sin mirarlos. Verdad es que saben que, por estar en Jauja, jueguen como jueguen, de todos modos han de ganar los dos. Entre tanto, por la calle pasan empleados que van a la oficina y criadas que van a la compra; pero, ¡ay!, pasan muy serios y muy tiesos, ni más ni menos que si fuesen a algo poco agradable. Se acabaron las risas, y los cantos, y los bailes, y las castañuelas.

Tan se acabaron que hasta los niños se dirigen a la escuela con un airecillo tan aburrido como el que ponen, en casos semejantes, otros niños de otros países que... no sé dónde estarán. ¿De modo que a los jaujitos ya no les encanta ir a estudiar? Pues hay algo verdaderamente más extraordinario todavía. Y es que tampoco les encantan ya los espectáculos de guiñol callejeros, que se ven abandonados, a pesar de ser gratuitos. "¡Si llegan a ser de pago!" —piensan los pobres muñequitos, tristes y cabizbajos, avergonzados de tener que "trabajar" ante las banquetas vacías, y compungidísimos por no tener público que los aplauda.

Hasta las casas ponen ya cara rebarbativa y tristona, como diciendo: "No entréis; no estamos para visitas." No cabe ya duda: Jauja está triste. ¿Qué tendrá Jauja? Ha perdido la risa... Nuestros tres amigos, al notar este cambio desolador, quedan aterrados. Pipo resuelve aclarar el misterio. Y se dirige a un señor muy sabio que es el más viejo de los jaujenses. Este señor contesta a sus preguntas: "Jauja está triste porque se aburre, y se aburre por empacho de dicha y exceso de felicidad. Lo que se obtiene sin esfuerzo y sin pena, no se aprecia, y para saborear la alegría hay que conocer, siquiera un poquito, el dolor. Los hombres son —sea dicho con perdón— como los cerditos. Para que corran hacia adelante hay que tirarles del rabo." Pipo ha meditado profundamente estas palabras del sabio jaujense y ha tomado una gran resolución: "No me iré de este país —declara— sin remediar este mal. ¡Ah, señores jaujenses! ¡Yo os atenuaré esta dicha que no sabéis apreciar!"



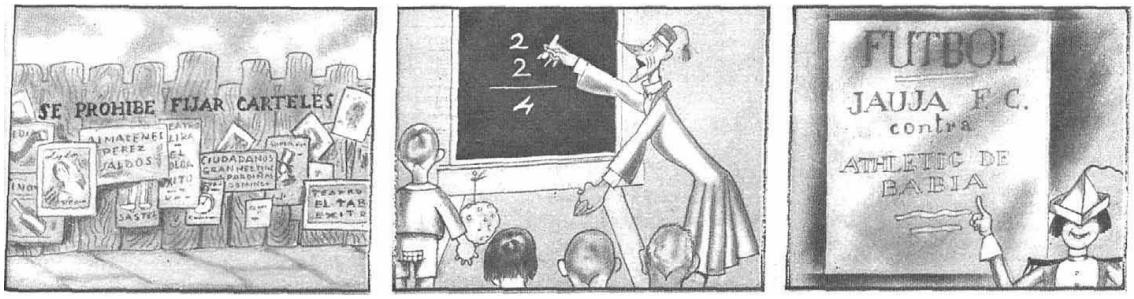


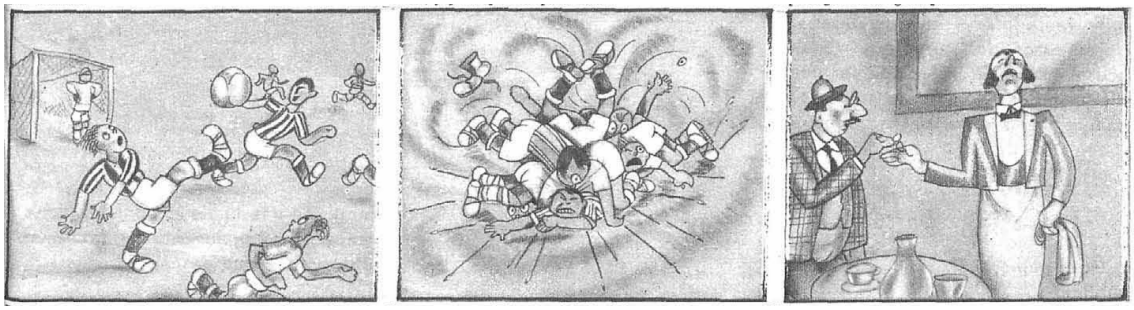
EPISODIO CXV

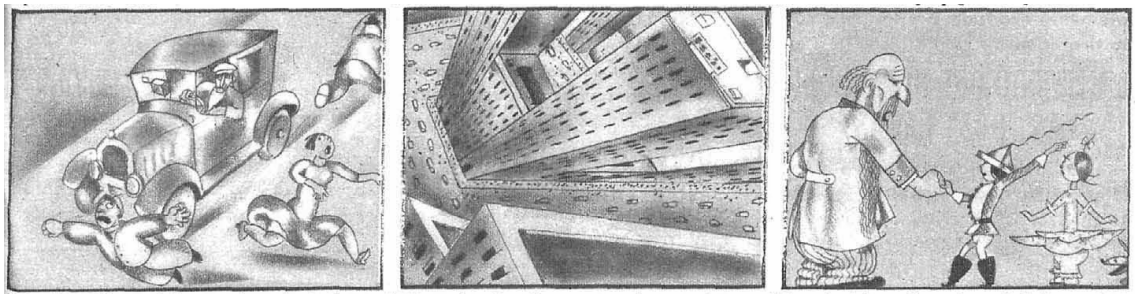
JAUJA SE MODERNIZA

Pipo, hombre de decisiones rápidas, no pierde un momento para poner su plan en ejecución, y empieza por cambiar el aspecto de las calles, colocando en todas las vallas carteles prohibitivos; ahora se prohíbe todo en Jauja, gracias a lo cual, los *jaujenses* conocen un nuevo placer que no sospechaban y que es, por cierto, el placer favorito de los españoles: el de desobedecer. Después de este resultado, Pipo se dedica a transformar las escuelas y da órdenes severísimas a todos los maestros para que desde ahora dos y dos sean cuatro indefectiblemente, y para que el Guadalquivir no pueda de ningún modo pasar por Nueva York, y para que Felipe II sea de ahora en adelante, el hijo de Carlos V. Con esto, los colegiales conocen la molestia de estudiar y, como consecuencia, el deleite de aprender. Pero esto no basta: en Jauja nadie ha regañado nunca con nadie, lo cual está muy bien; pero también nadie se ha reconciliado nunca con nadie, lo cual está muy mal. Pipo organiza un gran partido de fútbol entre un equipo *jaujense* y otro de la ciudad vecina, que es Babia. Hay gran expectación, no porque la gente sea muy aficionada a ver tratar a patadas un pobre e inocente balón, sino porque Pipo ha tenido el acierto de poner las localidades a precios elevadísimos. El campo se llena de espectadores y el partido se celebra. con un éxito formidable. El resultado es una pelea más formidable todavía. Por un quítame allá ese penalty, futbolistas y espectadores se abalanzan unos sobre otros, dándose, además de puñetazos y bofetadas, más puntapiés que los recibidos por el balón. Pero después, todo el mundo se reconcilia y se abraza con un cariño que nunca se conoció en Jauja. Siguiendo sus grandes reformas, Pipo suprime las propinas en los cafés. Con esto se lamentan los cafeteros, que aumentan el precio de las consumiciones, y se quejan los camareros, que ganan más que nunca; pero, en cambio, los consumidores se muestran encantados de tener que pagar más que antes.

Ahora Pipo se dedica a reglamentar la circulación de las calles; antes, cada cual iba por donde quería y podía evitar los atropellos a voluntad; ahora, los choferes meten sus coches por las aceras, según sucede en todos los países de circulación bien reglamentada, y así, los transeúntes pueden saborear algunas veces —muy pocas— la alegría de volver ilesos a casa, lo que antes no apreciaban. Para acabar de modernizar Jauja, Pipo manda construir rascacielos, con ascensores que no funcionan y todo, e instaura la ley seca para que haya bastantes *gangsters*. Realizada tan grande obra, se despide del sabio viejecito, que le dice: "¡Bravo, señor Pipo!, gracias a usted Jauja hoy sufre, padece y trabaja; pero también disfruta y se divierte; ha recuperado la alegría a través de las penas y el dolor, que es la única manera de saborearla sin empacho ni aburrimiento. Es usted nuestro salvador." Y el héroe, seguido de sus compañeros, abandona Jauja, que se ha convertido en un país como todos.


SE PROHIBE FIJAR CARTELES
2
2
4
FUTBOL
JAUJA F.C.
contra
ATHLETIC DE
BABIA





EPISODIO CXVI

EL BOSQUE DE LOS CUENTOS

Andando, andando, Pipo, Pipa y Cocolín llegan a un nuevo bosque, pero este bosque no se parece a ninguno otro. Sus árboles tienen formas extrañas y por entre las ramas el viento pasa silbando aires más extraños todavía. "¿Qué bosque será éste?" —murmura nuestro héroe—. "Pío, pío, pío, pi, cuí, cuí" —contestan voces que parecen bajar del cielo.

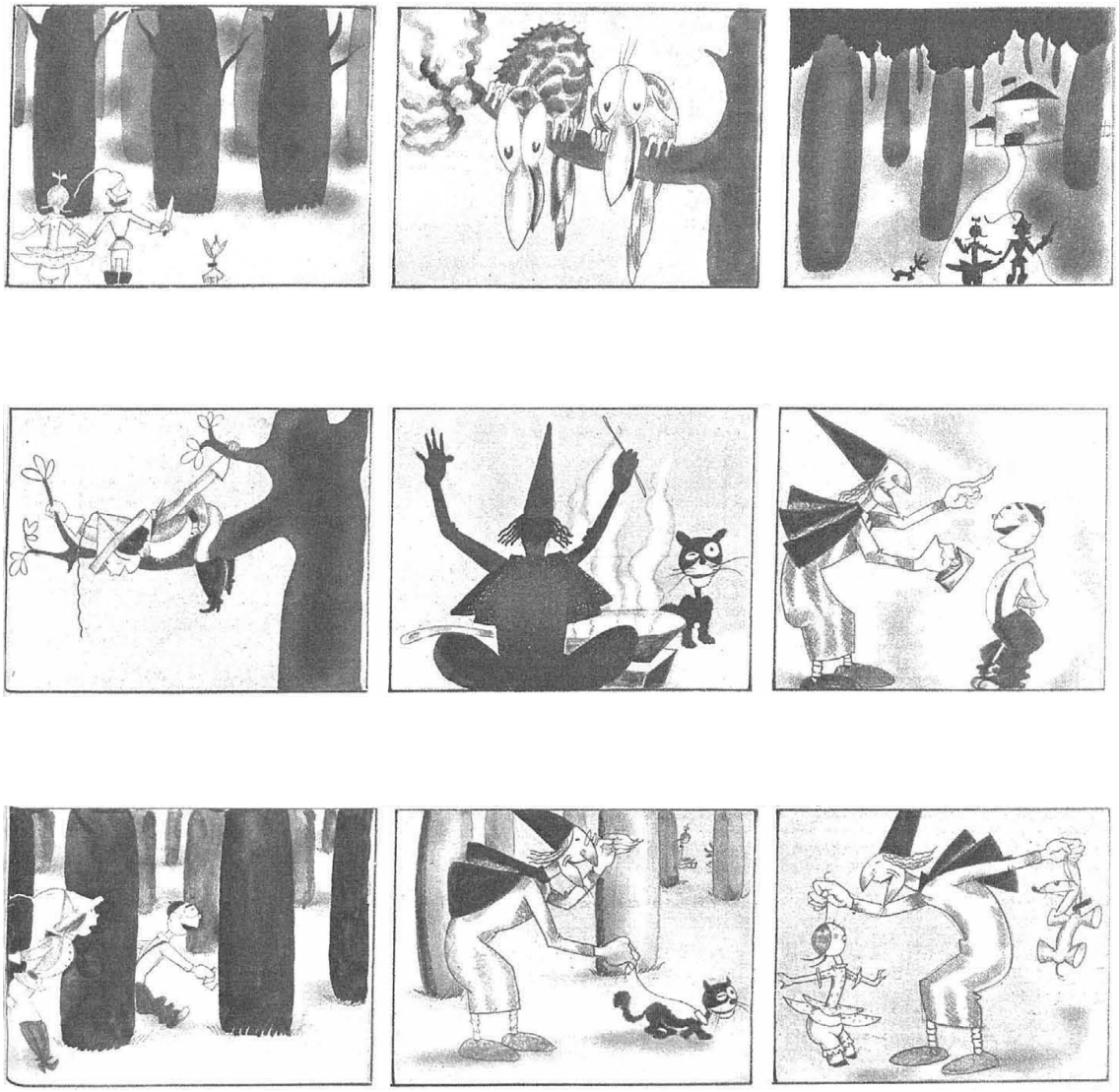
Pipo levanta la cabeza y ve en una rama dos pájaros completamente fantásticos, que le dicen: "Este es el bosque de los cuentos. Aquí se perdieron Pulgarcito y sus hermanos; por aquí pasó el Príncipe Azul que despertó a la Bella Durmiente, y cerca de este árbol vivían los gnomos de Blanca Nieves."

Tan es verdad lo que dicen los pájaros que Pipo vislumbra una casita misteriosa con una ventana iluminada, que es esa casa donde llaman imprudentemente todos los niños de los cuentos que se pierden o se escapan de su casa en busca de aventuras. Es, en fin, la casita donde siempre vive algún ogro o alguna bruja,

Pipo es demasiado listo para caer en la trampa; se dirige sí, con sus compañeros, hacia la casita, pero se guarda muy mucho de llamar a su puerta; dejando a Cocolín y a Pipa ocultas detrás de un grueso tronco, él se sube ágilmente a una rama, y desde este observatorio mira por la ventana iluminada al interior de la casa.

¡Ah, no estaban de más todas las precauciones! En efecto, en esta casa vive una horrible bruja; pero..., ¡si la conocemos! Anda, y Pipo la conoce más todavía que nosotros: como que es la bruja Pirulí. Está realizando sabe Dios qué hechizos terribles ante un aceite hirviendo, y junto a un gato tuerto, más feo que ella, si cabe.

De sorpresa, Pipo ha estado a punto de caerse del árbol; por fortuna, logra conservar su equilibrio y esto le permite ver entrar en la habitación un nuevo personaje. ¡Cielos! ¡Pero si es el infame Gurriato en persona!..., si es que a semejante bicho se le puede llamar "persona". La bruja saca una carta de su faltriquera y se la entrega a su "botones" diciéndole unas cosas que Pipo no puede oír. Pero no importa; ha visto a Gurriato coger la carta y salir corriendo de la casita. ¿Adonde irá? ¿Qué nueva infamia maquinan los dos cómplices? Pipo se baja rápidamente del árbol. "Voy —les dice a sus compañeros— a seguirle la pista a ese malvado para ver qué dirección ha tomado, vuelvo en seguida; no os mováis." Se va corriendo sin meter ruido, mientras Pipa y Cocolín esperan jugando a Antón Pirulero, para distraerse. ¡Pero ved qué nefanda coincidencia! En este instante preciso, el gato tuerto guiña su único ojo, lo cual quiere decir que desea hacer pipí. Y la vieja se apresura a sacarle a dar un paseíto para que se expansione fuera de la casa. De pronto, se detiene. ¿Qué ha visto? ¡Una niña y una perrita! Se acerca de puntillas, y, al reconocerlas, lanza un verdadero alarido de triunfo. ¡Qué magnífica presa! ¡La perra de Pipo! Antes de que nuestras amigas se hayan dado cuenta, han caído en poder de la horrible bruja Pirulí.



EPISODIO CXVII

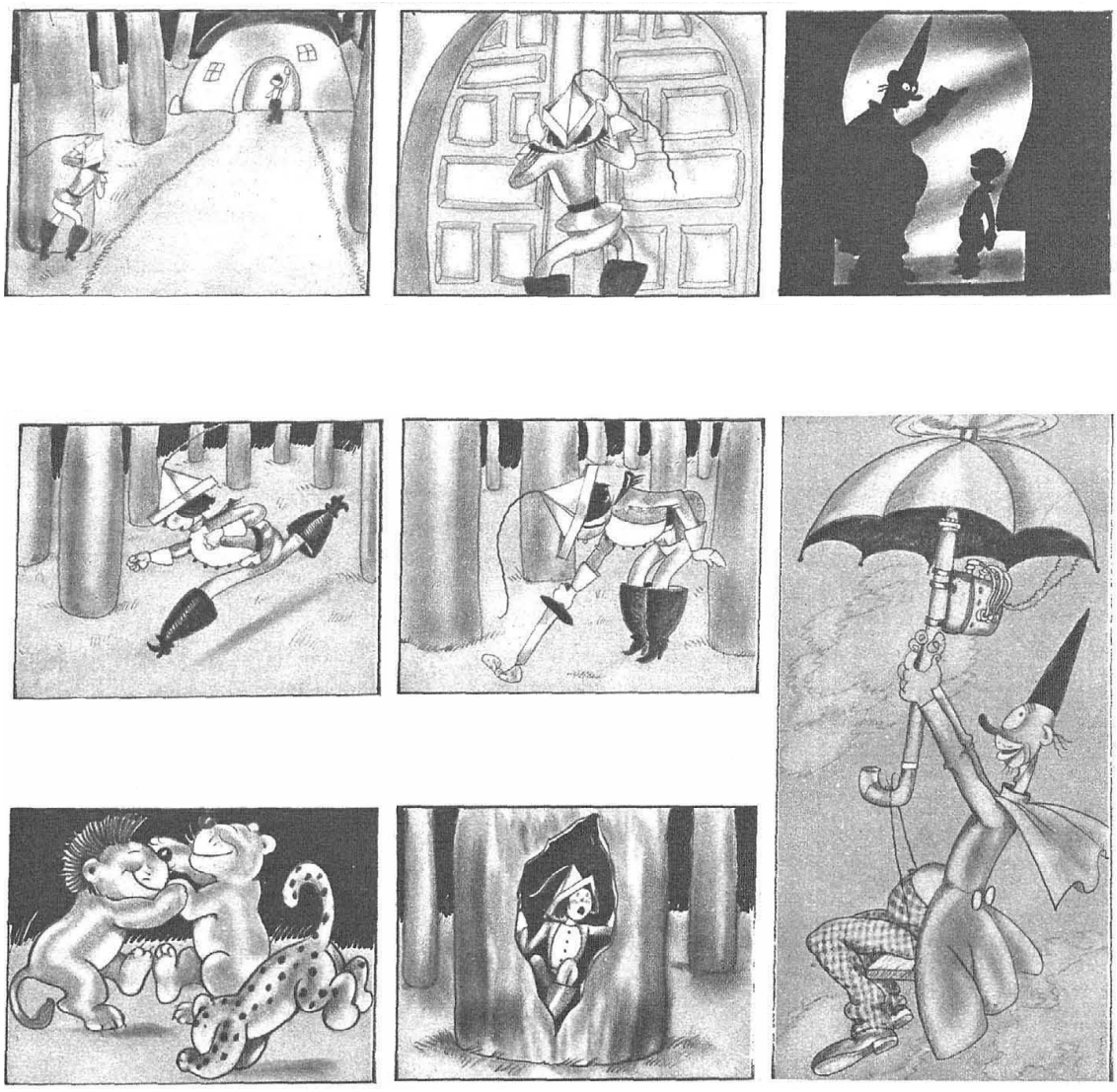
EL BRUJO CAMUÑAS

¡Qué extraña casuca! Sospechosa de forma, misteriosa de aspecto... ¿Qué ser raro vivirá ahí? Nos lo preguntamos nosotros y se lo pregunta Pipo al ver que Gurriato, a quien viene siguiendo, se detiene ante la puerta de tan singular mansión y repiquetea con los nudillos siete golpes sobre el ritmo de "U-na copita de O-jén". A esta señal misteriosa, la puerta se abre. Gurriato entra y la puerta se cierra. Silenciosa, cautelosamente. Pipo se acerca, pega su oído a la puerta y su ojo al de la cerradura. Esto está muy feo, ya lo sé; sin embargo, cuando se trata de desenmascarar una bruja tan terrible como es la tal Pirulí, hasta la indiscreción está permitida. Y si alguna vez os halláis en el caso de Pipo, podéis escuchar detrás de las puertas sin que os regañen vuestros papás, os lo aseguro. Así es como nuestro héroe logra ver que Gurriato entrega la carta de su terrible ama al dueño de la casa misteriosa; este señor, Pipo lo reconoce al punto, es un primo de Pirulí, el brujo Camuñas, casi tan malo como su parienta, pero tan atolondrado, que algunas veces por pura distracción se olvida de cometer maldades. Ya sabe Pipo para quién era la famosa carta, y en posesión de tan trascendental secreto vuelve corriendo hacia sus compañeros. Es decir, vuelve hacia el lugar donde los dejó, pero donde, ¡ay!, ya no están. Al llegar al pie del árbol donde la nena y Pipa quedaron jugando a Antón, pirulero, Pipo ve con espanto que han desaparecido, no digo sin dejar rastro, porque rastro sí que han dejado. En el suelo hay un lacito de seda rosa y un poco de serrín; el lazo es el que anudaba los rubios cabellos de la gentil Cocolín; el serrín se le derramó a Pipa por un arañazo que le hizo en una oreja, al cogerla, la horrible Pirulí con sus uñas ganchudas.

Consternado está nuestro héroe ante este descubrimiento terrible, cuando oye voces raras; son rugidos que cantan; en un claro del bosque, Pipo ve todo un grupo de fieras: un leopardo, un tigre, dos chacales y tres o cuatro leoncitos, que juegan al corro y cantan: "Arroyo claro, — fuente serena; — ha cazado la bruja; — tendremos cena." Y lo comprende.

La caza de la bruja son, sin duda, sus infortunadas compañeritas y se conoce que la horrible Pirulí acostumbra a "regalar" sus víctimas a las fieras del bosque. Pipo reprime un estremecimiento de horror: "Conque cena, ¿eh? —murmura—. Eso será, señoras fieras, lo que tase un sastre, que por algo estoy yo aquí." Un ruido de motor le llama la atención.

Se oculta en el grueso tronco de una encina secular y desde este escondite ve llegar un aeroplano singular. Es el autogiro especial que se ha fabricado para su uso particular el brujo Camuñas, que se las da de inventor y mecánico. El viejo loco viene a ver a su prima; se conoce que la carta le llamaba con urgencia. "¡Hola, hola!" —murmura Pipo.



EPISODIO CXVIII

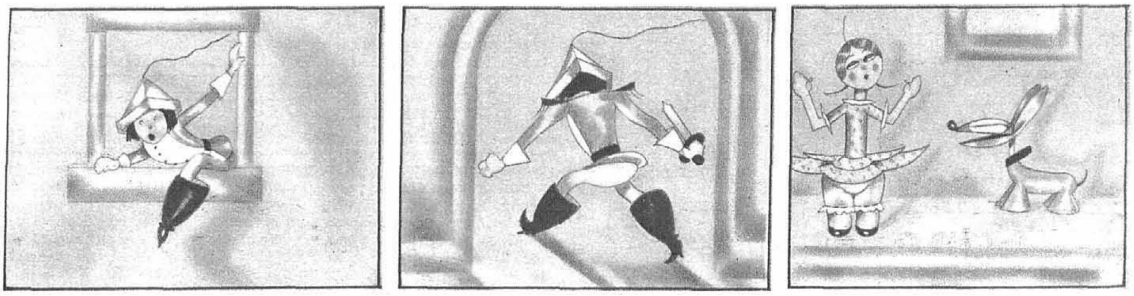
EL COCODRILO DISECADO

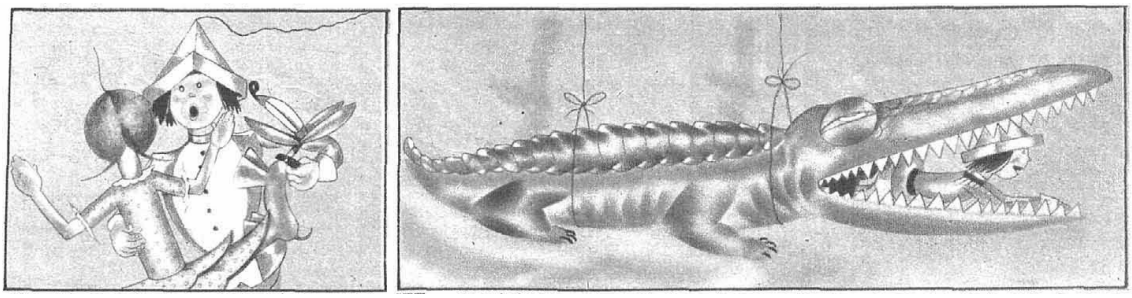
No se está muy a gusto, que digamos, en el interior de un árbol hueco; sin embargo, Pipo, después de haber visto al brujo Camuñas entrar en la casita misteriosa, aguanta horas y horas en su escondite, desde el cual observa sombras raras a través de la ventana, y oye extraños ruidos, risas y cuchicheos. ¿Qué pasará allí dentro?

Al caer la noche, se abre, por fin, la puerta de la casita y salen en fila india la horrible bruja Pirulí; su pariente, el brujo Camuñas; su paje, el infame Gurriato, y su gato tuerto, cuyo nombre siento no recordar. Todos están en plan de viaje, o, al menos, de excursión: Camuñas vuelve a ocupar el autogiro de su invención, la bruja monta en su escoba cogiendo a Gurriato a la grupa, y el gato se agarra a otra escobita mágica hecha a su medida. Y andando, ¡mejor dicho, volando! Roncan los motores y los aparatos fantásticos se elevan por los aires, llevándose a sus pilotos, que desaparecen tras una nube menos negra que sus respectivas almas. Al fin, he aquí la ocasión que Pipo ha estado esperando tantas horas para acudir en auxilio de sus compañeras. Sin perder un segundo sale de su observatorio, y, blandiendo su invencible espada de madera, se precipita hacia la casita misteriosa, en la que se introduce por una ventana. Recorre las habitaciones gritando: "¡Cocolín! ¡Pipa! ¿Dónde estáis? ¡Soy yo! ¡Vengo a salvaros! ¡Contestadme!" Al fin, suena un débil ladrido y se oye una vocecita doliente que gime: "¡Estamos aquí; ven, Pipo!" El héroe se precipita en la dirección de donde parten estas voces y penetra en una habitación repleta de objetos raros; al fin, ve encima de una cómoda destartalada a sus dos amigas, de pie, inmóviles.

"¿Qué hacéis aquí, que no bajáis?" —exclama—. Mas queda aterrado al oír a Cocolín explicar, con su vocecita doliente: "No podemos hacer ni un solo gesto; la bruja nos ha inmovilizado, tocándonos la punta de la nariz con su varita mágica, para que no nos escapemos." ¿Qué hacer?, se pregunta el héroe, perplejo. Si se las lleva, ¿cómo hacerlas moverse luego?

No; es preciso desencantarlas primero, y Pipo coge unos gruesos librotes que hay allí y están llenos de recetas de brujerías; los hojea febrilmente; es preciso encontrar la manera de animar a una persona inmovilizada por arte de magia; pero, ¡ay!, en aquellos libros cabalísticos no aparece la receta que Pipo necesita, que Pipo busca con tal ahínco, que ni siquiera se da cuenta de que transcurren las horas, de que se acaba la noche, de que amanece… Y, de pronto. Pipa exclama: "¡Ya vuelven, ya los oigo!" Es verdad; a lo lejos suena el ruido de los motores infernales. "¡Huye, Pipo! —suplica la gentil Cocolín—. ¡Si te encuentran aquí harán contigo lo mismo que con nosotras!" "¿Huir y abandonaros? ¡Jamás!" —protesta el héroe, siempre heroico—. Pero ya llegan los malvados; es preciso esconderse. ¿Dónde? La mirada de Pipo recorre la habitación... ¡Ah, ya están aquí! Pero en este momento. Pipo ha visto un enorme cocodrilo disecado que pende del techo, y, rápido como un relámpago, se introduce en el cuerpo del saurio, cuando aparece por la puerta Camuñas trayendo...





EPISODIO CXIX

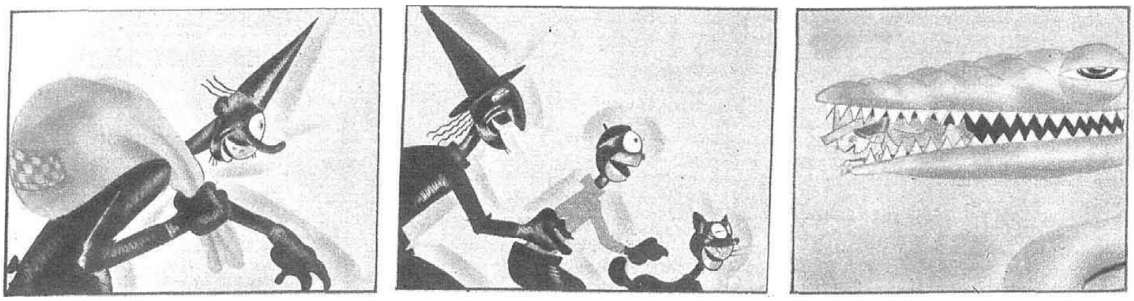
EL TESORO DE LA REINA PANDOLFA

¿Pero éste que entra es un brujo o es el tío de la emulsión Scott? No; es efectivamente Camuñas, y lo que trae no es un bacalao de Escocia, sino un saco que parece bien repleto; pues, a pesar del peso, el brujo, además del saco, trae cara de Pascuas. Viene tan contento como los que le siguen, que no son otros que la horrible Pirulí, el infame Gurriato y el gato tuerto; total, cuatro gatos, pues todos nacieron en Madrid. Vienen entusiasmados, como cuando se ha hecho un buen negocio o le ha tocado a uno la lotería, o le han dado a uno en el tranvía un capicúa. Su alegría es por el saco que trae el brujo Camuñas.

"Pero ¿qué habrá dentro de este saco?" —se pregunta intrigado Pipo, mientras saca un poquito la cabeza de la boca..., de la boca del cocodrilo disecado, en el cual está oculto—. Lo mismo nos preguntamos nosotros: ¿Qué habrá dentro de este saco? No vamos a tardar en saberlo, pues Camuñas vacía su contenido sobre la mesa y, ¡oh, maravilla!

Lo que sale del saco son alhajas deslumbradoras, montones de pedrería; una fortuna, en fin. Los bandidos se abalanzan llenos de codicia; la bruja Pirulí agarra un collar de esmeraldas y se lo pone: "¿Verdad que estoy guapa?" —dice mirándose al espejo, con una mueca espantosa, que quiere ser una sonrisa—. El brujo se planta en la cabeza una corona de perlas y brillantes y declara: "Parezco un príncipe." Mientras que Gurriato se harta de ponerse sortijas, "rivieras", "pendantifes" y pulseras, el gato tuerto juega con un rubí del tamaño de un ovillo de lana. "¡Señores —grita el brujo Camuñas—: viva la reina Pandolfa..., pero que viva sin su tesoro, que es nuestro!"

"¡Eso, eso! —gritan todos—. ¡Viva el tesoro de la reina Pandolfa! ¡Ya somos ricos! ¡Ya nos podemos retirar de los negocios!" Y locos de júbilo, los cuatro miserables (el gato también) se cogen de las manos y de las patas y se ponen a bailar, saltar y jugar al corro. De pronto, suenan doce campanadas; es la media noche, la hora fatal en que todos los brujos del Mundo van a acostarse, excepto los sábados, en que celebran su aquelarre. La bruja Pirulí se apresura a guardar todas las alhajas en el talego, que coloca en un cajón de la cómoda, y ordena: "¡Ea, cada mochuelo a su olivo!" "Cada mochuelo... y cada lechuza, que es lo que tú eres, parienta" —dice Camuñas—. "No seas zalamero" —dice la horrible Pirulí, que cree que le ha dicho un piropo—. Al disolverse la amable reunión, Gurriato, señalando a nuestras amiguitas Pipa y Cocolín, que siguen inmóviles sobre la cómoda, pregunta: "¿Qué se hace con esto, señora Pirulí?" "¡Déjalas, por ahora —contesta la bruja con una risa de hiena—, ya que no pueden moverse no nos estorban por esta noche; mañana, en cuanto te levantes, las tiras al pozo!" Se van los brujos, cada cual a su alcoba, y Gurriato se tumba en un catre, y al poco rato ronca como un bendito; quiero decir, como un maldito. "Esta es la mía" —murmura Pipo, y se dispone a surgir sigilosamente del interior del caimán disecado.



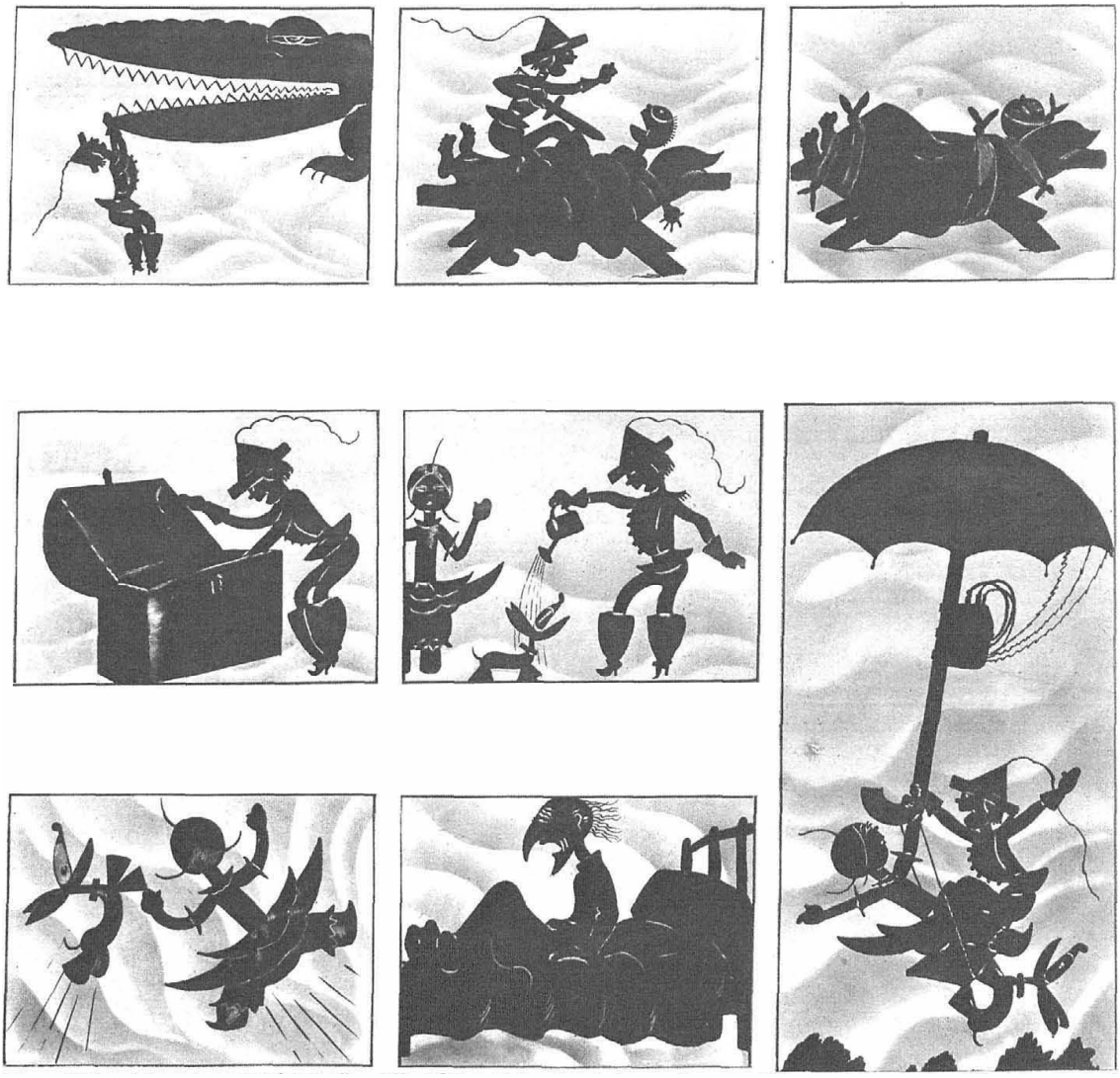
EPISODIO CXX

FUGA EN LAS TINIEBLAS

La obscuridad es total; es de noche y, *sin embargo*, se oyen los ronquidos del infame Gurriato. Pipo sale sigilosamente de la boca del caimán disecado; un instante permanece colgado, meditando cómo se dejará caer; y al fin se lanza, con la agilidad de un equilibrista, y cae… ¿en el suelo? ¡Quia! Encima de Gurriato, que despierta sobresaltado pero no tiene tiempo de lanzar un grito porque ya nuestro héroe le ha colocado la punta de su espada sobre el pecho, y le dice: «Calla o te mato.» A pesar de las tinieblas, Gurriato ha reconocido a su glorioso enemigo y queda mudo de espanto, mientras que Pipo ordena: «¡Pronto! Dime la manera de devolver el movimiento a Cocolín y a Pipa.»

Tan cobarde como malo (que es lo que les pasa a todos los malos), el malvado Gurriato no intenta siquiera resistir lo más mínimo a la amenaza de Pipo. Dócilmente, murmura con voz que tiembla de miedo: «En el baúl de los talismanes hay una regadera llena del agua mágica del movimiento.» «Está bien» —dice Pipo—. Pero antes de apartarse del catre recorta una sábana en tiras con las cuales deja a Gurriato debidamente amordazado y atado. Luego, a tientas, abre el baúl de los talismanes, rebusca en él, y, entre una flor que convierte en sapo a quien la respira, un espejo en el cual se ve lo que pasa en la luna, sortijas que hacen estornudar y libros que hacen dormir, encuentra una regaderita de cristal llena de agua. Entonces coge a Pipa y a Cocolín de encima de la cómoda, las deposita en el suelo y se pone a regarlas. Pipa, que no ha oído la conversación de Pipo con Gurriato, protesta y refunfuña según su costumbre: «¿Pero qué haces, mi amo? ¿Es que nos quieres hacer crecer? ¡Ay, qué fría está el agua! ¡A ver si me constipo!» Pero calla, de pronto, al notar, ¡oh, sorpresa!, que está recobrando el movimiento. ¡Y Cocolín también! En su alegría, nuestras dos amiguitas pegan un salto tal que dan con la cabeza en el techo; y el ruido del doble coscorrón dado por éstas despierta a la horrible Pirulí que duerme en la habitación de encima.

«¿Qué es esto? —grita la bruja creyendo que el causante del ruido es su «paje»—. ¿Qué estás haciendo, condenado? ¿Acaso has dejado al gato suelto?» Claro que Gurriato, bien amordazadito por nuestro héroe, no chista, y la bruja, furiosa, y dando grandes voces, exclama: «¡Ah! ¿Conque no contestas? ¡Pues allá voy y ahora verás tú!» Se la oye levantarse y bajar la escalera. ¡Dios mío, que viene! Como un relámpago. Pipo coge a su perrita y a la gentil Cocolín de una mano y de una pata, abre la ventana y, ¡hop!, saltan los tres y se encuentran nada menos (esto ya lo tenía previsto nuestro héroe, naturalmente) que con el estupendo paraguas=autogiro de Camuñas, que utilizan para fugarse en medio de las tinieblas...



EPISODIO CXXI

PIPO HUYE EN AUTOGIRO

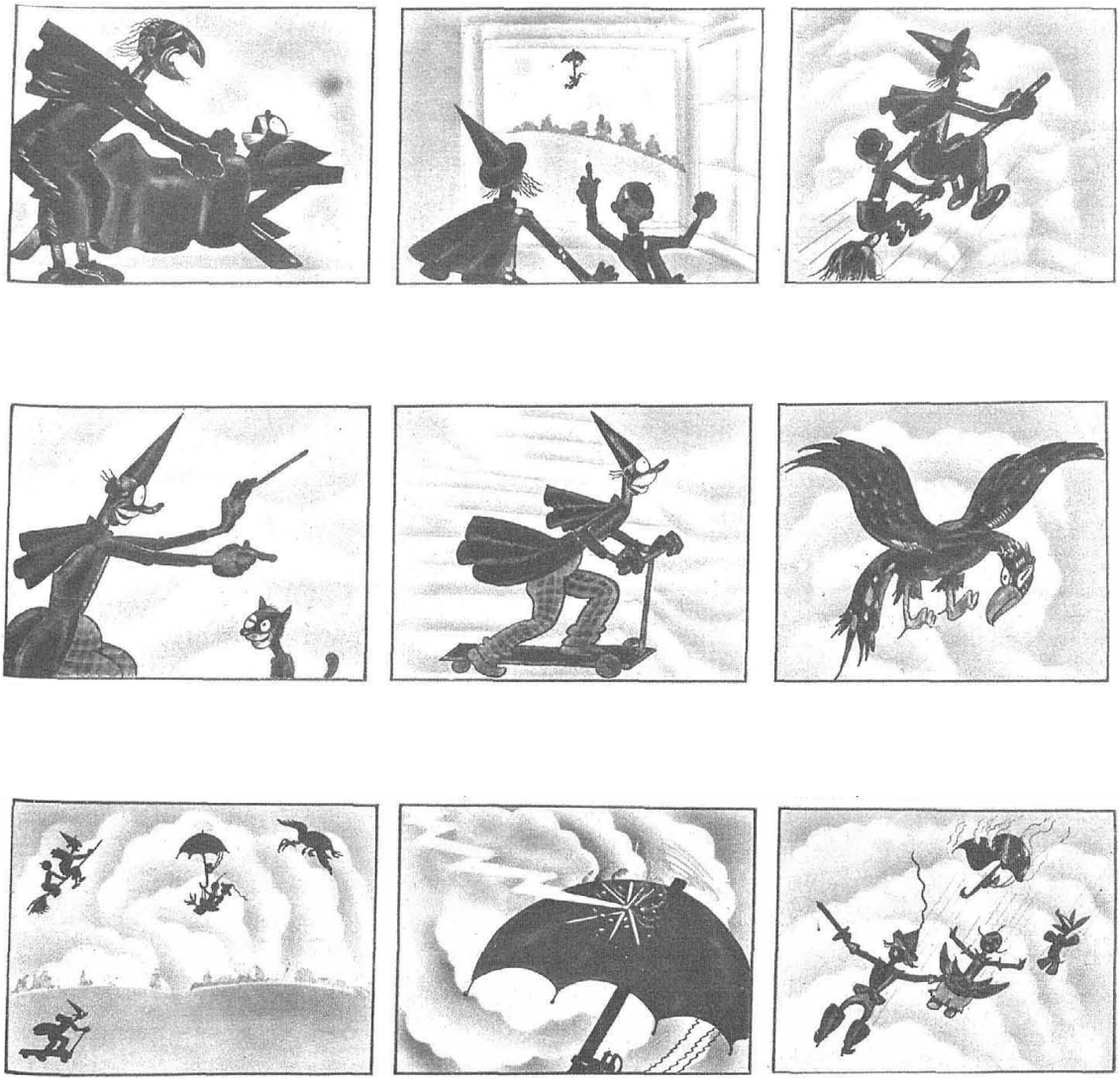
«¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha atado así?» —grita la bruja al entrar en el cuarto y ver a su paje en tan mala postura—. Enseguida le desata y le quita la mordaza. «¡Ha sido Pipo!» —dice Gurriato con rabia, en cuanto puede hablar—. «¿Y los prisioneros?» «Han huido». «¡Pero si no se podían mover! ¿Cómo ha podido ser?» «Estarían poco embrujados» —contesta Gurriato, que, por cobardía, no quiere descubrir la traición que ha hecho a su ama—. Y llevándola ante la ventana, le enseña a nuestros amigos que ya se pierden en las lejanías de la estratosfera o así. «¡Ah! —ruge la bruja exasperada—. ¡Hay que perseguirlos! ¡Pronto, pronto, Gurriato! ¡Tráeme mi mejor escoba!»

Pero antes de emprender la persecución aérea, la bruja despierta a gritos a su pariente: «¡Camuñas! ¡Que te roban tu autogiro?» ¡Qué despertar para el brujo! Se tira de los pelos como un desesperado. ¡Con lo que él quiere a su invento! ¿Qué hacer? La casa se ha quedado vacía, pero no puede decirse que no hay un gato en ella porque precisamente está el gato tuerto; a él se dirige el brujo Camuñas: «Te voy a convertir en águila —le dice— para que nos ayudes a recuperar mi autogiro.» El gato mueve la cola en señal de asentimiento, y el brujo repite siete veces, sin tomar aliento, las siguientes palabras: «Patatrás, patatrás, patatrás, águila serás.»

En el acto, los pelos del gato se vuelven plumas; sus uñas, garras; su hocico, pico, y, en fin, se operan en él todos los fenómenos necesarios para que un gato tuerto quede convertido en un águila, tuerta también, claro. «Corre, vuela —le ordena el brujo—, mientras que yo os sigo por tierra.» Para ello se monta en un «patinette» velocísimo que tiene, y echa a correr a no sé cuántos kilómetros a la hora, mientras que la nueva águila se eleva por los aires, y empieza la más escalofriante de las persecuciones aéreas que cabe imaginar. ¡Qué situación para nuestros amigos! Por un lado, la bruja y Gurriato en la escoba; por el otro, un águila gigantesca, y abajo, Camuñas en su «patinette».

Sin embargo, como el autogiro del brujo Camuñas es un aparato excelente, conserva sus distancias bastante rato; pero no sé si es que escasea la gasolina en el motor, o si se ha producido la rotura de alguna ballena del paraguas, el caso es que el aparato disminuye de velocidad; la distancia se acorta; ya los fugitivos están casi rodeados por sus perseguidores, cuando estalla una tormenta horrorosa con viento, rayos, lluvia, granizo, truenos, etc., etc. Ya podía alguno de estos rayos aniquilar a los malvados que persiguen a nuestros amigos, ¿verdad? Pues no, señor, que ocurre todo lo contrario; y es que un rayo cae sobre el autogiro. ¡No, si cuando las cosas se ponen mal!

Pues cuando se ponen mal, suceden cosas como ésta; que el aparato se incendia y que el gran Pipo toma una resolución heroica y escalofriante: «¡Antes que abrasados, estrellados! —grita—. ¡Abajo todo el mundo!» Y se lanza al espacio. ¡Y Cocolín le sigue! ¡Y Pipa también! ¡Infeliz perrita, a la que tanto le tiemblan las patitas, que no puede ni santiguarse!



EPISODIO CXXII

QUÉ CAÍDAS TIENEN NUESTROS HÉROES

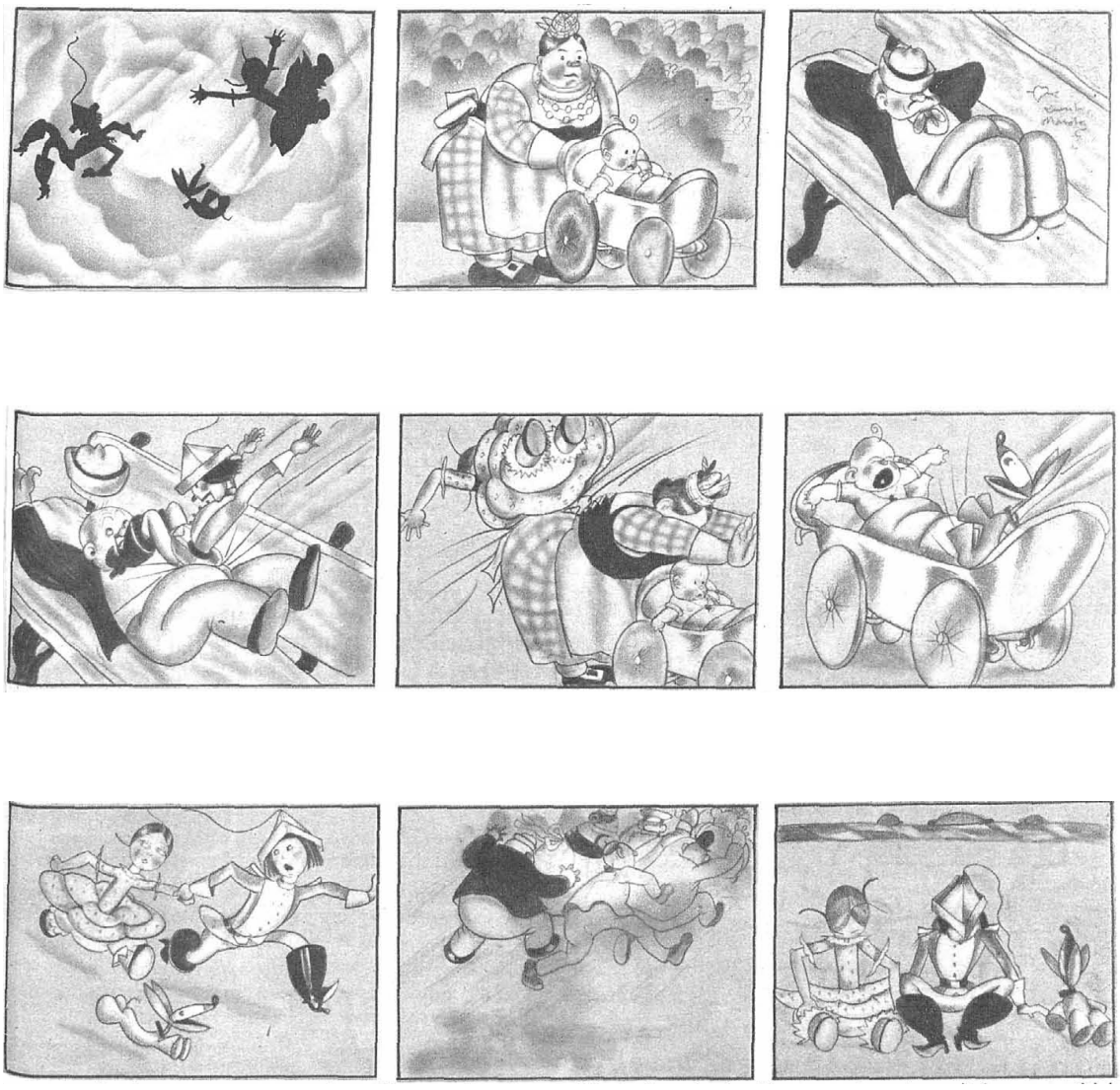
Encontramos a Pipo, Pipa y Cocolín en la misma angustiosa postura en que los dejamos el sábado último: cayendo. ¿Dónde irán a parar, Dios mío? ¿En las garras del brujo Camuñas que los acecha desde abajo? No; afortunadamente se ha levantado un fuerte vendaval que los empuja lejos de aquellos lugares peligrosos.

Un jardín, un espléndido parque público de ésos en que brotan con profusión toda clase de bellas flores: rosas, lilas, balones de fútbol, yo=yos, aros, triciclos, patines, motocicletas, guardias, heliotropos, etc., etc. Por un sendero pasea una robusta ama de cría, de ésas que llevan pesetitas de oro en las orejas y un niño en un cochecito.

Un poco más allá, tumbado en un banco (¡ay, como lo vea el guarda!), un buen señor voluminoso duerme beatíficamente, ronca y sonríe. No es extraño que sonría, pues está soñando una cosa muy agradable. Nada menos que ha comprado un décimo de lotería y le ha caído el gordo. Pero el pobre señor se equivoca, lo que le ha caído no es el gordo, sino Pipo, que no es muy gordo, pues no pesa más de unos treinta y cinco kilos, lo cual, aunque no sea un peso excesivo, es bastante para un niño de su edad, por muy héroe que sea, y es demasiado, cuando esos treinta y cinco kilos los recibe uno encima de la barriga, cual acaba de sucederle al pobre señor en cuestión.

Mientras Pipo cae sobre el desventurado durmiente, roncante, sonriente y soñador (que al punto deja de dormir, de roncar, de soñar y, sobre todo, de sonreír), Cocolín cae un poco más allá sobre un mullido colchón, que no de otra cosa le sirve la voluminosa pasiega que, bien a pesar suyo, tiene el honor de recibir a nuestra gentil amiguita.

En cuanto a Pipa, tras de describir en el aire media docena de volteretas, se encuentra milagrosamente arrellanada entre los almohadones de un confortable cochecito de lujo: es el que llevaba el ama. Por el choque, el bebé despierta, y al hallarse ante tan imprevista vecindad, rompe a llorar desaforadamente. En verdad que no es de extrañar que la pobre criatura coja una perra, al encontrarse con otra ídem en su coche. Como nuestros tres héroes han tenido la suerte de caer en blando, se rehacen en seguida, se levantan y, al darse cuenta de la furia de sus respectivas víctimas, echan a correr con toda la fuerza, quién de sus piernas, quién de sus patas. Pero ya se han rehecho también el señor gordo y la pasiega voluminosa y se lanzan en persecución de Pipo, Pipa y Cocolín, seguidos y ayudados por todos los que había en el parque: chicos, niñeras, soldados, guardias...; hasta el bebé se ha apeado de su cochecito para correr como los demás. Es una carrera desenfrenada, pero a nuestros amigos nadie les gana en agilidad para saltar sobre los obstáculos que hallan a su paso: macizos de flores, arboles, alambradas, quioscos de refrescos o de necesidad, etc., etc.. Al fin logran despistar a sus perseguidores, salen del parque y caen rendidos en un lugar solitario y seguro. Están junto a una tapia por donde, poco a poco, asoma...



EPISODIO CXXIII

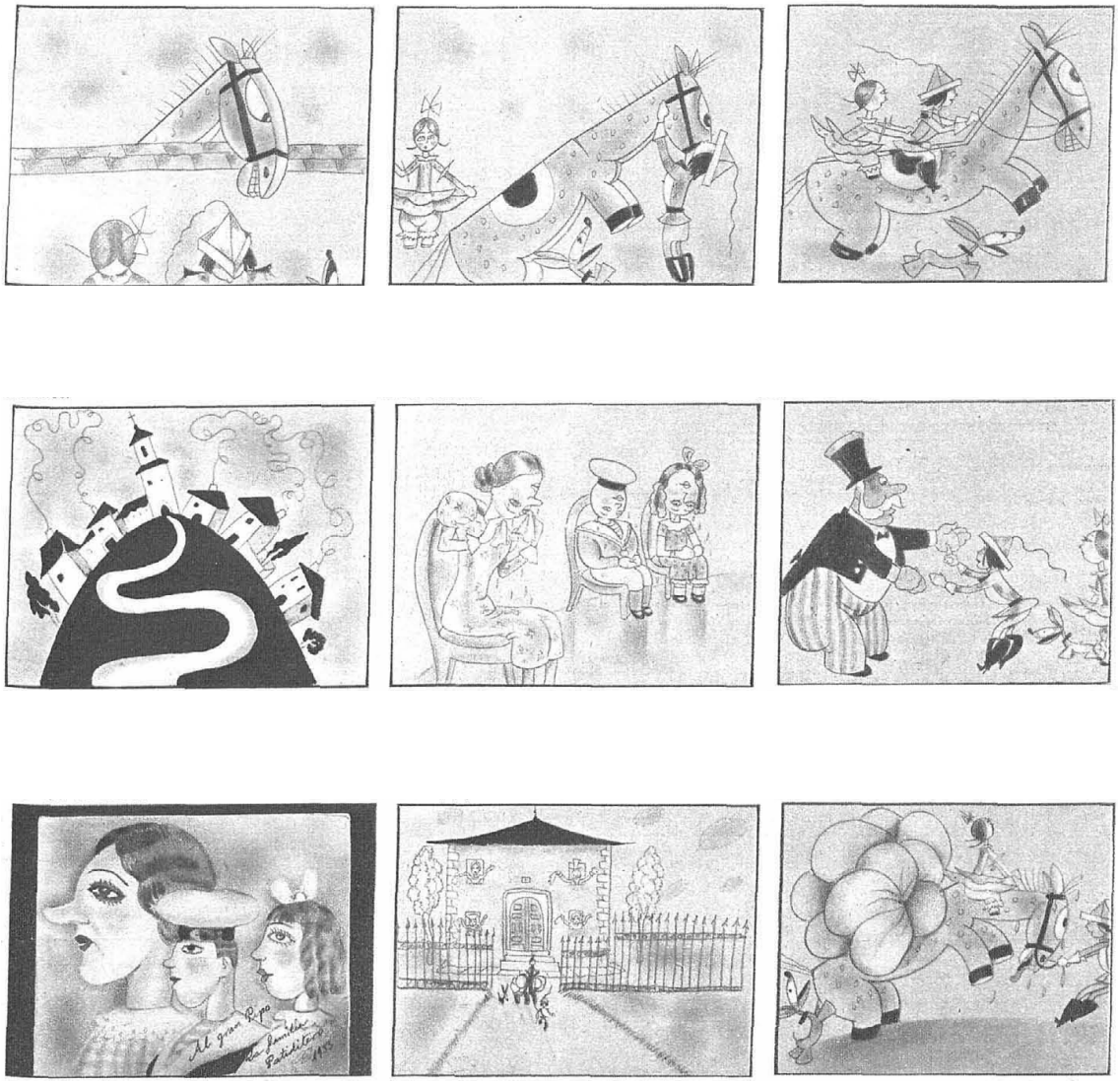
EL COLMILLO MÁGICO DEL LEOPARDO PARDO

Lo que asomaba por la tapia era la cabeza de un precioso caballo de cartón verde que, al ver a Pipo, lanzó un relincho de alegría. Le contestan un grito y un ladrido, de alegría también. Pipo y Pipa le han reconocido. ¡Toma! Y nosotros, ¿verdad que sí? Como que es nuestro antiguo amigo Trompetilla, el brioso corcel del héroe.

¡Qué abrazo de amo, perrita y caballo! Entre tanto, la gentil Cocolín contempla la escena con sorpresa, y es que ella no conoce a Trompetilla; pero Pipo, siempre hombre de mundo, se apresura a hacer las presentaciones en regla: «Mi caballo Trompetilla. Mi nueva amiguita y compañera de aventuras, la señorita Cocolín.»

Cocolín y Trompetilla cambian un vigoroso *shake hand* que sella su cordial amistad. Pero ¿cómo habrá logrado el caballito hallar de nuevo a su amo? ¿Cómo está aquí, tan lejos del lugar en que le dejamos? Eso no lo sabremos nunca, porque Trompetilla no lo sabe explicar; no importa; lo principal es que Pipo recupera su montura, sobre la cual salta con brinco ligero, lleva a Cocolín a la grupa y en marcha. Pipa sigue a pie gruñendo, según su costumbre: «¡Que siempre ha de ser una la que se fastidie!...» Trompetilla ha tomado un buen trote, y así, devorando kilómetros, llegan al fin a la vista de San Serení del Monte, donde dejamos —¿os acordáis?— a la alcurniada, acaudalada y desdichada familia de don Segundo Rataplán de Patiditero, cuya esposa, doña Gumersinda, e hijos, Robertito y Norbertita, padecen la terrible enfermedad de tener la cara vuelta de arriba abajo. Todo es tristeza en la noble mansión; hace ya tanto tiempo que cierto héroe, llamado Pipo, partió en busca del talismán que ha de curar a los *alrevesados.* «¡No vuelve! ¡No hay esperanza!» —solloza doña Gumersinda—. Y los niños repiten con eco lamentable: «No hay esperanza.» Pero fuera suenan pasos, la puerta de la calle se abre, alguien entra en la casa: ¡Cielos! ¡Es el propio Pipo! Viene radiante y gritando: «Traigo el colmillo mágico del leopardo pardo… llamado Leonardo.» Y el talismán opera el milagro; apenas lo han tocado, la mamá y sus retoños cambian de cara: ojos, nariz y boca se les colocan en su sitio natural. Y al punto se ponen tan hermosos que, locos de entusiasmo, se precipitan a casa de un fotógrafo que les hace un retrato digno de figurar en un marco de peluche.

La noble familia Rataplán, para demostrar su agradecimiento a nuestro héroe, le colma de regalos: juguetes, alhajas, jamones, una máquina de afeitar (para cuando sea mayorcito), polvos insecticidas, y, en fin, la mar de finezas. Al marcharse, acompañado por las bendiciones de toda la familia, Pipo tiene que cargar aquel montón de regalos sobre el pobre Trompetilla, en el que sólo puede montar Cocolín. A pesar de ello, son tantos los regalos, que el animalito suda la pintura verde por todos los poros de su cartón, y Pipo y Pipa le empujan para ayudarle a andar; sin embargo, la perrita no se queja; los jamones le han deslumbrado. «Hay para chuparse las patas un año» —piensa encantada.

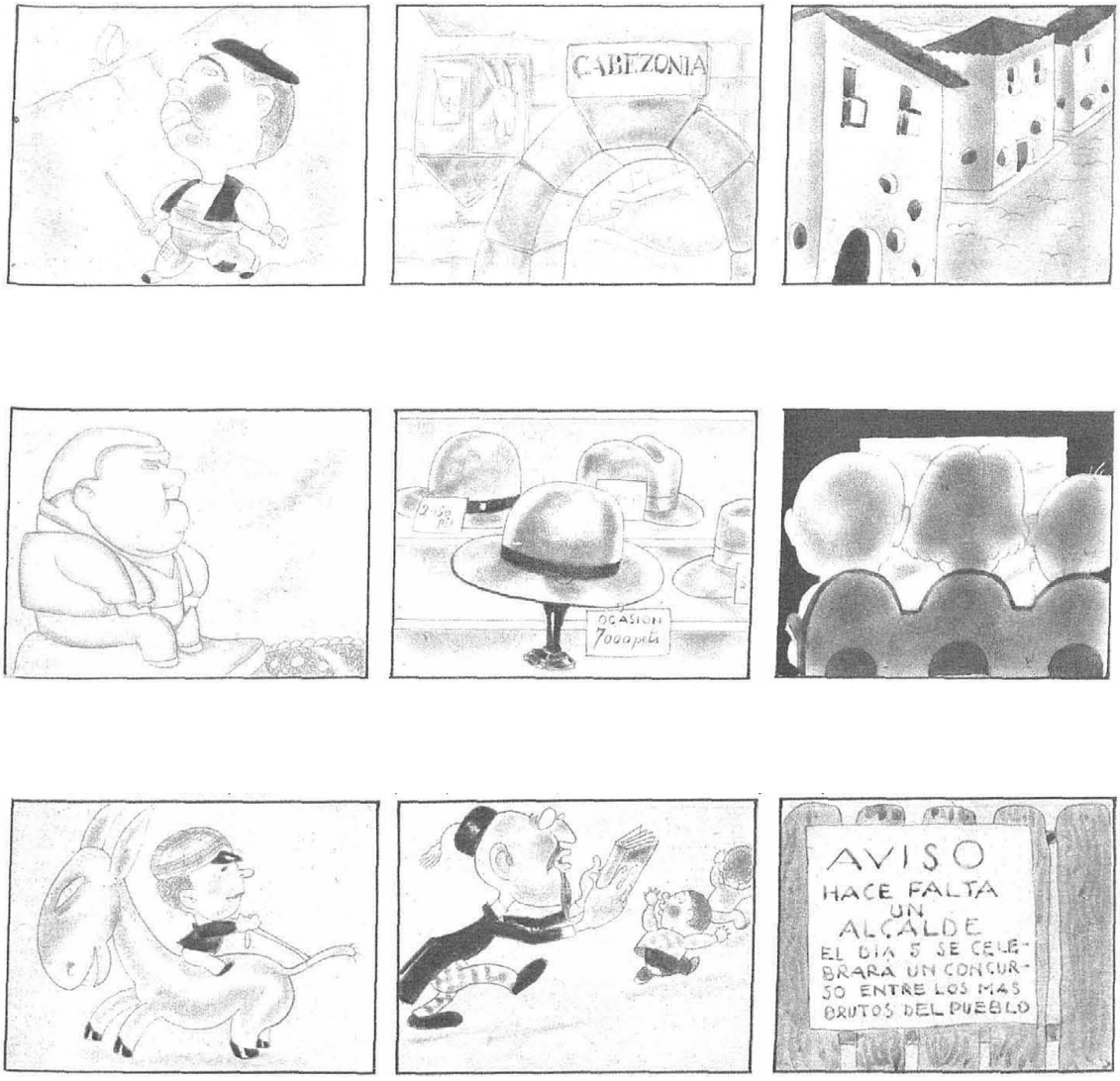


EPISODIO CXXIV

EN CABEZONIA

Cocolín y Pipa no pueden menos de reírse al ver la cabeza descomunal de un muchacho que viene por el camino. Pero Pipo, siempre observador, se fija en la extraña manera de andar que tiene el cabezota: va cuidando de pisar precisamente en el barro y en los charcos. «¿Quién eres, amigo?» —le pregunta—. «Me llamo Cabezolín —contesta el joven fenómeno— y voy a Cabezonia, que es mi pueblo; allí todos tenemos la cabeza muy grande, y nos gusta hacer lo que nos da la gana, y nos da siempre la gana de hacer lo contrario que a los demás.» «¡Vamos a visitar ese curioso país!» —exclama nuestro héroe—. Y ya tenemos a los tres amigos ante el arco de entrada de Cabezonia, donde aparece el emblema de la ciudad que tiene un escudo con una cabeza de mula y un clavo clavado del revés, o sea con la punta hacia fuera. Mientras recorren la ciudad, acompañados de Cabezolín, que les sirve de guía. Pipo advierte enormes agujeros en las casas. «Sin duda habéis sufrido un bombardeo —dice— y estos son los impactos de las granadas.» «Ca; no, señor —contesta Cabezolín— es que aquí solemos empeñarnos en meter la Cabeza por las paredes... y lo conseguimos siempre.» También ven hermosos monumentos, entre ellos una estatua de un señor, que dice en el zócalo: «A don Cabezón Cabezas, genio y gloria de la patria.» «¿Acaso era un sabio, un héroe?» —pregunta Pipo—. «¡Más que todo eso! —exclama Cabezolín—: fue él quien, por llevarle la contraria hasta a los animales, enseñó a los cangrejos a andar hacia atrás.» Nuestros amigos se detienen, curiosos, ante los escaparates de las tiendas de lujo donde se exhiben los objetos más preciosos del país. Estos objetos valiosos no son, como aquí, joyas o patatas, no; son sombreros que valen una fortuna, lo cual, dado su tamaño, es bastante natural.

Pero si en Cabezonia los sombrereros se hacen ricos, en cambio los empresarios de teatros y cines se arruinan; porque en las salas de espectáculos sólo puede haber una fila de butacas. Si hubiera otras, las cabezas de los de la primera impedirían a los espectadores de detrás ver el escenario o la pantalla. Los cabezotas no pierden oportunidad de demostrar su espíritu de contradicción ni su testarudez; tienen un metropolitano tirado por tortugas, para que vaya más despacio (claro que son tortugas de allí, de cabeza fenomenal), y cuando montan a caballo se empeñan en hacerlo del revés, y lo consiguen, poniéndole al animalito las riendas en la cola. Los cabezotitas son, naturalmente, tan contrariantes y testarudos como sus papás. En invierno, lloran si el agua para lavarse no está bastante fría, y si los mandan a jugar, se escapan a la escuela. En cambio, cuando los mandan a clase no quieren ir, y el pobre maestro tiene que salir a buscarlos y les mete el libro en la cabezotita. Ya nuestros amigos se disponen a buscar una fonda donde comer y descansar, cuando les llama la atención un cartelón pegado a una valla. En este cartel se anuncia un concurso para proveer la plaza de alcalde de Cabezonia, que habrá de ser adjudicada al que demuestre ser el más bruto y el más testarudo del pueblo. «Hombre —exclama Pipo—, me gustaría presenciar este concurso.»


CABEZONIA
OCASION
AVISO
HACE FALTA
UN
ALCALDE
EL DIA 5 SE CELE-
BRARA UN CONCUR-
SO ENTRE LOS MAS
BRUTOS DEL PUEBLO

EPISODIO CXXV

EN BUSCA DEL MÁS BRUTO

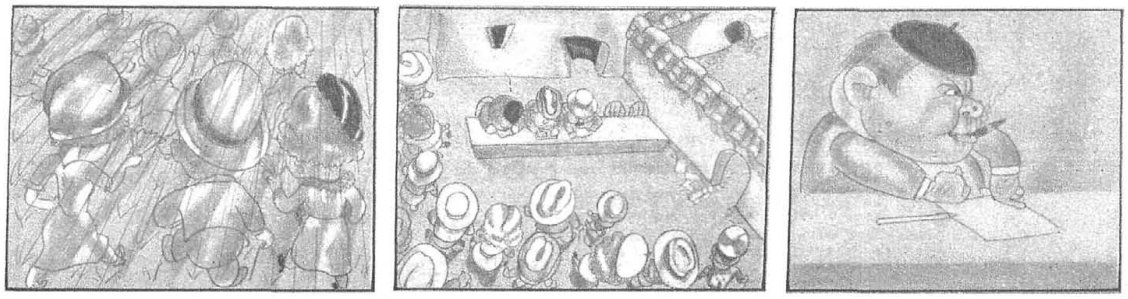
Todos los habitantes de Cabezonia se dirigen con entusiasmo al lugar donde va a celebrarse el Concurso para nombrar al más bruto alcalde de la ciudad. Los caballeros agitan gallardamente sus bastones y las damas mueven sus abanicos con gracia; ¡claro!, así le llevan todos la contraria al tiempo, pues está lloviendo a cántaros.

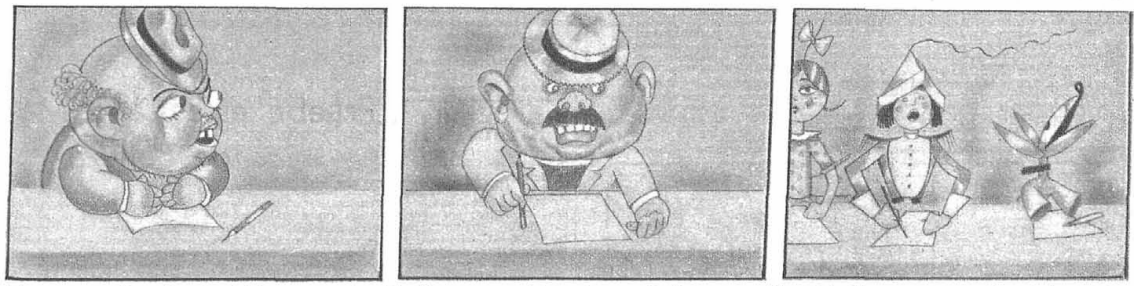
En el corral del Ayuntamiento todo está dispuesto para la solemnidad. Tras de una larga mesa se ha instalado el Jurado, que se compone de tres señores elegidos entre los más testarudos y amigos de llevar la contraria. El primero es panadero, y es tal su tozudez que ha conseguido hacer con cemento unos panecillos que resultan más duros que su propia cabezota. Estos panecillos los mojan los cabezones con fruición en el chocolate y los encuentran riquísimos. En cuanto al panadero, lo que le sabe a gloria es el puro que se está fumando al revés..., metiéndose en la boca la punta encendida, naturalmente. El segundo jurado es un relojero, que tras de muchos años de labor incesante ha logrado fabricar unos cronómetros de una precisión maravillosa, que marcan exactamente las tres y diez cuando son las siete menos cinco, y las doce y veintiocho cuando son las cinco menos dieciséis. Ahora está trabajando en la fabricación de un reloj que atrase siempre tres días, y de otro que se adelante dos semanas.

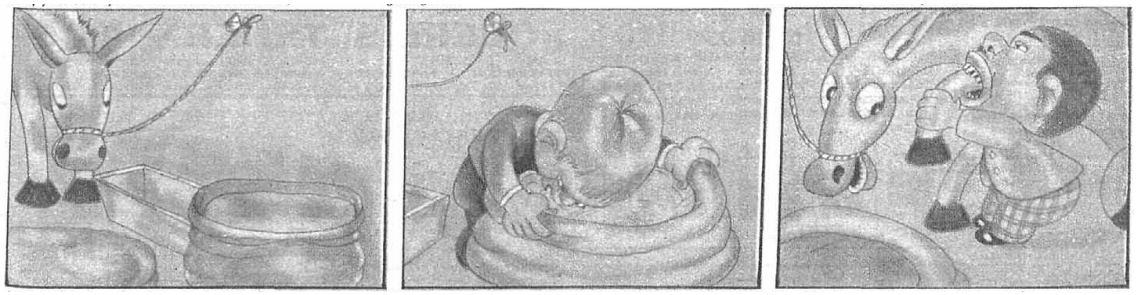
El tercer señor del Jurado es un horchatero que tiene bien merecida la fama de que disfruta en Cabezonia, pues solamente despacha helados en invierno. Verdad es que en verano confecciona unos sorbetes especiales que se sirven hirviendo, y unos refrescos que tienen la propiedad maravillosa de hacer sudar la gota gorda.

El Jurado no se compone solamente de estos tres personajes. Los cabezones, que, eso sí, son gente fina, han invitado a nuestros amigos a que formen parte a título de extranjeros distinguidos. Y aquí tenemos a Pipo, Pipa y la gentil Cocolín dispuestos a actuar, teniendo entre las manos un lápiz, semejante a los que los demás señores del Jurado utilizan con la punta hacia arriba. Y empieza la prueba a que han de someterse los concursantes. Consiste en colocar ante cada uno un saco de cebada, un saco de avena, un pesebre y una mula, para ver lo que a cada cual se le ocurre hacer con estas cuatro cosas. Quien no fuese, de Cabezonia, sin duda se apresuraría a mezclar en el pesebre la avena y la cebada, y a ofrecer este pienso al animalito. Pero a los cabezones ¿qué se les ocurrirá que no sea completamente absurdo e inverosímil? Ahora lo veremos. El primer concursante que se presenta, tras de un instante de duda, se acerca al saco de cebada... y se pone a comer el grano con entusiasmo. Aplausos cordiales saludan esta preciosa ocurrencia.

Y se acerca el segundo; éste vacila un poco más porque quiere quedar mejor que su contrincante. Luego se decide y, acercándose a la mula..., le pega un mordisco. ¡Esta sí que es buena! Los aplausos suenan con entusiasmo y hasta la propia mula, que al fin es cabezona también además de ser mula, aprecia como se merece esta bella prueba de brutismo.







EPISODIO CXXVI

VIVA EL SEÑOR ALCALDE

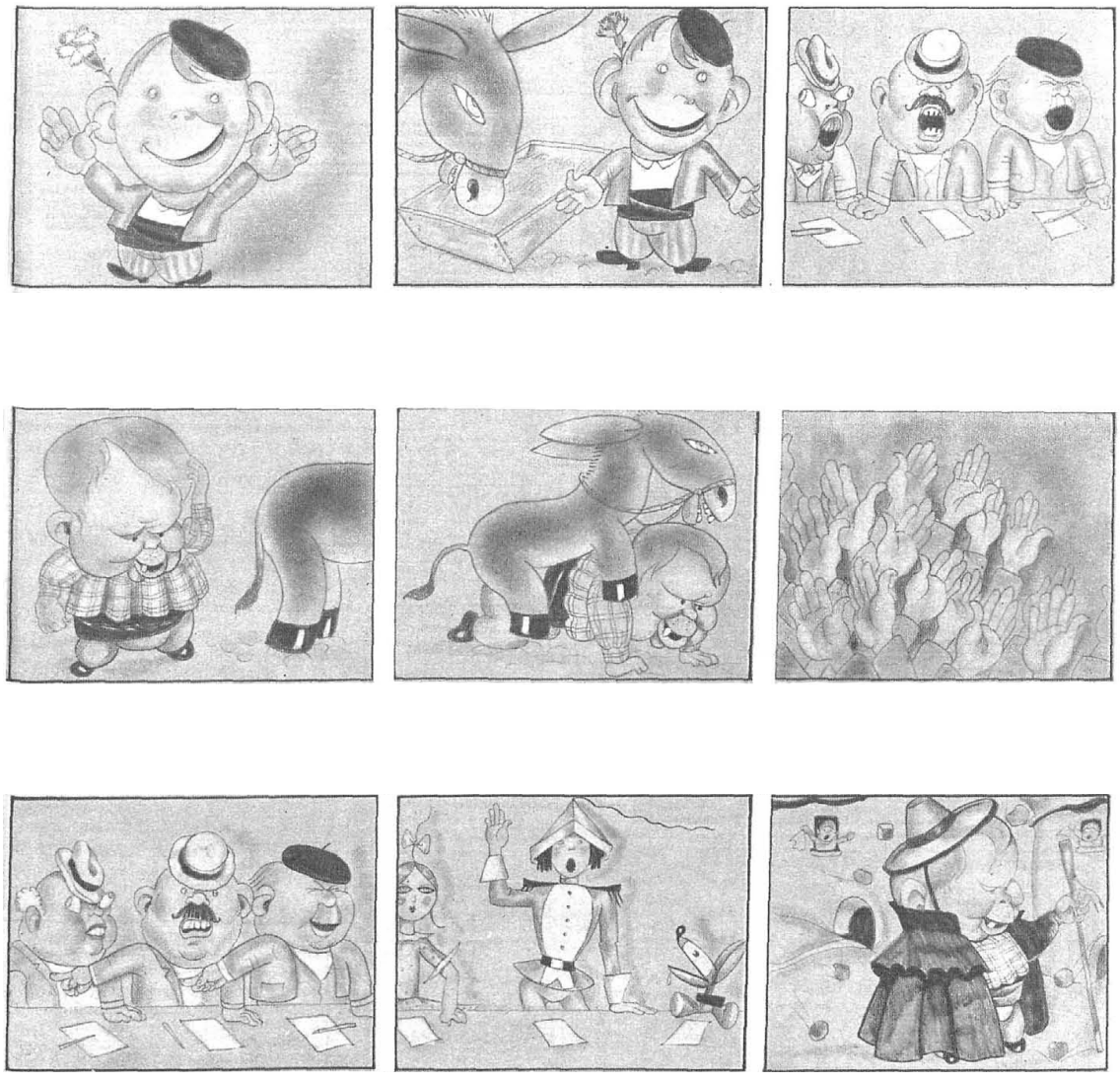
El tercer candidato que se presentó produjo una impresión deplorable, naturalmente. Como que la expresión de su rostro era casi espabilada y su cabeza no era mucho mayor que un par de sandías juntas. En el público se notó un movimiento general de desconfianza desdeñosa y pudo oírse a uno de los jurados murmurar con desprecio: «No parece muy bruto...»

¡Que había de ser bruto! ¡Ni tanto así! ¿Qué diréis que se le ocurrió hacer con los objetos propuestos para la prueba del Concurso? Sencillamente, mezclar la cebada con la avena en el pesebre y ofrecer este pienso a la mula. Clamores de indignación acogieron esta hazaña. «¡Eso se le ocurre a cualquier listo!» —rugía el público—. «¡Fuera, fuera!»

El Jurado se puso en pie movido por la indignación, y con toda solemnidad, el tercer concursante fue descalificado y hubo de retirarse entre aplausos estruendosos..., que es la acostumbrada manera que tienen los cabezones de silbar y patear. Terminado este incidente lamentable, se procedió a dar entrada al cuarto candidato.

¡Este sí que, por su aspecto, predisponía a favor suyo! Pocas veces se vio cara de bruto más bruto que la de aquel bárbaro, cuya cabeza debía de medir sus buenos tres a cuatro metros de circunferencia mal contados. Avanzó hacia los objetos de la prueba, los consideró con expresión de perfecta estupidez, se rascó un trocito de cabeza (para rascársela toda habría necesitado varios días), y exclamó, al fin, «¡Rediezla!» (que quiere decir «eureka» en idioma de Cabezonia). El público contenía la respiración. ¿Qué iría a hacer aquel bárbaro? Lo que hizo fue agarrar la mula por las patas delanteras y echársela a la espalda. Así, cargado con el animalito y andando a cuatro patas dio la vuelta al patio; luego se acercó al pesebre y se comió el pienso. ¡Señores, qué entusiasmo despertó en el público este acto magnifico de brutalidad! El ruido de los silbidos y los «¡mueras!» (que es la manera que tienen los de Cabezonia de aplaudir y vitorear) atronaba el espacio. El Jurado, sin necesidad siquiera de ponerse a deliberar, se puso en pie, y uno de sus miembros anunció a la concurrencia que el ilustre huésped de Cabezonia, señor Pipo, iba a tener el honor de proclamar el nombre del elegido. En seguida nuestro amigo se levantó y espetó un discursito tan reprecioso que si Cabezonia se hubiera hallado en período electoral, no cabe duda de que ya tendríamos al héroe diputado y todo.

«Brutísimos señores míos —dijo Pipo—; me complazco en comunicaros que el vencedor del Concurso es el candidato número cuatro, don Calabacín Cabezota, porque el Jurado estima que este caballero es tan digno de ser alcalde de la ciudad como lo es de servir de montura a una mula.» Mientras habla, sus amigas y compañeras, Cocolín y Pipa, se ocultan la cara y el hocico entre los dedos y las patas, para disimular las ganas de reír. Terminada la ceremonia, el nuevo alcalde de Cabezonia es investido de sus atributos: se le entrega un sombrero muy ancho, una capa muy pesada y una vara muy gorda, y tras de recorrer Cabezonia en medio del entusiasmo general, vuelve al Ayuntamiento, donde va a empezar a administrar justicia.



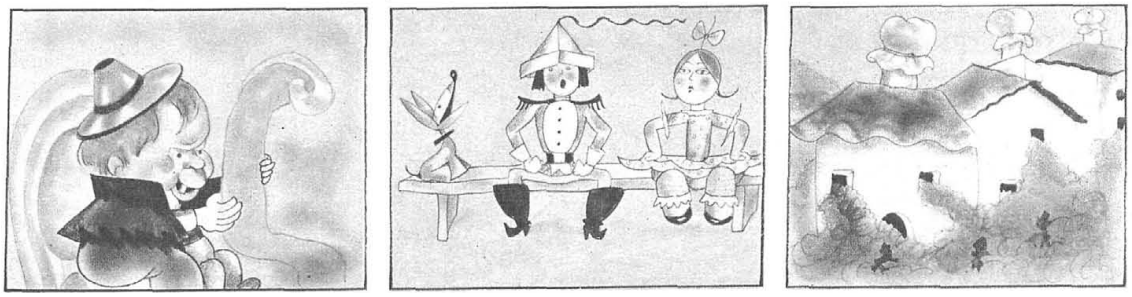
EPISODIO CXXVII

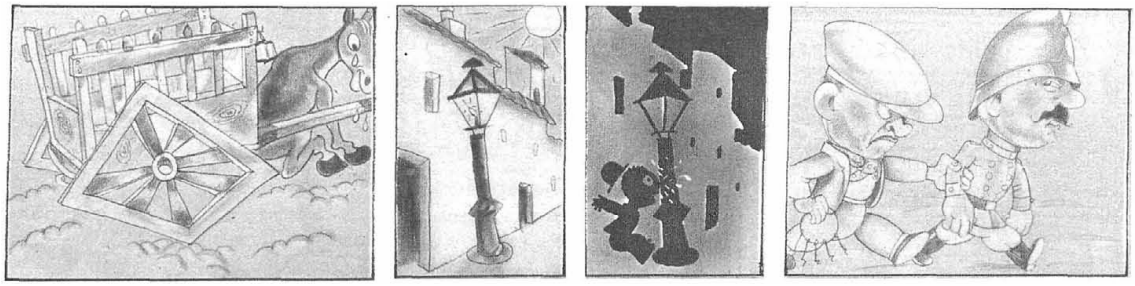
LAS LEYES DEL NUEVO ALCALDE CABEZÓN

En Cabezonia, el encargado de legislar es el alcalde; por lo tanto, al llegar al Ayuntamiento, después de su paseo triunfal por la ciudad, él, que ha demostrado ser el más bruto de Cabezonia, ganándose así la plaza de alcalde, se arrellana en su buen butacón presidencial y se dispone a dictar leyes. Entre los concurrentes a esta interesante solemnidad, se hallan nuestros amigos Pipo y Pipa, con la gentil Cocolín, que no están menos intrigados que los cabezones. Y hay para estarlo. ¿Qué ocurrencias van a salir del caletre del nuevo alcalde? No tardaremos en saberlo. Su primera ley es para ordenar que sean tapadas cuidadosamente todas las chimeneas de las casas para que el humo no pueda salir hacia arriba. Gracias a este procedimiento, el humo llena las habitaciones y se escapa por puertas y ventanas e invade las calles. A las horas de hacer el chocolate, Cabezonia parece Londres, por la niebla; pero esta es una niebla que pica los ojos, cosquillea las narices y hace toser, sin contar con que todos los cabezones se ahúman y se van poniendo negros como morcillas. La segunda ley ordena que se pongan, en todos los vehículos, ruedas cuadradas. Con este sistema ya comprenderéis que resulta difícil hacer andar un coche, un tranvía o un carro, lo cual ofrece la enorme ventaja de reducir bastante el número de atropellos. La tercera ley se relaciona con los faroles del alumbrado público, que habrán de estar encendidos durante el día y apagarse al llegar el crepúsculo. Esto, mientras hay luz natural a nadie le importa, pero de noche, la gente tiene que andar a tientas. Los cabezones están tan entusiasmados con esta novedad, que cuando alguno se da un coscorrón contra un farol apagado, en lugar de quejarse, se echa a reír y exclama: «¡Pero qué alcalde más gracioso tenemos! ¡Cuidado que es bruto!» Otra ley encantadora es la que ordena que cuando un guardia sorprenda a alguno robando, sea el ladrón el que detenga al guardia y lo meta en la cárcel.

En los parques públicos se han colocado grandes cartelones que dicen: «Prohibido jugar a los menores de sesenta años». Así, mientras los cabezoncitos contemplan, muy quietecitos, cómo sus papás y abuelos juegan a la comba o al escondite, repiten con satisfacción lo que oyen decir a los mayores: «¡Pero qué alcalde más gracioso tenemos! ¡Cuidado que es bruto!»

Una de las leyes más acertadas en «brutería» es la que se refiere a la limpieza pública. De ahora en adelante los barrenderos municipales habrán de utilizar sus escobas del revés; es decir, que tienen que barrer con el mango, y como son unos excelentes cabezones están satisfechísimos de hacer así lo contrario de todos los barrenderos del Mundo. En fin, en su deseo de llevar la contra en todo, el nuevo alcalde ha ordenado algo que es verdaderamente extraordinario: sencillamente, que todos los trenes deben llegar a su hora en punto. ¡Qué trastorno en la vida del país! ¡Calculad lo que pasaría aquí si se dictase en España una ley tan singular!





EPISODIO CXXVIII

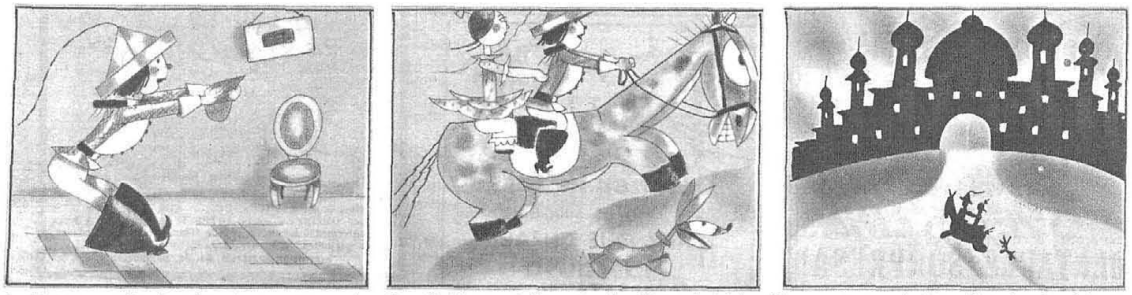
PIPO EN BUSCA DE LOS REYES MAGOS

Mientras que Cocolín y Pipa dan su paseo por la ciudad, donde se divierten con las innovaciones del señor alcalde, Pipo, que se ha quedado en la fonda, recibe un telegrama que dice así: «Suplico héroe Pipo acuda urgentísimamente Palacio Oriente para asunto gravísimo relacionado con los Reyes Magos. Firmado: ministro de Comunicaciones.»

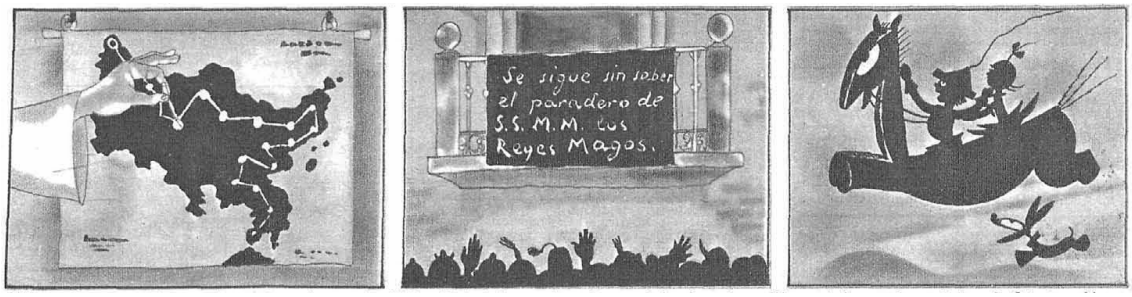
¿Qué les pasará, Dios mío, a Sus Majestades Melchor, Gaspar y Baltasar? Muy asustado, Pipo se despide presuroso de sus amigos de Cabezonia y montando en Trompetilla y acompañado de Cocolín y Pipa, parte al galope hacia el más cercano aeródromo, donde toma el primer avión que sale para Oriente. Y pocas horas más tarde ya tenemos a nuestros amigos ante un soberbio edificio de mármol de oro, que es la dependencia principal del palacio de los Reyes Magos; es el Ministerio de Comunicaciones, que tiene allí una importancia enorme (casi, casi más que en España), dada la correspondencia infantil que reciben del Mundo entero los Reyes Magos.

A la llamada del héroe sale a abrir la puerta un venerable conserje de barbas blancas que, al verle, alza los brazos al cielo y exclama: «¡Gracias a Alá que habéis venido! Temíamos, señor Pipo, que no llegara usted a tiempo.» Sin perder un segundo y tras de dejar a Cocolín y Pipa esperando en un salón en donde les son servidos refrescos de rosas y mermeladas de nardos, el venerable conserje introduce a nuestro héroe ante un señor todavía más venerable que él, y que es el señor ministro. «¡Ay, amigo Pipo —exclama este digno funcionario—, tú sólo nos puedes salvar!» «Pues ¿qué pasa?» «¡Una cosa horrible! Verás: los Reyes Magos salieron en su fecha para llegar a España en la noche del 5 al 6 de enero según su costumbre milenar.

Como el viaje es largo y ellos van, como sabes, en camellos, o sea bastante despacito, no es posible perder un solo día, y las fechas y lugares del itinerario están fijados con minuciosidad. Y cada día recibo un parte comunicándome el paso feliz de Sus Majestades por la ciudad correspondiente. Hoy, día 25 de noviembre, debía haber recibido la noticia de su paso por Constantinopla, y ¿cuál no sería mi horror al recibir de nuestro corresponsal constantinopolitano un telegrama que dice así: «¡No han llegado los Reyes Magos!».» Y el pobre ministro añade sollozando: «Esto es horrible. ¿Qué habrá sido de ellos? Y lo peor es que, por primera vez en tantos siglos, se van a retrasar y no llegarán a España a tiempo. El día 6 de enero los niños españoles, hasta los más buenos se encontrarán, los zapatos vacíos. ¡Qué dolor para esas criaturas! ¡Qué deshonra para nosotros!» «¡Ah, señor ministro —exclama Pipo impresionadísimo—; parto en el acto en busca de Sus Majestades!» Y sale del palacio disparado. En las calles la gente consternada se apiña ante las pizarras de los grandes periódicos de Oriente —«Ahora» y ESTAMPA— que presentan en letras enormes la terrible noticia: «Se sigue sin noticias de Sus Majestades Melchor, Gaspar y Baltasar.» Pero ya Pipo ha saltado de nuevo sobre Trompetilla, y acompañado de sus amigos parte a galope, siguiendo la pista de los Reyes Magos, tan misteriosa cuan inoportunamente desaparecidos.



NOVIEMBRE
25
SABADO


Se sigue sin saber
el paradero de
S.S. M.M. los
Reyes Magos.

EPISODIO CXXIX

LOS PLANES DE LA BRUJA PIRULÍ

¿Dónde estarán los Reyes Magos? ¿Qué les habrá pasado?, nos preguntamos nosotros, también con inquietud. ¿Los encontrarán Pipo y Pipa? Lo que había pasado vamos a saberlo en seguida. Empecemos por el principio: este año habían llegado, como siempre, las cartas infantiles a montones, al palacio de Oriente, donde el empleado encargado de abrirlas, las iba clasificando por nombres y por edades: «Los Pepitos de uno a ocho años», «Las Carmencitas de tres a diez», etc... Luego pasaban a otra sección, donde un segundo empleado, tras de leer las peticiones de juguetes, consultaba unos libros muy gordos, donde los Reyes Magos tienen informes de todos los niños. Por ejemplo: «Juanito Pérez, muy bueno», «Paquita López, algo desobediente». Por último, cada carta, con su informe correspondiente, pasaba a Sus Majestades, que decidían si había que conceder o no los juguetes solicitados. Como los informes malos suelen ser pocos, resultaba una cantidad de juguetes imponente, que durante varias semanas dos criados africanos, trabajando como negros, iban embalando en miles de cajones gigantescos. Entre los triciclos y las muñecas, las cocinitas y los balones, también iban alguna que otra bufanda de lana, algún par de zapatos; pero estos objetos solían corresponder a cartas escritas por «papases» y «mamases». Así llegó el gran día de la partida; ante el palacio de Oriente esperaba una fila interminable de camellos en los que se cargaron los preciosos cajones. Los Reyes Magos se enteraban, solícitos, de todo: «¿No os habréis olvidado del caballito de cartón para Rafaelito, ese niño granadino tan bueno?» «¿Habéis cuidado de que la muñeca de Mariquiña, esa niña tan mona de Orense, esté vestida de azul?» Ya todo dispuesto, los tres Magos montaron en sus respectivos caballos, tan pronto como cayó la noche. Es que Melchor, Gaspar y Baltasar, como todos sabéis, solamente pueden viajar de noche, porque entonces es cuando les guía una magnífica estrella, brillante y plateada, que les va señalando el camino en el obscuro terciopelo del firmamento. ¿Quién hubiera dicho que esta vez su fe en la estrella divina había de causar un terrible desastre? Y fue que a muchas leguas de allí, en una choza siniestra, dos cabezas, más siniestras todavía, inclinadas sobre un mapa, meditaban un plan diabólico. Son la bruja Pirulí y el infame Gurriato. Están estudiando el itinerario que han de seguir los Reyes Magos, porque se han propuesto —horror de los horrores— impedirlos llegar a España en la sagrada noche del 5 de enero. Paradlo, la horrible Pirulí ha fabricado, con papel de plata, una estrella, a la cual, por medio de sus hechizos, hace brillar más que a ninguna del cielo. ¡A la estrella divina que guía a los Reyes Magos, los malvados quieren sustituirla con la estrella embrujada! El infame Gurriato está que brinca de alegría. ¡Gracias a él, que por malo nunca halló juguetes en sus zapatos, los niños buenos de España, a quienes tanto odia, hallarán, en la mañana del 6 de enero, todos sus zapatitos vacíos! ¡Qué alegría para el infame Gurriato! Radiante, monta con su ama, que lleva la estrella embrujada en la escoba mágica que vuela hacia las Indias como una flecha.

FRAGIL

EPISODIO CXXX

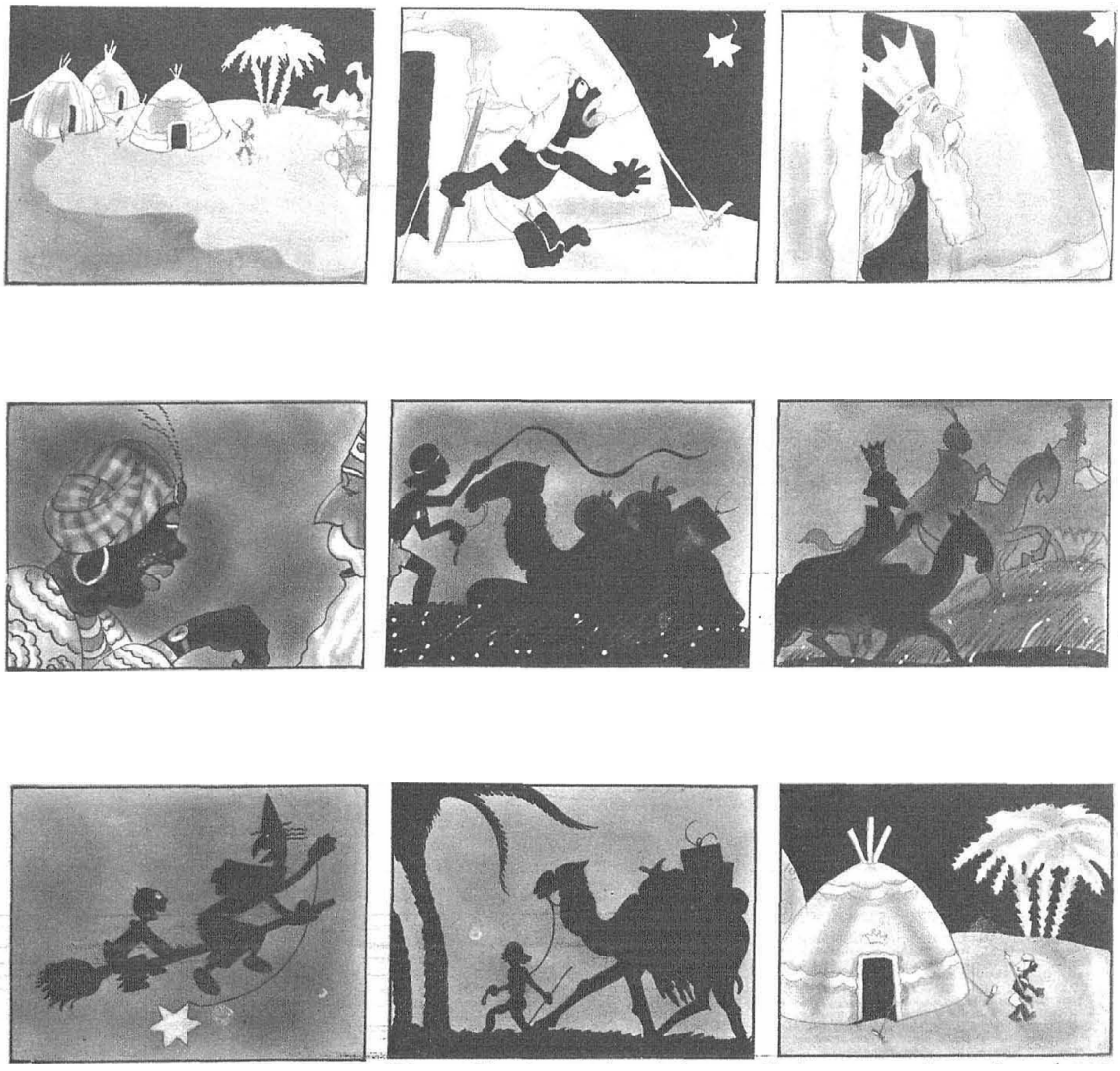
LA OTRA ESTRELLA

En un lugar de la Besarrabia o por ahí, está acampada la caravana de los Reyes Magos; según su costumbre, descansan durante el día, desde el instante en que sale el sol hasta el momento en que sale la estrella...; la estrella divina, que los guía en las tinieblas de la noche, y que se enciende en el cielo exactamente al dar las doce de la noche.

Pero he aquí que, de pronto, el criado que está apostado de centinela (y debe despertar a Sus Majestades a las once y media), lanza un grito de asombro. ¿Qué es lo que ve en el obscuro terciopelo del firmamento? ¡Sí, es ella, es la estrella! ¡Y todo el mundo durmiendo! El fiel criado corre a la tienda del rey Baltasar y le llama gritando: «¡Señor!, ¡señor!; ya está ahí la estrella.» El buen rey se queda aterrado. Al aparecer la estrella ya debía estar todo el mundo listo para reanudar el camino. Y corre a despertar a sus compañeros que se quedan aterrados también. ¿Cómo es posible que se hayan descuidado así? Melchor protesta: «¡Si no puede ser! ¡Si mi reloj de pulsera sólo marca las once y cuarto!» Pero como no es admisible que la estrella divina se haya adelantado, Gaspar le convence de que el reloj se habrá atrasado. Y se hacen a escape los preparativos para la marcha. ¡No se puede perder un minuto! Apresuradamente se cargan los camellos y todo el mundo se viste, pero con tal precipitación que durante un momento todo el mundo anda de cabeza. «¡Pronto! ¡Pronto!» —repiten sin cesar Sus Majestades, muy apurados y desolados ante la perspectiva de llegar a España con unos minutos de retraso, que serían fatales para la alegría de los niños españoles, a los que tanto quieren—. Al fin, todo está listo y la comitiva reanuda su marcha.

Y menos mal que, haciéndose cargo, sin duda, de la situación, va un poco más de prisa que de costumbre la estrella a la que siguen los tres Magos. ¡Ah!, si supieran que esta estrella no es la verdadera. No; es la falsa, es la estrella embrujada que llevan colgando desde su escoba, la horrible Pirulí y el infame Gurriato, lo cual es muy posible que, con vuestra perspicacia habitual hayáis sospechado ya, así como también el que esta estrella se ha adelantado a la otra una hora. Y ya, puestos en trance de adivinación, ¿a que os maliciáis que esta estrella maldita no guía a los Reyes Magos por buen camino? ¡Naturalmente! Como que durante toda la noche les hace dar un enorme rodeo, y al llegar la mañana, la expedición se encuentra en una llanura tan propicia para el descanso como la de la víspera. ¡Como que es la misma! Sin notarlo; los Reyes Magos han venido a parar al mismo punto de donde salieron. Pero no lo reconocen, porque en aquellos países todas las llanuras son pardas y se parecen.

Los reyes se apean de sus monturas, se descargan los camellos, se arman las tiendas y la expedición se dispone a descansar hasta la noche, bien ajena, ciertamente, de la espantosa catástrofe que se está fraguando. Porque se ha realizado el diabólico proyecto de los malvados. ¡Se ha perdido un día! Y esto significa la imposibilidad de llegar a España en la noche del 5 al 6 de enero.



EPISODIO CXXXI

CON UN DÍA DE RETRASO

«¡Corre, corre mi buen Trompetilla! ¡Corre que vamos en busca de los Reyes Magos! ¡Corre, corre!» —no cesa de repetir nuestro héroe espoleando a su caballito de cartón verde, mientras que la pobre Cocolín cierra los ojos, mareada por la carrera vertiginosa del brioso corcel, al que Pipa apenas puede seguir con sus ágiles patitas de trapo.

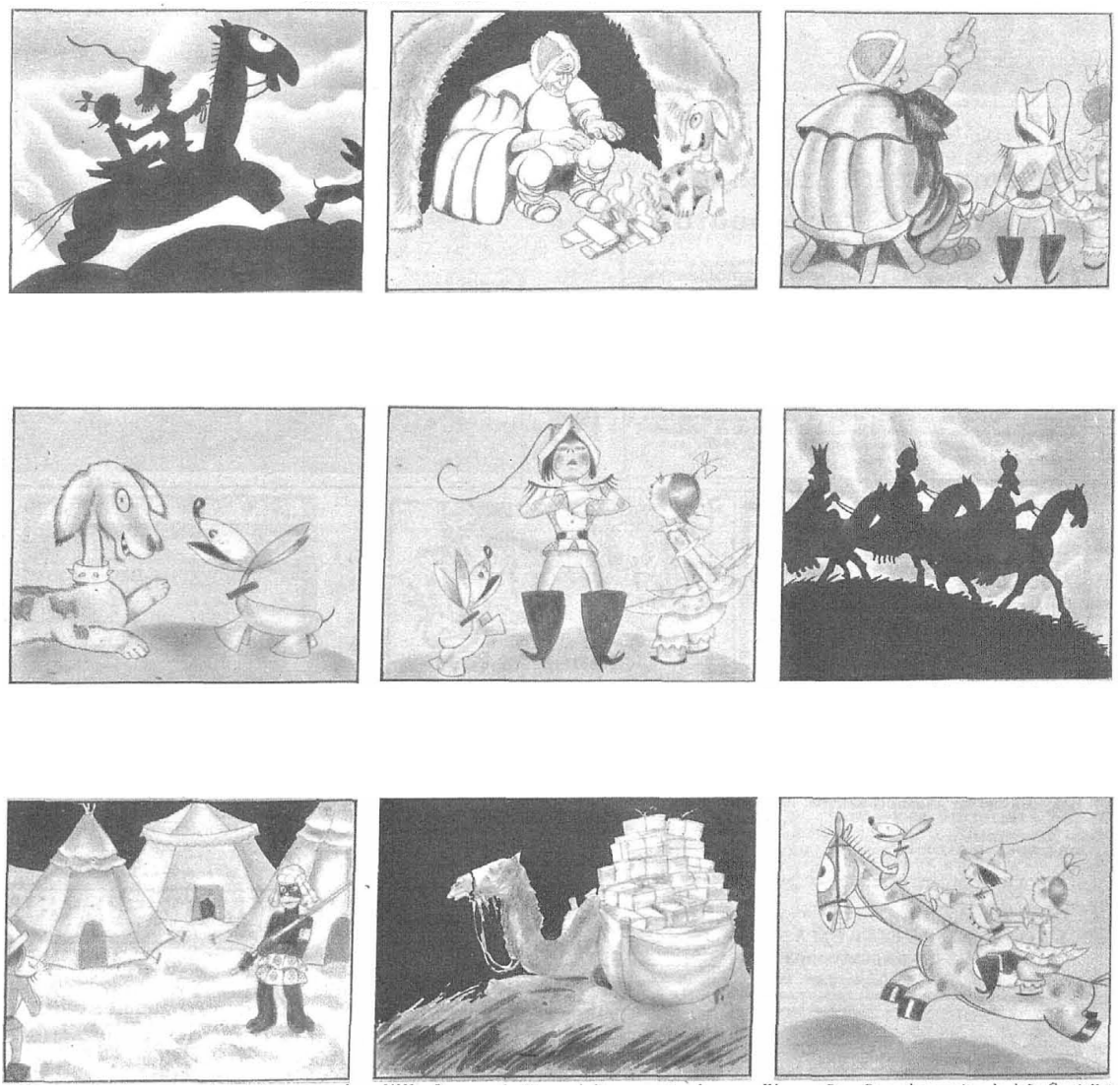
Ya están en la ruta de los Reyes; de pronto, Pipo se detiene ante una choza a cuya puerta hay un viejo pastor que calienta sus manos sarmentosas ante un fuego de leña, en el cual ha cocido la sopa que acaba de repartir con su perro; este perro, por cierto, es tan feo que, aun cuando sea bastante grande, bien puede decirse que no vale un perro chico.

«Hola, amigo —dice Pipo al pastor—. ¿Puede usted decirme si ha visto pasar por aquí a Sus Majestades Baltasar, Melchor y Gaspar?» «¡Ay, mi buen señor! —exclama el anciano—, casualmente me encuentra usted asombrado, porque en los años que aquí llevo, éste es el primero en que, en tal fecha como la de ayer, no los he visto cruzar por aquí con dirección a Occidente.»

Mientras hablan sus amos respectivos, también han pegado la hebra Pipa y el chucho del pastor. «Lo más extraño, compañera —dice este último—, es que aun cuando no hayamos visto pasar a los Reyes Magos, como todos los años, lo que sí ha pasado por el cielo es la estrella de plata que los guía. ¿Cómo no irían ellos detrás?» Naturalmente, a Pipa le falta tiempo para comunicar a su amo este precioso dato. «¡Ah! —exclama Pipo—; esto aumenta mi perplejidad y mis temores. ¿Qué misterio es éste? ¿Cómo iba sola la estrella? Y lo peor es que si no pasaron anoche los Reyes, es que llevan ya un día de retraso... Mas ¿qué veo?» Lo que ve en lontananza es un resplandor maravilloso: ¡es el cortejo de los Reyes Magos!

Sí; por allí pasan Sus Majestades, deslumbradores con sus mantos de terciopelo bordados en oro, y sus coronas de pedrerías, seguidos de su servidumbre y sus camellos. Van bien tranquilos, ignorantes de que llevan un día de retraso y de que les acecha la espantosa catástrofe de llegar tarde a España. Y como ya despunta el alba, la comitiva se detiene y se dispone a pasar el día en un hermoso prado, donde se arman las tiendas a escape. Pipo, resueltamente, se dirige hacia el campamento. Pero un guardia negro le detiene: «¡No se puede pasar!» «¡Quiero ver a los Reyes Magos!» —exclama Pipo—. «¡Imposible! Eso mismo desean todos los niños del Mundo y a todos les está rigurosamente prohibido.» «Pero soy un héroe.» «¡Aunque fueras... un sereno!»

Desesperado, Pipo se dedica a examinar los camellos. Hay muchos cargados con preciosos libros llenos de estampas de vivos colores. ¡Oh! ¡Alegría! Son los relatos de las últimas «Aventuras Maravillosas» de nuestro héroe. Ahí están «Pipo y Pipa en busca del principito Tintilintín», «Pipo y Pipa contra el infame Gurriato», «Pipo, Pipa y el mago Roña Roñica» y «Pipo, Pipa y los enanitos de doña Cominito». ¡Cuántos niños los han pedido a los Reyes Magos! Pipo siente un cosquilleo de vanidad, pero en seguida tiene un sobresalto de horror: ¡Y pensar que no van a llegar a tiempo! ¡Pensar que los niños que esperan mis «Aventuras» no las van a recibir! ¡Ah! ¡Eso no puede ser! Y salta sobre su caballo, porque se le ha ocurrido una idea.



EPISODIO CXXXII

EL TIEMPO Y SUS DOCE HIJOS

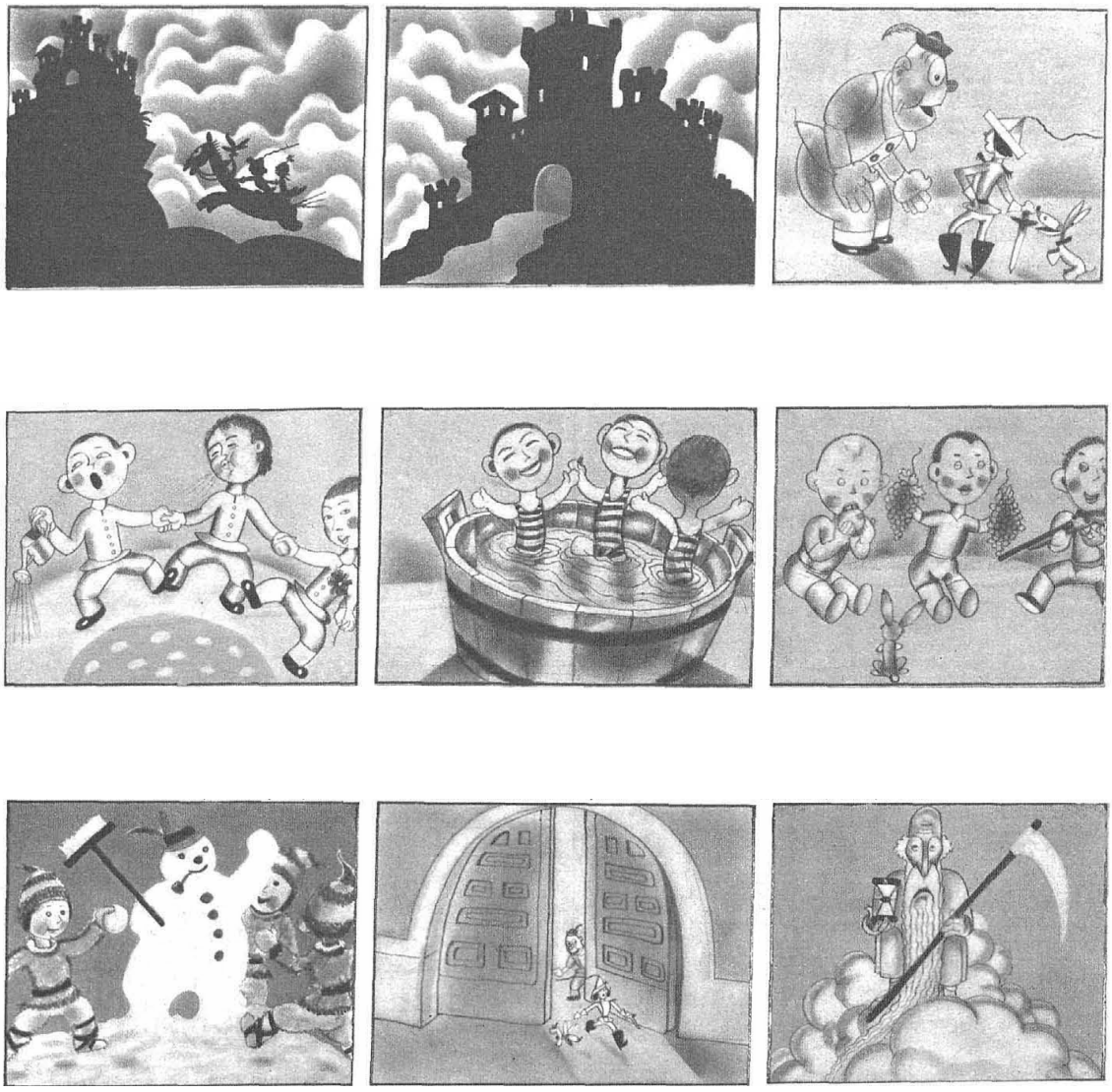
¿Hacia dónde camina Pipo montado en su brioso corcel de cartón verde, llevando a la grupa a la gentil Cocolín y a su fiel perrita? Hacia cierto antiquísimo castillo, rodeado de formidables murallas almenadas. ¿Quién vive en tan imponente mansión? No tardaremos en saberlo, pues ya, en la grata compañía de nuestro héroe, llegamos al pie de las murallas. En este castillo vive nada menos que... ¡el Tiempo en persona! Esto no lo sabe nadie en el mundo, nadie más que Pipo que lo sabe todo. Con su acostumbrada energía y decisión, nuestro héroe franquea el puente levadizo y llama a la puerta del castillo, que se abre al punto, con impresionante ruido de cadenas. En el umbral aparece un criado de tales trazas y de tal modo trajeado, que recuerda al Ciutti, del «Don Juan Tenorio». «¿Qué deseáis?» —pregunta—. «Ver a tu amo, el señor Tiempo.» «¿A cuál?» «Pero ¿hay más de uno?» «¡Claro!, dos: el bueno y el malo.» «Preferiría el bueno.» «Entonces, pasad; tenéis suerte; precisamente hoy está de turno el buen Tiempo.» Dejando a Trompetilla custodiado por Cocolín, Pipo sigue al criado a través de un magnífico jardín. «Aquí —explica el seudo Ciutti— es donde juegan y pasean siempre, tres por tres, los doce hijos del amo.» En efecto. Pipo ve a tres niños, de los cuales uno se entretiene en regar una maceta; otro, inflando los carrillos, sopla, y el tercero coge flores. «Son —dice el criado— Marcito, Abrilito y Mayito.»

Un poco más allá, Pipo y Pipa ven otros tres niños que se bañan alegremente en una tina. Son, según dice el amable criado, los señoritos Junín, Julín y Agostín. Pipo les sonríe con singular complacencia, y es que, no lo olvidemos, aunque sea un héroe, Pipo es también un niño, y todos los niños sienten predilección por los meses de las vacaciones. ¿Verdad que sí?

Aquí están ya los séptimo, octavo y noveno hijos del señor Tiempo. El joven septiembre come una manzana menos colorada y apetitosa que sus mejillas; Octubre, más serio, picotea un racimo de uvas doradas del color de sus ojos; y Noviembre, que tiene la cara un tanto enfurruñada, apunta con una escopeta de juguetea un conejillo de peluche.

Ya cerca del castillo, Pipo conoce a los tres últimos amitos del lugar: son Deciembrillo, Enerillo y Febrerillo que, con gorros y gabancitos de pieles, se divierten en hacer una estatua de nieve. Bien se ve que Febrerillo es el benjamín de la familia, pues es el más chiquitín de los doce hermanos. Después de cruzar todo el jardín Pipo, Pipa y su cicerone llegan, por fin ante la puerta principal del castillo. «Ahí dentro está mi amo, don Cronos» —dice el criado—. Pipo, pese a su valor, siente un pequeño estremecimiento de emoción mientras el criado abre la puerta monumental y le introduce en una estancia inmensa, que tiene, por lo menos, el tamaño de media docena de catedrales juntas y, además, está llena de nubes.

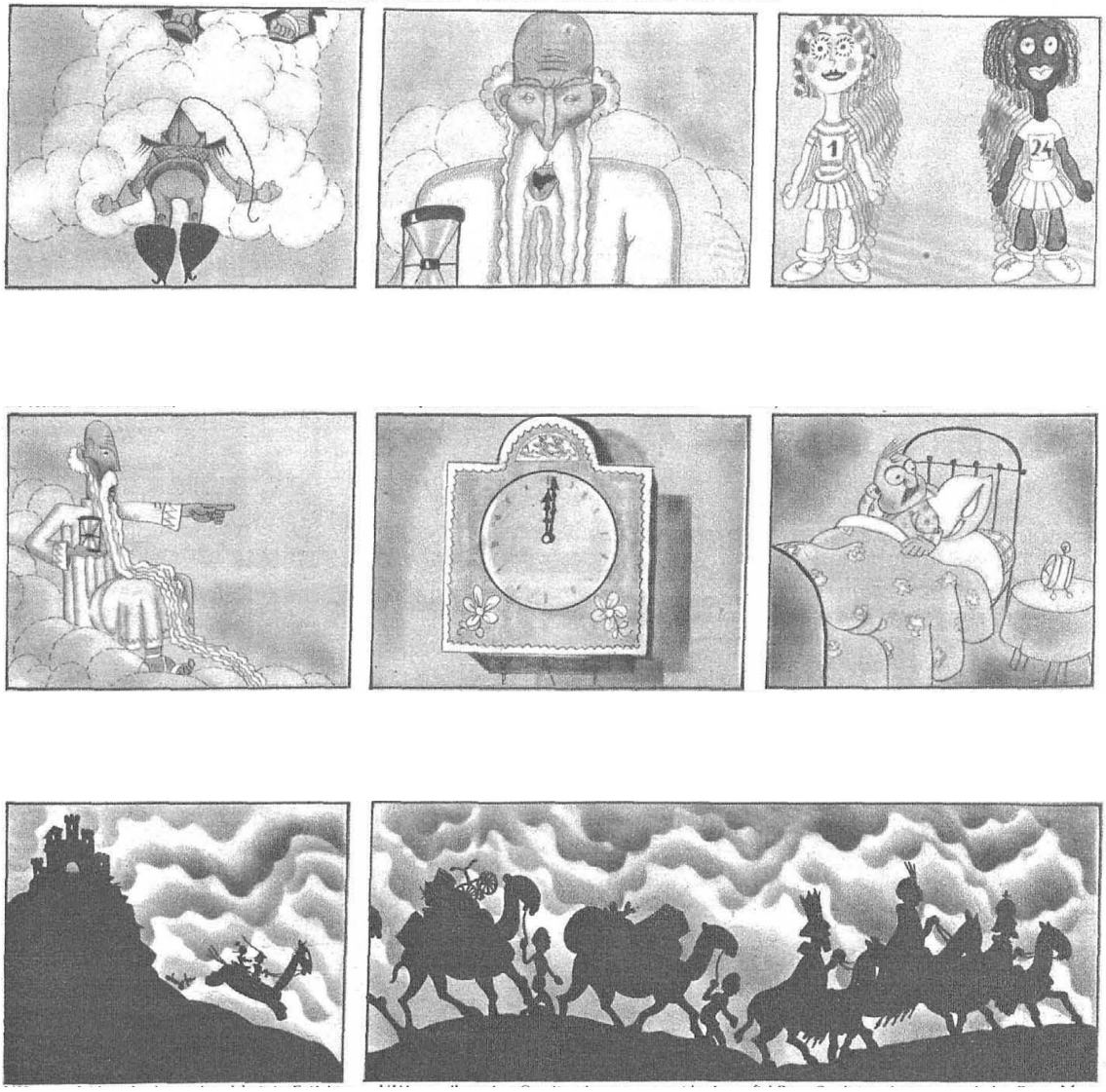
Sobre estas nubes, se sostiene en maravilloso equilibrio un anciano de luengas y venerables barbas blancas, ataviado con amplia túnica color celeste y que tiene en una mano un reloj de arena y en la otra una guadaña. Pipo se inclina un tanto emocionado: «¿Quién eres y qué deseas?» —pregunta el Tiempo—. Y su voz formidable retumba entre las nubes como un trueno.



EPISODIO CXXXIII

PASAN LAS HORAS

Ante el imponente trono de nubes, sobre el cual se yergue la figura majestuosa de don Cronos y su calva reluciente (está sin sombrero, ni gorro, ni cosa que lo valga), Pipo se inclina correcto y dice: «Señor: amenaza al Mundo una terrible catástrofe, que sólo vos podéis evitar: los Reyes Magos llevan en su viaje tradicional un retraso de una noche, y siguiendo así no llegarán a España a tiempo de hacer el reparto de juguetes en su día; el Día de Reyes.» El rostro del Tiempo se ensombrece al oír la espantosa revelación. «Sería terrible, en efecto —dice con dolorosa gravedad—. ¿Pero cómo puedo evitarlo yo?» «¿Quién, señor, si no el Tiempo, puede devolver una noche perdida?» Don Cronos se mesa las barbas imitando a don Ramón del Valle Inclán, y luego ordena con voz estentórea: «Que vengan mis sobrinas.» Al punto se presentan veinticuatro señoritas que deben de ser muy aficionadas a las carreras a pie, a juzgar por el traje deportivo que lucen; otra particularidad suya es que hay doce blancas y doce negras. Son las Horas del día y las Horas de la noche, y su traje está bien justificado, pues, en efecto, suelen pasarse la vida andando. «Niñas —dice el Tiempo, dirigiéndose a su sobrinas negras, o sea a las Horas nocturnas—, estad preparadas para cuando os avise disminuir vuestra velocidad a la mitad, porque habrá una noche que tendrá que durar doble. Esa noche en todos los relojes del Mundo, incluso en los de Carlos Coppel, cada hora tendrá ciento veinte minutos.» Las veinticuatro Horas quedan estupefactas al oír estas extrañas disposiciones; se miran unas a otras y se atreven a insinuar tímidamente: «Pero ¿qué dirán las personas? ¡Les chocará mucho! ¿Qué pensarán de nosotras?» El Tiempo contesta severamente: «Las personas se pasan la vida pretendiendo matarme, o, cuando menos, engañarme a mí; por una vez, las engañaré yo. Esa noche doble se les hará un poco larga, naturalmente, pero creerán que padecen insomnio, tomarán tila o bromuro y se volverán a dormir como si tal cosa. Después de todo, con lo holgazanes que son los humanos, ¡qué más quisieran que duraran doble todas las noches del año!» «Está bien, tío.» —dicen las veinticuatro niñas corredoras con todo respeto—. El Tiempo, fatigado de tanto hablar, se pone un gorro, y en vista de que se ha cubierto, las nubes se ensombrecen y empieza a llover. Pipo se apresura a dar las gracias al venerable anciano y sale del castillo como vino: montado en Trompetilla llevando a Cocolín a la grupa y seguido de su fiel Pipa. Se dirige al encuentro de los Reyes Magos. Porque una duda le preocupa y le atormenta: si los Reyes iban guiados por una falsa estrella, ¿dónde está la estrella auténtica? Sin duda, ha seguido su camino en el cielo y ahora sus Majestades caminarán sin guía. Y así es, en efecto; las deducciones de Pipo son justas; la estrella divina está lejos; la falsa estrella ha desaparecido —afortunadamente—, y, hoy, al llegar la noche y despertar de su descanso diario, cuando Melchor, Gaspar y Baltasar, inconscientes de su retraso, quieren reanudar el viaje, se encuentran con estupefacción con que no tienen estrella para guiarlos y no saben hacia donde dirigir sus pasos. ¡Qué apuro en la caravana!

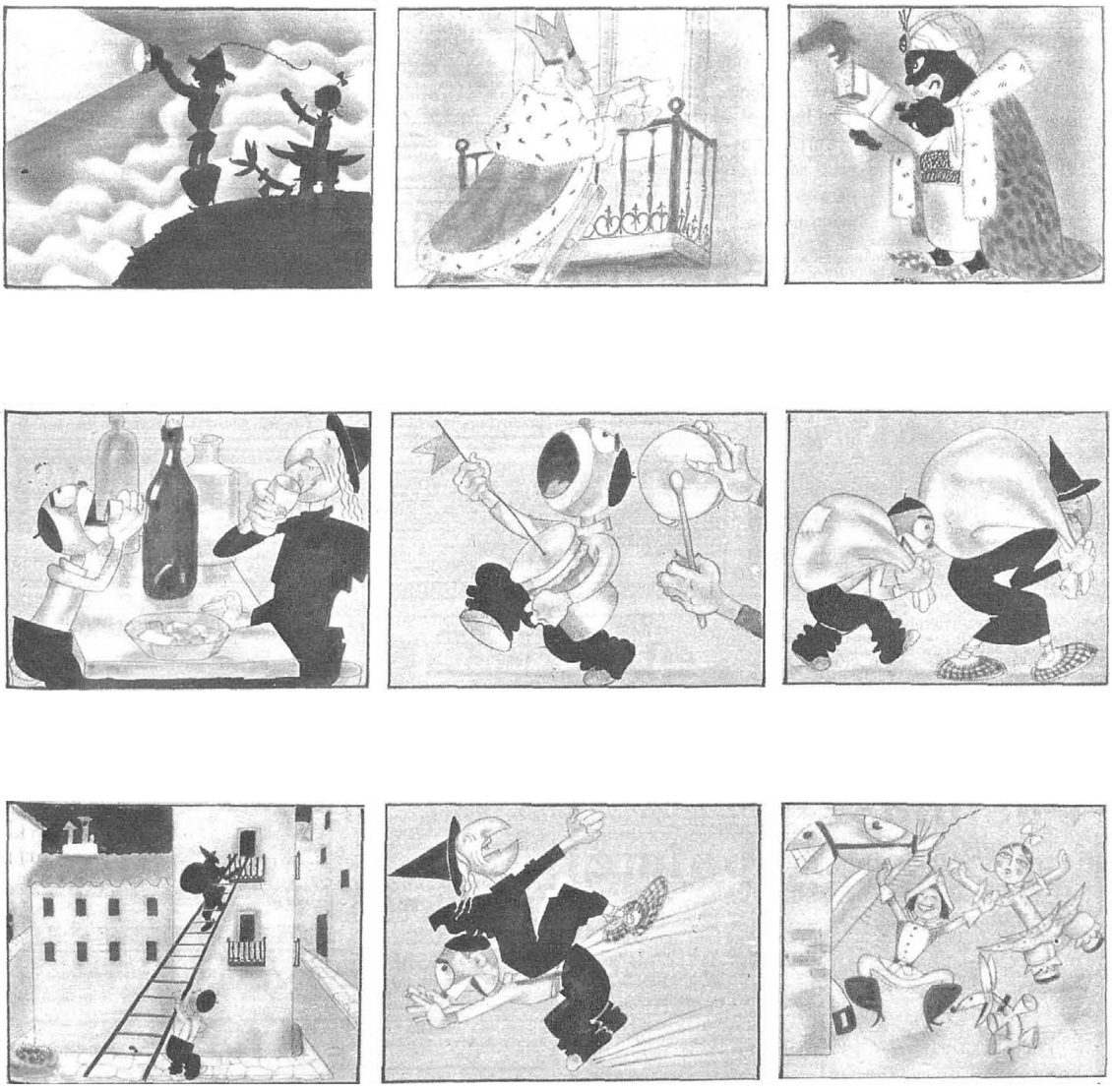

1
24

EPISODIO CXXXIV

NOCHE DE REYES

En el silencio nocturno avanza una comitiva singular: es la de los Reyes Magos, y los guía... Pipo. Sí, Pipo; provisto de un potente faro de automóvil que ilumina las tinieblas de la noche; bueno, de las dos noches, es decir, de la noche doble, puesto que esta es la noche en que las señoritas Horas, sobrinas de don Cronos, por orden de su tío, tardan cada una ciento veinte minutos en pasar. Gracias a lo cual, al día siguiente 5 de enero. Sus Majestades pisan tierra española, y al dar las doce de la noche ya están metidos en faena. Baltasar, subido a una sólida escalera, coloca en los zapatitos infantiles, dispuestos en los balcones, los juguetes que le ha entregado Gaspar según su lista: «Juanito, una trompeta y los cuatro nuevos tomos de «Aventuras maravillosas de Pipo y Pipa».» En cuanto a Melchor, debo confesar que esta vez ayuda poco a sus compañeros; está intrigadísimo. «¡Qué barbaridad —murmura—, la de chicos que piden estos libros! ¡Deben ser divertidísimos!» Por curiosidad abre uno al azar (puede que sea el del «Mago Roña Roñica», o el de «Los Enanos de Doña Cominito», o el del «Príncipe Titilintín»), y ya no sabe soltarlo y se pasa la noche leyendo con entusiasmo a la lucecita de un farol. Entre tanto, en cierta choza aislada, están la horrible bruja Pirulí y el infame Gurriato frotándose las manos de gusto. Los Reyes no han podido llegar a tiempo y los niños buenos se encontrarán sin juguetes. ¡Qué alegría! Para celebrar tan fausto acontecimiento, se atracan de turrón, bailan —muy mal por cierto— al son de panderos y zambombas y cantan alegremente villancicos como éste: «Este año los chiquillos — se han quedado sin regalos, — que se fastidien los buenos, — hemos triunfado los malos.» «Ande, ande, ande, la Marimorena, — no hay noche de Reyes, — la hemos hecho buena.»

Pero no les basta con que los niños buenos se encuentren los zapatos vacíos; tienen que encontrarlos llenos... de carbón. Para realizar este lindo proyecto la vieja carga con un saco lleno de antracita, Gurriato coge otro, y los dos se dirigen hacía Madrid, donde se detienen ante la primera casa. La bruja trepa hasta un balcón donde aparecen dos pares de zapatitos… pero, ¡oh, sorpresa!, están llenos de cajitas de bombones y de juguetes, y entre éstos ¿qué ve? Pues ve unos libros preciosos en cuya tapa se leen estas palabras: «Maravillosas aventuras de Pipo y Pipa». ¡De modo que los Reyes Magos han llegado a tiempo! Y además han traído a los niños españoles el relato de aventuras de esos odiados y siempre triunfantes enemigos que son Pipo y Pipa. La horrible Pirulí siente entonces tal rabia que pierde el equilibrio y ¡cataplum!, ¡patatrás!, se cae de la escalera, y en su caída aplasta a su paje, el infame Gurriato. «¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!» —gritan los dos como becerros; pues se han hecho una enormidad de chichones y cardenales..., que será lo único que los dos bandidos no hayan robado en su vida. A pocos pasos de allí, detrás de una esquina, estallan risas de júbilo. Son Pipo, Cocolín, Pipa y hasta el caballito Trompetilla, que celebran a la vez cuatro cosas bien agradables: su propio triunfo, la feliz llegada de los Reyes Magos, la alegría que van a tener los niños buenos dentro de unas horas… y el castigo de los malvados.



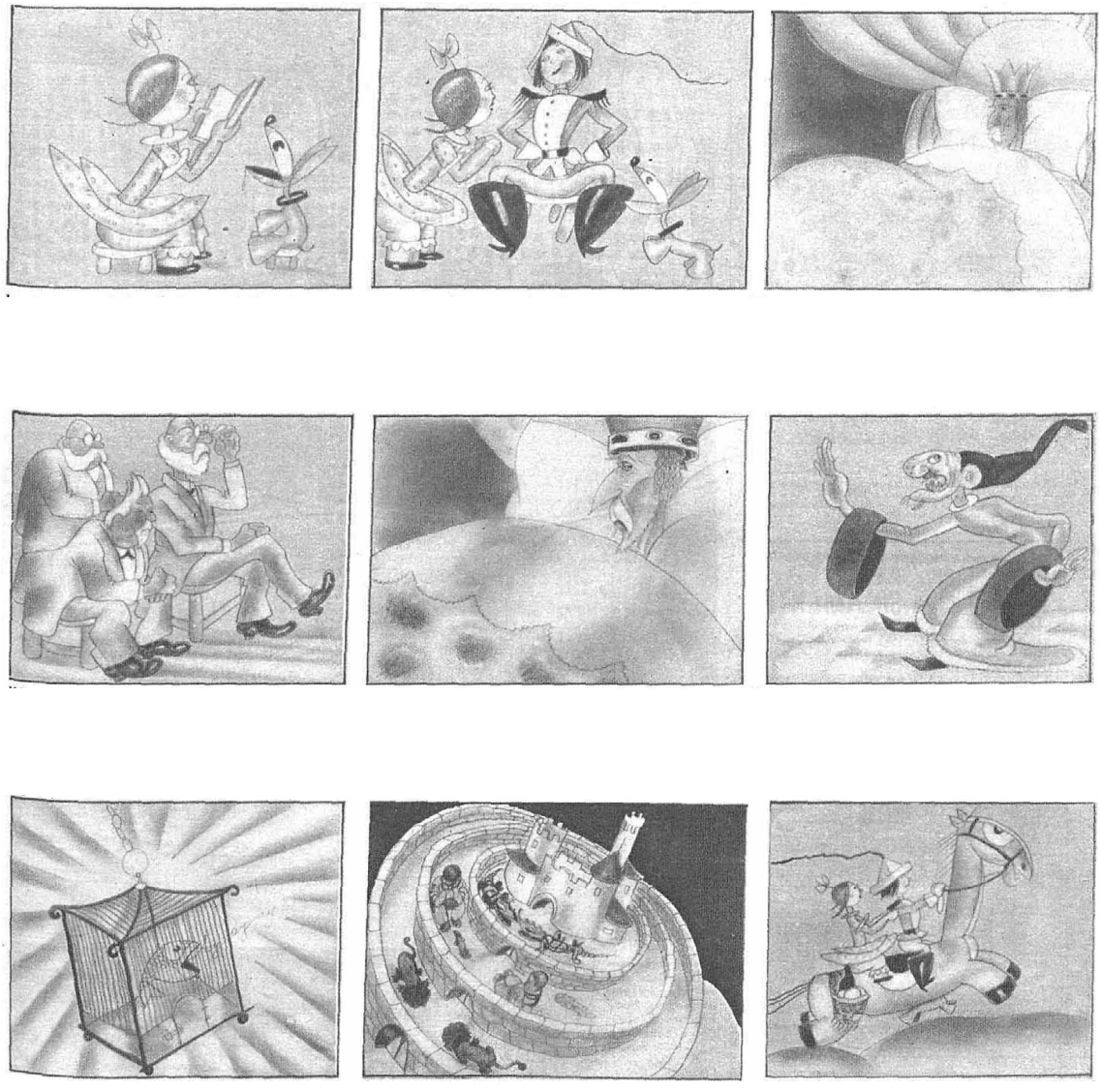
EPISODIO CXXXV

EL CUENTO DEL REY Y EL PEZ

¡Qué quietecitas están Cocolín y Pipa! Una mamá estaría inquieta y diría: «Estarán preparando alguna diablura.» Pero nosotros sabemos que no. Son muy buenas. Cocolín lee un cuento en voz alta y Pipa escucha hociquiabierta, cayéndosele la baba de gusto y diciendo de vez en cuando: «¡Qué requetepreciosísimo es!» Pero he aquí que al llegar al final del cuento se quedan las dos desoladas: «¡Huy, qué mal acaba!, ¡qué pena! ¡Nos quedamos sin saber lo que pasará!» Y acuden con el cuento al gran Pipo, a quien también le gustan los cuentos. Nuestro héroe se apresura a leer éste, que tanto ha encantado a sus amiguitas. El cuento se titula «Historia del rey y el pez». Y dice así: «Érase que se era, un rey bueno, poderoso y rico, que cayó enfermo. Y nadie sabía lo que tenía. Le metieron en la cama y le dijeron que no sacara los brazos del embozo, y que no se alimentara más que con leche; pero él seguía enfermo. Vino su médico de cabecera y le puso el termómetro; pero ni por ésas. Entonces vinieron otros médicos; pero aunque llevaban barba, chistera y gafas de oro no supieron curarle. Acudieron por último los tres mejores doctores del Mundo y sus alrededores, que son: el doctor Limonadín, especialista en purgas; el doctor Pildorilla, que se apreciaba de curar todos los constipados, pero que tenía que decirlo todo por escrito, porque como no cesaba de estornudar, toser y sonarse, no podía hablar, y el doctor Bisoñete, especialista en calvos, que se mostraba muy orgulloso de que en su pueblo no se viese un solo calvo. ¡Como que todos usaban peluca! A pesar de los cuidados de las tres eminencias, el pobre rey seguía enfermo y enflaqueciendo, hasta tal punto, que ya hubo que ponerle la corona con papeles de periódicos como ésos que metemos en los sombreros que nos vienen anchos.

En vista de que los médicos no acertaban a curar al monarca, los señores ministros sospecharon que en aquella enfermedad debía de andar algo de brujería y llamaron al célebre mago Roña Roñica. Llegó el mago, trazó en el suelo siete círculos mágicos, dio tres zapatetas al aire, escupió por cuatro colmillos y, por último, declaró: «En efecto. Su Majestad está embrujada, y solamente podrá curarse si oye cantar a Chiquitruqui.» «¿Y quién es ese señor?» —preguntaron los ministros—. «Es un pez que canta flamenco —explicó el mago—; está encerrado en una jaula de platino, y esta jaula la tiene en su poder la terrible maga Bradamanta, que vive en un castillo de granito al que defienden tres murallas colosales. La primera de estas murallas tiene una puerta de cristal de roca, guardada por dos leones que siempre están hambrientos; la segunda, una puerta de acero, defendida por los dos gigantes Rufo y Rafo, y la tercera, una puerta de oro macizo, defendida por dos dragones terribles. Después de oír estas palabras nadie se atrevió a ir en busca del pez, por lo cual el rey sigue enfermo sin remedio.»

«¿Cómo que nadie se atreve?» —exclamó Pipo al acabar el cuento—. «Me atrevo yo. ¡Adelante!» Y a los pocos momentos salta sobre su caballo Trompetilla y parte en compañía de Cocolín y de Pipa; por cierto que la perrita, pese a los peligros que va a afrontar, no gruñe. Y es que, previsora, lleva una alforja repleta de provisiones, y así está segura de no pasar hambre.

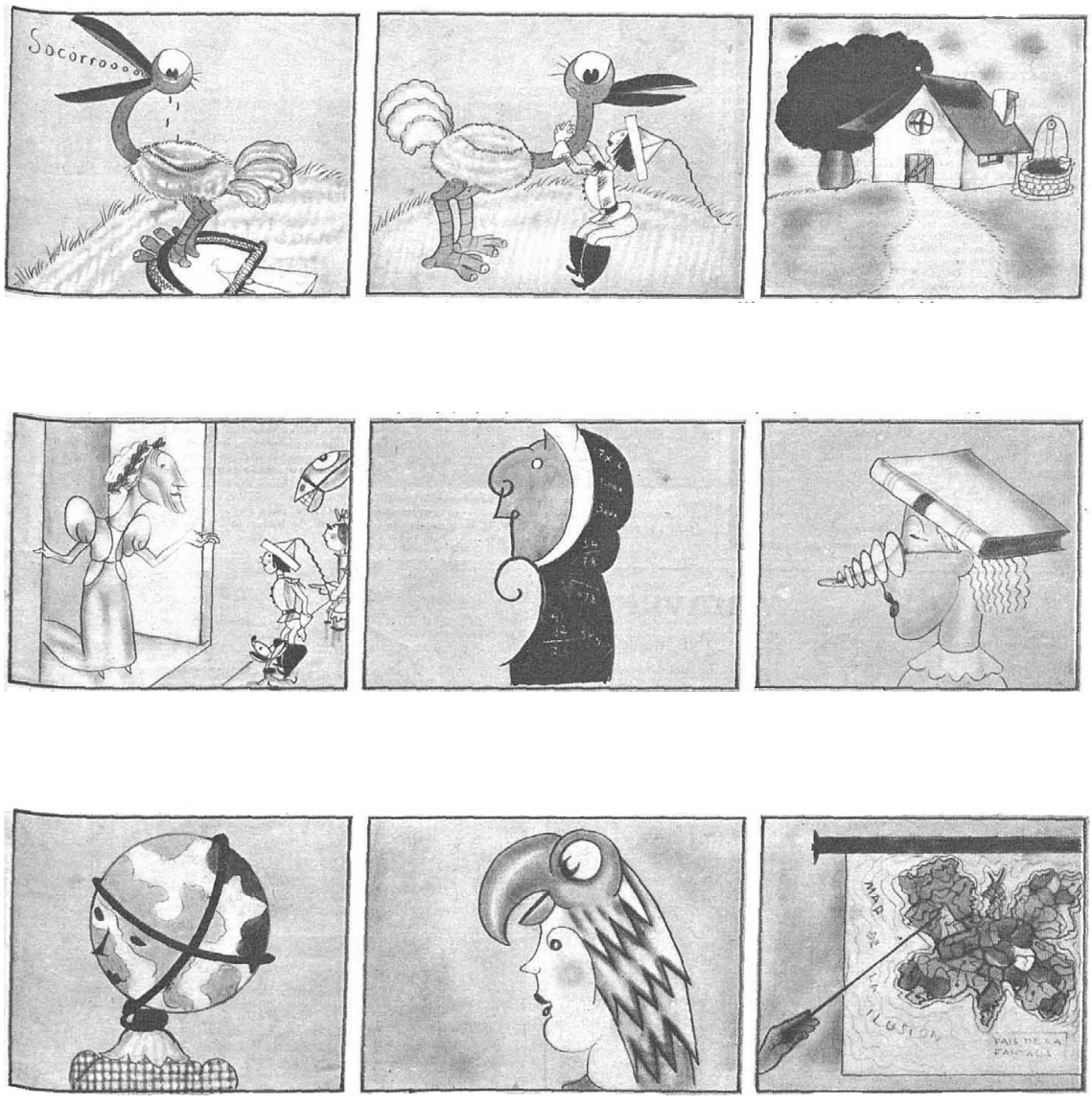


EPISODIO CXXXVI

DOÑA SABIDURÍA Y SUS CUATRO HIJAS

¿Qué extraños y rarísimos gemidos llegan a oídos de nuestros viajeros? ¿A qué animal pertenece esta voz singular? Yo no lo habría adivinado si no le viera aquí retratado; pues jamás oí, hasta ahora, gemir a un avestruz. ¡Animalito! ¡Se ha cogido sus patas delicadas en una trampa cruel, de las de cazar zorros! Si nos conmueve su desgracia, mucho más se conmueve el bondadoso corazón de Pipo, el cual se apresura a libertar al prisionero. «¡Gracias, héroe incomparable! —exclama el avestruz abrazándole—. ¿Qué haría yo para demostrarte mi agradecimiento?» «Con sólo que me indicaras el camino de cierto castillo de tres murallas, donde está encerrado Chiquitruqui, el pez que canta flamenco, me habrías pagado el favor» —contesta Pipo—. «Yo lo ignoro —dice el avestruz—, pero seguramente te darán razón en aquella casita que allí ves, donde lo saben todo; pues su dueña es nada menos que Doña Sabiduría en persona.» Nuestros amigos se apresuran a dirigirse hacia la casa en cuestión; a la izquierda de la entrada hay un pozo que debe ser el de la Ciencia, y en el cual sin duda, se baña la Verdad. Pipo llama, la puerta se abre y aparece una dama bastante fea, seca y adusta de aspecto; pero amabilísima en su trato. Es Doña Sabiduría. «¡Pasad!, ¡pasad! —dice a Pipo y a Cocolín—, pero el caballito y la perrita habrán de esperar fuera.» «¿Por qué?» —protesta Pipa furiosa—. «Porque ningún animal tiene entrada en mi casa, más que el mono, que posee el privilegio de poder ser mono sabio.» Mientras Pipa y Trompetilla esperan resignadas en la carretera, Doña Sabiduría introduce a nuestros héroes. «Me encanta —les dice— que vengan niños a verme, y más aún poderles presentar a mis cuatro hijas.» Aquí tenéis a la primera. Esta joven es la Señorita Aritmética, cuya belleza es muy original, pues las facciones de su rostro están, como podéis ver, hechas con números. La segunda señorita de la casa es la Historia; lleva sobre la cabeza un libro que debe ser pesadísimo (quiero decir que debe pesar muchos kilos), y varios pares de gafas cabalgan sobre su nariz, que es puntiaguda y larguísima; sin duda porque a su dueña le gusta verlo todo y olerlo todo.

La tercera hija de Doña Sabiduría es la Señorita Geografía, y sería encantadora si tuviera más firmeza en los andares; pero se ve que la pobrecilla está siempre un poco mareada, porque su cabeza —que es muy grande y muy redonda— le da vueltas sin cesar. Y ya sólo queda por presentar una damisela que lleva un elegantísimo gorro compuesto por un espléndido loro que simboliza lo bien que habla esta joven, la Señorita Gramática, que hasta dice: «Plaza del Callado». Terminadas las presentaciones, Pipo hace su petición a la dama del lugar, y añade: «Supongo que quien podrá indicarme lo que busco debe de ser la Señorita Geografía, ¿verdad?» «No —contesta la Señora Sabiduría—; ese castillo encantado no figura en ningún mapa de la Tierra, sino en este otro, que es el de la Fantasía.» Y designa un mapa en forma de mariposa, en el cual indica un punto con una varita de maestra de escuela que tiene en la mano. «Aquí —sigue diciendo la Señora Sabiduría— se eleva el castillo donde está encerrado el maravilloso pez Chiquitruqui que canta flamenco.»


Socorrooo
MAR DE LA ILUSION
PAIS DE LA FANTASIA

EPISODIO CXXXVII

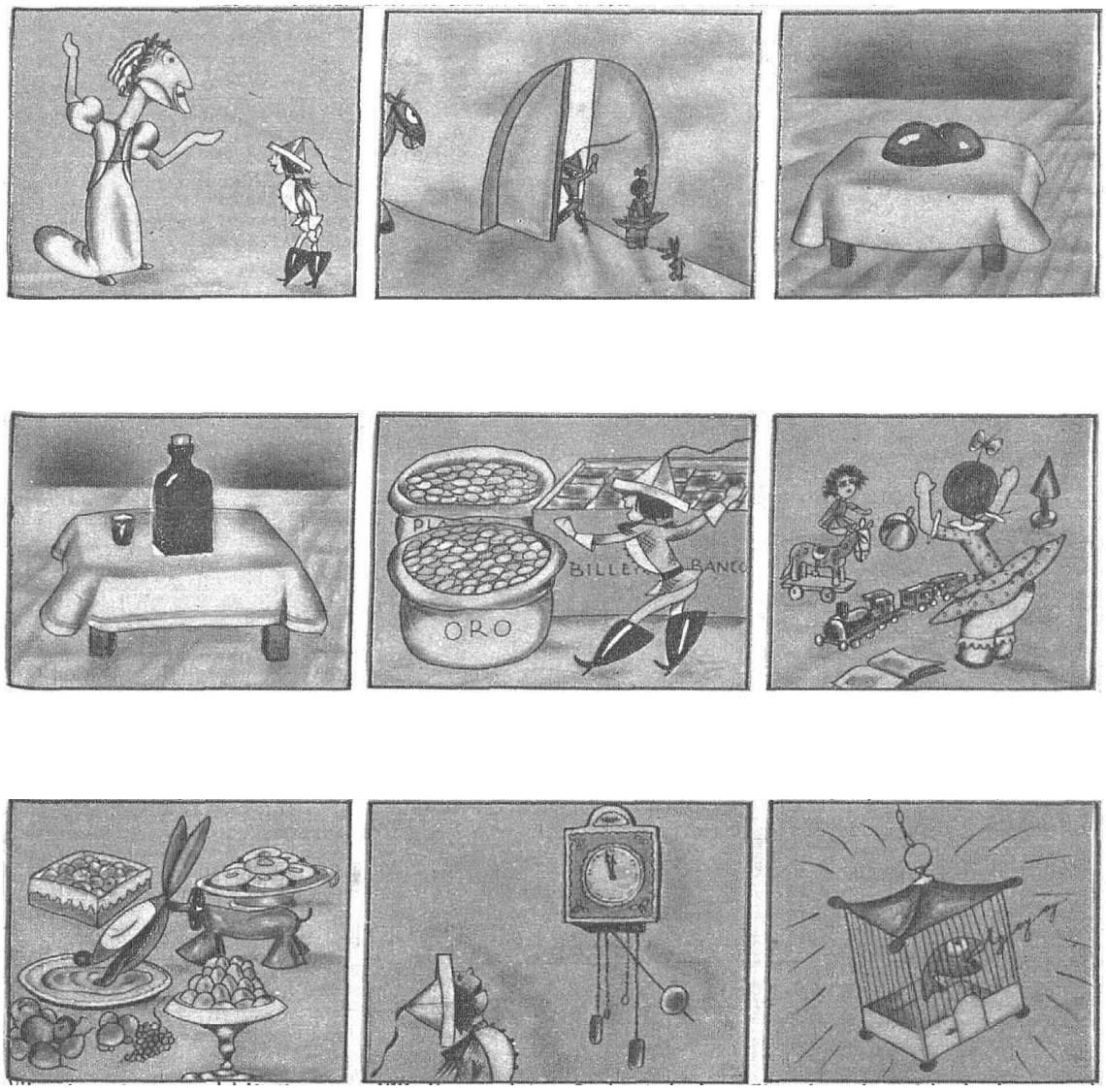
EN EL CASTILLO DE LA MAGA BRADAMANTA

Después de indicar a Pipo el camino del castillo, Doña Sabiduría añade: «Yo, que todo lo sé, puedo decirte que no hay peligro al entrar en el castillo a las once y media en punto de la noche; a esa hora se duermen profundamente los leones, los dragones, los gigantes y la propia maga. Pero solamente duermen treinta minutos, y si te dan las doce sin haber salido, ¡ay de ti!, eres héroe perdido.» Pocas horas más tarde, nuestros amigos llegan ante la primera muralla del castillo famoso y esperan la noche con impaciencia. Al dar las once y media. Pipo empuja la puerta de cristal de roca y entra seguido de Cocolín y Pipa. Allí están los leones dormidos como dos troncos. Nuestros héroes pasan por las puertas de acero y de oro macizo, y dejando atrás a los dragones y a los gigantes, dormidos todos, entran intrépidamente en el castillo de granito. En la primera sala, sobre una mesa, hay un hermoso pan; Pipo, que tiene hambre, corta un trozo y se lo come; sus compañeros hacen otro tanto; pero, ¡oh, maravilla!, el pan sigue entero, como si no se hubiera tocado.

En el centro de la segunda sala, hay, sobre una mesa, un frasco lleno de vino y una copa; nuestros amigos, que tienen sed, beben unos cuantos tragos..., y el frasco sigue tan lleno como antes. Sin detenerse ante estos prodigios pasan a una tercera sala, ya que, huelga decirlo, encuentran todas las puertas abiertas. Esta sala es aún más extraordinaria que las anteriores.

Figuraos que hay en ella grandes cajones y enormes talegos; y los cajones están llenos de billetes de Banco, y los talegos de monedas de oro y de plata. Como ya sabéis. Pipo no es interesado; sin embargo, no puede menos de detenerse, absorto, ante esta fortuna incalculable que se ofrece al alcance de su mano. «¿Veis esto?...» —dice a sus compañeros—. Pero éstos no están con él. La gentil Cocolín ha entrado en una habitación bastante más atractiva para una niña que todos los dineros del Mundo: ¡está llena de juguetes!, ¡y qué juguetes! Jamás viéronse muñecas más bonitas, cocinitas más perfectas, vajillitas más finas, balones más grandes, casitas más confortables, autos y trenes más veloces. ¡Cualquiera se va! Cocolín, entusiasmada, juega, mientras que en la habitación contigua Pipa está viviendo los momentos más dulces de su vida. ¡Y tan dulces! Como que ha dado con una mina de golosinas: natillas, pasteles, bombones, tartas, torrijas, arroz con leche, mazapán, frutas escarchadas..., y todo ello tirado por los suelos, bajo su hociquito y al alcance de sus patitas. ¿Para qué os voy a contar?

Ya comprenderéis que Pipo ha resistido valerosamente a todas las tentaciones. ¿Qué son para él ni el oro y la plata, ni los juguetes, ni las golosinas, ante el deber? Tanto más cuanto que al mirar el reloj se queda frío: son las doce menos cinco. ¡No puede perder un segundo para encontrar y coger al pez Chiquitruqui! Precisamente llegan a sus oídos unos lamentos desgarradores. «¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!, me muero de pena, — el sufrimiento me mata, ¡ay!, ¡ay!, ¡ay!» ¿Quién es el desgraciado que así se queja? ¡No! Pipo comprende en seguida que esto es una malagueña; se precipita en dirección a los «jipíos» y llega a una sala, en cuyo centro está el pez que canta flamenco. «¡Ah!, ¡ya es mío!» —exclama Pipo—. Y alarga la mano para coger la jaula.


ORO

EPISODIO CXXXVIII

EL PANECILLO ENCANTADO

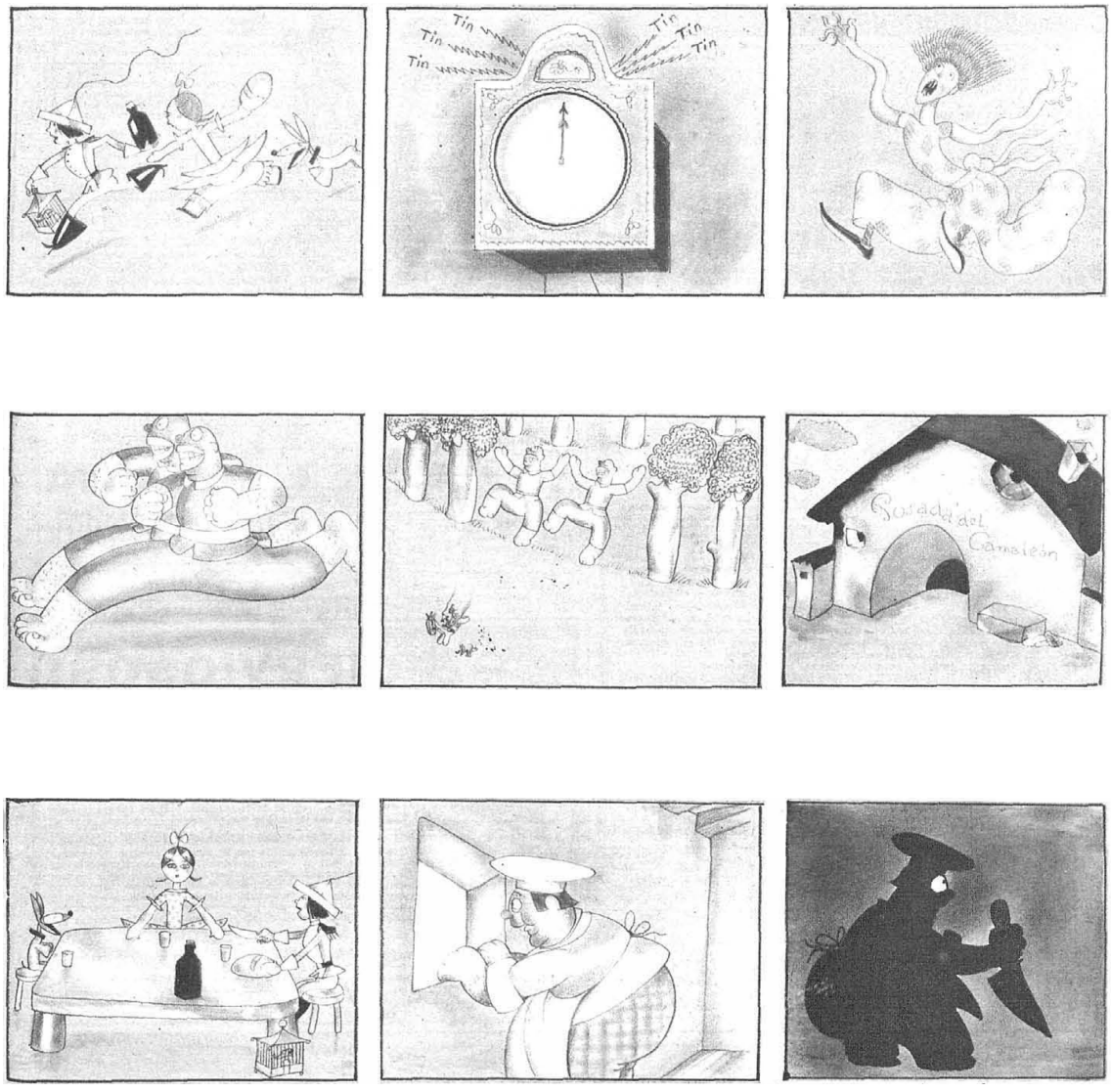
Con la rapidez del rayo (un segundo de retraso sería fatal). Pipo se apodera de la jaula y sale corriendo; al pasar por las salas de los juguetes y de las golosinas, ordena: «¡Pronto! ¡Huyamos!», con acento tal, que Cocolín deja en «combinación» la muñeca que estaba vistiendo y le sigue, así como Pipa, que va relamiéndose medio bigote de natillas y medio bigote de chocolate.

Al huir, Pipo tiene la precaución de llevarse el pan «inacabable» y el frasco de vino «invaciable». Huyen disparados entre dragones, gigantes y leones dormidos; pero en el instante en que van a franquear el umbral de la puerta de la última muralla..., ¡tin!, suena en el reloj del castillo la primera campanada de las doce. En el mismo instante todo el mundo despierta. Y lo peor... es que también despierta la maga Bradamanta, y lo primero que hace es mirar a un espejito encantado, en el cual ve a nuestros amigos que huyen llevándose la jaula del pez que canta flamenco. Furiosa la maga se retuerce los brazos que se le ponen, de rabia, como sacacorchos; la cabellera se le encrespa y se le eriza, y ruge: «¡Ladrones! ¡A ésos! ¡Perseguidlos!»

A los gritos de la maga, los gigantes Rufo y Rafo que, por sus enormes piernas, son los encargados de perseguir a los que se escapan del castillo (a los dragones corresponde guardar a los que están dentro, y a los leones incumbe devorar a quienes quieren entrar), se lanzan en persecución de nuestros amigos a zancadas de medio kilómetro.

¡Ah, si Trompetilla no fuera lo que es! Pero, por suerte, es lo que es (un caballito concienzudo y brioso), y cuando sabe que lleva en su lomo de cartón la vida del héroe y de sus amigos no hay quien le pueda. En el momento mismo en que los gigantes van a darle alcance, Trompetilla, de un salto prodigioso, penetra en el bosque de la Maravilla Azul, que es, como sabéis, el límite de los dominios de la maga Bradamanta. Ya nada puede contra los fugitivos, ¡están salvados! Y mientras que Rufo y Rafo se quedan estupefactos, con una pierna al aire como si fuesen a bailar la jota, nuestros amigos, fatigados por las emociones y la carrera, llegan a una posada cercana llamada Posada del Camaleón.

«¿Qué desean?» —pregunta el posadero— «Comer y beber» —contesta Pipo—. «Lo siento, pero se me han acabado todas las provisiones; no tengo nada de comestible ni bebestible.» «¡Vaya por Dios! Por eso se llama Posada del Camaleón, porque, como ese animalito, los huéspedes se alimentan del aire. ¡Menos mal que yo he traído pan y vino, y mientras cenamos nos prepara usted habitación.» Al ver que nuestro héroe saca un solo panecillo y un frasquito de vino, el posadero se queda asombrado. «¿Cómo tendrán bastante para todos?» —se pregunta intrigado—. Les observa y ve que, por más que comen y beben, el pan sigue intacto y el frasco lleno, y comprende que están encantados. «Si yo tuviera ese pan que nunca se acaba y ese frasco que nunca se vacía, ¡qué negocio!» —piensa el posadero—. Una idea criminal cruza por su imaginación, Y aquella noche, cuando nuestros amigos duermen profundamente como lo prueban los ronquidos que llenan la casa (estos ronquidos son de Pipa), el posadero, armado de un cuchillo, se dirige sigilosamente al cuarto de sus huéspedes.


Tin
Tin
Tin
Tin
Tin
Tin
Posada del
Camaleón

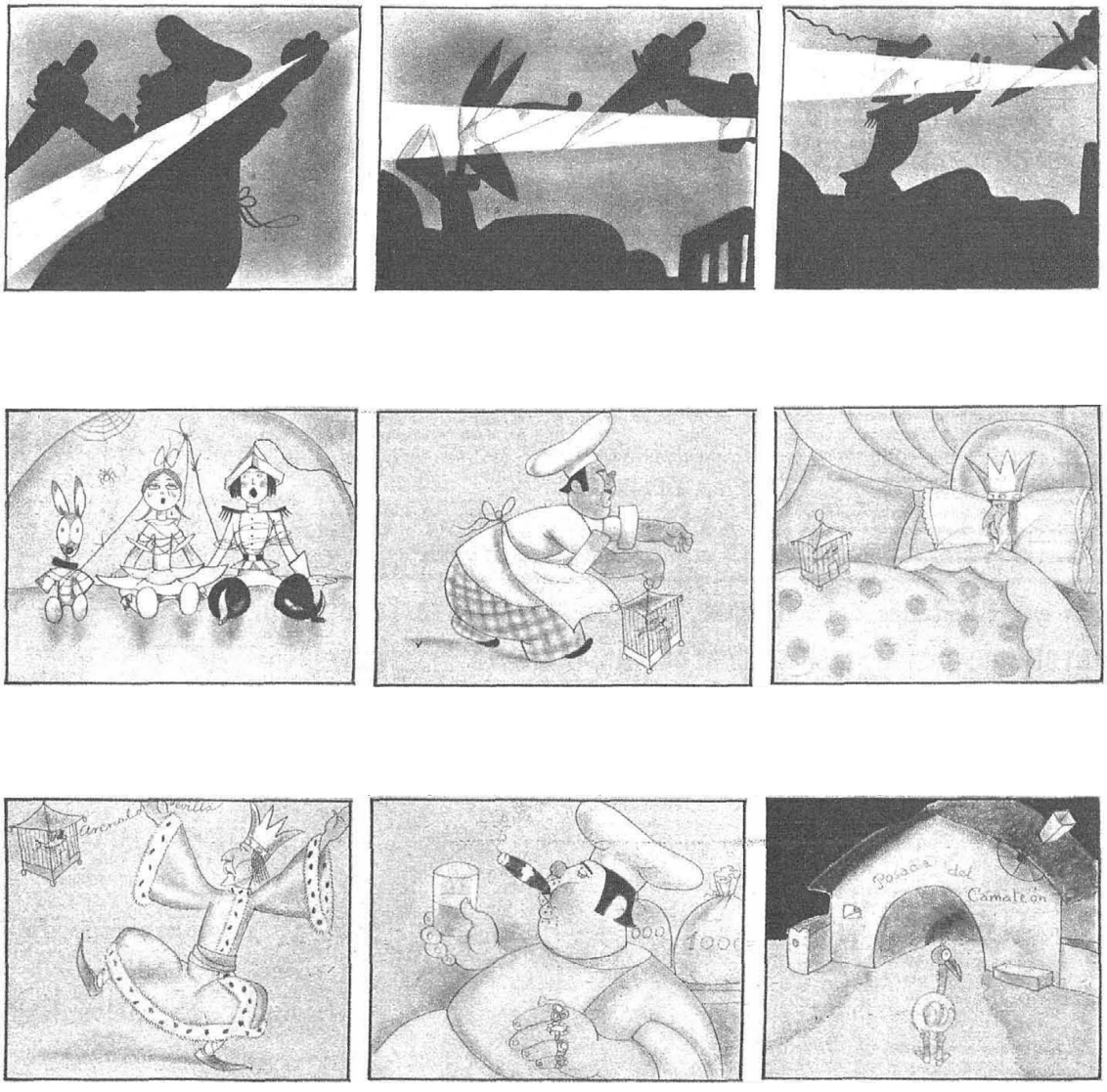
EPISODIO CXXXIX

EL TRIUNFO DEL MALVADO POSADERO

Don Pancracio (alguna vez habíamos de enterarnos de que así se llama el dueño del Camaleón) ha penetrado de puntillas en la habitación donde sus huéspedes duermen apaciblemente, bien ajenos al peligro que les amenaza. El posadero se acerca a la primera cama que le viene a mano, y dirigiendo la luz de su linterna sorda sobre el durmiente ordena «Manos arriba». El durmiente es, en realidad, una durmiente, es Pipa que, despertada de sopetón y hallándose ante aquella terrible aparición, ahoga un ladrido de susto y se apresura a obedecer, alzando, no las manos, claro está, pero sí las trémulas patitas que don Pancracio amarra sólidamente. Luego se acerca a la cama donde Pipo duerme tan profundamente que no se ha dado cuenta de nada; también él despierta a la orden del atracador. ¡Pobre héroe! Su invencible espada está a los pies de la cama, fuera de su alcance; una mirada le basta para darse cuenta de que está indefenso. No hay más remedio que rendirse. Entonces el malvado posadero le ata; luego se apodera de Cocolín, y uniéndola a sus compañeros, los deja encerrados en la húmeda, sombría y fría cueva de la casa. Realizada con tanta fortuna la primera parte de su diabólico proyecto, don Pancracio se apresura a realizar la segunda; consiste en apoderarse del pan mágico que nunca se acaba y del no menos mágico frasco de vino que nunca se vacía. Pero consiste, sobre todo, en apoderarse del pez Chiquitruqui. ¡Ah!, es que el posadero también ha leído, como Pipo y Pipa y como todos nosotros, el cuento del rey enfermo, y sabe para lo que puede servir el pez que canta flamenco. Así es que no pierde tiempo. Con la jaula en la mano se dirige corriendito al palacio donde el soberano enfermo yace en su regio lecho, y está más flaco y más débil cada día.

Ante el posadero que lleva el pez encantado, todo el mundo, guardias y mayordomos, porteros y cortesanos, se apartan para abrirle paso; ya está la jaula en la cámara del rey. Apenas ha tocado la cama del regio enfermo cuando el pez se lanza a cantar unas sevillanas endiabladas: «Arenal de Sevilla —y ole— Torre del Oro.» Y al oír esta voz mágica, el rey salta de la cama, y riendo a carcajadas rompe a bailar desenfrenadamente. ¡Oh! ¡Milagro! ¡Está curado! Desde este momento, en el palacio todo es júbilo, y no queráis saber a qué extremos llega la gratitud del soberano hacia el posadero, de quien cree que ha arrostrado terribles peligros para devolverle la salud. Por de pronto, don Pancracio, es invitado a quedarse para siempre en el palacio del rey, donde se le trata a cuerpo de ídem. Cincuenta criados le rodean solícitos, ofreciéndole a todas horas comidas suculentas, copitas y puros enormes, sin contar los regalos magníficos que le hace el propio soberano, colmándole de dinero, de alhajas y hasta de patatas que, en aquel país, valen casi tan caras como aquí.

Mas ¿recordáis aquel avestruz a quien Pipo libertó del cepo en que había caído? Pues bien, este pájaro, que se llama «Llorón», no porque llore, sino como alusión a sus plumas que son «lloronas», paseaba un día cerca de la Posada del Camaleón, cuando oyó un relincho lastimero de caballito de cartón. Es Trompetilla que está encerrado en la cuadra de la posada fatal.


Gaiola do Camaleão

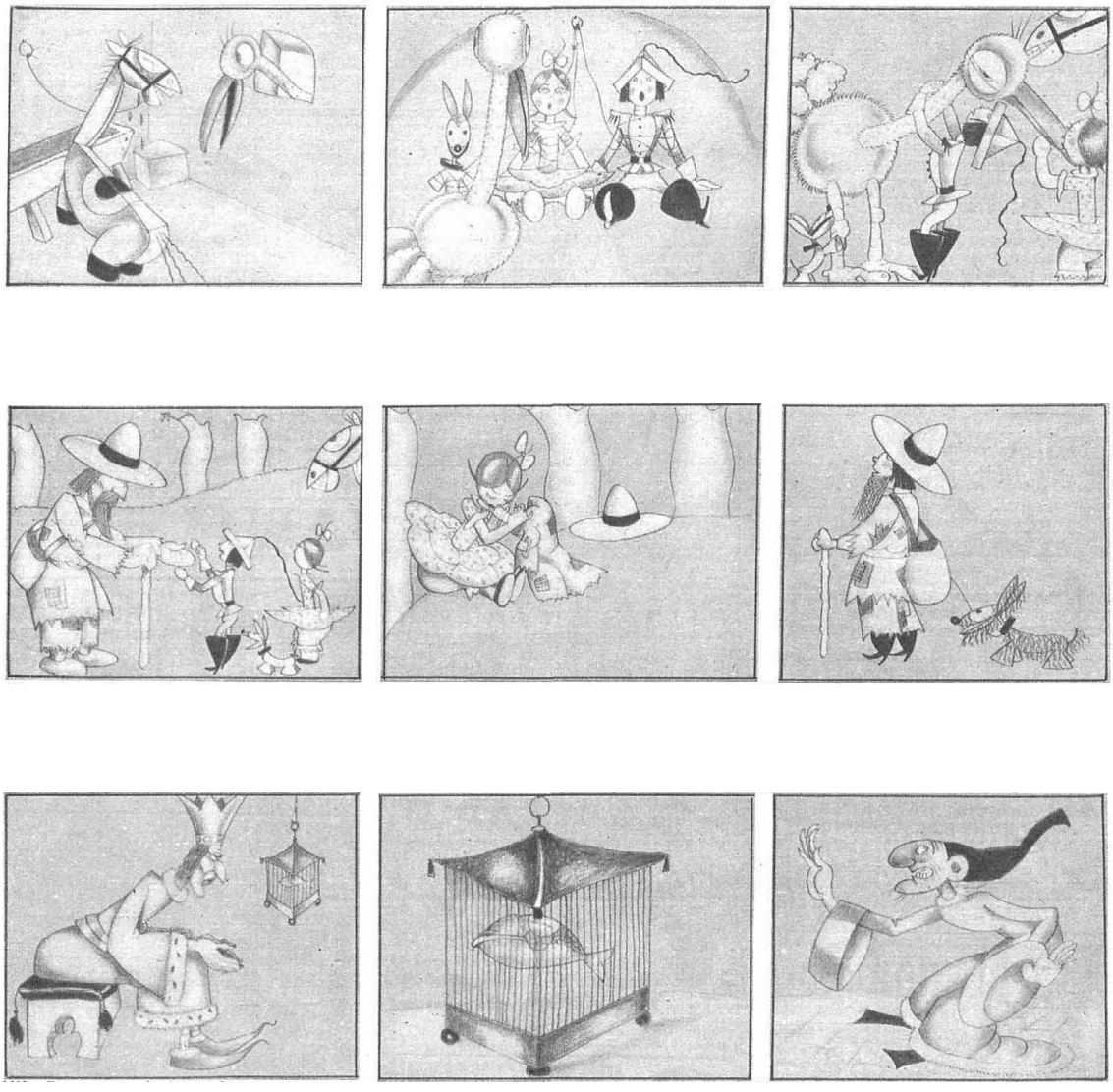
EPISODIO CXL

EL MISTERIO DEL PEZ CHIQUITRUQUI

Intrigado por aquellos relinchos lastimeros, el avestruz rodea la casa hasta que da con la ventanuca de la cuadra, por donde asoma el cuello. Allí está Trompetilla, amarrado a un pesebre vacío. «¿Qué te pasa, amigo?» —pregunta el pájaro al reconocerle— . «¡Ay, mi buen avestruz! El malvado posadero me ha atado aquí, y menos mal que los caballitos de cartón sentimos poco el hambre. Pero lo peor es que me temo que mi amo, el valiente Pipo, esté también secuestrado con sus compañeros en esta casa maldita.» «¿Pipo, dices? ¿El héroe que me salvó la vida y la pata? ¡Ah!, yo he de salvarle a mi vez.» Y el avestruz entra en la cuadra, y, después de desatar a Trompetilla, recorre la casa de arriba abajo, y abajo, o sea en la cueva, halla a nuestros amigos atados y medio desvanecidos de inanición. Desatarlos, correr a la despensa y volver con el pico lleno de provisiones, es para el buen pájaro cosa de un minuto. ¡Ya están libres! Los cuatro compañeros le expresan su agradecimiento, cada cual con las efusiones que les viene a mano. Trompetilla deposita un beso en el cráneo lirondo, Cocolín, otro en el pico que hacia ella se inclina; Pipo abraza fuertemente el largo cuello y Pipa pone en práctica la fórmula cortés de «Beso a usted las patas». Luego, reanudan su camino y se encuentran a un viejo mendigo que les entera del gran acontecimiento. Su majestad el rey se ha curado, de pronto, gracias a un heroico posadero que ha conquistado para él al pez mágico que canta flamenco.

Entonces Pipo tiene una idea genial y le compra al anciano su traje y su sombrero para disfrazarse. Pero, al ir a ponérselos, se encuentra con que le están muy grandes. Cocolín, mujercita mañosa, se dedica a arreglar aquellas prendas miserables. Mientras cose, Pipo y Pipa deshilachan los trozos de lana sobrantes, y con algunas hebras el héroe se confecciona una barba magnífica, y con las hebras que quedan adorna a Pipa con tal habilidad que la convierte en perrita de lanas, lazarillo de cierto viejo mendigo..., que, como habréis adivinado, ya no es otro que el propio Pipo. Bueno, vosotros sí que lo habéis adivinado porque sois muy listos; a no ser así, ¿quién reconocería a nuestros amigos con lo bien disfrazados que están?

Entretanto, en el palacio real ocurren cosas lamentables; el soberano, inmediatamente después de ponerse bueno y pasado su primer acceso de alegría, se ha puesto triste; y el pez Chiquitruqui, desde que cantó flamenco para curar a su majestad, no ha vuelto a decir «esta boca es mía». Encerrado en nueva y magnífica jaula de oro, adornada con brillantes y alfombrada de damasco, el pez que «cantaba» flamenco permanece mudo como... un pez ante el trono del rey, que le contempla con una pena que parte el alma. ¿Qué le pasa a su majestad? ¿Y qué le pasa a su pez? La reina, desesperada, manda venir, una vez más, al mago Roña Roñica, y este personaje, después de hacer y decir todas esas cosas raras que él dice y hace, declara: «Mi diagnóstico es el siguiente: Él rey está triste porque el pez no canta, y el pez no canta porque el rey está triste.» «Pero ¿quién remediará este doble mal?» —pregunta entonces toda la corte—. Y dice el mago Roña Roñica: «Solamente tiene este poder aquel que venciendo terribles peligros, logró arrebatar el pez Chiquitruqui a la maga Bradamanta.»

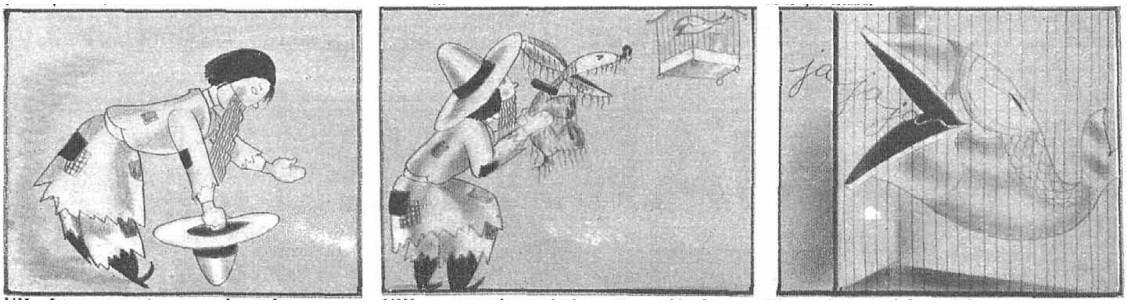


EPISODIO CXLI

EL FALSO JARDINERO

En el palacio real, el personaje más importante, un poco después del soberano, es el señor J. S. del S. D., o sea jefe supremo del servicio doméstico; este cargo elevadísimo es el que su majestad ha concedido al ex posadero, en agradecimiento por haberle traído el pez mágico. ¡Y hay que ver cómo abusa don Pancracio de su poder! Todos los criados del palacio tiemblan ante él, desde los mayordomos deslumbradores de galones dorados hasta el último pinche de cocina. ¡Por un sí o un no a la calle! Así ha despedido al jardinero, porque al saludarle no ha tocado el suelo con la frente, y en su lugar ha contratado a cierto anciano de barbas venerables que se ha presentado a pedir limosna, acompañado de una perrita de lanas. El incauto posadero ignora quien es el nuevo jardinero; pero nosotros lo sabemos, ¿verdad? Mientras tanto, el rey sigue triste y el pez mudo, en vista de lo cual un heraldo recorre el país pregonando que su majestad regalará la mitad de su tesoro a quien consiga alegrar al pez hasta el punto de hacerle cantar, siquiera sea una breve saeta. Este anuncio despierta en el mundo entero una expectación extraordinaria; de todas partes acude gente especializada en hacer reír, y todos intentan divertir al pez que canta flamenco a ver si al fin se decide a arrancarse por «soleares» o, cuando menos, a salirse por peteneras. Llegan «clowns» célebres, tontos de circo famosos, y los más graciosos actores cómicos del teatro y de la pantalla, tales como Charlot, Laurel y Hardy, Manuel Collado en su creación de «Pipo», etc., etc... Unos dicen chistes, otros interpretan pantomimas cómicas o comedias desternillantes. También se arma en palacio un guiñol de muñecos divertidísimos que dicen y hacen cosas como para morirse de risa; y de risa está a punto de morirse toda la corte, menos el rey que sigue triste. ¡En cuanto al pez..., nada! Quiero decir que sigue como si tal cosa. Más aún; tanto se aburre que acaba echándose a llorar como un desesperado. Sus lágrimas inundan la preciosa jaula, y como al pobre la humedad le sienta muy mal, coge un reuma que le entristece, naturalmente mucho más aún de lo que estaba.

La consternación es general, cuando se presenta ante el rey el nuevo jardinero de palacio y le dice: «Señor: os pido vuestra venia para intentar hacer cantar al pez.» «¡Pobre viejo! —dice el rey encogiéndose de hombros—. ¿Qué has de poder tú donde tantos fracasaron? Pero, en fin, si quieres inténtalo; a mí me da igual.» La verdad es que el aspecto del anciano jardinero, con sus luengas barbas no tiene maldita la gracia; y nadie le hace caso, mientras se acerca a la jaula donde el pez mágico sigue llorando a moco tendido. ¿Qué irá a hacer? ¿Qué bromas se le pueden ocurrir a semejante infeliz? Pues lo que se le ocurre no puede ser más sencillo ni más extraño. Saca del amplio bolsillo de su chaquetón a la perrita de lanas, de la que no se separa nunca, y se la presenta al pez, diciendo las siguientes palabras: «Chiquitruqui: ¡aquí estamos! ¡Somos nosotros! ¿No nos conoces?» Ya veis que esto no es muy divertido. Pues bien, apenas lo ha oído, el pez rompe en la más formidable carcajada que en vuestra vida habréis oído a pez alguno.



EPISODIO CXLII

EL CASTIGO DEL POSADERO

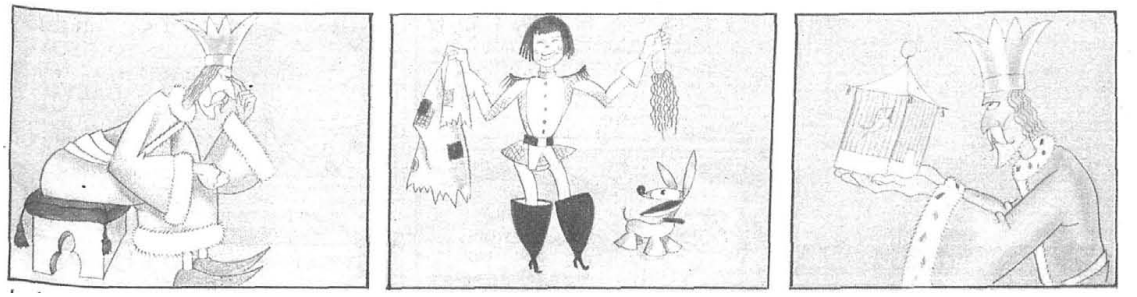
¡Ya está el pez cantando flamenco! ¡Y ya está contento el rey! Sí; contento, encantado, curado de su tristeza; pero muy intrigado. ¿Qué le habrá dicho al pez Chiquitruqui el viejo jardinero para operar así tan feliz milagro? En su perplejidad, su majestad se quita la corona para rascarse la cabeza y murmura: «Aquí hay gato encerrado.» Entonces, el viejo jardinero, lanza una carcajada, vibrante, alegre, juvenil, y exclama: «No, señor, no es gato encerrado, es... perra.» Y quitándole a Pipa su disfraz de lanas, y quitándose él sus postizos y su raído traje, aparecen, amo y perrita, con su figura natural ante los ojos del rey y de la corte que, al reconocerles, gritan con muchísimo entusiasmo: «¡Son ellos! ¡Son los héroes de ESTAMPA!» Ante el entusiasmo de todos los presentes, el pez Chiquitruqui rompe a cantar e improvisa esta alegre sevillana:

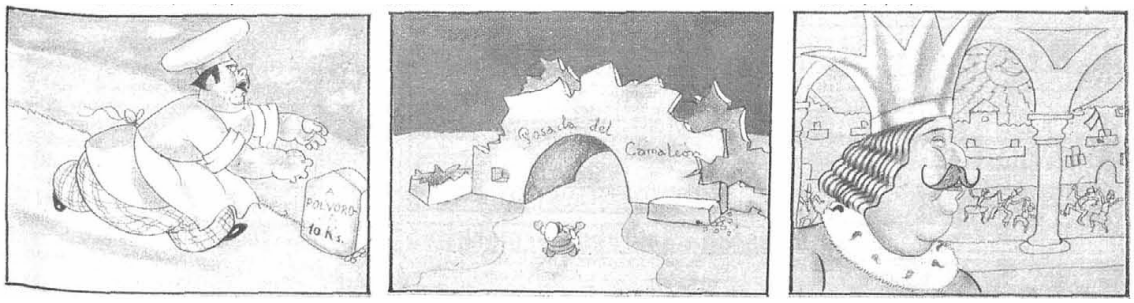
«Los que a mí me han salvado,
y ole,
son Pipo y Pipa.»

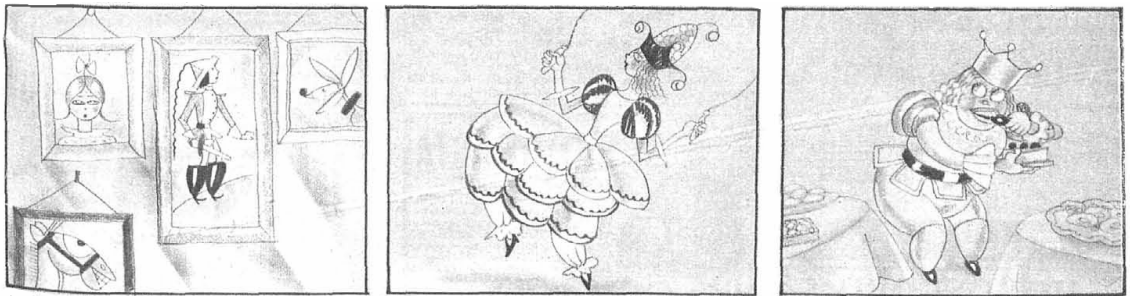
Pero hay alguien que no canta, ni ríe, ni se entusiasma; alguien que tiembla de miedo y de rabia, y es el posadero que, sin esperar un momento, se apresura a ganar la puerta y a huir hacia ese lugar del mapa que yo no sé donde está; pero que debe de ser muy seguro, puesto que todos los que temen ser cogidos se apresuran a poner los pies en Polvorosa, que es como se llama.

Siempre corriendo, el malvado posadero llega a su posada; pero, ¡oh, dolor! (dolor para él, que a nosotros, aunque seamos muy buenos, la verdad, es que no nos duele su justo castigo), ya no hay tal posada. La casa abandonada ha sido pasto de los ratones, que no han dejado piedra sobre piedra. Mas dejemos a tan odioso personaje lamentándose de la ruina, y volvamos al palacio real de Tulipampán, donde todo es ya alegría y salud. El pez Chiquitruqui no cesa de cantar flamenco, y, oyéndole, el rey se ha puesto tan gordo que la corona ya no le entra y se la tiene que poner con calzador. De la alegría del monarca participa todo el país, pues gracias a la bienhechora influencia del pez mágico, todo allí es dicha sin fin: el sol luce a diario, y solamente llueve de noche, lo preciso para que se rieguen los parques y los campos. Y como toda esta felicidad se debe, en definitiva, a nuestros héroes, los habitantes del país no cesan de agasajarlos, y en todos los hogares pueden verse los retratos de Pipo y Pipa y también los de Cocolín y Trompetilla que, naturalmente, han venido a reunirse con sus compañeros...

Ya es hora de que os enteréis de que el rey de Tulipampán tiene dos hijos: una niña, que es un encanto y un niño, que es un sol. La princesita Saltarina tiene bien merecido su gracioso nombre, ya que saltando es una verdadera notabilidad; como que es campeona nacional del salto a la comba, y dando «tocino» se queda sola. En cuanto al principito Golosín, ofrece la particularidad de ser el mayor especialista en bombones. Por el olor distingue un bombón de chocolate relleno de crema de otro relleno de «pralin», y esto es natural, porque sólo se alimenta de bombones, que le sientan a él también como a vosotros la sopa o el aceite de hígado de bacalao. ¡Lástima que casos como el de Golosín sólo se den en los cuentos!




POLVORA
10 K.s.
Rosa de del Camaleon



EPISODIO CXLIII

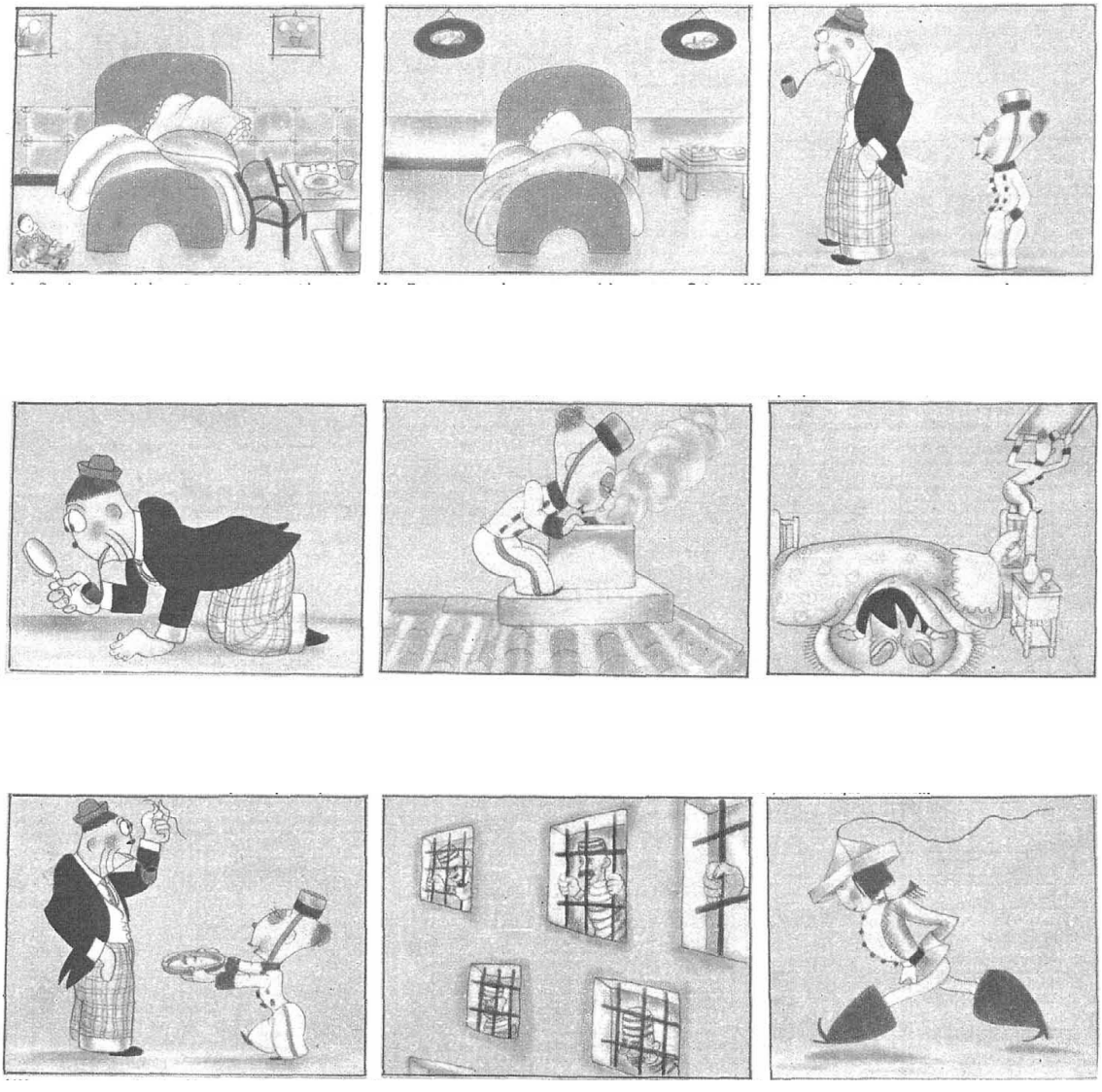
GARABITO Y PELUSILLA

¡Son las nueve de la mañana y aún no está la princesita Saltarina saltando por los salones de palacio! ¡Qué raro! ¿Estará enferma? No, es algo peor; cuando su dama de honor, intrigada e intranquila, se decide a llamar a la puerta de su alcoba, nadie contesta; entra y lanza un grito: el cuarto está vacío; la princesa ha desaparecido.

Entretanto, en la antecámara del principito Golosín, el mayordomo don Patatrás se impacienta; su alteza no ha pedido todavía el desayuno; el chocolate se enfría, las ensaimadas se endurecen, los churros se ablandan y, sobre el pan untado con mantequilla, se reseca la mermelada de fresa. Don Patatrás se decide a entrar en la alcoba con la bandeja, que se le cae de las manos: el cuarto está vacío; el príncipe ha desaparecido. Ya está alerta todo el palacio; todo el mundo corre, grita y se desespera; la reina se desmaya, y el rey manda llamar con urgencia a los dos célebres detectives norteamericanos Garabito y Pelusilla, famosísimos en el mundo entero porque formaron parte de la compañía de grandes detectives que «no» encontraron al bebé de Lindbergh. A Garabito y Pelusilla les falta tiempo para emprender sus investigaciones. ¡Y vaya si saben lo que hay que hacer! Garabito se apresura a ponerse la pipa en la boca y a sacarse del bolsillo una lupa enorme con la cual examina el polvo que hay en todos los suelos y muebles del palacio con bastante abundancia. En cuanto a su hermano Pelusilla, declara que los miserables que se han permitido raptar nada menos que a un príncipe y una princesa deben de ser unos «gangsters» de muchos humos, por lo cual sube al tejado y se dedica a examinar todas las chimeneas.

Durante horas y horas, Garabito y Pelusilla llevan a cabo investigaciones minuciosísimas. Entre los dos registran debajo de las camas, detrás de los cuadros, dentro de los floreros, de las pitilleras y entre las cerdas de los cepillos de dientes. Después de tanto trabajo, al fin Garabito exclama triunfalmente: «Ya tengo el hilo», mientras que Pelusilla grita con alegría: «Ya encontré una pista.» Y todo ello es verdad, puesto que Garabito ha encontrado una hebra de hilo blanco en la solapa del frac de un criado, y Pelusilla, en un armario abarrotado de juguetes, ha descubierto una pista... de circo en miniatura. Como consecuencia de estos grandes descubrimientos, Garabito y Pelusilla pasan a la segunda parte de su misión, que consiste en mandar detener y encerrar a media humanidad. En tres horas, las cárceles del país desbordan de gente, y en tres días, el tesoro real se ve medio arruinado por la compra de una enorme cantidad de tela a rayas que ha habido que hacer, para confeccionar esos pijamas tan bonitos que llevan los caballeros elegantes cuando están en la cárcel.

Mientras ocurren estos acontecimientos, ¿qué hace nuestro gran Pipo? Creedlo o no, lo cierto es que el héroe... no hace nada. ¿Pero es posible? ¡Como os lo digo! Se ha encerrado en su habitación y se limita a pasear de un lado para otro sin pronunciar una palabra. Cocolín, que le observa por el ojo de la cerradura, está asombrada, pero Pipa, que le conoce bien, dice: «Mi amo medita.»



EPISODIO CXLIV

LA FAMILIA CIGÜEÑA

Garabato y Pelusilla siguen sus importantes investigaciones; como consecuencia de las cuales siguen deteniendo gente a montones. Todo el que les parece sospechoso, ¡a la cárcel! Y les va pareciendo sospechosa mucha gente; ya casi no quedan en libertad ninguno del país, cuando se les ocurre sospechar de los extranjeros, estos extranjeros albergados en el palacio real y que son nuestros héroes y amigos. El primero es Trompetilla, que va a dar con sus huesos en la cárcel. Es decir, con sus huesos no, porque no los tiene. Pero, en fin, con el cartón pintado de verde, de que está fabricado. Ya está entre rejas el amigo Trompetilla, y los terribles detectives se dedican entonces a detener nada menos que a la gentil Cocolín; nuestra amiguita se hallaba muy atareada, confeccionando un precioso abriguito de punto, que se propone regalar a su amiga Pipa en el día de su próximo cumplemes (las perritas, como viven mucho menos que las personas, celebran sus cumpleaños por meses), cuando llega un feroz policía enviado por Garabato y Pelusilla, y —¡eche usted «p'alante»!— se la lleva a la cárcel.

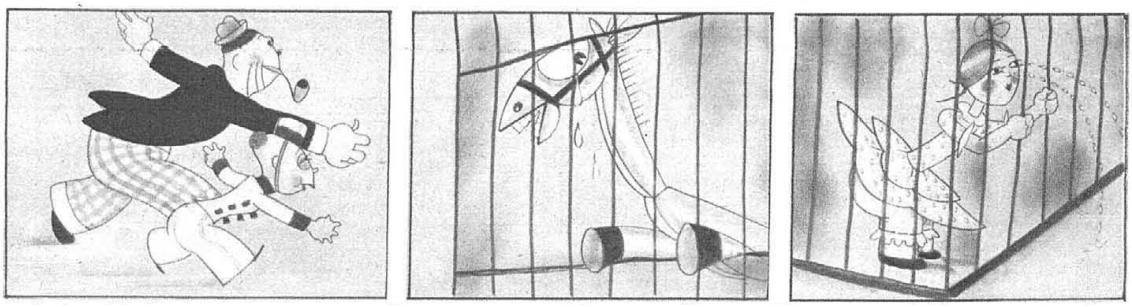
Hasta el rey llegan las noticias de todas estas detenciones, y el pobre soberano, espantado, pregunta a sus detectives: «¿Pero es que piensan ustedes encerrar a todo el mundo?» «Sí, señor —contesta Garabato—, y mi sistema es infalible; cuando todo el mundo esté en la cárcel, estaremos seguros de que el culpable no está en libertad.» Siguiendo este procedimiento maravilloso, Garabato y Pelusilla proceden a detener ahora a Pipo y Pipa, Pero su intento es vano, porque... Pipo y Pipa han desaparecido. Cuando nuestro héroe vio que las cosas se iban poniendo de un color castaño obscurísimo, comprendió que, por el momento, convenía ocultarse, y en compañía de su fiel perrita se subió nada menos que a lo alto de la torre de la iglesia.

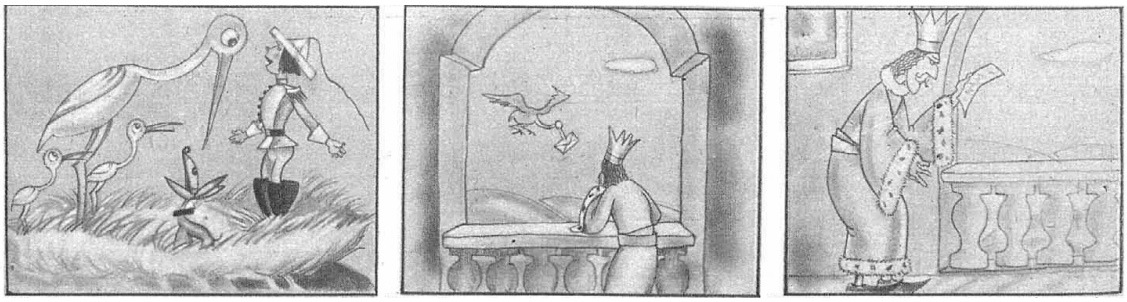
En aquella altura hay un hermoso nido de cigüeñas. ¿Qué mejor escondite? Pero el nido ya estaba ocupado; había en él dos cigüeñitos, que estaban guardando la casa, mientras que sus papás andaban por ahí buscando moscas y lombrices para alimentarlos. Ante los intrusos, los cigüeñitos se llevan un susto horrible y gritan: «¡Auxilio! ¡Ven, mamá cigüeña! ¡Socorro!»

La mamá cigüeña, que no andaba lejos, al oír las voces de sus retoños acude hecha una fiera: «¡Fuera de aquí —grita— si no queréis que os saque los ojos con el pico!». Pero Pipo la calma con un gesto: «No se apure, señora cigüeña —dice, siempre correcto—, que no venimos a hacerles daño.» Le explica la situación, y la señora cigüeña, que es buena persona, le ofrece su ayuda.

Su majestad el rey está asomado a su balcón y está muy triste. Piensa: «Medio país está en la cárcel..., pero mis hijos no aparecen.» Y se le saltan las lágrimas. De pronto, ve llegar algo volando por los aires. ¿Un aeroplano? No; es nuestra amiga la cigüeña —una nueva amiga que tenemos—; trae en el pico una carta y se la entrega al soberano. La carta dice así:

«Señor rey: Muy señor mío; es inútil que nos busquen, porque estamos «demasiado alto» para que nos alcancen. Pero yo le prometo encontrar a los principitos Saltarina y Golosín. Suyo, Pipo.» Hay una posdata: «Suplico que le den buen pienso a mi caballito Trompetilla, y no se olviden de darle natillas a mi amiguita Cocolín, que le gustan mucho Vale. P.».





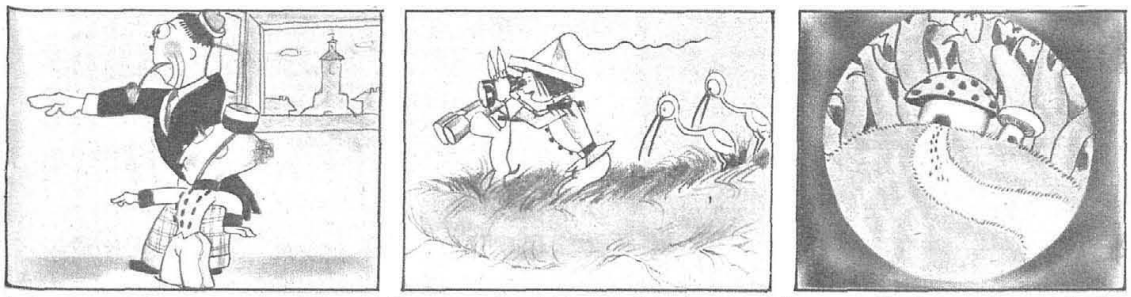
EPISODIO CXLV

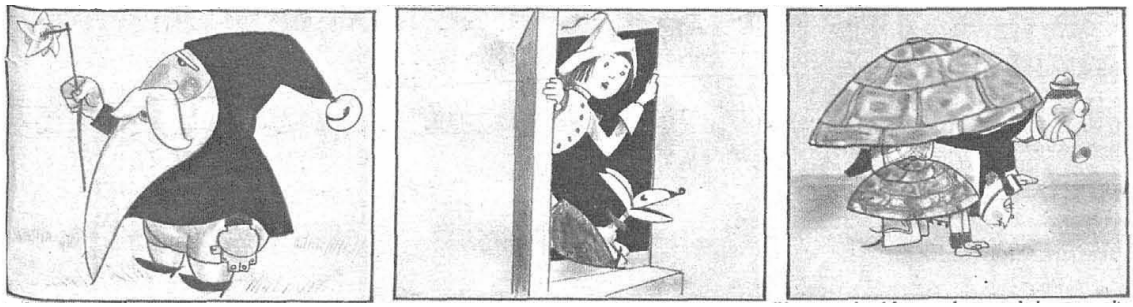
LOS GNOMOS DEL BOSQUE

A pesar de la satisfacción que sienten por haber metido a tanta gente en la cárcel, Garabito y Pelusilla están furiosos porque se les han escapado Pipo y Pipa. Así como así ¡¡les tienen unas ganas!!...: «Por mi pipa de detective, juro que los encontraré» —declara Garabito—. «¡He de encontrarlos; lo juro por mi olfato detectivesco!» —dice Pelusilla, que es el eco fiel de cuanto dice su hermano. Entretanto, en su refugio, nuestro héroe no permanece inactivo; el nido le sirve de observatorio excelente, desde el cual observa cuanto sucede en el país con unos gemelos de larguísimo alcance. De pronto, estos gemelos se detienen en un punto de la llanura. Algo ha visto Pipo que le interesa sobre manera.

Lo que ve Pipo, lo que nosotros vemos ahora también, es un bosquecillo formado de árboles singularísimos, a cuya entrada hay unas casitas que no son sino setas y hongos gigantescos. Saliendo de estas raras casas, entrando en ellas, agitándose en torno a aquellos árboles extraños, va y viene toda una legión de... ¿hormigas? Eso parecen, pero la mirada sagaz de Pipo —con ayuda de los prismáticos, claro— ha discernido que aquellos seres microscópicos no son tales hormigas. «Esto tengo que aclararlo yo» —murmura—. Y decide enviar a Pipa para observar. La cigüeña, que decididamente se ha vuelto una fiel aliada de nuestros héroes, presta a la perrita el aeroplano insuperable de sus propias alas, y ya tenemos a Pipa oculta detrás de un árbol del bosque misterioso. Desde su escondite puede ver que las supuestas hormigas son, en realidad, unos señores chiquirritines vestidos de verde y con luengas barbas blancas. Llevan en la cabeza capuchas con un cascabel en la punta. Pipa, que en su perrita vida ha leído casi tantos cuentos como vosotros, comprende que son gnomos. Sin ser vista se acerca a uno de los hongos=casa, el más grande de todos, mira por una ventanita el interior y ahoga un ladrido de asombro: en el centro hay una urna de cristal y, en esta urna, echados sobre cojines de terciopelo, duermen apaciblemente un niño y una niña. Son el principito, Golosín y la princesita Saltarina. Delante de la urna está, montando la guardia, un gnomo un poquito más alto que los demás, y cuyo cascabel es un poco más grande que los otros; también sus barbas son las más largas: es el jefe de todos. Entre sus manos sostiene, como si llevara un sable o un fusil, un molinillo de papel.

Pipa no espera más; corriendo, mejor dicho volando sobre la buena cigüeña, vuelve al nido a contarle a su amo sus descubrimientos sensacionales. El héroe no se asombra como Pipa y como nosotros (cualquiera le coge a él de sorpresa). Declara simplemente: «Allá voy.» Y jugándose la libertad, hasta la vida, abandona su refugio. Baja de la torre y sale. ¡Menos mal que no le ha visto nadie! Sí; eso se cree él, que en su afán por volar en auxilio de los principitos descuida la propia prudencia. Pero ha sido visto, y nada menos que por los terribles Garabito y Pelusilla, ocultos bajo unos caparazones de tortugas gigantes: ¿Quién sospecha de dos tortugas que salen a dar un paseo?





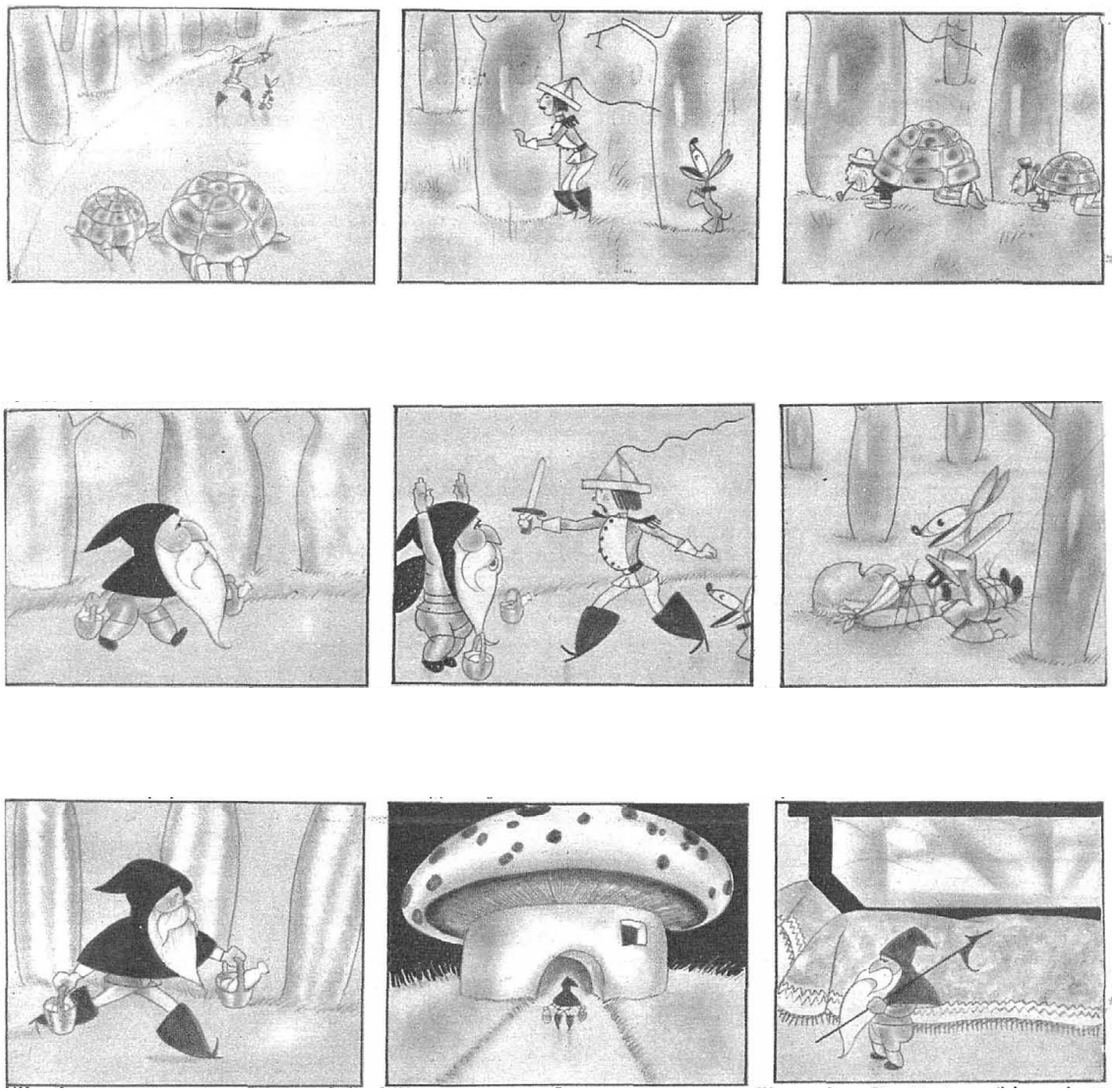
EPISODIO CXLVI

EL FALSO GNOMO

Allá van Pipo y Pipa, pero a prudente distancia, para que no se den cuenta, les siguen dos tortugas. Nosotros sabemos que sus perseguidores son en realidad Garabito y Pelusilla, los terribles detectives que se han disfrazado de tortugas con sendas conchas; y es que esta gente tiene muchas conchas... Bien ajenos al peligro (¡quién pudiera avisarles!) nuestros amigos llegan al fin al grupo de setas fenomenales que ya conocemos y que Pipa conoce también. «Conviene ver quien entra y quien sale» —dice nuestro héroe—. Y para ello se ocultan cada uno detrás de un árbol de aquel bosquecillo singular. Al mismo tiempo que ellos se han detenido también las dos falsas tortugas, y ellas, a su vez, se esconden cuidadosamente detrás de otros árboles, disponiéndose a espiar a nuestros amigos. Pasa un rato, y de pronto suena una vocecita que canturrea una amable cancioncilla: «¡Me casó mi madre, me casó mi madre — chiquitito y bonito, — ¡ay, ay, ay!, — chiquitito y bonito!» El que así se acerca cantando es un hombrecito diminuto que tiene capucha verde, tiene luengas barbas blancas y trae unas cestitas de las que emana un apetitoso olor a hojaldre, fresas y miel. Despreocupado y alegre viene el enanito cuando de pronto se siente agredido y estas palabras terribles suenan en sus oídos: «¡Silencio y manos arriba!» Su imprevisto agresor es nada menos que Pipo que ha visto el momento propicio para obrar con energía y rapidez. «¡Pronto! —ordena al enanito aterrorizado—; entrégame tus cestas y tu capuchón!» Ya en poder de estos objetos, el héroe saca unas tijeras y corta la barba de nieve del hombrecito microscópico, que ahoga un grito de desesperación y murmura: «¡Un gnomo sin barba! ¡Qué vergüenza!»

Convenientemente maniatado y amordazado para que no pueda dar la voz de alarma, queda el enanito bajo la custodia de Pipa que hace centinela, muy orgullosa de llevar al hombro nada menos que la espada de madera, la célebre espada invencible de su glorioso amo. De pronto, los ojillos del gnomo se redondean de estupefacción.

¿Quién es este otro gnomo que se acerca? Se le parece a él como la mitad de un queso de bola se parece a la otra mitad. Más listos que él, nosotros ya hemos comprendido que este nuevo gnomo de capucha verde, barba blanca y cestitas olorosas, es nuestro héroe que se ha disfrazado así para poder descifrar con toda comodidad el misterio de las casas=setas. Bajo su aspecto de gnomo, Pipo se acerca a la más grande de estas casas extrañas, la misma que ya conocemos, y que Pipa conoce también. Con las cestitas, cuyo sabroso contenido está intacto, pues nuestro héroe se ha guardado muy mucho de probarlo (¡ay, si fuera Pipa!), entra Pipo en la casa, y lo que ve es lo que Pipa vio antes que él: la urna de cristal, en la cual el principito Golosín y la princesita Saltarina duermen su sueño encantado. Ante la urna monta la guardia un enanito con capucha verde y barba blanca que acoge a nuestro héroe con muy malos modos: «¡Cuánto has tardado, compañero! ¡Vaya unas horas que tienes de traer la comidita a los prisioneros!»



EPISODIO CXLVII

DON ANTOLÍN, LA SEÑORITA PAQUITA Y EL TÍO CELEDONIO

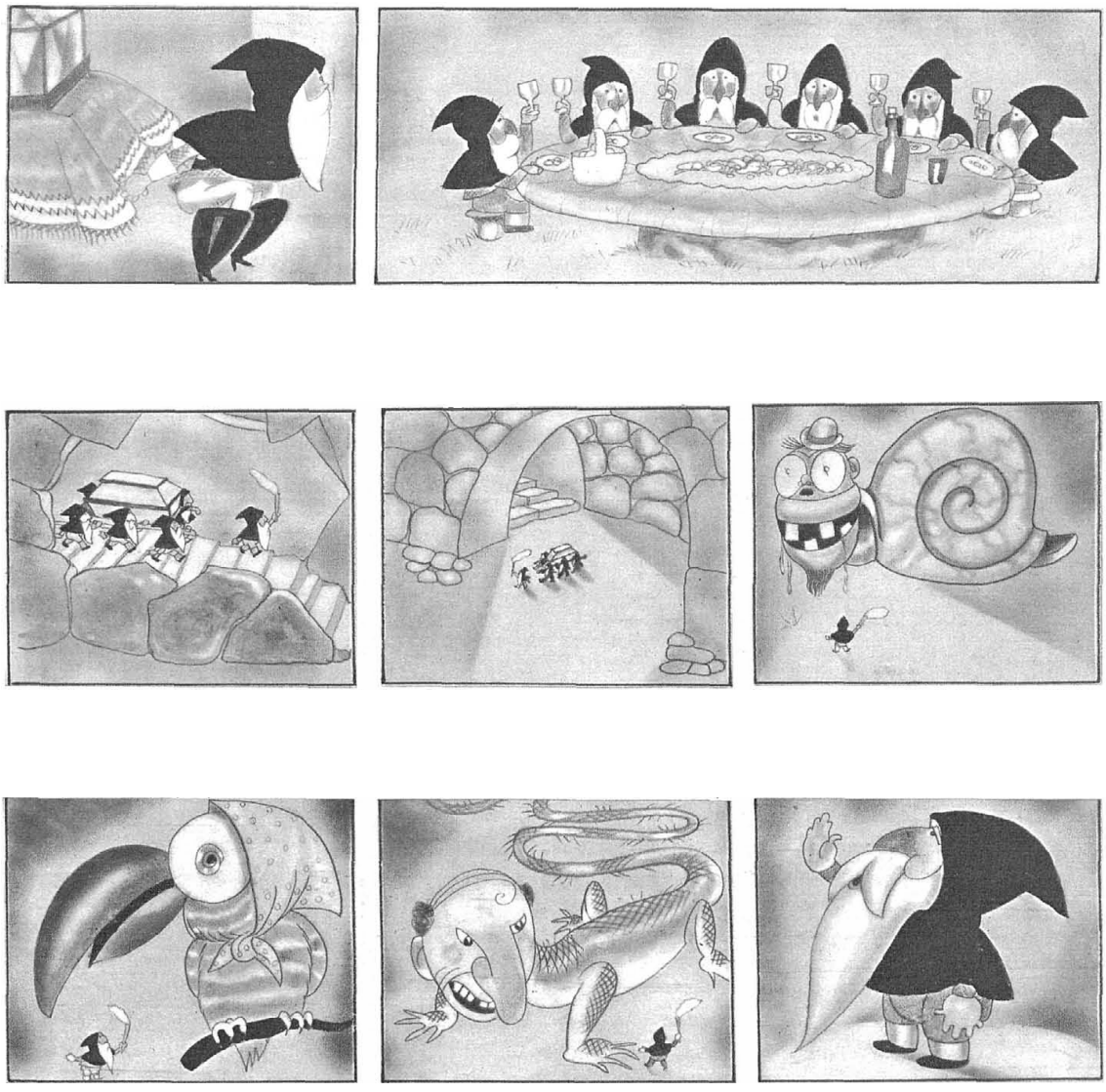
Ya terminó la extraña comidita de los dos príncipes. ¡Y tan extraña! Como que todo el sabroso contenido de la cesta, la miel, las fresas y las tortas de nata, se lo han comido sin abrir los ojos, sin hacer un gesto, sin despertar de su sueño misterioso. «Y ahora, compañero —dice Puf al supuesto gnomo—, quédate, como de costumbre, para custodiar a los prisioneros mientras que los del segundo turno cenamos.» En cuanto se queda solo junto a la urna de cristal, Pipo se dedica a observar lo que ocurre en la estancia contigua, y ve que alrededor de una seta enorme, que les sirve de mesa (¡qué afición a las setas tienen los gnomos; es raro que no lleven sombrero hongo en lugar de capuchones!), media docena de enanitos, todos iguales, comen, beben y charlan animadamente. Están tratando un tema importantísimo: «Compañeros —dice Puf, el jefe—: me he enterado de que nos quieren arrebatar a nuestros prisioneros. Y sería terrible, pues ya sabéis que el Genio del Bosque, que los confió a nuestra custodia, nos castigaría dejándonos sin barba.»

Todos gritan horrorizados: «¡Gnomos sin barba! ¡Qué vergüenza! Hay que ocultar a Golosín y Saltarín donde nadie los encuentre.» Sí, pero ¿dónde? Puesto el asunto a votación, y después de opinar sucesivamente Pik, Pok, Top, Tip, Puf y Paf, resuelven encerrar la urna de cristal en las mismísimas entrañas de la tierra. Y dicho y hecho: la cogen y empiezan a bajar escaleras y más escaleras. Al fin, se detienen en un subterráneo laberíntico, cuyos pasillos recorren hasta llegar a una cueva inmensa, fría, húmeda y tenebrosa, entre cuyos muros de piedra colocan la urna donde los principitos siguen sumidos en su sueño encantado. Ahora se trata de buscar unos guardianes poderosos y formidables. Puf envía emisarios a don Antolín, a la señorita Paquita y al tío Celedonio para que acudan a escape. Don Antolín es un caracol gigante, tan grande, tan grandote, que con él bastaría para hacer una cazuela de caracoles del tamaño de una plaza de toros. A pesar de llevar la casa a cuestas y de ir babeando como un idiota, se apresura a acudir a la llamada de Puf.

La señorita Paquita es una lechuza solterona, más fea que pegar a un padre y más mala que un dolor de muelas. Al revés de lo que les sucede a muchos niños —que ya sabéis que cuando son malos se quedan pequeñitos—, a ella la maldad no le ha impedido crecer y es más grande que Primo Carnera. Como es muy presumida, se ha puesto su pañuelo de seda de los domingos.

Por fin, llega también el tío Celedonio, que es un lagarto. ¡Pero qué lagarto, amigos míos! Un lagarto de lo más largo que puede suponerse, no solamente porque es muy listo, sino, además, por sus dimensiones, ya que desde la cabeza hasta la cola mide nada menos que setenta y cinco metros, pero no metros sencillos, sino metros de los que tienen cuatro vagones.

Cuando se hallan reunidos aquellos tres fenómenos, Puf les dice: «Os he mandado llamar, hijos míos, para encomendaros un servicio importantísimo de parte del Genio del Bosque, nuestro amo.» Al oír este nombre temido, los tres inclinan, en muestra de respeto y acatamiento, quién la cabeza, quién la cola, quién el pico.

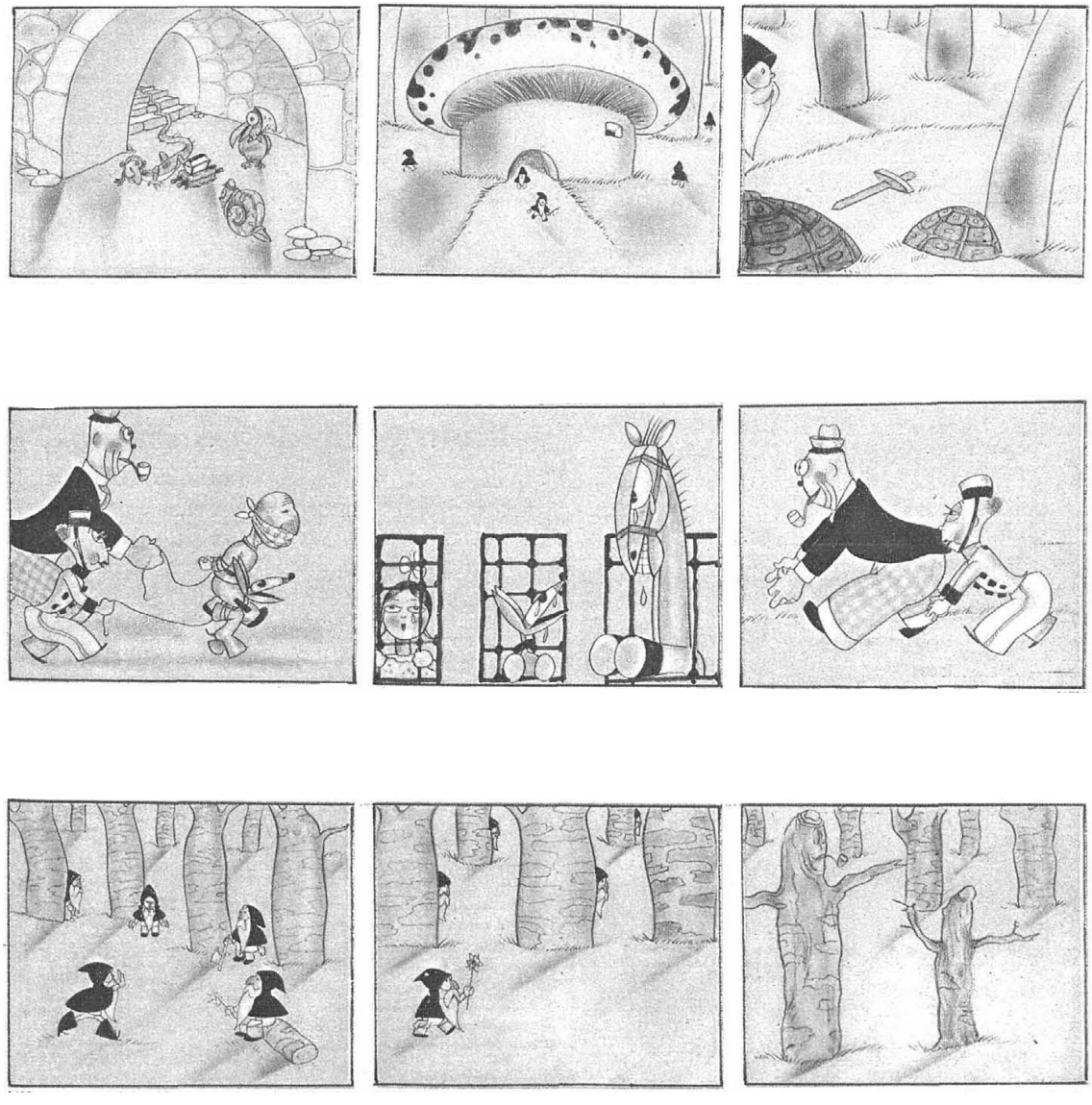


EPISODIO CXLVIII

EL MOLINILLO MÁGICO

Allá en las tenebrosas profundidades de la tierra queda la urna de cristal que contiene a los dos principitos, durmiendo su sueño encantado. Guardada está por la lechuza gigante señorita Paquita, el lagarto descomunal don Celedonio y el señor Antolín, caracol colosal. Ya seguros de que nadie puede intentar arrebatarles sus dos prisioneros, los enanitos vuelven a la superficie de la tierra y se dedican a sus quehaceres habituales; unos hacen champaña con gotitas de rocío, otros tejen encajes con hojas de árboles «caladas» o fabrican zapatos con bellotas, bombones con miel y tejidos de seda con pétalos de rosas silvestres. Hay uno, sin embargo, que se aparta de sus compañeros y se dirige hacia la entrada del bosque; este gnomo solitario es, como habréis adivinado, nuestro gran Pipo que vuelve en busca de su fiel perrita para que le ayude a libertar a los principitos. Pero, ¡oh, sorpresa!, ¡oh, dolor! Pipa ya no está allí. En su lugar sólo quedan una espada de madera (la invencible espada que Pipo le confió) y dos enormes caparazones de tortuga. ¿Qué habrá ocurrido? Sencillamente que los terribles detectives Garabito y Pelusilla, tan pronto como vieron sola a la perrita con su prisionero salieron de su escondite, se abalanzaron sobre ellos, los amordazaron (a tan famosa heroína no se le iba a poner un bozal) y se los llevaron a la cárcel, donde los encerraron. La pobre perrita fue a dar con sus huesos de serrín en la misma celda en que estaban la gentil Cocolín y el brioso Trompetilla. ¡Qué dolor el de los tres amigos al verse reunidos en tan horrible lugar! Mientras tanto, los dos detectives se alejan frotándose las manos con júbilo. ¡Buena faena la suya! Y se vuelven corriendo hacia el bosque en busca de Pipo, que es el único habitante que queda por prender. Tan pronto como le detengan, estará todo el mundo en la cárcel, con lo cual podrán tener la certeza de que el criminal no está en libertad. Pero sí, sí. ¡A nuestro gran Pipo se le podrá coger desprevenido una vez, pero lo que es dos!… Mucho antes de que Garabito y Pelusilla se acerquen ya está él esperándolos. Tan pronto como los vislumbra en lontananza, se interna en el bosque dando voces angustiosas: «¡Alerta, compañeros! ¡Acudid todos! Hacia acá se encaminan dos hombres que nos quieren arrebatar nuestros cautivos.» «¡Eso no será! —gritan todos furiosos—. ¡Lucharemos hasta la muerte!» «¡No es preciso! —declara Puf, el jefe—; ya sabéis que somos invencibles gracias a mi talismán, que convierte en árbol a quien toca.» «¡Es verdad, es verdad!» —aprueban tranquilizados—. Entonces se ocultan detrás de los árboles, y a coro murmuran las palabras mágicas: «Molinito, nito, el viento suspira. Molinito, nito, gira, gira, gira.» Y el molinillo de papel empieza a girar vertiginosamente.

En este instante se acercan Garabito y Pelusilla; rápido. Puf avanza y los toca con el molinillo; no les da tiempo ni a lanzar un grito; ya sus brazos se convierten en ramas, su carne se endurece como madera, sus ropas se vuelven rugosa corteza... Los dos terribles detectives han quedado metamorfoseados en árboles. Y estos árboles son, naturalmente, dos alcornoques.



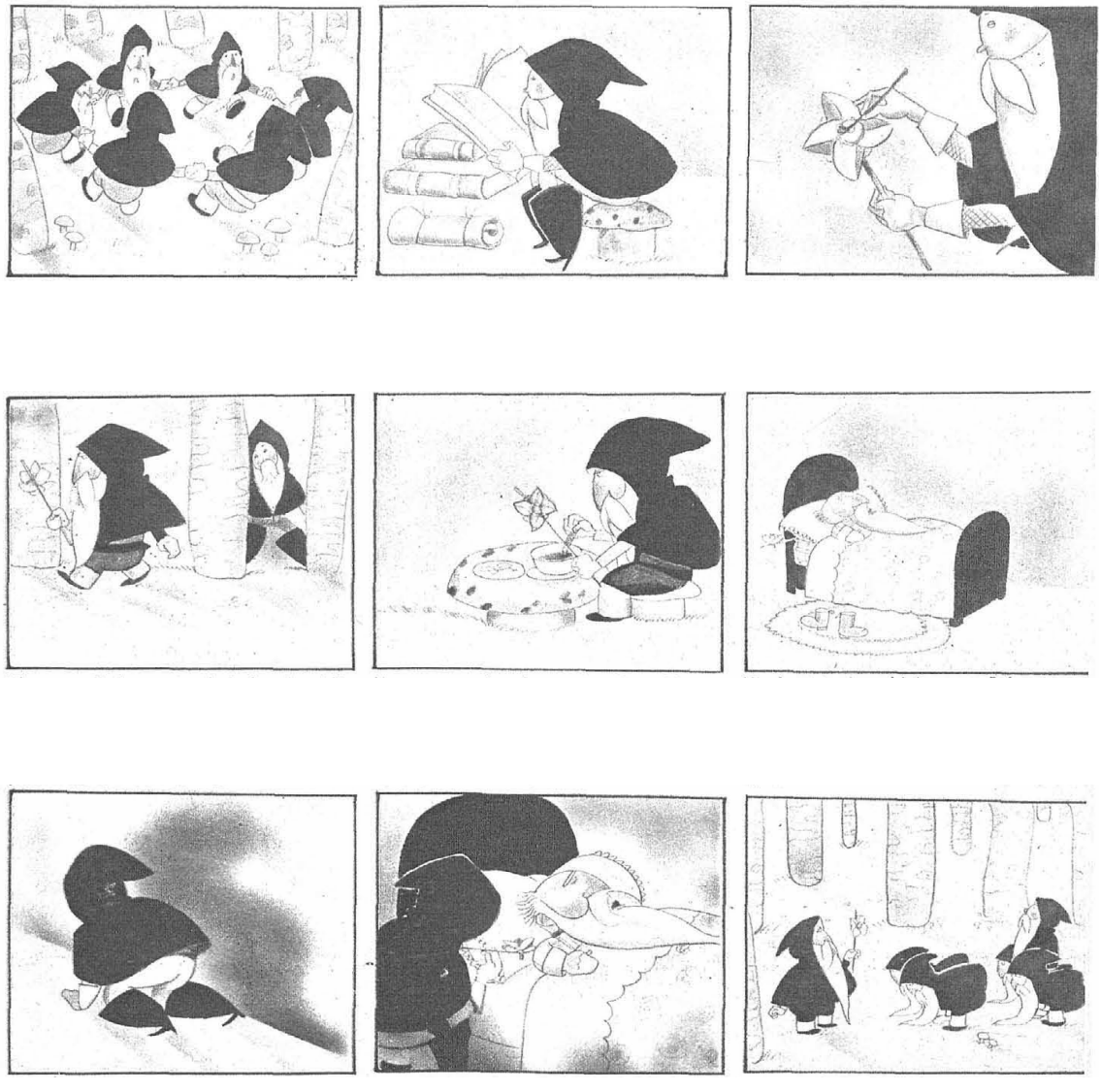
EPISODIO CXLIX

LOS DOS MOLINILLOS

«¡Ya estamos libres de los intrusos que querían robarnos los prisioneros!» —gritan los gnomos con júbilo—. Y encantados de la facilidad con que han convertido a Garabito y Pelusilla en alcornoques, se cogen las manos y juegan al corro cantando su pequeño himno nacional que dice así: «Cinco enanitos tiene la loba, — cinco que cinco detrás de una escoba.»

Pero hay un gnomo (a qué nombrarlo, ya le habréis reconocido) que no comparte los juegos de sus compañeros; se dedica a registrar las casitas=setas, y encuentra así algo muy interesante: un libro. Pero no es un tomito gracioso y atractivo con bellas estampas en colores como ésos de las «Maravillosas aventuras de Pipo y Pipa», que tanto os gustan. No; éste es un grueso, viejo, pesado y polvoriento librote que se llama «El secreto de los gnomos». Y leyéndolo, Pipo averigua que el tal secreto no es otro que el famoso molinillo de papel de Puf, el jefe. Esto ya lo sabíamos nosotros. Lo que no sabíamos es la manera como se utiliza para encantar y desencantar a las personas; nuestro héroe lo estudia y aprende de memoria todas las fórmulas cabalísticas del libro, con la misma aplicación con que vosotros estudiáis los nombres de los reyes godos y la tabla de multiplicar. Luego fabrica con caña, alambre y papelitos de colores otro molinillo idéntico al mágico (idéntico en apariencia), y se dedica a seguirle los pasos a Puf, el poseedor del verdadero talismán, para acechar el momento más propicio para arrebatarle el molinillo mágico y sustituirlo por el de su propia fabricación. Dificilillo de ejecutar se presenta este plan ingenioso; pues Puf no se separa de su molinillo mágico ni aun para desayunarse. Claro que esto de tener un molinillo para el chocolate resulta, después de todo, bastante natural.

Las únicas horas del día en que Puf no tiene su molinillo en la mano son... las de la noche, en que no tiene más remedio que soltarlo para dormir. Pero entonces lo guarda cuidadosamente debajo de la almohada. ¡Qué peligroso es quitárselo ahora! ¡Con lo fino que tienen los gnomos el oído! Como que ellos son los que oyen crecer la hierba del bosque. Si despierta Puf, Pipo quedará convertido en árbol; pero el héroe no vacila en jugarse el todo por el todo. Con las precauciones que podéis suponer, pisando como un gato, se acerca al lecho del gnomo dormido, alarga una mano... ¡Ah!, ¡ya toca el molinillo! ¡Ya lo ha cogido! ¡Ahora si se despertara Puf el que quedaría convertido en árbol no sería ya nuestro amigo! Pero Puf no se ha despertado y Pipo puede, con toda tranquilidad, deslizar bajo la almohada del durmiente el otro molinillo que trae, el falso talismán, y retirarse como ha venido. Pocas horas después amanece. Como todas las mañanas, los gnomos acuden a presentar sus respetos al jefe poderoso. Ante él todos se inclinan siete veces diciendo: «Buenos días, jefe amado. ¿Qué tal hemos descansado?» Pero no; todos no se inclinan; hay uno que permanece muy tieso; más aún: sonríe con desdén. «¡Insolente! —ruge Puf, furioso por esta falta de respeto—; voy a castigarte como te mereces.» Lejos de asustarse el gnomo audaz, ríe: «Je, je, je.»



EPISODIO CL

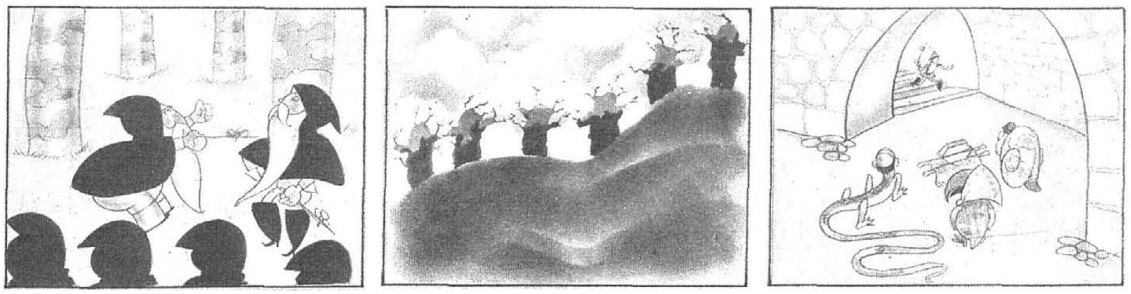
EL DESPERTAR DE LOS PRÍNCIPES

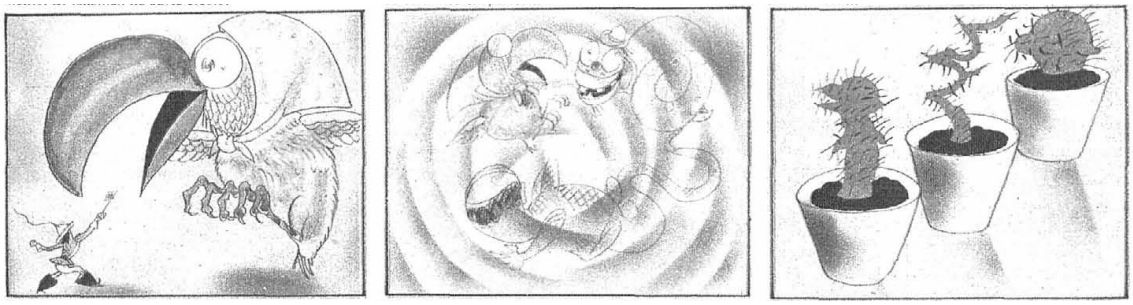
«¡Insolente! —ruge Puf—; voy a castigar tu descaro como se merece.» Y con terrible voz de enano enfadadísimo pronuncia las palabras fatales: «Molinito, nito, el viento suspira. Molinito, nito, gira, gira, gira», y su talismán toca al supuesto gnomo rebelde. Entonces pasa algo extraordinario; pasa... que no pasa nada, sencillamente. El talismán no surte efecto.

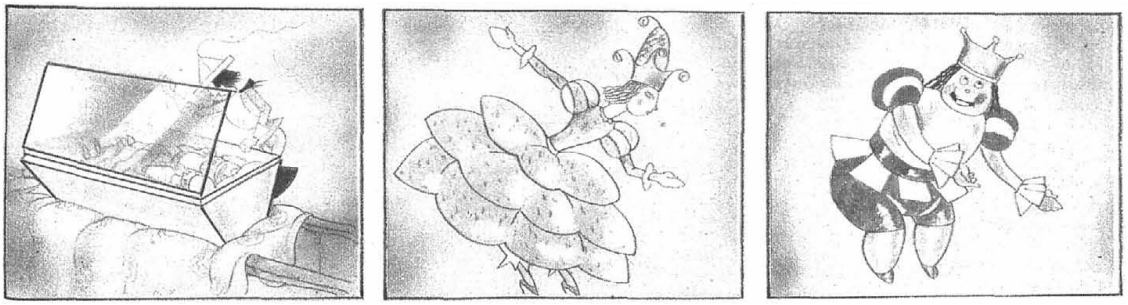
Ante el estupor de los gnomos, el «insolente» lanza una carcajada de desdén y, rápido como una centella, saca él también un molinillo de papel; lanza con voz vibrante su «Molinito, nito...», y a su vez toca a Puf. Todos los gnomos se precipitan para sujetarle; pero uno a uno los va tocando y todos quedan convertidos en otros tantos chaparros, pues es muy natural que los enanitos se vuelvan árboles enanos también. «Qué cómodo sería este molinillo en España —murmura nuestro héroe—; libertaría el país de muchos señores que le sobran y cubriría el suelo de muchos árboles que le faltan.» Sin perder más tiempo en filosofías, se quita barbas y capucha, y otra vez con su aspecto de Pipo, desciende a las entrañas de la Tierra blandiendo, en lugar de su invencible espada de madera, su molinillo mágico de papel multicolor. Media hora lleva bajando escaleras cuando oye un graznido espantoso; es la señorita Paquita, la lechuza solterona, que sale al encuentro de nuestro héroe, gritando: «¿Quién va?»

«¡Tu perdición!» —contesta el héroe—. Al ruido acuden don Antolín, el caracol gigante y el tío Celedonio, el lagarto fenomenal. «Molinito, nito, gira, gira, gira.» ¡Vaya si gira el molinito mágico! Y a su compás giran también vertiginosamente los tres monstruos, y cuando cesan de girar ya no son ellos; ya están transformados, pero no en árboles —nobles y bienhechores al fin—, sino en plantas de ésas llenas de espinas, de ésas que no dan ni flor ni olor, y pinchan y arañan a todo el que las toca: se han vuelto «cactus»; en fin, y de este modo, aun después de encantados, podrán seguir haciendo daño. ¡Ya está el camino libre de obstáculos! Ya no existen los tres feroces guardianes de los principitos, ni los peligrosos enanitos, ni los estúpidos detectives Garabito y Pelusilla. Ya tranquilo, Pipo penetra en la cueva, levanta la tapa de la urna de cristal, donde los prisioneros duermen su sueño maravilloso, y pronuncia la fórmula de desencantamiento que aprendió en el libro de brujerías de los gnomos, y que dice así: «Por orden de Teopiste, —volverás a ser lo que antes fuiste.»

Apenas ha pronunciado Pipo la fórmula mágica, cuando los dos principitos despiertan, Saltarina es la primera en abrir los ojos, pero en lugar de preguntar donde estoy o estoy muy despeinada, como cualquier otra señoritita, se apresura a saltar de la urna al suelo gritando alegremente: «¡Pronto, una comba!» En cuanto a Golosín, ni siquiera pierde el tiempo en bostezar y desperezarse, según suelen hacer los niños bien educados cuando no les ve nadie, sino que abriendo antes la boca que los ojos exclama: «¿Hay por aquí una pastelería? ¡Que me traigan bombones de chocolate con crema y una fuente muy grande de natillas!» No cabe duda; sus pequeñas altezas han vuelto a su estado natural.







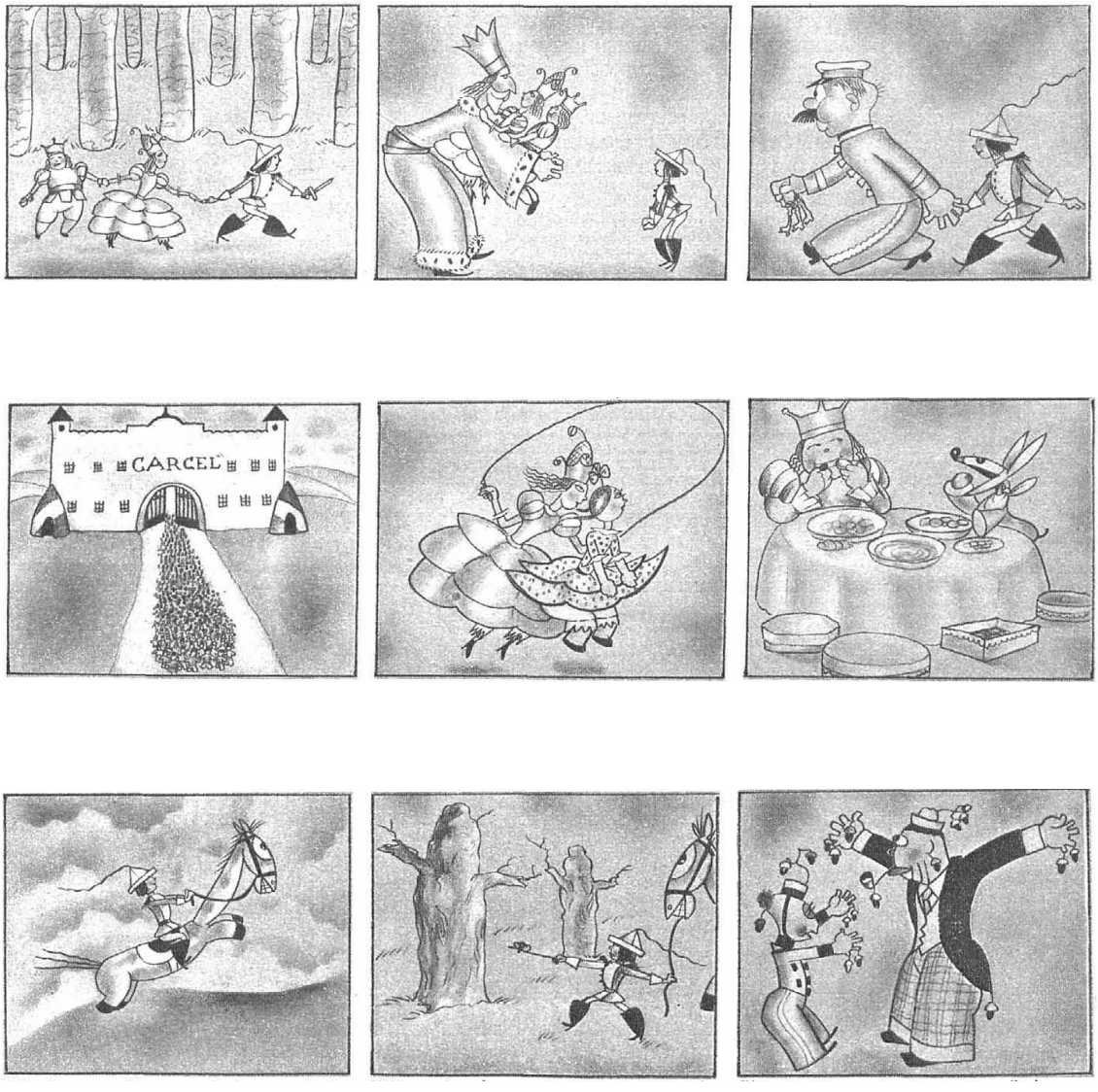
EPISODIO CLI

GARABITO Y PELUSILLA DAN BELLOTAS

Ya están desencantados (no quiero decir que estén desilusionados, sino que están libres de su encantamiento) los dos gentiles principitos y ya pueden huir de aquellos lugares fatales con su salvador, nuestro gran Pipo; se van corriendo para poder abrazar a su papá, y no porque teman ser perseguidos, que allí ya sólo quedan árboles.

¡Gran alegría la del rey al recuperar a sus hijitos sanos y salvos! Los abrazos se repiten sin fin y todo el mundo llora de emoción. Luego el soberano dice a Pipo: «Me has devuelto mis hijos, héroe incomparable; pídeme lo que quieras y yo te lo daré en recompensa por esta nueva hazaña.» Pero nuestro amigo, siempre desinteresado y noble, contesta: «Señor: sólo pido que devolváis la libertad a mis compañeros Pipa, Cocolín y Trompetilla, y con ellos a todos los inocentes que están encarcelados por la torpeza de los detectives Garabito y Pelusilla.» En el acto el rey firma la orden de libertad y allá va nuestro amigo a la cárcel, en compañía del carcelero mayor del país, que lleva un llavero enorme con llaves innumerables. Todas y muchas más hacen falta para abrir las puertas de tantos calabozos, de los cuales sale una multitud inmensa, vitoreando y aplaudiendo a su libertador, nuestro Pipo. Los primeros en salir son, naturalmente, los compañeros del héroe; Pipa y Cocolín le abrazan con efusión, felicitándole por su nuevo triunfo, mientras que Trompetilla mueve la cola como hacen los perritos cuando encuentran a su amo querido. Y ahora, los cuatro se van a palacio, donde los han convidado a pasar una temporada. En seguida Cocolín y Saltarina se hacen muy amigas, y la princesa invita a nuestra gentil amiguita a saltar a la comba, en la cual una y otra muestran sus habilidades en unos «tocinos» que merecerían ser «de cielo» y servidos en el banquete con que el principito Golosín obsequia a Pipa en quien ha adivinado una compañera en golosinas. ¡Menudo festín! Natillas, yemas, pasteles, tartas de Chantilly, bombones de chocolate, torrijas y mermeladas se suceden sin interrupción, y con sólo enumerar tantas cosas ricas se nos hace la boca... crema.

En cuanto a Pipo, no pierde el tiempo ni en jugar ni en comer. Magnánimo, como lo son todos los verdaderos héroes, ya ha perdonado a los insoportables Garabito y Pelusilla lo mucho que le han hecho padecer, y está deseando levantarles el castigo. Con su molinillo mágico en la mano se vuelve al bosque encantado, busca entre todos los árboles dos «alcornoques» que ya conocemos y los toca con el talismán, pronunciando la fórmula de desencantamiento que aprendió en el libro de brujerías titulado «El Secreto de los Gnomos», y que dice así: «Molinito, nito, del bien y del mal, — devuelve a este árbol su forma natural.» Y apenas ha realizado esta operación de magia cuando los dos árboles empiezan a agitarse y se opera en ellos la transformación que podéis suponer: las ramas se vuelven brazos; el tronco, cuerpo humano, y ya reaparecen ante nosotros los dos detectives Garabito y Pelusilla. Esto ya nos lo esperábamos, ¿verdad? Nuestro héroe también; pero lo que a todos nos sorprende es el prodigio de que estos dos señores críen bellotas por todas partes.

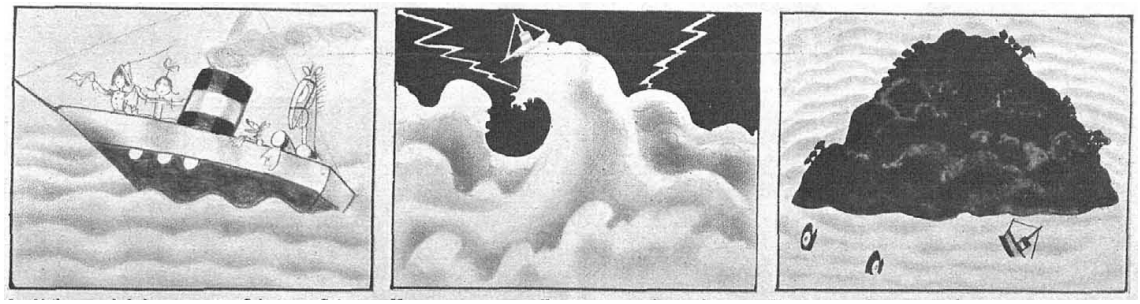

CARCEL

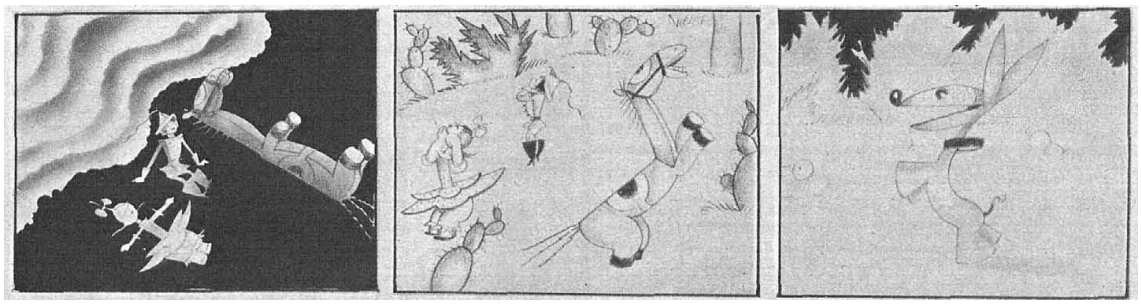
EPISODIO CLII

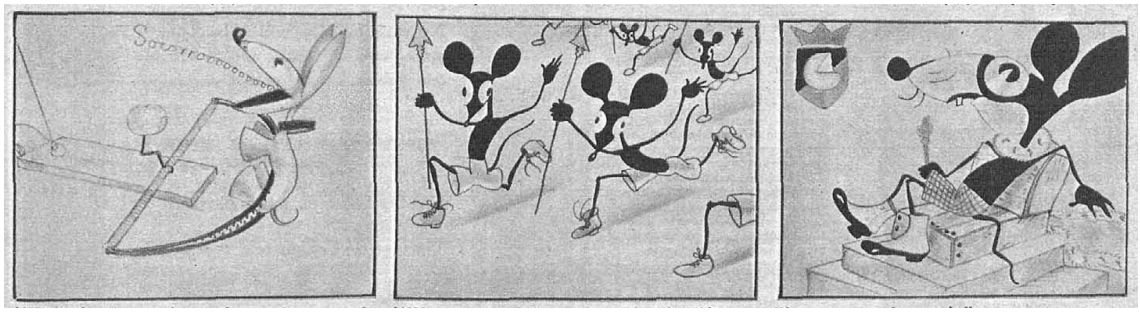
PIPA EN EL CEPO

Ya han quedado los principitos Saltarina y Golosín en brazos de su feliz papá, todos los inocentes en libertad y los muy tontos retontos de Garabito y Pelusilla desencantados (y desencantados todos de su talento detectivesco); realizadas tantas y tan grandes hazañas, Pipo, vitoreado con entusiasmo por todo el mundo, embarca con sus compañeros para regresar a España. Pero, ¡ay!, que al tercer día de travesía se desencadena una tempestad horrorosa en la noche; noche trágica, noche fatal, los truenos retumban, el viento muge, los relámpagos refulgen, las olas se encrespan y Pipa ladra asustadísima. Motivos hay para ello, pues el barco es juguete de las olas, y al fin, ¡horror!, se hunde. Nuestros héroes caen al agua y pierden el conocimiento. Pero el barco se había hundido al tropezar contra una isla que las tinieblas ocultaban a los pasajeros y a cuya orilla el mar los ha arrojado. Ya se calma la tempestad, se disipa la obscuridad de la noche, tranquila está la mar, y el sol naciente ilumina tres cuerpos inanimados tendidos sobre la arena de una playa.

Sí; tres cuerpos nada más, porque sólo están Pipo, Cocolín y Trompetilla. ¿Y Pipa? ¡Ay!, lo mismo que vosotros he exclamado yo. ¿Y Pipa? Y ésta es también la pregunta angustiada que sale de los labios de Cocolín en cuanto nuestra gentil amiguita abre los ojos. Y el héroe, que lleva ya un momento despierto, contesta tristemente: «Mucho me temo, ¡ay!, que la pobre perrita se haya ahogado, pues no la veo por ninguna parte.» Con el corazón traspasado de pena, los tres se dedican a buscar a su desdichada compañerita llamándola a gritos: «¡Pipa! ¡Pipaa! ¡Pipaaa!» Nada. Pipa no contesta ni aparece, ¿Se habrá efectivamente ahogado nuestra simpática perrita? Tranquilicémonos. Lo que había sucedido era grave, ciertamente, pero no tanto. Veréis Pipa fue arrojada sobre la playa con sus compañeros, pero ella recobró el sentido antes que los demás, y claro, el sentido que recobró fue el del apetito «¡Qué hambre tengo! —murmuró al abrir los ojos—; a ver si encuentro por ahí algo comestible.» De puntillas, para no despertar a los durmientes, se alejó, y a los pocos pasos descubrió en el suelo algo que hizo saltar de alegría su corazón de perrita tragona: era una manzana. ¡Pero qué manzana! Enorme, dorada, roja, brillante, debía de saber a gloria. Ante aquella manzana Pipa se sintió, si no hija, en todo caso sobrina de Eva; alargó el hociquillo, y... en el instante preciso en que tocó la apetitosa fruta sintió que el suelo se abría bajo sus patas y que un horrible cepo la apresaba entre agudos dientes de hierro. Entonces sonó un timbre de alarma al que contestaron mil silbidos, y de todas partes la desventurada vio aparecer y acudir un extraño ejército de ratones armados de lanzas que se precipitaron sobre ella, la sacaron del cepo, la patiataron, y en esta forma se la llevaron a un extraño palacio, donde un ratón con unos hermosos bigotes tronaba bajo un escudo cuyas armas representaban un queso de bola empezado. Aquel ratón era su majestad Roequeso XXV, rey de Ratonia, que tal es el nombre de la isla donde la casualidad o el azar de la tormenta había arrojado a nuestros héroes.







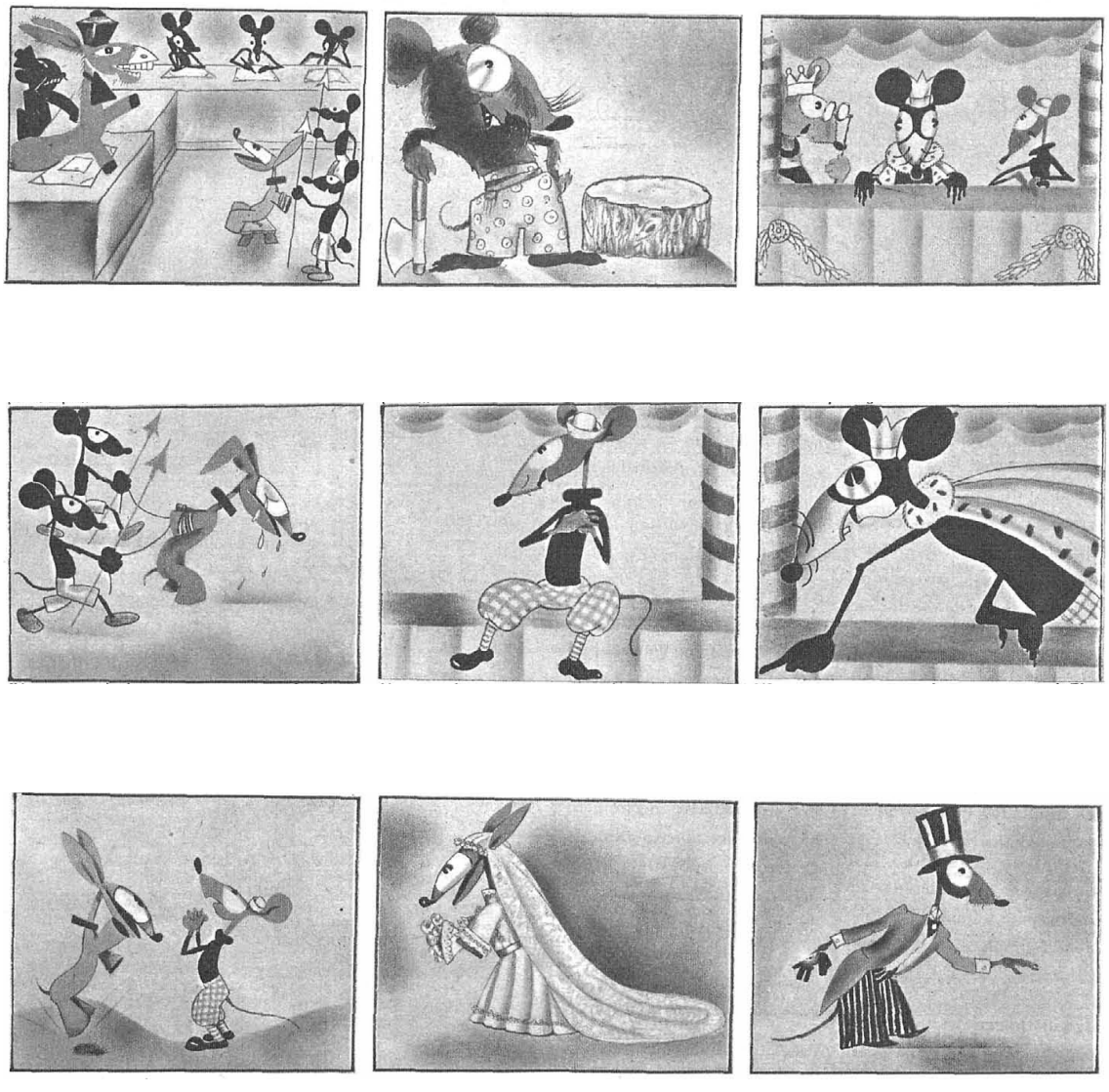
EPISODIO CLIII

¡PIPA SE VA A CASAR!

«¡Que se la lleve ante los tribunales y que sea juzgada según merece su osadía!», ha ordenado el rey Roequeso. Ya sabe el terrible monarca que la sentencia ha de ser implacable, pues las leyes de Ratonia castigan con máxima severidad al forastero que pisa el territorio nacional sin un permiso especialísimo. Y como nuestra pobre Pipa se halla precisamente en este grave caso, la sentencia del señor juez ha sido espantosa: Pipa es condenada a la pena capital, que consiste en tener las orejas cortadas. En el acto se prepara todo para la ejecución de la terrible sentencia. Ya el verdugo, que es una rata de ésas de agua, enormes, feas y peludas que causan espanto, ha afilado su hacha fatal. Entretanto se levantan tribunas para que la corte pueda presenciar el espectáculo. En la mejor tribuna, magníficamente engalanada, toman asiento la familia real, que se compone del rey Roequeso, la reina Ratonilda y el príncipe heredero su alteza Roedorcete, un joven muy culto y estudioso al que le gustan tanto los libros que todas las mañanas se come media docena de esos antiguos, de pergamino, mojados en el chocolate. El gran maestro de ceremonias hace la seña fatal y entra la desventurada «rea», fuertemente patiatada y conducida por dos guardias armados hasta los bigotes. Nuestra pobre amiguita viene llorando lágrimas amargas y está así tan conmovedora que en el instante en que va a colocar su simpática cabecita en el tajo fatal, se oye un grito de admiración: «¡Ah! ¡Cuan linda es!» Es el príncipe Roedorcete que se enamora fulminantemente de la perrita. Tan enamorado está el príncipe que cayendo a las augustas patas del soberano suplica: «¡Padre y muy señor mío! ¡Permite que me case con esta hermosa extranjera!» El escándalo en la corte es mayúsculo. La reina Ratonilda se desmaya y su esposo está a punto de tener un ataque de apoplejía. Pero este monarca, decididamente, antes que rey y aun antes que ratón es todo un padrazo. Conmovido por la pasión de su hijo, contesta: «¡Sea!; la perdono y que seáis muy felices.»

Al oír esto, Pipa protesta furiosa: «¡Yo que he de ser feliz con ese bicho raro! ¡Que no me caso con él, ea!» Pero su alteza se precipita hacia ella y cayendo de rodillas y a sus pies exclama: «¡Arráncame el corazón, o ámame porque te adoro!» Y para vencer la resistencia de la perrita, el rey tiene un argumento menos sentimental, pero más decisivo: «O te casas con mi hijo o te cortan las orejas. Elige » Y Pipa, ¿cómo no? elige la boda. Al punto la ceremonia de la ejecución se convierte en una ceremonia de himeneo. Diez ratitas se apresuran a vestir a la novia con traje de raso blanco y velo de tul que permite admirar las orejas que acaba de salvar la perrita hace unos instantes.

El novio, con chaqué y chistera de cuarenta reflejos, no desmerece en cuanto a elegancia. Y ya los cocineros de palacio preparan un festín suculento, compuesto de más de quinientas clases de quesos diferentes; de postre se servirán libros, muchos libros, puesto que tal es el manjar predilecto del príncipe, y además porque así no faltarán las pastas.



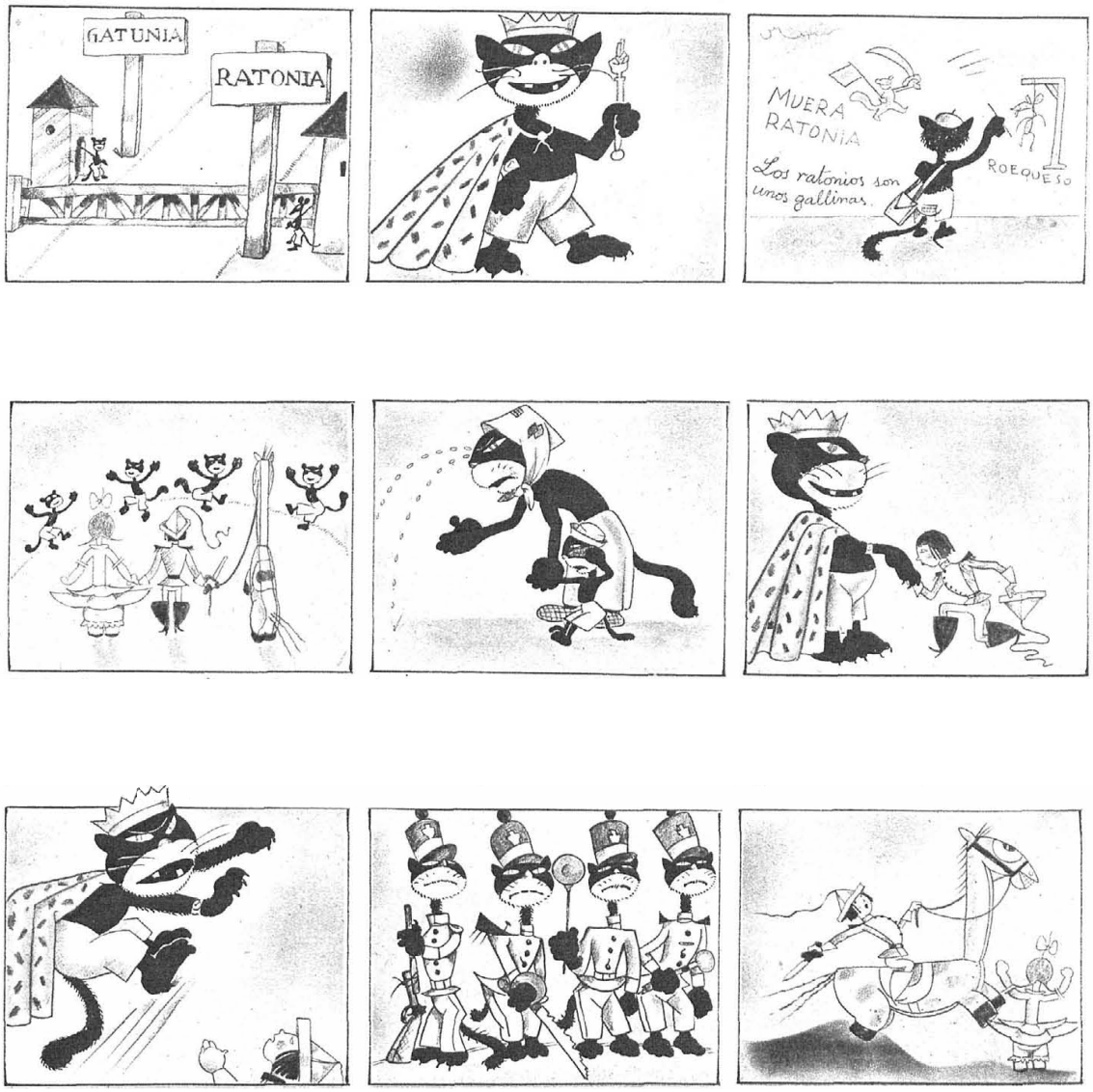
EPISODIO CLIV

RATONIA Y GATUNIA

Abandonemos por un momento a la infeliz Pipa, ataviada con sus galas nupciales, y volvamos a Pipo que, en compañía de Cocolín y Trompetilla, dejamos en la playa buscando en vano a la perrita desaparecida. Habéis de saber que la isla a la cual la tormenta había arrojado a nuestros náufragos se dividía en dos países: uno, Ratonia; el otro, Gatunia.

Ratonia ya la conocemos. Gatunia tiene un rey que se llama Micifut XV, y fue elevado al trono por tener los bigotes más largos y más tiesos del país. A pesar de sus terribles mostachos erizados, su majestad Micifut es un soberano simpático y jovial; y lo mismo le ocurre a todos los demás gatunos, que estarían siempre contentos si no les amargase la vida la rivalidad con sus vecinos los ratonios. De este odio que divide a los dos pueblos, son buena muestra todas las paredes de Gatunia, donde los chicos, al salir de clase, en lugar de escribir cosas corrientes y naturales como, por ejemplo, «Votad a Lepe, Lepijo y su hijo» o «Viva el analfabetismo», prefieren manifestar su odio a Ratonia, a sus habitantes y a su rey.

Pues bien, mientras que la pobre Pipa tenía la desgracia de caer entre las patas ratonias, sus compañeros, buscándola en sentido contrario al lugar en que había sido apresada, tenían en cambio la suerte de caer entre las patas gatunas. Y digo la suerte, porque jamás forastero logró mejor recibimiento. Todo el mundo, al verlos, baila, canta y les ofrece sabrosa cordilla en leche, que es el plato nacional. Pero Pipo, que está triste pensando en su perrita, ve a una pobre vieja gatuna que, con su hijito al lado, llora y pide la limosna de una pelotita de papel, que es la moneda del país. «¿Qué os sucede, buena mujer?» —pregunta el héroe, compasivo—. «¡Ay!, noble caballero —contesta la infeliz—; estoy pobre y sola porque a mi esposo lo han apresado los ratonios en un cepo de ésos que ellos usan.» «¿Qué cepos son ésos?» «Pues unos cepos que disimulan con hermosas frutas de trapo; así, hace poco, apresaron también a cierta perrita extranjera que...» Pero el héroe ya no la escucha. «¡Esa perrita debe ser Pipa!» —grita—. Y pide audiencia a su majestad Micifut que le recibe en el acto y le pregunta: «¿Qué deseas, ilustre Pipo?» «Señor —contesta el héroe—: deseo que Gatunia declare inmediatamente la guerra a Ratonia, para libertar a todos los prisioneros que tienen los ratonios en su poder.» «¡Mil rayos! —ruge el rey pegando un bote—; ¿qué más quisiera yo?, pero cuando veas mis ejércitos comprenderás que no estamos preparados para la lucha.» En efecto, los ejércitos de Gatunia se componen de cuatro gatos armados de una manera bastante deficiente: uno tiene un fusil cuyo cañón está atado con una cuerda; el segundo un sable, tan mellado, que parece una sierra; el tercero enarbola fieramente una badila como arma de fuego, y el cuarto se contenta con un puño de bastón. Pero Pipo sabe que su valor, su inteligencia y su invencible espada de madera valen por muchos ejércitos formidables. «No importa; ponedme, señor, al frente de vuestras tropas y os prometo vencer a los ratonios.» El rey acepta con entusiasmo, y Pipo, montado en Trompetilla, se despide de Cocolín y emprende la marcha hacia Ratonia.


GATUNIA
RATONIA
MUERA RATONIA
Los ratonios son unos gallinas.
ROEQUESO

EPISODIO CLV

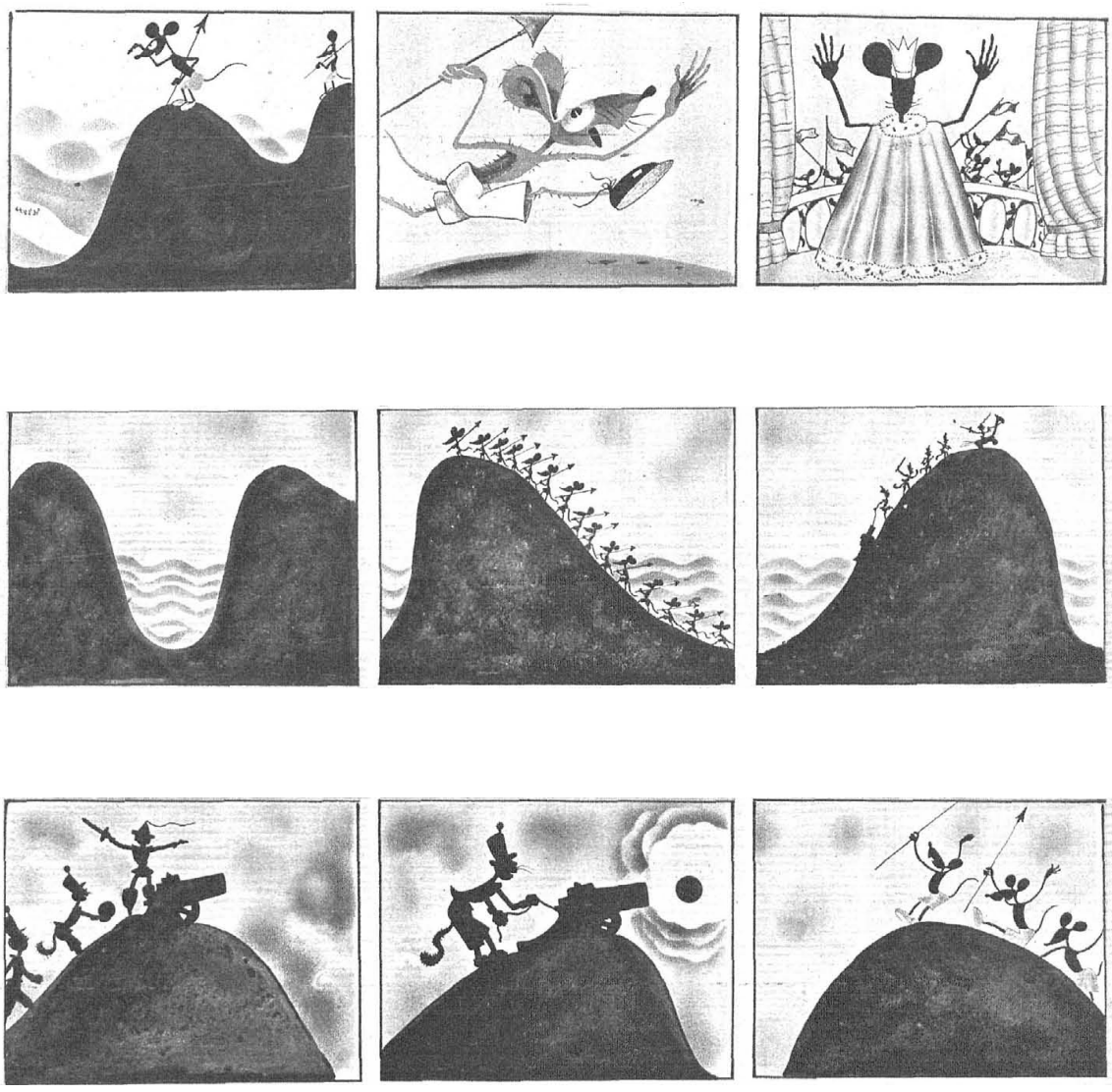
LA GRAN GUERRA GATO-RATONIA

Mostachete Erizado, el centinela ratonio, está en su puesto, en lo alto del Cerro de los Dientes Agudos, que domina toda la isla; desde aquella altura escruta el horizonte, cuando, de pronto, se sobresalta; allá, en lontananza, algo sospechoso avanza. Alarmado, el amigo Mostachete llama a sus compañeros, que acuden presurosos.

¡Cielos! ¡No cabe duda! Aquello es un ejército, es el enemigo, son los gatunos odiados. Hay que dar la voz de alarma. ¡Hay que avisar a todo el país! ¡El ataque es inminente! Rodando, más que corriendo, los soldados ratonios descienden del cerro y llegan a la capital dando gritos: "¡Que vienen los gatunos!" Es el instante preciso en que se va a efectuar el matrimonial enlace del príncipe con nuestra amiga Pipa. La irrupción y los gritos de los soldados produce un pánico indescriptible entre los invitados, y, sobre todo, les sume en la desesperación de ver interrumpida la ceremonia, y, por lo tanto, el festín. Pero su majestad Roequeso es todo un héroe y todo un orador. Y arenga briosamente al pueblo.

"¡Ratonios valerosos —dice—: hay que hacer frente al peligro, hay que dar la batalla, hay que vencer al enemigo! ¡A luchar por nuestro escudo! ¡Queso de bola y cierra Ratonia!" Estas magníficas palabras producen un efecto mágico, y el ejército, electrizado, corre en tropel al Cerro de los Dientes Agudos, que sirve a Ratonia de campo de batalla habitual, porque está situado frente al Cerro de las Patas de Terciopelo, que es el campo de batalla de los gatunos. Son muchísimos estos soldados ratonios, y cuando ya se hallan todos en perfecto orden, formados en su campo de batalla, sueltan una carcajada al ver ascender por el cerro de enfrente el ejército enemigo.

Razón tienen para reírse, ya que este ejército enemigo se compone, como ya sabemos, de cuatro gatos, exactamente cuatro gatos, de los cuales, piensan los ratonios, no van a quedar ni los rabos. ¡Ah!, pero es que ellos no tienen en cuenta que al frente de los gatunos viene un general que vale por todo un ejército, que es Pipo, a quien los ratonios desconocen porque son unos incultos, que han devorado, sí, las *Maravillosas aventuras de Pipo y Pipa*, pero con los dientes, en lugar de devorarlas con los ojos, como habéis hecho vosotros. Ya están formados, a su vez, en lo alto de su cerro de batalla, los gatunos, y descubren algo que entre todos traían oculto. ¡Un cañón! Sí, un enorme cañón, que emplazan en dirección al Cerro de los Dientes Agudos y cargan con unas granadas muy raras, unas granadas rojas y relucientes, que..., en fin, no saben lo que son. Tampoco lo saben los ratonios, pero ya han visto el arma formidable, ya han oído la voz de "¡Fuego!", briosamente lanzada por el general; el disparo ha sonado y la sorpresa y el pánico cunden entre sus filas. "¡Que tienen un cañón! ¡Que tienen un cañón!" —gritan despavoridos—. Ya disparada con mano certera la primera granada, cruza los aires con un silbido espantoso. Los ratonios no estaban preparados para semejante ataque, y, cual espigas segadas por el viento, todos caen al suelo para escapar a los efectos mortíferos del proyectil.

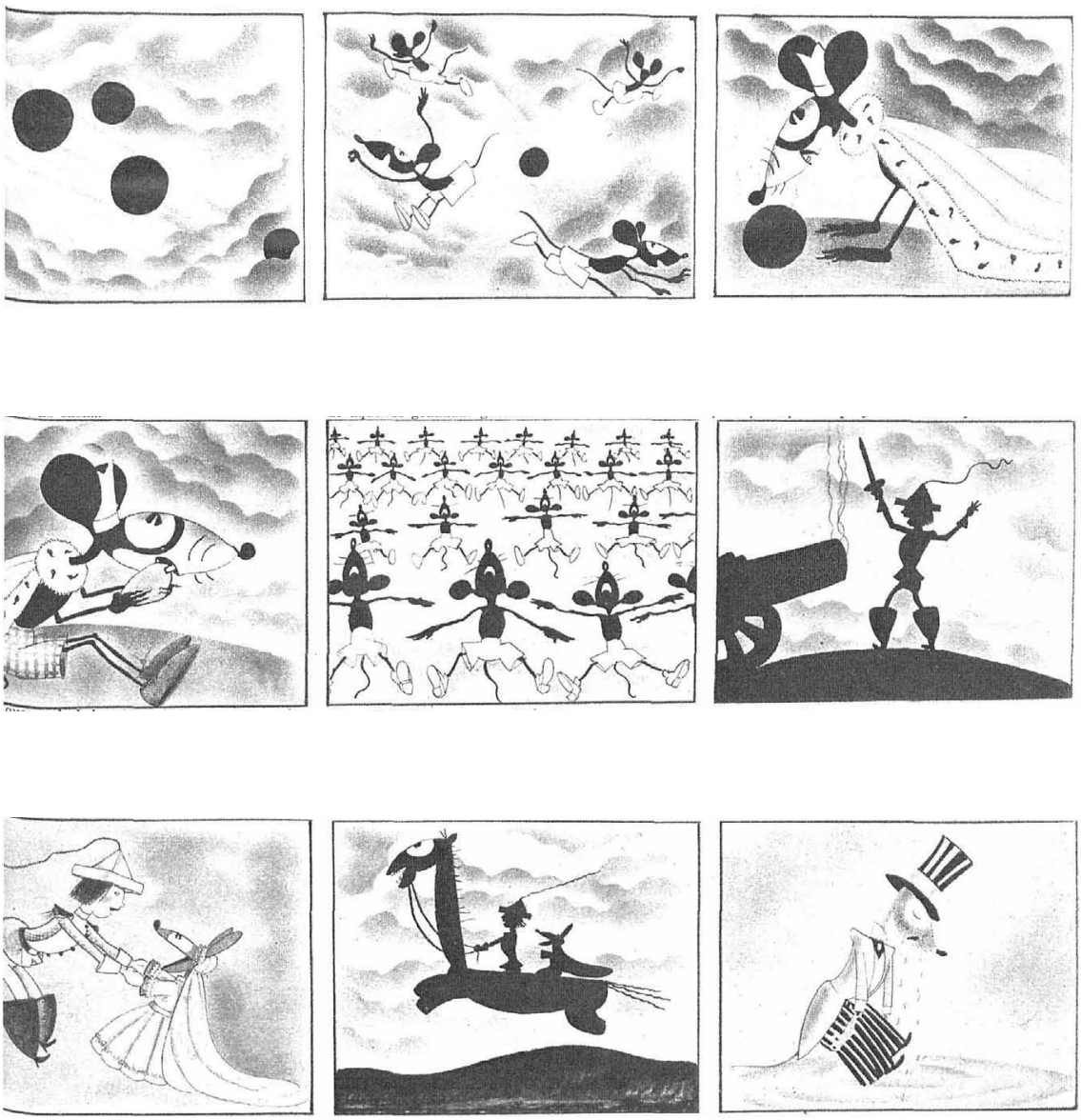


EPISODIO CLVI

UN CAÑÓN QUE LA DA CON QUESO

¡Bum! ¡Badabum! ¡Burrumbumbum! Truena el cañón formidable de los gatunos y sus granadas formidables —redondas, rojas y brillantes, no lo olvidemos— cruzan los aires y van a caer entre las filas de los desdichados ratonios, que caen por cientos, cual piezas de juego de bolos alcanzados por mano certera. Y los que no caen huyen despavoridos ante la espantosa agresión. Es decir, intentan huir, pero no van lejos, pues allí, guardando la retirada, está, su rey, que los increpa con severidad: "¡Cobardes! ¿Adonde vais? Ahí firmes, a resistir el ataque y a defender el territorio…" Su majestad no termina de hablar, pues una de aquellas granadas gatunas le alcanza en este instante, ¡pum!, en plena nariz. Pero, ¡oh, sorpresa!, la granada no estalla, sino que al darle en la nariz..., le da en la nariz cierto olorcillo que su majestad reconocería entre mil, y exclama: "¡Es roja y huele a queso! ¿Qué es eso?" Ya los regios dientes se han clavado en el proyectil. ¡Oh! ¡Ah! ¡El tal proyectil es... un queso de bola!

Sí, quesos de bola son todas aquellas granadas disparadas por el cañón gatuno. ¡Menudo regalo! Ya son millones los agudos dientecillos que roen las cortezas rojas y brillantes y desgarran la pasta apetitosa. Pero los imprudentes y golosos ratonios ignoran que aquella pasta está amasada con cierta substancia traidora, y apenas la han probado caen todos como heridos por un rayo. Ahora el campo de batalla ofrece un aspecto desolador, cubierto como está de cuerpos de ratonios inanimados. ¿Muertos, sin duda? ¡Ah, no!, dormidos solamente, porque, como ya sabemos, el gran Pipo, que ideó toda aquella combinación, es incapaz de matar. Tan magnánimo como valeroso, lo que deslizó en los quesos no fue ningún veneno, sino simplemente jugo de adormideras y pasta de libros pesados, de esos libros que son tan pesados que basta con que le rocen a uno la punta del pie para aplastárselo, y basta con leer la primera página para quedarse dormido. Ante el feliz resultado de su plan de batalla, Pipo ordena: "¡Alto el fuego!" Y cruzando con toda tranquilidad las líneas enemigas al compás de los ronquidos del ejército, es como nuestro héroe se dirige al palacio real, donde su fiel Pipa cae en sus brazos, llorando de alegría al verse libre de casarse con el retontísimo heredero del trono de Ratonia. Pero Pipo, siempre firme, suprime su emoción y ordena: "¡Huyamos! Los efectos del soporífero son breves y no hay un momento que perder." Y no pierden tiempo ni siquiera en que Pipa se quite sus galas nupciales (verdad es que la muy coquetuela se encuentra muy bella, así), y saltando sobre el brioso Trompetilla, que los espera, siempre dispuesto a galopar, se alejan, seguidos por unos verdaderos berridos de desesperación. Es el príncipe heredero, que llora la pérdida de su amada y se queda el pobre compuesto y sin novia y tirándose de los bigotes de rabia. Cuando su papá despierte tendrá que darle un par de azotes para hacerle callar y regalarle toda una biblioteca que roer para consolarle.

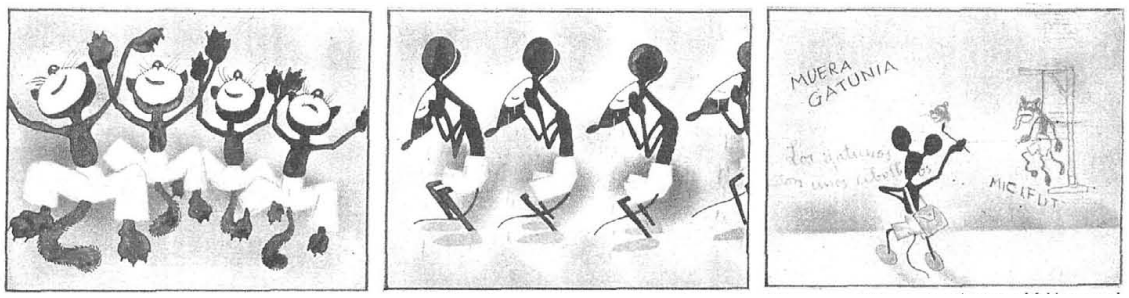


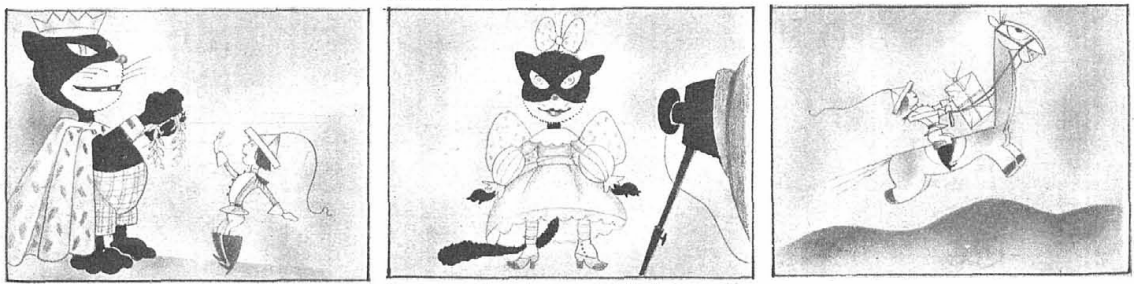
EPISODIO CLVII

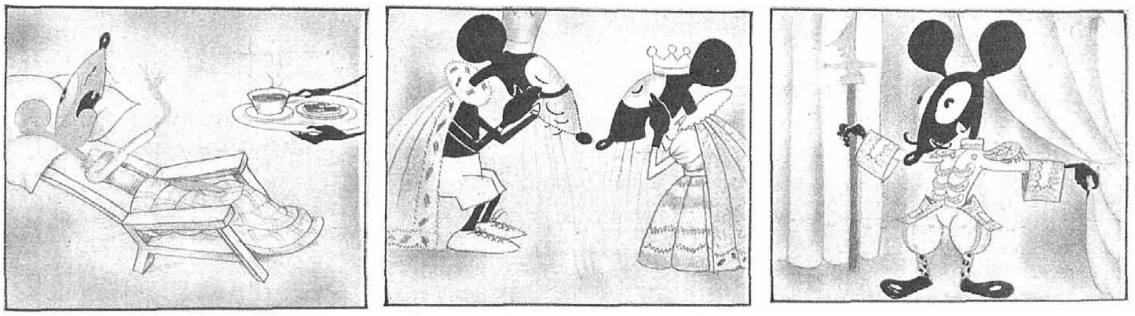
EL PRÍNCIPE ESTÁ TRISTE

Gran júbilo reina en Gatunia. ¡Por fin se ha conseguido la victoria sobre los odiados ratonios! Para festejar tan fausto acontecimiento, los gatunos se hartan de bailar y de cantar a voz en grito su himno nacional que empieza de esta forma: «Estaba el señor don Gato — en silla de oro sentado, — ¡remiaumiau, miau, miau!»

Total, que los gatunos están más encantados que si hubieran perdido un partido de fútbol en Italia. Su alegría contrasta, por supuesto, con la tristeza que reina en Ratonia. Al despertarse los infelices ratonios del sueño producido por los quesos soporíferos y encontrarse con que han sido derrotados y que les han birlado la novia de su príncipe, su rabia no conoce límites. «¡Maldito sea el queso!» —exclaman—. Hasta ahora, despreciaban a los gatunos; ahora les tienen un odio africano, del cual aparecen muestras en todas las vallas y paredes de Ratonio cubiertas de letreros que dicen: «¡Mueran los cuatro gatunos!» «¡Abajo Micifut!» «¡Guerra a Gatunia!» «¡No más felinos, mininos, vecinos!» y cosas así. Todo este odio llegó a oídos de nuestro gran Pipo, siempre enterado de todo; y el héroe, colmado de honores y agradecimiento por los gatunos y su rey, estaba, sin embargo, preocupadísimo. ¿Podía él consentir el odio entre los dos países fronterizos? Así, cuando un día su majestad Micifut XV le dijo: «¡Héroe incomparable! ¿Qué quieres en recompensa por la victoria? Yo prometo concederte lo que me pidas.» Él contestó noblemente: «Señor, sólo deseo que hagáis las paces con Ratonia.» «En cuanto a mí, concedido —dijo el soberano—, pero presumo que ellos no van a querer.» «De eso me encargo yo» —declaró el héroe con firmeza—. Pipo se había fijado en que el rey Micifut tenía una hija llamada Zapaquilda, doncella tan bella que todos los fotógrafos del país se arañaban por retratarla. El héroe encargó al pintor de la corte un retrato de la gentil princesita, y el ilustre pintagatos representó a la amable Zapaquilda recostada en cojín de terciopelo con una lazada de raso celeste al cuello y un cascabel de brillantes en la punta del rabo. Ya en poder de esta obra de arte, Pipo montó a caballo y se encaminó hacia Ratonia. Allí, mientras en el pueblo dominaba la ira, en la corte reinaba la tristeza, porque el príncipe Roedorcete estaba inconsolable por la pérdida de su novia. Se pasaba los días llorando y enflaquecía a ojos vistos, negándose a probar bocado; por lo cual su papás se desesperaban temiendo que llegase a morirse de inanición hecho todo un caballero de las Camelias. «No sé ya qué ofrecerle —suspiraba mamá reina Ratonilda—; nada le apetece: ni libros, ni roquefort, ni trapos, ni ninguna otra golosina.» «Anda y que le den morcilla» —sugería papá rey Roequeso—. «¡Ya sé la he ofrecido y tampoco la quiere comer!» —contestaba la reina—. Y se echaba a llorar. En esta triste discusión estaban los reyes Roequeso y Ratonilda cuando se descorrieron las cortinas de damasco de la cámara real y un gran chambelán anunció que un forastero de gran prestigio, nada menos que el glorioso héroe Pipo, deseaba ser recibido por sus majestades. «¡Que pase al punto!» —exclamaron a una los soberanos, confundidos por tanto honor—. Y nuestro amigo hizo su aparición.


MUERA
GATUNIA





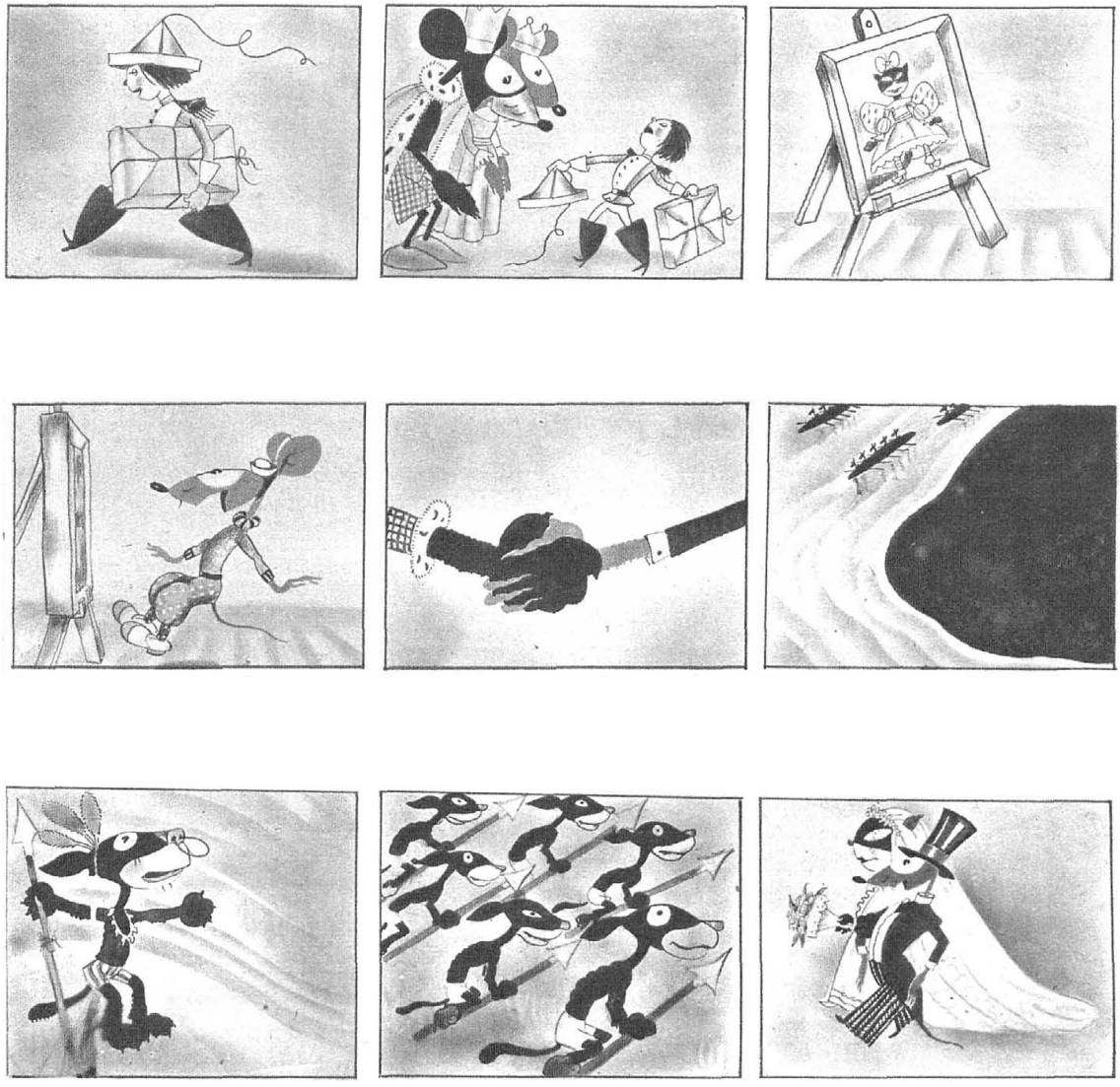
EPISODIO CLVIII

GATUNIA Y RATONIA HACEN LAS PACES

Se han descorrido las cortinas de damasco, y en la cámara regia hace su aparición nuestro glorioso amigo Pipo que trae un cuadro debajo del brazo. Describe ante los reyes uno de esos saludos a lo mosquetero, de los cuales tiene la exclusiva, y dice: «Majestades: heme aquí de embajador de su majestad Micifut, soberano de Gatunia.» «¡Ah! —exclaman dolorosamente Roequeso y Ratonilda— no pronuncies ese nombre odioso; por culpa de los gatunos, nuestro amado hijo se ha quedado sin novia y está a punto de morirse de pena y de inanición.» «Vengo en son de paz —contesta Pipo—, y precisamente los soberanos de Gatunia me envían con un regalo que curará seguramente al heredero del trono de Ratonia.»

«¿Cómo es eso?» —preguntan los reyes llenos de esperanza—. Entonces, Pipo desenvuelve y coloca sobre un caballete el retrato en que la gentil princesita gatuna Zapaquilda la bella, aparece deslumbradora de belleza con sus mejores galas. «Ahora —dice Pipo— llamad a su alteza.» Así se hace, y al poco rato aparece arrastrándose penosamente el romántico príncipe ratonio, que no cesa de gemir retorciéndose las patitas delanteras: «¡Ay de mí! ¡Ay, infelice! Dejadme morir en paz, ya que nunca he de volver a ver criatura tan bella como mi idolatrada Pipa, la novia que perdí... ¡Ay de mí, yo que tanto de las ratas me reí!» Pero en este instante ve el retrato de Zapaquilda y lanza un grito: «¡Oh, visión adorada, la amo!, y tengo hambre, que me la traigan, y que me traigan también un queso de «gruyère» entero!» ¡Ya está curado! Pipo había acertado como de costumbre; los ratonios son inconstantes e inflamables, y Roedorcete no ha podido resistir la belleza de Zapaquilda sin enamorarse de nuevo; en el acto queda concertada la boda y, con un apretón de manos general, todos los gatunos y todos los ratonios sellan la paz que desde ahora reinará siempre entre los dos países. El día se pasa en festejos y, al llegar la noche, todo el mundo, fatigado por la alegría y las diversiones, se duerme profundamente, tan profundamente, ¡ay!, que nadie oye el rumor de unas piraguas que se acercan sigilosamente a las costas de la isla.

En estas piraguas viene toda la tribu de los terribles perrunos, habitantes del salvaje y formidable imperio de Perrunia, que han resuelto invadir la isla para devorar a todos sus habitantes. El primero en saltar a tierra es nada menos que el feroz Guau Guau, jefe de todas las tribus perrunas. En seguida hace una seña y de todas las piraguas saltan a tierra, armados hasta los colmillos, los perrunos que, deslizándose con precauciones de pieles rojas (aunque todos son negros como corresponde a perros salvajes que son), cubren todo el territorio y se ocultan entre los árboles y malezas. Al despuntar el día, gatunos y ratonios, bien ajenos al peligro que les acecha, se disponen a celebrar la boda de Zapaquilda y Roedorcete, de la cual son padrinos la dama gatuna, la duquesa de Angora y el bravo Mostachete, generalísimo de los ejércitos ratonios. Los novios están radiantes, sobre todo Roedorcete, que no cesa de repetir: «¡Al fin me caso! ¡Al fin voy a ser dichoso!» La comitiva se pone en marcha con toda pompa y alegría, cuando, ¡horror!...



EPISODIO CLIX

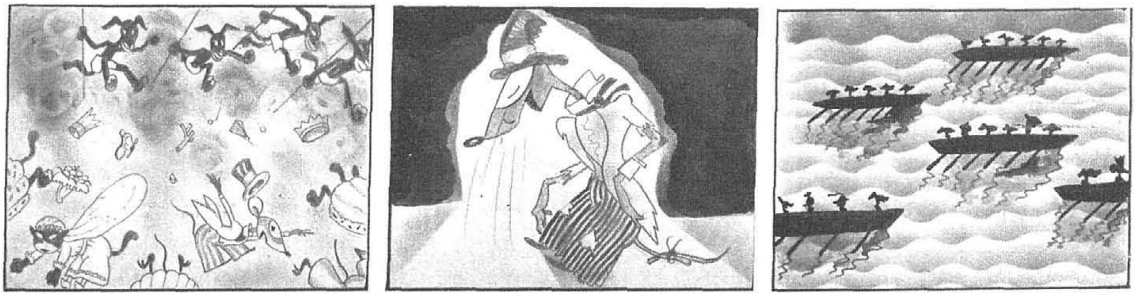
CAUTIVOS EN PERRONIA

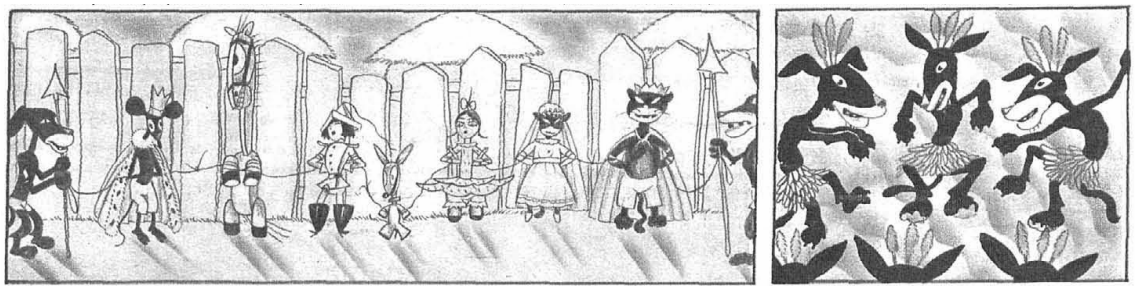
Estamos en el momento más emocionante de la ceremonia nupcial; ya el príncipe Roequeso ha dicho el «sí» sacramental; ya la bella Zapaquilda se dispone a mayar otro tanto, tendiendo a su dulce esposo su patita, cuando de pronto, ¡horror!, avanza hacia los asistentes una multitud de seres espantosos que lanzan salvajes ladridos. El pánico que producen es indescriptible.

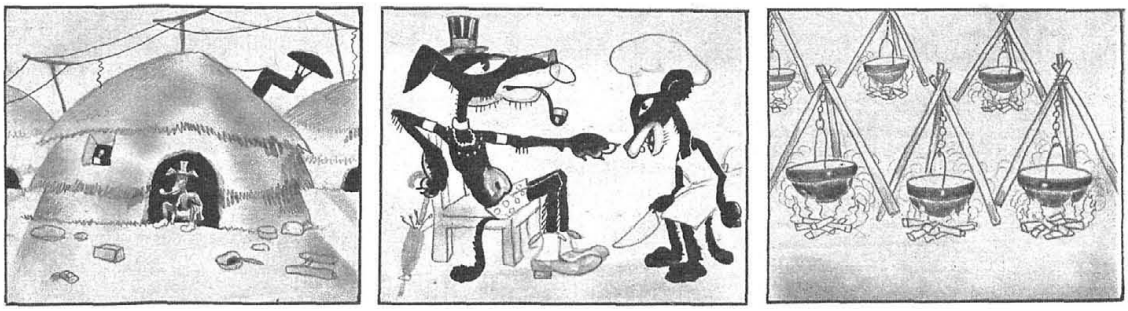
¡Qué desbandada, señor! Todos los gatunos se arrojan por las ventanas a la calle, donde llegan sin hacerse el menor daño por cierto, después de describir en el aire media docena de saltos mortales. En cuanto a los ratonios, desaparecen por arte de birlibirloque, metiéndose, sin que pueda saberse cómo, en unos agujeros del suelo mucho más chicos que ellos, Así, el príncipe Roequeso, en su agujerito, llora amargamente su desventura. «¿Pero es que no me voy a poder casar nunca?» —gime—. Y en verdad que se ha quedado sin novia otra vez, mas no puede decirse que se haya quedado compuesto, puesto que tiene el traje de gala hecho trizas y la chistera convertida en acordeón. Mas no todos se han podido salvar, ¡ay!, y ya bogan hacia la tribu de los perros unas piraguas en las cuales los piratuas…, digo los piratas perrunos, se llevan buena cosecha de prisioneros. Nada menos que de lo mejorcito de la reunión han logrado apoderarse los salvajes, puesto que en su poder están los dos soberanos Micifut y Roequeso, la bella princesita Zapaquilda y nuestros héroes queridos Pipo, Pipa, Cocolín y Trompetilla. Aquí los tenemos ya a todos en Perronia, que es un país completamente salvaje como bien podíamos figurarnos por las trazas de sus habitantes. Los seis, sólidamente atados, han sido colocados ante una empalizada, y los custodian dos enormes perros de ésos que tienen los colmillos retorcidos. Como que son perros de presa; bueno, mejor dicho de... presos.

El júbilo de los feroces perrunos es enorme; ante sus infortunados cautivos arman un jaleo de mil diablos, ladrando y bailando la danza de la victoria; esta danza nacional perruna, ya comprenderéis que no podía ser otra cosa que el cancán; dicho sea de paso lo bailan bastante mal. Al fin, cansado de bailar y ladrar el jefe de la tribu, que como recordaréis se llama Guau Guau, se sienta ante la puerta de su choza real. La víspera de este gran día, el terrible jefe perruno estaba de un humor de perros porque no tenía un perro, pero ahora está contento y se relame de gusto ante la perspectiva del festín que van a proporcionarle sus prisioneros. Y llama a su cocinero mayor y le dice: «A ver, Rufo Nerón; dime como nos vas a guisar a nuestros cautivos.» «Señor Guau Guau —contesta el «cordon bleu»—, los guisaré con gran variedad: a Pipo, Micifut, Roequeso y el caballito Trompetilla los pondré en pepitoria; en cuanto a Pipa y Zapaquilda, las serviré asadas y con un ramito de perejil en el hocico, que es cosa que adorna muy bien a las damas.»

«¡Qué artista eres, Rufo Nerón» —exclama el jefe Guau Guau, satisfecho—. En seguida el cocinero da las órdenes oportunas a sus pinches y marmitones, y éstos ponen a la lumbre las seis calderas en que van a ser guisados nuestros pobres amigos, hasta quienes llega el tufillo (por cierto delicioso) de las salsas que les son destinadas, ¡Hay para desmayarse de horror!







EPISODIO CLX

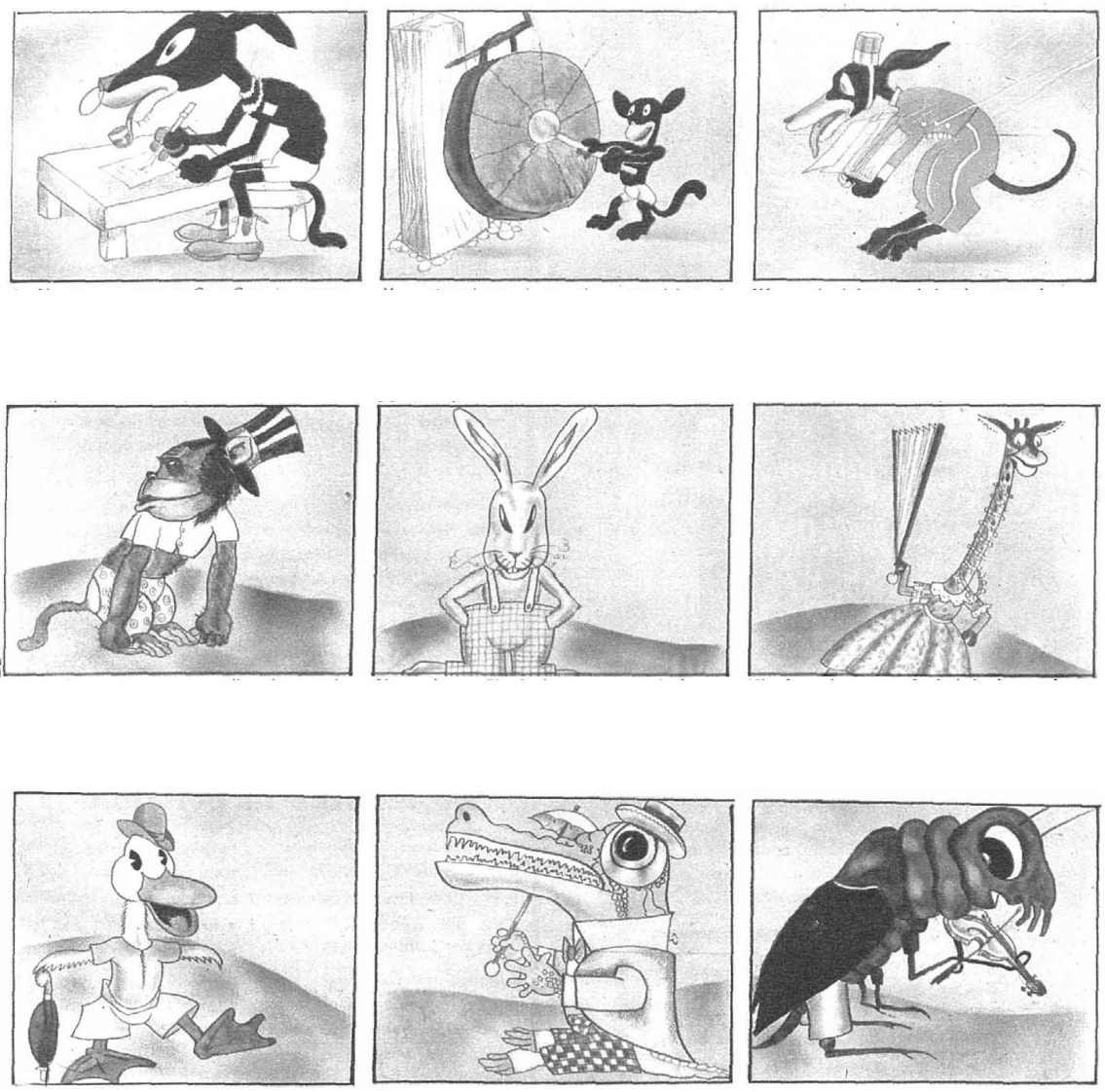
EL SEÑOR GUAU GUAU Y SUS INVITADOS

Nuestro nuevo enemigo Guau Guau (ya comprenderéis que no le vamos a llamar amigo a semejante salvaje) lo está disponiendo todo para la gran fiesta que va a costar la vida, ¡ay!, a nuestros héroes queridos. Para hacer las cosas con todo postín, redacta unas invitaciones que dicen así: «El jefe de los perrunos B. L. M. a don... (y señora si la tiene), y tiene el gusto de invitarle a asistir al festín de gala que se prepara en Perronia en honor de los forasteros, en pepitoria y otras salsas. Se suplica el traje de etiqueta y un apetito moderado. Guau Guau aprovecha la ocasión para reiterarte el testimonio de su consideración más distinguida.» Luego manda tocar un «gong» gigantesco que sirve para avisar a los habitantes de la selva vecina de que se dispongan a recibir la visita de un enviado de Perronia que les lleva un recado importante. Este enviado es el botones de cámara de Guau Guau, un galgo corredor muy veloz, que se encarga de llevar y repartir las invitaciones del poderoso jefe por toda la selva. Tan perfectamente cumple esta misión, que al poco rato ya empiezan a llegar los invitados. El primero en hacer su aparición es don Micael Micón, un señor que es muy mono. Llega antes que nadie porque viene corriendo de árbol en árbol, donde, la circulación es mucho más cómoda, porque no hay el peligro de los autos. Detrás de él, casi pisándole los talones, quiero decir el rabo, aparece el joven Blas Lechuguino, un muchacho que bien merece su apellido, no sólo porque realmente la lechuga es el alimento que prefiere a todos los demás —exceptuando las zanahorias—, sino porque además es un pollo de lo más pera que cabe. Cómo que se hace planchar en Londres la raya de las orejas y lleva los bigotes rizados con la ondulación permanente.

La opulenta señora Jirafa deslumbra a todos por su elegancia y el lujo de su traje. Luce un collar de perlas que debe de valer un fortunón, ya que le da ochenta y tantas vueltas, que no menos hacen falta para adornar su cuello. Esta noble y elevada dama —eso sí, elevadísima— se abanica graciosamente con un precioso abanico que tiene tres metros de altura.

El que se ha retrasado un poco es don Patoso del Lago; pero esto no es extraño, porque el pobre, para hacer honor a su anfitrión, ha querido traer zapatos, y en toda la selva no ha encontrado un par que le estuviera bien; ha tenido que conformarse con unos zapatos que le lastimaban horriblemente las patas, y al fin, tras de recorrer muy despacito la mitad del camino, se los ha tenido que quitar porque él bien sabía donde le apretaban. Tampoco deja de acudir a la fiesta el señor Lagrimón de Cocodrilo, un personaje importante y considerado, pero muy feo. Tan feo es que las mamás de la selva suelen utilizar su nombre para asustar a los niños, y cuando alguno llora le cantan así: «¡Duerme niño chiquito que viene el Coco... drilo!»

No resultaría completa la fiesta si no asistiera a ella el señor Grillito; no es que el pobre sea persona de postín ni muchos, pero es que cuentan con él para amenizar todas las reuniones, porque siempre lleva consigo un violín que sabe tocar a las mil maravillas, y en el que ejecuta una serenata que es así: «Grrrriiiiii… Grrrriiiii...»



EPISODIO CLXI

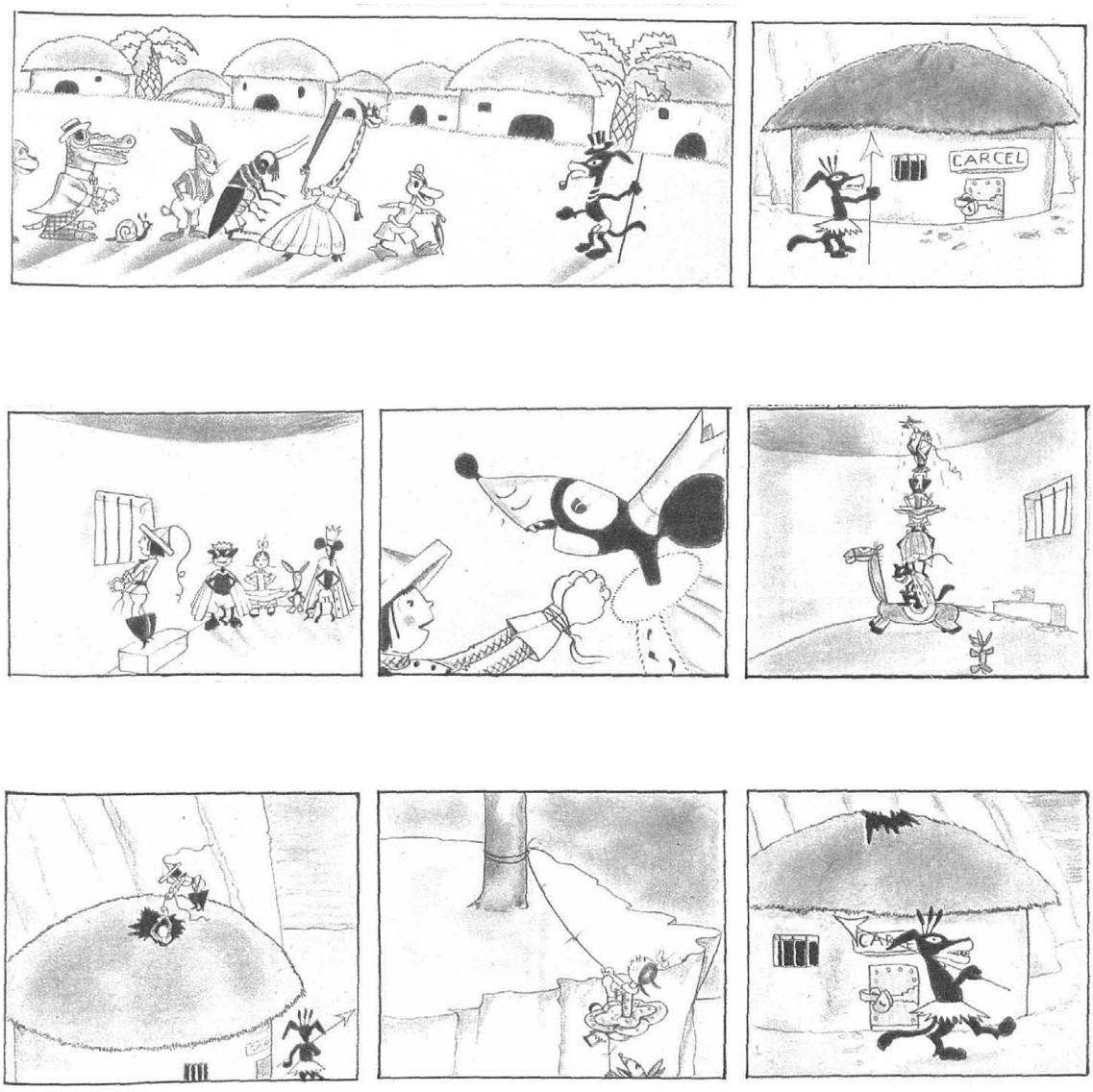
LA EVASIÓN

Ya están reunidos todos los invitados en Perronia; el primer introductor de embajadores, que es un majestuoso terranova con uniforme de gala color café con manchas blancas, avisa al jefe Guau Guau, y éste sale a recibir a sus huéspedes con todos los honores y todos los refinamientos. Para hacer boca antes del banquete les ofrece los mejores huesos de su despensa y un «cocktail» preparado por el gran especialista del país, un elegantísimo «fox» que baila admirablemente el ídem, y que es un «barman» reputadísimo: se llama Perro Grandote. Con tan buenos aperitivos la animación no tarda en ser muy grande entre los reunidos. Y mientras así se preparan todos para el festín, los desventurados «comestibles» encerrados en la cárcel mayor del país gimen esperando el momento fatal de ser devorados. Ante la puerta ha sido colocado para guardarlos el más grande y feroz de los perros de presa; bueno, quiero decir de presos. Pipa, que tiene hambre, naturalmente, bosteza sin cesar, y gruñe: «Antes de comernos, ya podían darnos algo de comer.» Cocolín llora en silencio, Trompetilla se muerde la cola, el rey Roequeso busca en vano un agujero donde esconderse y el rey Micifut se retuerce los bigotes con rabia. Pipo, siempre sereno, siempre dominador de la situación, arrastra una piedra bajo la ventanuca de la cárcel, y encaramándose en ella, observa los preparativos del banquete.

Se acerca la hora fatal —dice a sus compañeros—. Todos prorrumpen en lamentaciones. «¡A callar! —ordena el héroe—; quiero decir que se acerca la hora de obrar; hay que huir sin perder tiempo aprovechando la noche que ya empieza a caer.» «¿Huir? —exclaman cinco voces a coro— ¿pero cómo?» «Ahora lo veremos; lo primero es tener los brazos libres.» Aproxima sus manos atadas al hocico del rey Roequeso y le dice: «Majestad, haga usted el favor de roer estas cuerdas.» El soberano de los ratonios se apresura a obedecer, y tan pronto como Pipo tiene las manos libres desata a sus compañeros. Luego coloca a Trompetilla en el centro de la estancia y hace subir a todos, unos encima de otros, sobre el lomo del brioso corcel.

En lo alto de la pirámide está él, Pipo, que con la punta de su sable invencible toca el techo y, como éste es de paja, practica en él sin esfuerzo un boquete, por el cual asoma primero la cabeza, luego el busto, y al fin surge enterito, desde la punta de su casco hasta las suelas de sus botas legendarias. Una vez fuera, Pipo va sacando a todos sus compañeros.

La cárcel está adosada a una montaña, por la cual todos trepan sigilosamente; al llegar a la cima se detienen espantados: la vertiente opuesta de la montaña es una escarpadura a pico sobre un abismo. Afortunadamente, el héroe, siempre prudente, ha conservado las cuerdas con que todos estaban atados. Uniéndolas unas a otras, y atando un extremo a un árbol de la montaña, nuestra pequeña caravana se desliza hacia abajo con grandes dificultades y peligros. Entre tanto, el perro carcelero, intrigado por el silencio que reina en la cabaña, se acerca a mirar por la ventana y lanza un agudo, potente y terrible ladrido: «¡La cárcel está vacía! ¡Los prisioneros han desaparecido!»


CARCEL

EPISODIO CLXII

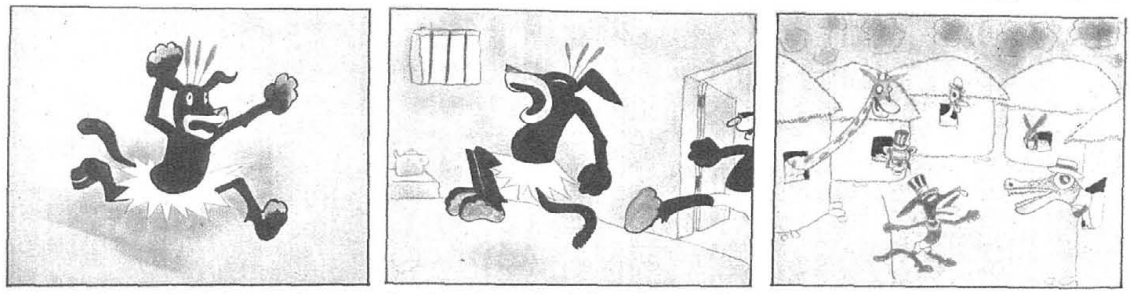
UN BANQUETE QUE ACABA MAL

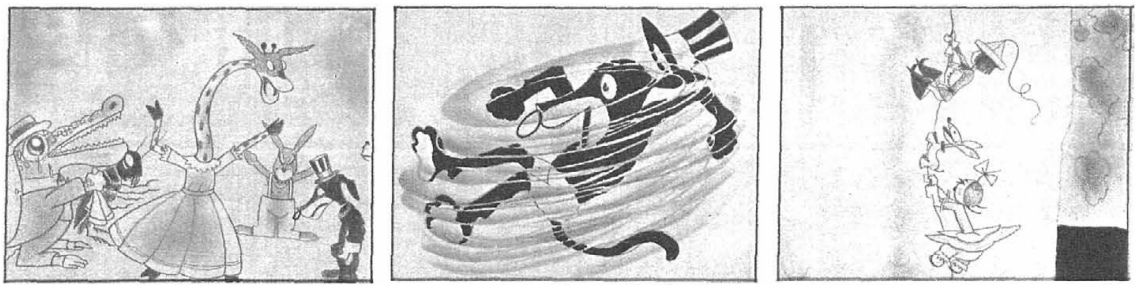
¡Infortunado centinela! ¡Qué estupor desesperado el suyo al encontrarse la cárcel vacía! Pero al ver el boquete en el techo cree comprenderlo todo; sin duda, los prisioneros llevaban alas ocultas y han volado. Y el perro de presa, que se ha quedado sin presa, echa a correr despavorido hacia la choza real, dando grandes ladridos: "¡Señor Guau Guau, los prisioneros han huido por los aires! ¡Nos hemos quedado sin banquete!" "¿Qué dices, idiota?" —vocifera el jefe—. Se precipita hacia la cárcel, y, al enterarse de la realidad del desastre, lanza un ladrido de rabia: "¡Ah, miserable; tú tienes la culpa!" Y de un "puntapata" vigoroso lanza al centinela a la cárcel diciendo: "¡Ahí te quedas encerrado por ellos, y da las gracias a que yo no sea perrófago, que si no, también te devoraba en su lugar!" Ahora se trata de anunciar la noticia a los invitados; éstos se han metido en diferentes cabañas de la tribu para hacerse la "toilette" antes del banquete; en medio de la plaza suena la voz de Guau Guau, que grita: "¡Señores: los prisioneros han volado! ¡Nuestros comestibles están por las nubes!" Las protestas son generales y airadísimas: "¿Nos dejan sin comer después de invitarnos? ¡Qué grosería! —exclama doña Jirafa, abanicándose nerviosamente—. "¡Ya, ya —dice don Micael Micón—; vaya una monada!" "Sí—recalca don Patoso—; esto es una patochada." El señor Cocodrilo vierte lagrimones.

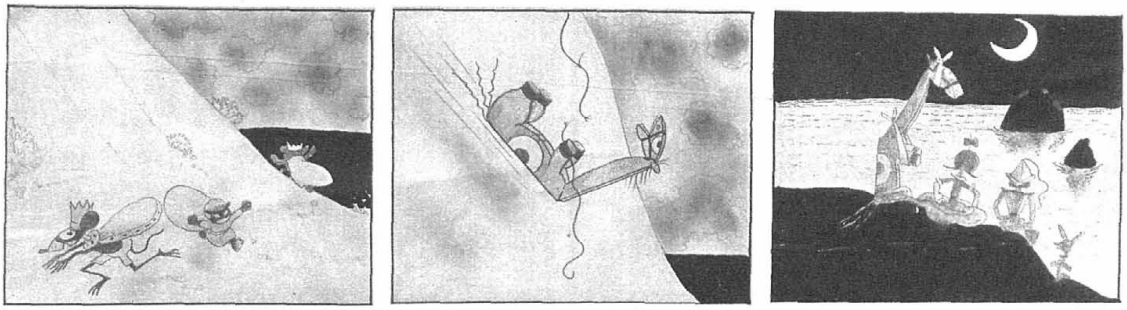
"Si nos dejan sin comer —dice, muy digno, el joven Blas Lechuguino— declararemos la huelga del hambre." Todos increpan a Guau Guau, y al escándalo acuden los perrunos a defender a su jefe, y se arma una verdadera batalla campal. Y esto es lo mejor que podía sucederles a todos, ya que a falta de pan, buenas son tortas... y mejor todavía, chuletas.

Mientras en Perronia suceden estos dramáticos acontecimientos, nuestros héroes prosiguen felizmente la huida, descendiendo por la vertiente opuesta de la montaña, gracias a las cuerdas que ataron unas a otras, como ya sabemos. Apenas se hallan en tierra firme el rey Roequeso, el rey Micifut y la princesita Zapaquilda se apresuran a echar a correr sin perder siquiera el tiempo en despedirse, y es que están deseando volver a la isla de Ratonia y Gatunia, uno, para ver a su hijo, el príncipe Roedorcete; el segundo, para casar a su hija, y ésta, para caer en brazos de su novio. Después de ellos, llegan a tierra Pipo, Pipa y Cocolín; el último es Trompetilla, y como ya la cuerda está desgastada por el peso de los demás, se rompe, y el pobre caballito acaba el descenso rodando entre rocas, con lo cual se produce varias heridas y llega con una oreja descolgada, la cola medio arrancada y el hocico todo despintado. Menos mal que la gentil Cocolín, enfermera experta, le cuida y le venda a la perfección, desgarrando para ello su pañuelito de encajes.

Como es de noche, nuestros cuatro amigos se sientan en la arena de la playa, a la orilla de la mar, en espera de que amanezca. Está obscuro, pero en medio de las tinieblas y la soledad tienen la compañía del mar, que, cual viejo amigo, acaricia sus plantas y no cesa de saludarles: ola por aquí, ola por allá...





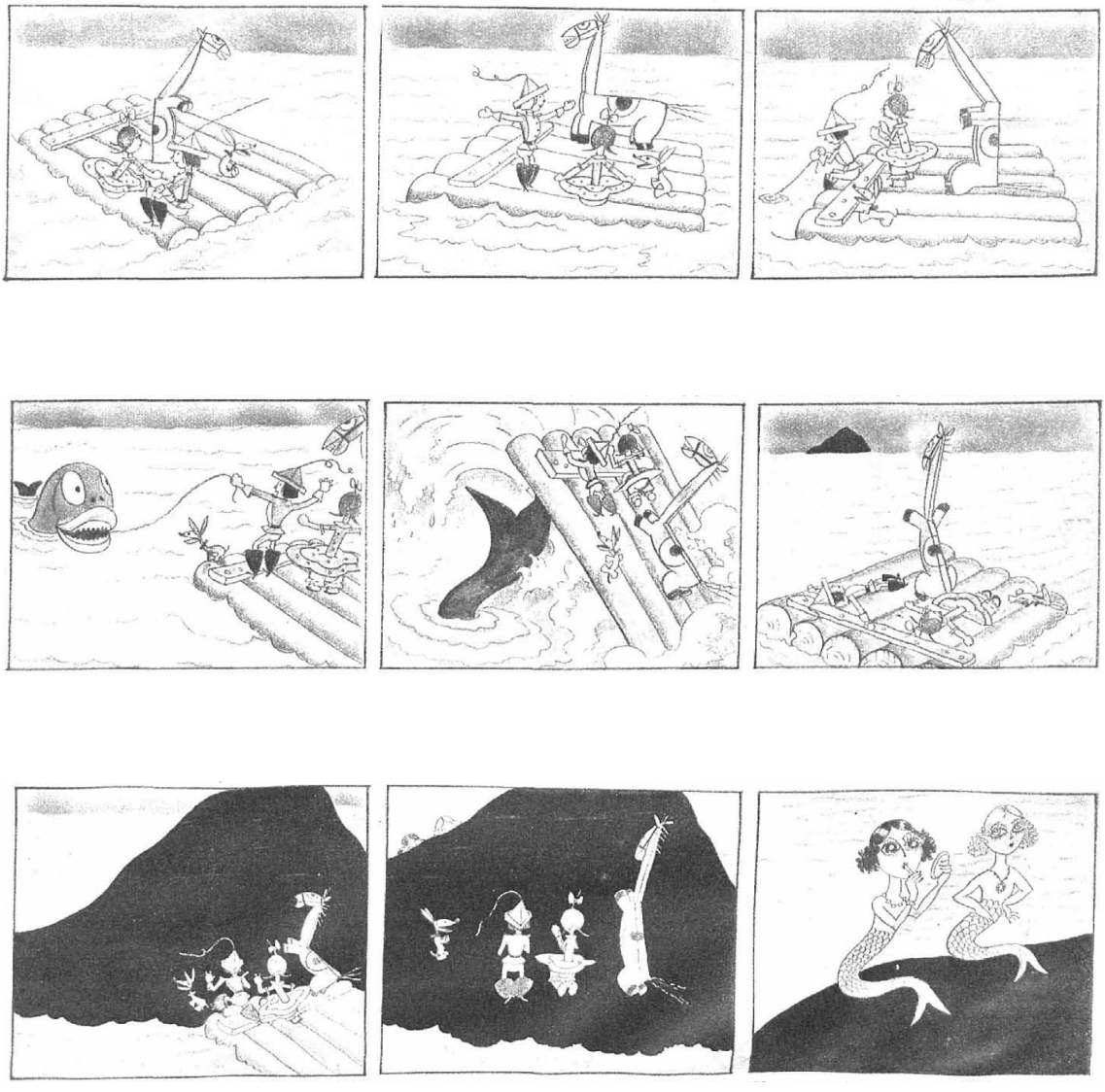


EPISODIO CLXIII

LA ISLA DE LAS SIRENAS

Cuando sale el sol, encuentra a nuestros cuatro amigos trabajando con enorme actividad, y es que han derribado unos cuantos árboles, y con los troncos han fabricado una balsa bajo la dirección competentísima de Pipo; de este modo, en cuanto amanece pueden echarse a la mar en busca de una tierra más hospitalaria que la terrible Perronia.

"Ahora —dice Pipo—, lo primero que necesitamos…" Pero Pipa, la muy osada, se permite interrumpirle: "Lo primero —declara— es encontrar algo que comer, porque estoy muertecita de hambre. Aaah." Y abre un hocico como un buzón de correos. "¡Y yo! ¡Y yo!" —exclaman Cocolín y Trompetilla—. "Me has adivinado el pensamiento Pipa —dice Pipo—, y para encontrar algo que comer, lo primero es buscarlo." "¿Cómo?" —preguntan—. "Muy sencillo, pescándolo, que es la única manera de "ir a la compra en el mar." Y, dicho y hecho: Pipo pide a Cocolín un alfiler, que ésta lleva prendido debajo del cuello del traje, como lo llevan casi todas las niñas; lo ata a una de las cuerdas que ha conservado, le coloca en la punta una mosca, a modo de cebo, y a ver lo que se pesca! "¡Mi amo—dice Pipa—: coge sardinas en lata, que es como me gustan!" Pasa un rato; de pronto, Pipo nota un tironcito: "¡Ya pican!" —murmura—. "¡Ya pican!" —repiten los otros. El tirón se acentúa; debe ser un pez gordo. "Me parece que he pescado una merluza." Pero lo que asoma fuera del agua no es tal merluza, sino un pez enorme, que tiene aspecto de estar muy enfadado, sin duda porque el anzuelo le pincha en la garganta. "Parece un delfín" —dice Pipo—. "Pues, por las trazas
—dice Pipa—, debe ser del fin del mundo." El pez, furioso, le pega a la balsa un coletazo que a poco zozobra. Todos lanzan un grito, y a duras penas logran conservar el equilibrio. Ya desapareció el delfín, y con él, ¡ay!, los útiles de pescar; ahora calma chicha; pero, ¡ay!, esta chicha no es comestible; desfallecidos, se tumban para ahorrar fuerzas; de pronto, un alegre relincho de Trompetilla les saca de su modorra: "¡Tierra!" —grita el caballito de cartón—. Y es verdad; a lo lejos emerge de las aguas un islote; suavemente empujada por una brisa oportuna, hacia él se dirige la balsa, que atraca al fin. Los cuatro viajeros lanzan gritos de alegría al pisar tierra firme, después de su accidentada travesía. ¡De buena se han librado! Y, en su satisfacción, hacen lo que suelen hacer todos los náufragos en el mismo caso, que es caer de rodillas y dar gracias a Dios por hallarse así sanos y salvos. Entre tanto, no advierten que cuatro ojos los observan con gran curiosidad: dos de estos ojos son verdes, y los otros dos son azules; el primer par pertenece a la señorita Fifí, y el segundo a la señorita Lilí. Estas dos damiselas son, nada menos que dos encantadoras sirenas... sirenitas... que suben a este islote de vez en cuando a pasear. Ellas viven en el fondo del mar en compañía de su familia, papá Sireno, mamá Sirena y los hermanos Sirenitos. Fifí y Lilí están muy entretenidas, dedicadas a su "toilette" matinal cuando han visto abordar a nuestros cuatro náufragos, y, por un instante, se han interrumpido para mirarlos.



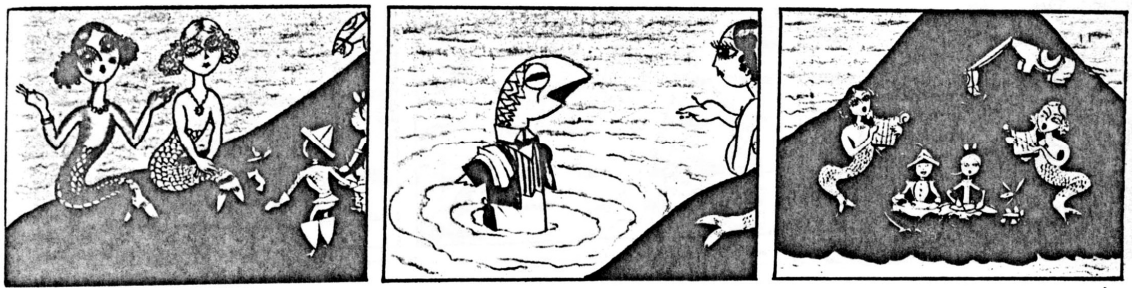
EPISODIO CLXIV

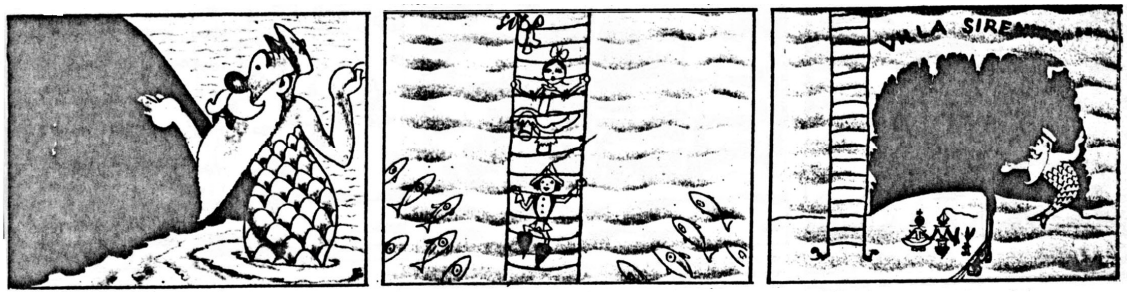
LA FAMILIA SIRENA

Fifí y Lilí, las dos encantadoras sirenitas, han lanzado un grito de sorpresa y de alegría al reconocer a nuestros amigos. "¡Ah; sois Pipo, Pipa, Trompetilla y Cocolín! —exclaman—; hemos leído vuestras aventuras y sois nuestros héroes favoritos." "Se agradece —contesta Pipo, siempre fino—, pero por ahora somos unos héroes muertos… de hambre."

Fifí, que es la mayor, la morenita de ojos verdes, da tres palmadas y al punto surge del mar un besugo solemne con una servilleta al brazo, que pregunta: "¿Qué va a ser?" "Traiga en seguida —ordena Lilí, la rubita de los ojos azules—, algo que comer, por ejemplo, una langosta." "Me permito desaconsejar la langosta —dice el camarero besugo—, porque no está muy fresca. Traeré una merluza, que recomiendo a los señores, porque la conozco bien; la pobre era algo pariente mío." Momentos después el besugo surge del mar con una bandeja de viandas marinas, y nuestros amigos se dan un banquete de pescados y mariscos de todas clases. Entre tanto las sirenitas, que son unas arpistas notables, amenizan la comida tocando la mejor pieza de su repertorio que es, naturalmente, el "Vals de las olas". De pronto, suena una gruesa voz bonachona: "¡Bienvenidos, señores forasteros! Me he enterado de vuestra llegada y vengo a buscaros para que vengáis a visitar mi casa." Es el papá Sireno, que asoma medio cuerpo fuera del mar. Pipo acepta su invitación encantado, pero sus compañeros refunfuñan un poquito. "¡Bajar al fondo del mar" —exclama la miedosa Pipa—, ¿y si nos ahogamos? " "Nos exponemos a coger un reuma" —rezonga Trompetilla—. "Temo —murmura Cocolín— mojar mi vestido de organdí." Pero papá Sireno los tranquiliza. "Yendo conmigo —dice— estáis inmunes y ni siquiera notaréis humedad." En efecto, todos descienden por una escala submarina y llegan, sin daño alguno, al fondo del mar, que recorren como si paseasen por la calle de Alcalá. En aquellas honduras, más de cuarenta mil peces les contemplan con curiosidad, pero Pipa, siempre descaradilla, se sonríe de los peces de colores. Así llegan ante una magnífica gruta de coral que es la morada de la familia Sirena. Atraviesan un lindo patio sevillano, adornado con algas trepadoras y macetas de nenúfares, y llegan a la habitación de la señora Sirena que los acoge con gran afabilidad. Ya empieza a apretar el calor —dice— y nos disponemos para el veraneo. Todavía no sabemos si iremos al mar de Santander o al de San Sebastián. Ahora que han subido las tarifas ferroviarias haremos el viaje por carretera en nuestro cangrejo de ochenta hipocampos." Una joven sardina muy salada, pero algo flaca, que sirve de criada a la familia, trae a los dos sirenitos Pepín y Toñín. "¡Qué ricos son!" —dice Pipa—. "¡Serán la alegría de la casa!" —añade Trompetilla—. Cocolín les pregunta: "A quien queréis más ¿a papá o a mamá?" Y Pipo, pregunta a su vez: "¿Qué queréis ser cuando seáis mayorcitos?" "Héroes de ESTAMPA como tú" —contestan a una los angelitos—. Interrumpe esta amable escena la joven sardina, que anuncia: "Señorita, ahí hay uno que dice que viene de parte de don Neptuno."

"Y, montado en su corcel,
llega un paje, que es pajel."

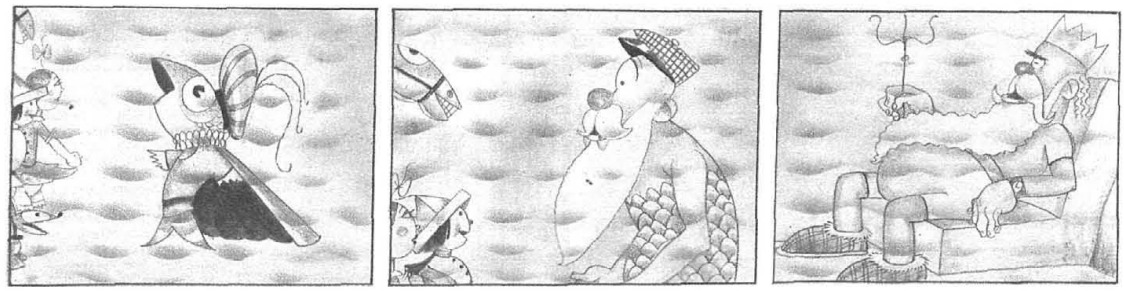


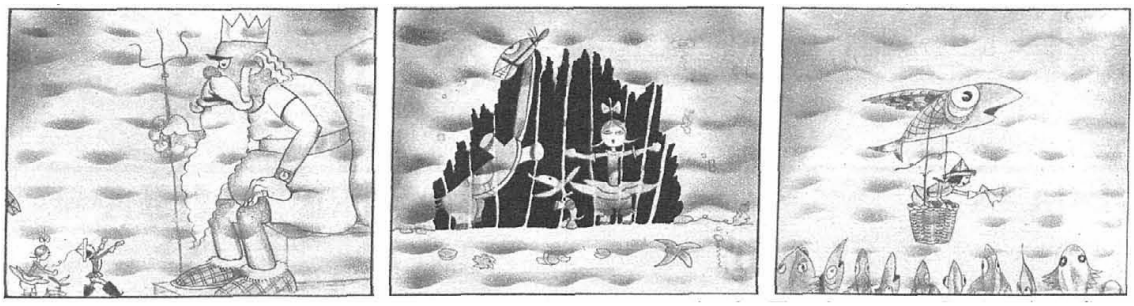

LA SIREA

EPISODIO CLXV

UN ENCARGO DE NEPTUNO

"Vengo —declara el paje, que es pajel— de parte de mi señor, el rey Neptuno; su majestad se ha enterado de que hay aquí unos "terrenos" y desea que los conduzca a su presencia." "¡Ay, Dios mío —exclama la miedosa Pipa, ya asustadiza—. ¿No nos irá a hacer algún mal?" "No seas tontuela —le reprende el héroe— y vamos." Se despiden de la familia Sirena, y el señor Sireno advierte a Pipo: "Ten cuidado con Neptuno, que tiene muy mal genio y no tolera que se le contradiga. Si en algo me necesitarais, aquí me tenéis a vuestra disposición." Siguiendo al paje, que es pajel, nuestros amigos desembocan en una plaza, donde hay una gruta magnífica, "¿Es éste el palacio?" —preguntan—. "No —contesta el paje— esta es la casa de correos y aquí es la Cibeles; Neptuno está más allá." En efecto, el poderoso Neptuno los espera sentado en trono de nácar; se halla malhumorado, porque ya la vida para él no tiene encantos; abrir la despensa donde tiene guardadas sus tempestades y soltarlas por el océano, agitar las olas con su tridente y romper barcos entre sus dedos como quien rompe barquillos, ya le aburre. Además, se va haciendo viejo y la humedad le sienta tan mal que hasta ha cogido un reuma y todo. Al aparecer sus cuatro ilustres visitantes, Pipo se inclina, Cocolín hace una reverencia y Trompetilla y Pipa agitan, respectivamente, la cola y las orejas. "Os he mandado llamar —dice Neptuno— porque he oído decir que en vuestra tierra la gente dispone de dos objetos que ayudan a pasar agradablemente el invierno: un gato y un brasero. Y deseo que me los traigáis, porque en el fondo del mar no los encuentro." "Iremos a buscarlos en seguida." —dice Pipo—. Pero el viejo Neptuno ordena: "Irás tú y dejarás a tus compañeros, así estaré seguro de que vuelves." Y no hay más remedio que obedecer. Cocolín, Pipa y Trompetilla se quedan en una gruta de coral, en compañía de unas ostras, y mientras que Cocolín le despide agitando un precioso pañuelito de encaje de algas que le regalaron sus amigas las sirenitas, Pipo se mete en una barquilla tirada por un pez volador que realiza el servicio en la superficie del mar. Apenas en tierra, nuestro héroe se apresura a cumplir el encargo del poderoso Neptuno y corre a comprar un brasero y un gato negro que parece un tigrito de luto. En seguida telefonea al fondo del mar que le manden el pez volador para volver al palacio del monarca acuático. Así se hace; cuando Pipo vuelve a la playa ya le está esperando el marino vehículo, en el cual el héroe se coloca, llevando a la espalda el talego con el brasero y en una mano el gato, al que llama Pirulete, porque sus uñas recuerdan las manos ganchudas de su vieja enemiga, la bruja Pirulí. Pocos momentos después, reaparece ante el poderoso Neptuno, que exclama designando al gato: "¿Y esto es para calentarse los pies?" "No, señor —rectifica Pipo—; esto es el gato; el brasero es lo otro." Neptuno suelta entonces una gran carcajada, y de su boca surgen infinidad de pececillos que se estaban paseando en su estómago: "¡Ja, ja, ja, esto es un brasero! ¡Ju, ju, ju, esto es un gato!" Pirulete le contempla "mosca" por esta falta de respeto.



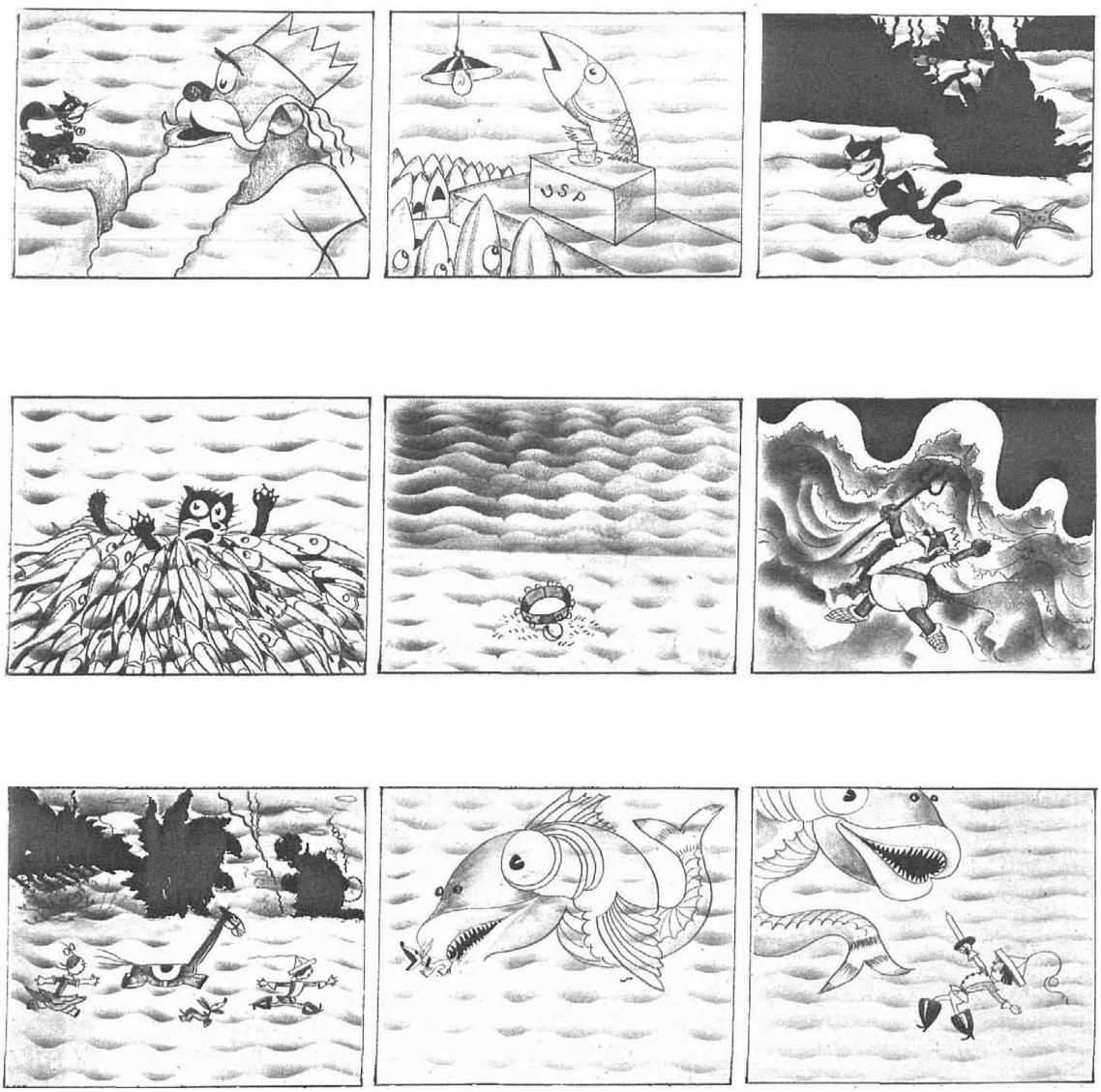


EPISODIO CLXVI

UN DRAMA EN EL FONDO DEL MAR

¡Qué alegría manifiesta el dios Neptuno al recibir al gato Pirulete! ¡Tan bonito, tan negro, tan lustroso!, ¡¡y madrileño además que es el minino!! En su entusiasmo, el dios de las aguas regala a su querido gatito un precioso collar de perlas a la última moda submarina. Pero, mientras el dios juega con el gatito, bien ajeno está él de que se celebra en la Casa del Pescado una asamblea importantísima, convocada por el sindicato de U. S. P., o sea Unión de Sardinas Proletarias, entre las cuales reina extraordinaria efervescencia. Ante todas las sardinas reunidas, la compañera Saladilla, que es una oradora formidable, pronuncia un discurso de elevados tonos que acompaña con grandes coletazos sobre la mesa.

«¡Compañeras! —vocifera Saladilla—. ¡No puede consentirse el atropello que acaba de cometer contra nuestros sagrados intereses el patrón Neptuno al introducir en el fondo del mar nuestro mayor enemigo: un gato! ¡Muera el gato!» «¡Muera!» —rugen mil voces entre frenéticas ovaciones—. En el acto queda fraguado el complot. Al día siguiente, cuando Pirulete sale a dar su paseo cotidiano, después de la cena, en busca de percebes, quisquillas y demás golosinas para postre, llega a cierto paraje que parece solitario; pero detrás de cada peña de coral le acechan cientos de miles de sardinas juntas, apretadas... como sardinas, que a una señal se abalanzan sobre él como fieras, y con él la emprenden a dentelladas. En vano el infeliz Pirulete intenta defenderse, luchar contra sus agresoras. Son demasiadas. Entonces grita desesperadamente: «¡Auxilio, que me hacen daño las sardinas!» Nadie le oye, o si le oyen se creen que se queja de alguna simple indigestión y no le hacen caso. Y momentos después, un pez fosforescente que pasa por allí ilumina el lugar de la tragedia, donde sólo queda, ¡ay!, un collar y un cascabel de plata. Justicia se ha hecho, ya que al fin y al cabo, aunque sea doloroso, es justo que después que tantas sardinas fueron comidas por los gatos, por una vez un gato haya sido devorado por las sardinas. Pero el dios Neptuno no lo entiende así; al enterarse del atentado de que ha sido víctima su gatito, su cólera es espantosa. Agitando su tridente, con furia sin igual, desencadena una tempestad tal, que todo el mundo huye y se oculta. Y como los demás, nuestros cuatro amigos que temen que el furor del terrible Neptuno se vuelva contra ellos. Allá van corriendo a mar traviesa Pipo, Pipa, la gentil Cocolín y el brioso Trompetilla buscando la salida, mejor dicho la «subida» de aquellos lugares peligrosos, cuando de pronto Pipa, que se ha quedado un poco rezagada, lanza un ladrido de espanto; ante ella se abre una especie de agujero enorme y tenebroso, que es la boca de un pez colosal. «¡A mí, Pipo!» —exclama la desventurada perrita—. Ya es tarde; el pez ha abierto la boca, ha cogido con ella a nuestra amiga y, ¡horror!, se la ha tragado con la misma facilidad que vosotros os tragáis un bomboncito de gotas de limón. Pero el héroe ha oído la llamada; rápido como una centella se vuelve en el instante en que Pipa desaparece en las entrañas del monstruo y lanza una carcajada magnífica de ira y de desafío. «¡Pececitos a mí; ja, ja, ja!» Mientras desenvaina con gesto fiero su invencible espada de madera.

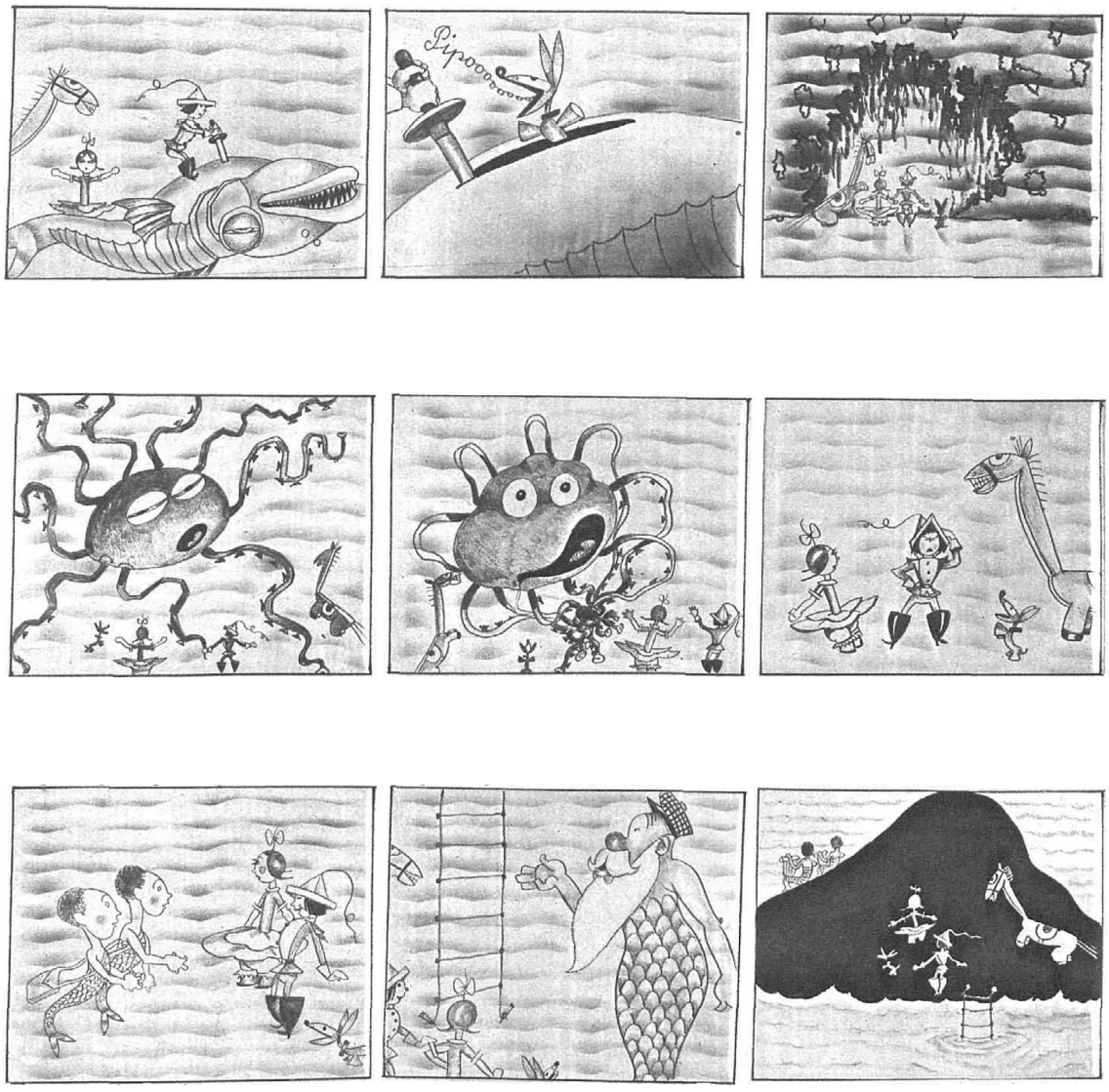

USD

EPISODIO CLXVII

LA GRUTA DEL PULPO

"¡Pez, con pez;
guerra, con guerra;
echa las tripas en esa cazuela!"

—ruge el héroe atacando al pez colosal con su acostumbrada intrepidez. La lucha es terrible, pero breve; el monstruo hace una defensa desesperada, pero a los pocos instantes yace muerto y panza arriba; sobre esta panza se sube nuestro gran Pipo, y hundiendo en ella su invencible espada de madera (una vez más, victoriosa), le abre una brecha enorme, de la cual sale una vocecita que todos conocemos, gritando: "¡Pipooo!", y después de la voz surgen una orejas que también conocemos. Es Pipa, que sale de las entrañas del monstruo vivita y coleando. Pero no basta con que se haya salvado la simpática perrita, pues todos siguen en peligro de ser alcanzados por el rey Neptuno enfurecido. Hay que ocultarse. ¿Dónde? Providencialmente descubren una gruta tenebrosa, y en ella se precipitan; pero la gruta no está desierta; suenan en ella ronquidos, muchos ronquidos, ¿Tanta gente hay allí durmiendo? No, sólo un ser, pero terrible: es un enorme pulpo que tiene nueve tentáculos y en cada uno multitud de ventosas aspiradoras, que son otras tantas bocas; no es extraño que cuando se duerme se oigan tantos ronquidos. "¡Qué cintas más bonitas!" —dice Cocolín, que anda flojilla en zoología—. Pipo le explica lo que son las "cintas" con las cuales el pulpo les asfixiaría a todos si se despertara. "Pero antes de que esto suceda —añade el héroe— le vamos a jugar una buena trastada." Y cogiendo con mil precauciones los tentáculos, los anuda por la punta. Luego los cuatro juntos gritan a una: "¡Uuuh!" El pulpo despierta sobresaltado, quiere desperezarse (esto ya sé que no se debe hacer en sociedad, pero los pulpos están muy mal educados), y al sentirse atado grita como un loco. Nuestros amigos se ríen de buena gana, y hasta Trompetilla, que es un caballito tan serio, suelta una carcajada. "Ahora, amigos míos, formalidad —dice Pipo—. Nos conviene abandonar cuanto antes el fondo del mar… pero ¿cómo? ¡Ah! Si viéramos al señor Sireno, él nos facilitaría la salida." "Para verlo —dice Pipa— habrá que esperar la noche." "¿Por qué?" —pregunta Cocolín—. "Pues porque los sirenos sólo salen de noche." ¡Lo que son las cosas de la casualidad! Hablando están de la familia Sireno, cuando ante ellos aparecen Toñín y Pepín, los niños que vuelven de clase, y amablemente los conducen ante su papá. En cuanto el señor Sireno se entera de la aventura, exclama: "Ya decía yo que el tal Neptuno es un señor de cuidado. Venid conmigo; yo os llevaré hasta la escala por donde bajasteis al fondo del mar y podréis volver a la superficie." Y pocos momentos después, se despiden del señor Sireno, ascienden por la escala que ya conocemos y se hallan de nuevo en la isla, donde las bellas Fifí y Mimí están tocando el arpa; tal es su distracción favorita, y se entregan a ella a todas horas, pues como en la familia del señor Sireno nadie tiene pies, ellas no tienen nunca medias ni calcetines que zurcir.


Pipoooooooo

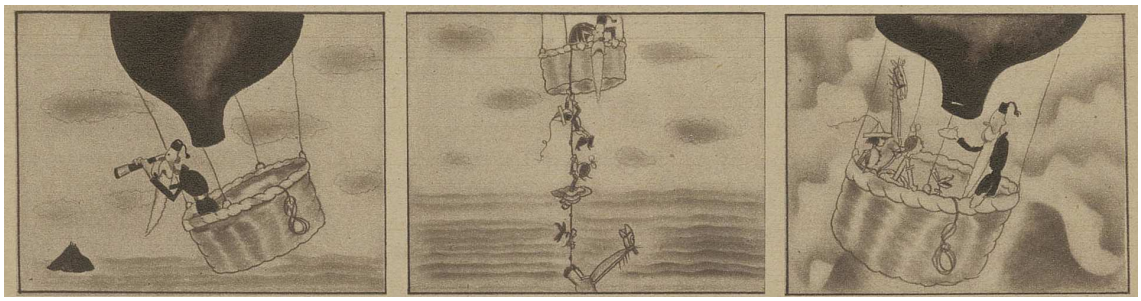
EPISODIO CLXVIII

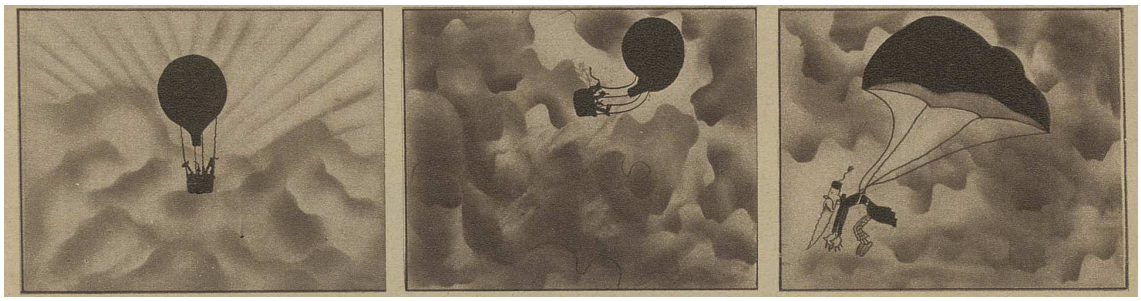
UN PASEÍTO POR LA ESTRATOSFERA

De palique están nuestros cuatro amigos con las amables señoritas sirenas, pero bastante preocupados, preguntándose cómo van a salir de aquel islote, cuando, de pronto, ven pasar sobre sus cabezas un globo. ¡Magnífica ocasión! No hay que desaprovecharla. Para llamar la atención del aeronauta, todos se dedican a agitar sus pañuelos y a chistar: "¡Chissstttt!", como si llamasen a un taxi. Aquel globo es casualmente uno de los cinco mil seiscientos sesenta y siete que hacen diariamente la ascensión de la tierra a la estratosfera y vuelta; va en él cierto sabio, llamado Pimpirulando, que, aburrido en su soledad, se apresura a echar una cuerda a nuestros amigos pensando: "¡Hombre, qué bien! Voy a tener compañía. Podremos echar una partidita de mus." Pipo, Pipa, Cocolín y Trompetilla, después de despedirse de Fifí y Mimí Sirena, se han agarrado a la cuerda y ya están todos en la canasta, donde el sabio, satisfechísimo al encontrarse con que sus nuevos compañeros son héroes famosos, les explica que está encargado de explorar las regiones estratosféricas para saber si conviene establecer en ellas un comercio de helados y abanicos o de pieles y caloríferos. En realidad, unos y otros resultarían igualmente oportunos, ya que primero atraviesan una zona de frío tan intenso que Pipa estornuda y Cocolín se constipa, y luego una zona de calor tan asfixante, que Pipo se tiene que quitar el gorro y Trompetilla suda por todos los pelos de la cola. Por último, el globo, ya a no sé cuántos miles de kilómetros de altura, entra en una zona donde no hace ni frío ni calor, pero donde, en cambio, hace aire, tanto aire que acaba desencadenándose un vendaval espantoso, del cual el globo es juguete. La situación se pone seria, trágica, desesperada. "¡Sálvese el que pueda!" —grita el sabio—. Pero, ¡ay!, el que puede salvarse es él solito, porque sólo trae un paracaídas, del cual, el muy egoísta, se apodera, lanzándose al espacio, mientras nuestros amigos quedan en el globo a merced de los vientos.

Pero, ¡oh, sorpresa!, apenas don Pimpirulando ha abandonado la barquilla, el globo, aligerado de aquel peso, que era enorme (se trata de un sabio pesadísimo), asciende magníficamente fuera de aquella zona peligrosa; cruza ahora por entre unas nubes de mil colores, y, dejando a su derecha la Vía Láctea, sigue subiendo, hasta que, de pronto choca contra un cuerpo duro, que no es otro que la Luna en persona, quiero decir, en planeta. Nuestros héroes se dan unos cuantos coscorrones por la violencia del choque y se hacen unos cuantos chichones, pero, al fin, aterrizan (mejor dicho, "alunizan") con bastante felicidad, y salen de la barquilla algo aturdidos, pero sanos y salvos.

En aquel momento ven avanzar un ser extraordinario, vestido de una manera lo más extravagante que cabe: lleva un traje amplísimo, unas botas que bostezan, unos guantes enormes, y, en la cabeza, una cosa muy rara (es un objeto que los hombres llevaban antiguamente y se llamaba "sombrero"). Aquel ser es… lo que sabremos el sábado que viene.





EPISODIO CLXIX

ESPANTAPÁJAROS DE ARRIBA

Aquel ser estrafalario parecía... lo que era, y era… lo que estáis viendo; él mismo se presentó amablemente a nuestros amigos, estupefactos por su facha: "Soy —dijo— el señor Espantagorriones, habitante de Espantapájaros de Arriba, que es el pueblo que tenemos en la luna, y adonde venimos a parar los espantapájaros cuando conseguimos huir de la tierra, donde somos tan desgraciaditos." "¿Y por qué son ustedes desgraciados en la tierra?" —pregunta Cocolín, compasiva—. "¡Toma!, por lo mal que nos tratan las personas —dice el señor Espantagorriones—. Nos visten con ropas viejas, no tenemos nunca la alegría de estrenar un traje, y, además, nos pasamos la vida solos en un sembrado, espantando a todo el mundo menos a los pájaros, que acuden a nosotros y nos llenan de..., bueno, de desconsideración." "¿Y aquí, en la luna, son ustedes felices?" —pregunta Pipo—. "¡Ya lo creo! Hacemos lo que nos da la gana; jugamos a las cartas y llevamos trajes que están hechos a nuestra medida." "Pues no lo parece" —exclama Pipa, que ya sabemos que es una "planchista" de primera; menos mal que el señor Espantagorriones no la oye. "Vamos —les dice— al pueblo, donde les presentaré a ustedes a nuestro gobernador, el ilustre señor Espantagolondrinas." Nuestros amigos aceptan; para llegar al pueblo atraviesan por un lugar lleno de chimeneas. "¿Qué es esto?" —pregunta Pipo, que le gusta enterarse de todo, con lo cual los viajes le instruyen el doble—. "Es una selva —contesta su guía—, porque aquí las selvas no son de árboles, sino que las componen las chimeneas que vuelan de la tierra en las noches de viento." Ya llegan al pueblo, pero el gobernador los acoge con muy malos modos; no es que sea mala persona, pero es que cuando pierde algún partidito de mus se pone de pésimo humor, y da la casualidad de que acaba de perder tres seguidos. "¡Nada, nada! —grita—. ¡Nosotros no podemos ser amigos de los habitantes de la tierra! ¡Ha llegado la hora de la venganza! ¡Que los traten como a nosotros nos trataron!" Da una orden y unos cuantos espantapájaros se apoderan de nuestro héroe y lo atan en cruz, de tal modo, que parecería un espantapájaros si no conservara siempre la gracia y la gallardía de su figura legendaria. Luego hacen otro tanto con la gentil Cocolín, si bien a ésta tienen la delicadeza de colocarla en medio de un campo lleno de amapolas y otras lindas llores silvestres. Nuestra amiguita que tiene el espíritu poético, suspira: "¡Qué lástima no poder coger esas flores! ¡Haría con ellas un ramo precioso!" Que viene a ser parecido a lo que dice Trompetilla, inmovilizado en un campo de avena: "¡Qué lástima no poder agacharme; menudo festín me iba a dar!" En cuanto a Pipa, la pobre, nada dice; le vuelve muda la pena de no tener nada que comer y de no poder moverse o de no poder tumbarse a dormir. ¡Triste situación, en verdad, la de nuestros amigos, convertidos en espantapájaros! El contemplarlos nos encoge el corazón, y ya que no les podemos salvar, alejémonos por un momento y vamos a visitar el resto de la luna.

EPISODIO CLXX

LUNALUNERA Y SUS HABITANTES

La superficie de la Luna se divide en dos partes (puede que en la escuela os digan otra cosa, pero todos los que hemos estado allí sabemos que es precisamente como yo os lo explico). La mitad de la Luna está ocupada por el pueblo de Espantapájaros, que ya conocemos. La otra mitad por un país que se llama Lunalunera y es precioso. ¡Todo tan blanquito! Allí hay ríos y estanques, lagos y lagunas que siempre están un poco tristes porque, naturalmente, la Luna no puede reflejarse en ellos como ocurre en las aguas de los demás países. Lunalunera tiene varios barrios: en uno viven los lunáticos, que son los que en la Tierra hacían cosas extravagantes; aquí, las hacen también, pero a nadie llaman la atención.

En el segundo barrio de Lunalunera viven los sabios distraídos, ésos de quienes se decía en la Tierra que estaban siempre en la Luna. Son esos sabios que nunca se enteran de nada y todo lo confunden; por ejemplo, por las mañanas se lavan la cara en un tazón de chocolate, y, en cambio, se beben a modo de desayuno el agua de la palangana.

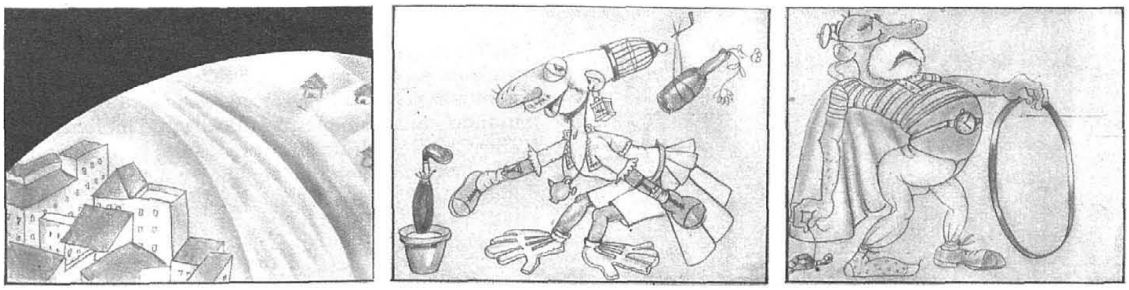
El tercer barrio de Lunalunera está habitado por los poetas que se pasaron la existencia en la Tierra haciendo versos a la Luna, rimando "flor" con "amor" y "rosa" con "mariposa". También están todos aquellos que gustaban de bailar valses y los que han estado en Venecia paseando en góndola y cantando el "Barbero de Sevilla" con voz de tenor.

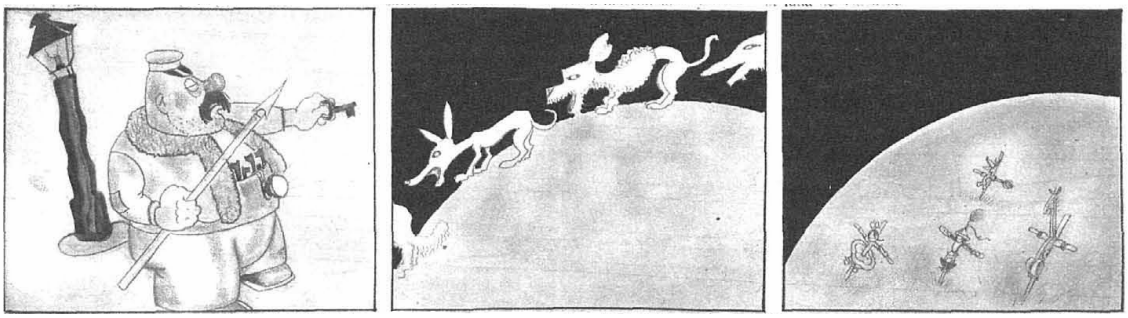
En Lunalunera hay un barrio muy ruidoso; de todas las casas salen gritos, insultos, ruidos de golpes y de vajilla que se rompe. "¡Malvado!" "¡Hiena!" ¡Pam!, una bofetada. "¡Imbécil!" "¡Estúpida!" ¡Pum!, un puñetazo. "¡Mamarracho!" "¡Birria!" Patatrás, un florero que se hace añicos. Y es que en este barrio de Lunalunera sólo viven matrimonios y éstos son los que se pasaron la primera parte de su existencia, la que vivieron en la Tierra, en una constante luna de miel. También hay en Lunalunera hermosos paseos públicos con florecillas en los prados y, en los bancos, borrachos roncando, borrachos que aquí, como en la Tierra, se pasan las noches a la luna de Valencia.

Hay en Lunalunera unos cuantos personajes de alto copete ante quienes todo el mundo se inclina con el mayor respeto; ellos son los que acaparan todos los altos cargos; son alcaldes, gobernadores, ministros, guardias de la porra, porteros de casa grande… Como distinción llevan un chuzo y un farol. Son los que en la Tierra fueron serenos.

También hay en Lunalunera, como en todas partes, perros, pero estos perros son todos escuálidos y de pelo lacio; son los que en la Tierra se pasaban las noches en claro, ladrando a la Luna y no dejando dormir a los vecinos; ahora, por no perder la antigua costumbre, estos escandalosos perros ladran a la Tierra.

Pero ahora recuerdo que hemos dejado solitos, cada cual en su respectivo sembrado, a nuestros queridos héroes. Volvamos a escape a ver qué ha sido de ellos. Pues en el mismo sitio que los dejamos nos los volvemos a encontrar. Tristes y aburridos están los pobres, pero he aquí que de pronto sucede algo extraordinario.



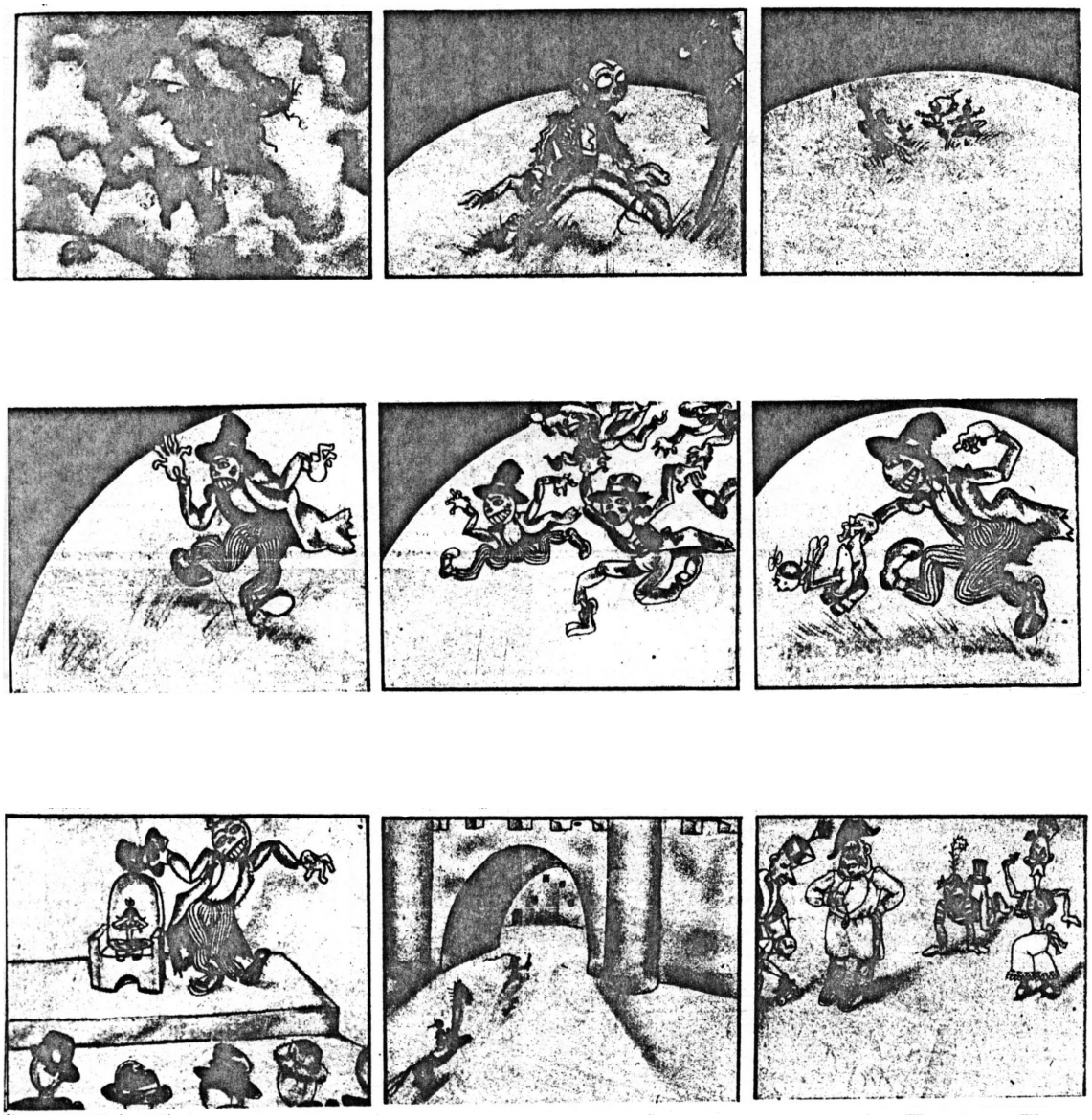


EPISODIO CLXXI

COCOLÍN ENTRE LOS ESPANTAPÁJAROS

Aquella tarde en que tomaba la alternativa el Microbio Chico, estaba resuelto a lucirse de lo lindo, y sí que se lució, sí. Después de media docena de verónicas, otros tantos quites y no sé cuántos pases, entró a matar con mucha decisión, pero con tan mala fortuna que de un topetazo le lanzó el toro al aire (fue entonces cuando el Microbio pudo exclamar: "Me he lucido."). Subió hasta las nubes. ¿Qué digo las nubes? Mucho más allá. El infeliz atravesó la estratosfera, y describiendo cientos de saltos mortales fue a parar, ¡justo!, a esa parte de la luna donde estábamos nosotros precisamente cuando dejamos a nuestros pobres héroes en tan triste situación.

Cuatro exclamaciones de alegría (dos gritos, un ladrido y un relincho) acogieron la providencial aparición del torerillo, que, apenas repuesto del susto y del trompazo, se apresuró amablemente a desatar a nuestros amigos. "Y ahora —ordena Pipo—, huyamos." Así lo hacen todos, con la particularidad de que el Microbio Chico disfruta el alto privilegio de ir montado en Trompetilla. Se lo merecía y buena falta le hace, porque el pobre va tan contusionado que no puede andar. Lo terrible es que apenas ha empezado la huida cuando allá, a lo lejos, los divisa nada menos que don Espantagorriones, que, horrorizado de ver cómo los cautivos se atreven a desobedecer las órdenes del señor gobernador, empieza a gritar: "¡A ésos, a ésos!", y echa a correr detrás de los fugitivos, dando así el ejemplo que se apresuran a seguir todos los señores espantajos del país de Espantapájaros. Allá corren don Espantacanarios, don Espantagolondrinas y don Espantamirlos; aquello es espantoso y espanta a cualquiera, sin embargo, Pipo corre sin perder la serenidad y el Microbio Chico va al pelo, pues el bravo Trompetilla galopa intrépidamente; en cambio, a Pipa le tiemblan las patitas como si fueran de flan, y Cocolín, del susto, va dando traspiés; tanto, que la pobre se queda atrás, y, ¡horror!, una mano enguantada agarra de pronto la punta de su vestidito de organdí. Al grito de su gentil amiga Pipo vuelve la cabeza, pero con su habitual presencia de ánimo se da cuenta de que no tiene medios de luchar contra tantos espantapájaros y grita: "¡No te asustes, Cocolín! ¡Vamos en busca de ayuda para salvarte!" Cocolín apenas le oye; ya se la han llevado, y el señor gobernador ha discurrido una idea que le parece genial: "Ya tenemos —declara— una espantapájara que nos hacía mucha falta; se casará con quien la merezca." Y pese a sus lágrimas, la pobre Cocolín ha sido instalada en un trono y sacada a concurso. Entre tanto, sus ex compañeros, siempre corriendo, han llegado ante las murallas de un país que ya conocemos, pues es Lunalunera. "Aquí —dice el héroe— encontraremos seguramente la ayuda que necesitamos para ir a salvar a Cocolín de las garras de los espantapájaros." Y sin pérdida de tiempo, el grupo se adentra en la primera calle que encuentran; están en el barrio de los lunáticos.



EPISODIO CLXXII

EL POETA FLORINGUINDINGUI

El aspecto extravagante de los lunáticos deja a nuestros amigos estupefactos: "¡Esta gente está loca! —exclama Pipo—. ¿Cómo van estos chiflados a ayudarnos a salvar a Cocolín? ¡Imposible!" Y él, que es siempre tan sereno cuando se trata de sí mismo, se desespera por su amiguita, hasta el punto de tirarse de los pelos y del casco. Pipa y Trompetilla berrean, sólo el Microbio Chico se queda tan fresco. ¡Claro, como que a él le tiene sin cuidado nuestra gentil Cocolín! En este momento suena una bocina: ¡Pooo, pooo! Y aparece un auto que es una bañera con ruedas, empujada por un lunático disfrazado de pasiega. En el auto se pavonea un señor de aspecto importante. Pipo comprende que este señor es el alcalde de Lunalunera y aprovecha la ocasión; se precipita ante el "automóvil" y lo para, a riesgo de ser atropellado, gritando: "¡Señor alcalde mayor, prenda usted a los ladrones, que nos han robado a nuestra amiguita Cocolín." Pero don Paco Sabroso —tal es el nombre de aquella opulenta autoridad— le aparta con la mano y con indignación.

"¡Desdichado —le grita—, aparta de mi camino! No distraigas mi atención, que estoy ocupadísimo en llevar a cabo una obra gloriosa destinada a proporcionar la felicidad de mi amado pueblo. ¡Sí! Estoy colocando en las calles unos cestitos especiales para que los ciudadanos se entretengan en rodearlos de papelitos esparcidos por el suelo. ¡Déjame en paz!"

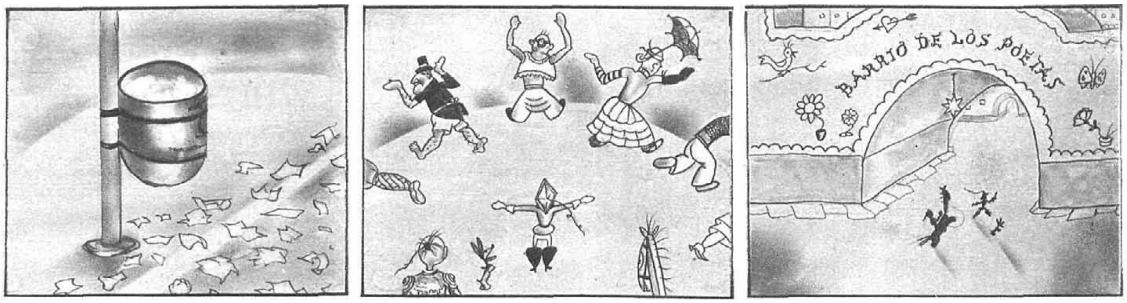
El auto-bañera prosigue su camino, veloz, y Pipo se queda plantado en medio de la plaza, entre lunáticos que pasan sin hacer caso de sus súplicas. "Aquí —dice, al fin, el héroe con desaliento— no hay nada que hacer; estos lunáticos son unos egoístas; vámonos a otro barrio." Echan a andar y llegan ante una puerta que dice: "Barrio de los poetas". El letrero está rodeado de dibujos que representan flores, mariposas, tórtolos atortoladísimos, y, sobre todo, muchos corazones traspasados por flechas de color de rosa. Pipo se pone contentísimo: "¡Aquí encontraremos ayuda! —exclama—. Los poetas se pasan la vida hablando de su corazón y deben tenerlo muy grande y tierno. Les conmoverá la suerte de Cocolín."

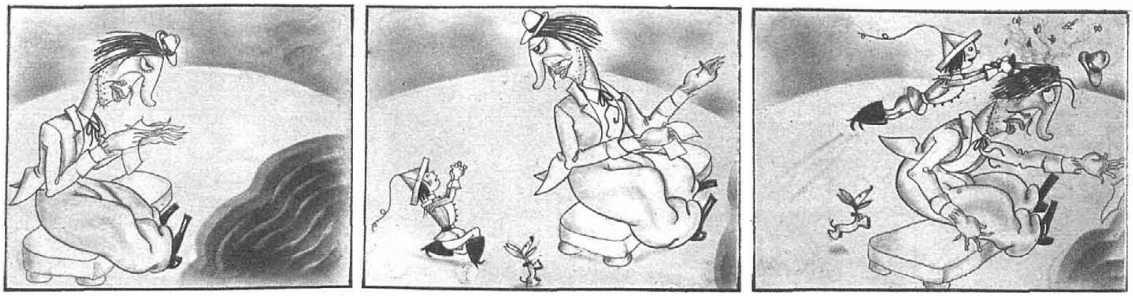
Junto a un lago lunero encuentran al célebre Floringuindingui, que es, como todos sabéis seguramente, el más grande poeta de la luna. El tal Floringuindingui está muy ocupado escribiendo un poema que empieza así:

"¡Qué desdichado nací,
pese a mi tipo arrogante...,
... pues la luna, para mí.
siempre está en cuarto menguante!"

Al oír la petición de nuestro héroe, Floringuindingui le mira con desprecio: "Los poetas —le dice— sólo hacemos versos y no nos ocupamos de esas cuestiones prosaicas. Déjame en paz, que nada me importa la suerte de esa estúpida de Cocolín."

Al oír este insulto inmerecido, el héroe se siente heroico, y, vibrante de indignación, enarbola su espada, y, ¡zas!, descarga con ella un mandoble en la cabeza de Floringuindingui, de la cual salen, a modo de sesos, serrín, grillos y mosquitos, mientras que Pipa, furiosa, le muerde en la parte menos poética de su cuerpo.


BARRIO DE LOS POETAS

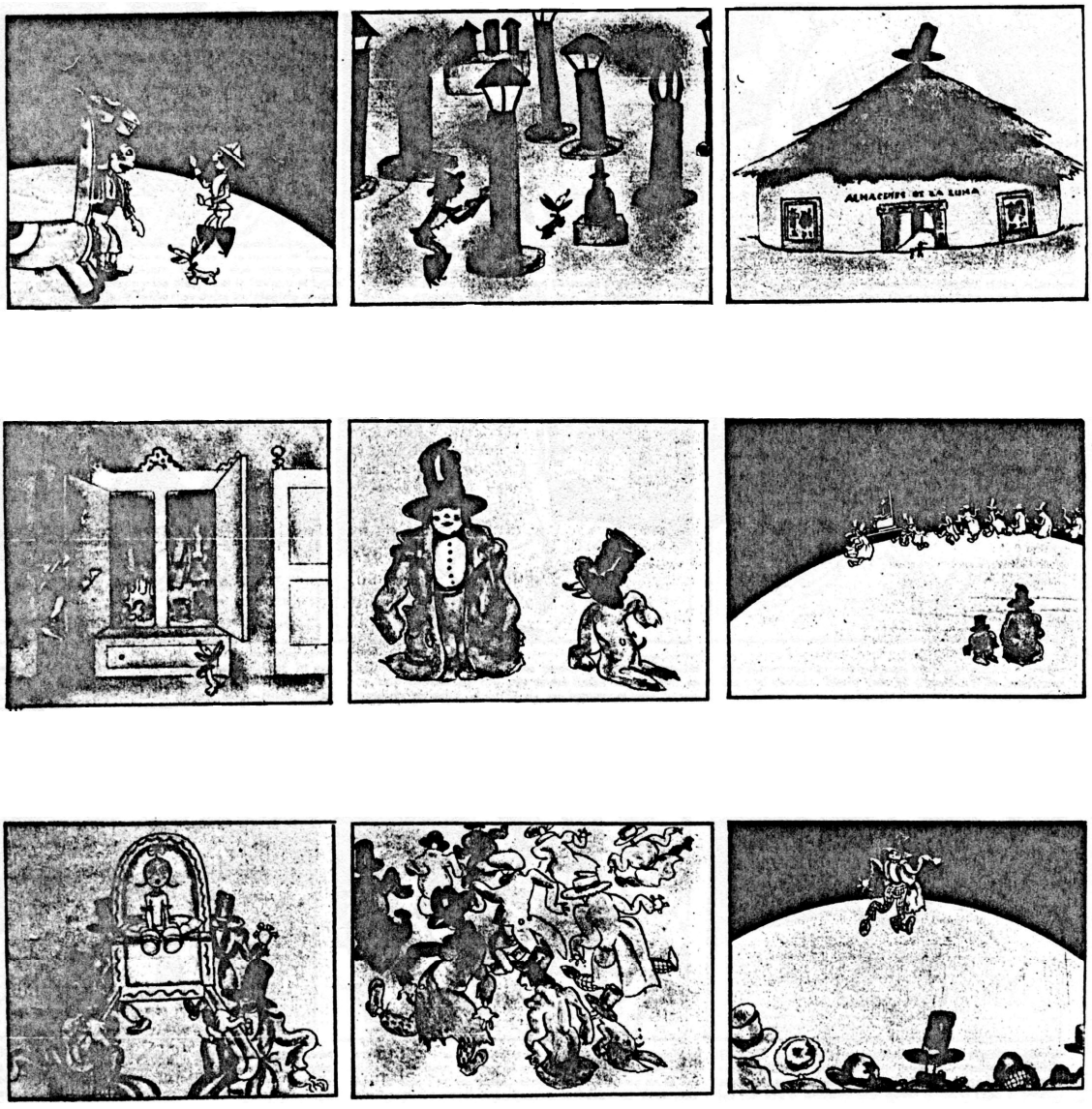


EPISODIO CLXXIII

DOS ESPANTAJOS MÁS

El poeta Floringuindingui se tira de los pelos con desesperación: "¡Ay de mí! —gime—. ¡Me he quedado con la cabeza vacía! ¡Ya no podré escribir más que zarzuelas y revistas!". Pipo, dejándole entregado a sus lamentaciones, se lleva aparte a sus compañeros: "Está visto —dice— que no encontraremos quien nos ayude. Está bien; partiré con Pipa, no será la primera vez que los dos solitos realizamos una hazaña como ésta, ¿verdad, Pipa?" "Verdad, mi amo —contesta Pipa—, pero quisiera que fuera la última." "¡Calla, calla, pequeñísima cobardona! —exclama el héroe, y añade, dirigiéndose a Trompetilla y al Microbio Chico—: Vosotros esperadnos aquí." Pronto llegan a la selva de las chimeneas que ya conocemos; es noche cerrada. "Esperemos —dice Pipo— a que amanezca, pues de día es cuando descansan los habitantes de la luna." En efecto, en cuanto amanece, la luna entera se queda dormida; entonces, Pipo y Pipa salen de la selva y se dirigen hacia unos almacenes que se llaman: "Al Espantajo Elegante". "Pero, mi amo —dice Pipa— ¿qué quieres comprar ahora? ¿No ves que esta tienda, como todas, está cerrada, porque es de día?" "¡Claro, tontuela! Eso es lo que busco, pues hemos de vencer esta vez a nuestros enemigos con las armas del ingenio." Y Pipo recorre la tienda, llena de trajes anchísimos, zapatos de suela bostezando, chisteras y hongos, y se acerca a un armario del cual extrae unas cuantas ropas. Transcurren unos minutos y he aquí que de los grandes almacenes salen dos seres extravagantes, que son… ¿Cómo? ¿Pero es posible que ya los hayáis conocido? Bueno, si los enemigos de nuestro héroe fueran tan listos como los sois vosotros, no habría aventura posible. Entre tanto, va muriendo el día, ya cae la noche y suenan ruidos de pasos y rumor de voces. Es que la luna despierta al morir el sol y renace en ella la vida y la animación; pero aún hay algo más; allá, a lo lejos, avanza una extraña procesión. Pipo y Pipa escuchan, miran, observan y ven que al frente de la procesión van cuatro espantajos vigorosos, llevando una silla que parece un trono, y en este trono de honor va sentada una figurita… ¡Ah! Como nosotros, nuestros héroes han ahogado un grito de sorpresa: la que va sentada en aquella silla es Cocolín, nuestra gentil amiguita, tan asustada la pobre que lleva sus ojos desmesuradamente abiertos por el espanto de verse así rodeada y seguida por aquella multitud de mamarrachos. A Pipa le tiemblan las patitas, pero su amo la tranquiliza: "Vamos —dice—, y no tengas miedo, que nadie se fija en nosotros." Y es cierto; están tan bien disfrazados que se mezclan a los demás y siguen la comitiva confundidos con los espantajos.

Así llegan todos a un lugar desierto. "¡Alto!" —grita un voz estentórea—. Es la del jefe, el terrible Espantagorriones, que se coloca en el centro y pronuncia las siguientes palabras: "Ha llegado el momento de decidir quién merece ser el feliz esposo de la nueva espantapájaras. Vayan saliendo uno a uno los aspirantes a su mano."


ALMACENES DE LA LUNA

EPISODIO CLXXIV

LOS PRETENDIENTES

Entre la multitud de aspirantes a la mano de Cocolín, la nueva espantapájara, avanzó uno que no cesaba de agitar las manos y los pies, cual si tuviera el baile de San Vito, y dijo: "Opino que debe ser elegido el que mejor baile para que el novio pueda lucirse bailando en la fiesta de la boda. Y el que mejor baila..."

Avanzó el segundo aspirante, llevando una chistera tan alta que parecía un tubo de chimenea, un chaqué cuyos faldones le rozaban los tacones y guantes amarillos tan grandes que en cada uno le hubieran cabido las dos manos. "Lo principal —dijo— es que el novio sea elegante para que resulte bien la fotografía de boda. Y nadie aquí tan bien... como yo."

El tercero que tomó palabra exclamó: "Hay que pensar en los hijos." Y para que los hijos se parezcan a su papá, éste debe ser fuerte, robusto, sano, rebosando salud; ¡gordo, en fin!" No necesitaba añadir que en tal caso el elegido había de ser él, pues en verdad que su volumen dejaba en mantillas a cualquier socio del Club de los Bocadillos.

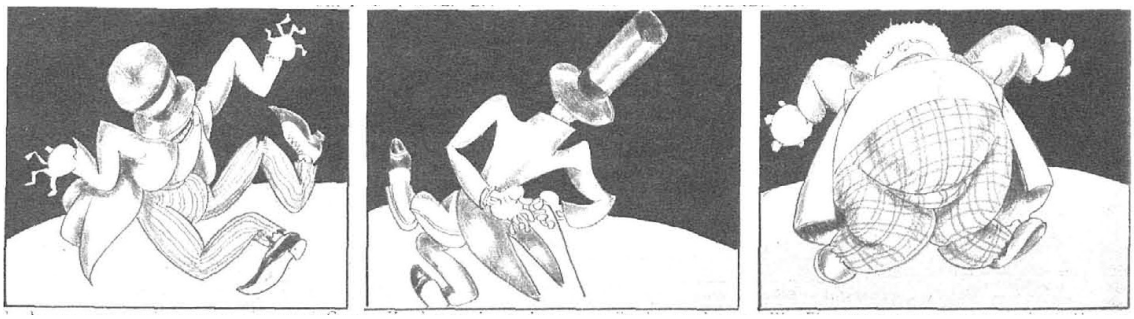
Pero al gordo sucede una especie de fideo visto de perfil, que protestó con vehemencia: "¿Qué es eso de pensar solamente en los hijos? ¿Pues y las hijas? Estas deben ser delgadísimas, deben tener línea, línea recta, para que les sienten bien los vestidos de moda y se puedan dedicar al cine. El elegido, pues, debe de ser el más flaco de todos nosotros."

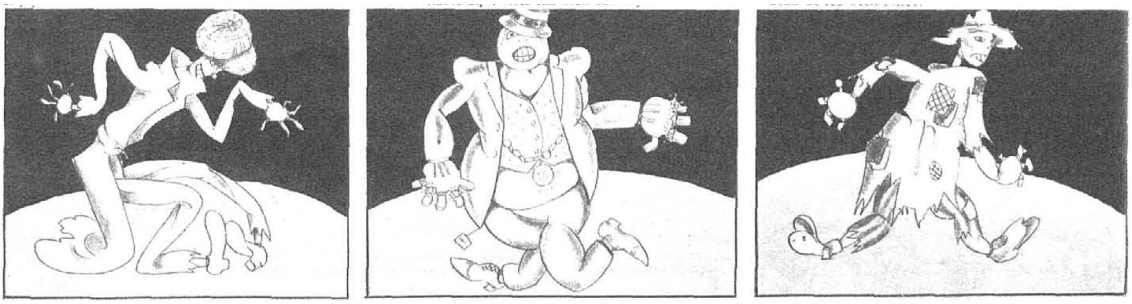
Avanzó entonces un espantajo que llevaba sortijas de brillantes en todos los dedos y, sobre el chaleco, una cadena de oro que podía haber soportado, en lugar de un reloj, el ancla de un buque: "Dada la carestía de la vida —dijo aquel ricachón— lo primero en un matrimonio es el dinero. El elegido debe ser el hombre más rico del país."

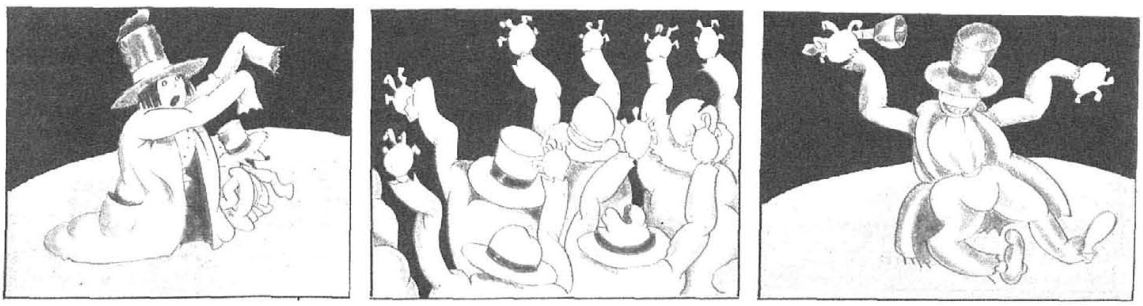
Una voz airada partió de la multitud: "Los maridos ricos —decía— abandonan su hogar para ir a los toros y al círculo. Nada vale el dinero sin la inteligencia. Elegid, pues, un hombre inteligente como yo, aunque sea más pobre que una rata." Y así de pobre debía de ser el que hablaba, pues su traje era un conjunto de harapos y remiendos y tenía cara de muerto de hambre.

Entre tantas opiniones, el presidente se mostraba perplejo, cuando avanzó un nuevo aspirante que nada tenía de particular para los demás, pero mucho para nosotros, ya que era en realidad nuestro amigo Pipo disfrazado como recordamos y confundido entre los demás espantajos: "Señor presidente —dijo con voz enérgica—: está visto que aquí cada cual propone lo que a sí mismo le conviene, y eso no me parece bien. Debe vencer el que proponga algo que sirva para todos. Por lo tanto, concédase la mano de la espantapájara a aquél que presente la idea más divertida para la fiesta de la boda. Así, aunque se case uno sólo, nos divertiremos todos." Grandes aclamaciones de entusiasmo acogieron la ocurrencia.

El presidente se levantó, impuso silencio con su campanilla, y declaró con gran solemnidad: "Queda aceptada por unanimidad la idea del señor Espantamirlos (tal era el nombre que había tomado Pipo al inscribirse en el concurso). Aquél a quien se le ocurra la más divertida fiesta de bodas será el vencedor a quien se conceda la mano de la señorita Espantapájara."







EPISODIO CLXXV

LA CARRERA DE SACOS

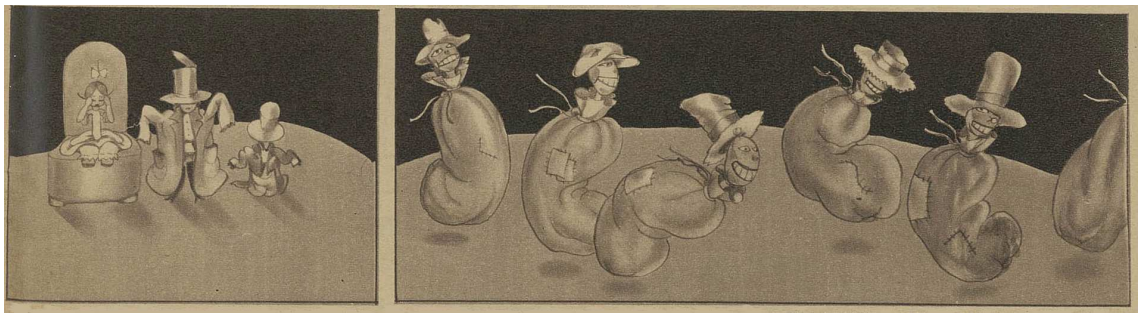
Ya varios espantajos han propuesto ideas más o menos descabelladas, pero todas «menos» divertidas para la fiesta de la boda, cuando avanza uno que no necesito nombrar para que lo reconozcáis en seguida, y dice: «Respetable público: propongo que todos los asistentes a la boda tomen parte en una gran carrera, metido cada cual en un saco. El que antes llegue a la meta tendrá derecho a casarse con la novia —que será la meta—. ¿Qué os parece?» A todos les parece muy bien; ¡lo que se van a divertir! Y por segunda vez el señor presidente de la asamblea declara aprobada por unanimidad la proposición del ingenioso espantajo. Este añade que se ofrece a preparar los sacos para la carrera sin pedir más recompensa para este trabajo que la de ser el árbitro del juego. Aceptado todo, ya tenemos a Pipo ayudado por otro espantajo chiquitín, que es, como habréis adivinado, Pipa; los dos están ocupadísimos en preparar docenas de talegos; pero esta preparación consiste sencillamente en embadurnarlos interiormente con fuerte cola de carpintero.

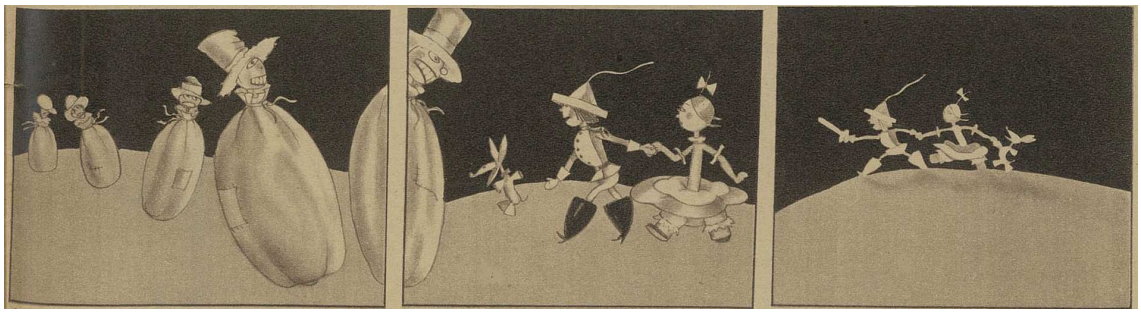
Ya está todo dispuesto; el jurado va a colocarse junto a la meta, o sea la butaca donde la pobre Cocolín se desespera viendo ya inminente la hora de su enlace con uno de aquellos mamarrachos. "¡Ji, ji, ji! —llora Cocolín— ¡Yo no quiero ser una señora espantaja! ¡Yo no quiero volverme tan fea como ellos! ¡Yo no quiero que me vistan así! ¡Ay! ¡Qué desgraciadita soy!"

Viendo su pena, a Pipa se le saltan las lágrimas y hace señas a su amo de que le descubra a Cocolín quienes son, que le diga que están ahí para salvarla; pero el héroe se niega a descubrir tan gran secreto en este momento dramático. Sería exponerse a que lo descubrieran todos y se echase todo a perder. ¡Y mientras Cocolín sigue llorando, bien ignorante de lo cerca que tiene a sus amigos y su salvación, Pipo y Pipa contemplan la carrera que acaba de empezar! La verdad es que tiene gracia ver a todos aquellos fenómenos correr a saltitos, empujarse, caer, rodar y levantarse, metidos en sus sacos; ellos mismos, a pesar de los chichones, no pueden menos de reírse con toda su alma viéndose unos a otros. ¡Lo que se divierten!

Pero de pronto se divierten menos; han empezado a notar los efectos de la cola que, al secarse, les pega el saco al cuerpo; en vano intentan despegarse; se agitan, hacen esfuerzos; todo en vano, y ya ni esfuerzos siquiera pueden hacer, porque por efecto de la cola se quedan tiesos, rígidos, inmovilizados. A la sorpresa y a la inquietud sigue la exasperación.

Todos gritan, rugen, mientras que Cocolín deja de llorar y los mira estupefacta. ¿Qué les pasa a sus grotescos pretendientes? Le saca de su asombro una carcajada, mientras que una voz juvenil y vibrante suena en sus oídos: «Ya estás libre, Cocolín. ¿Qué te parece la jugada?» En un santiamén, Pipo y Pipa se han despojado de sus disfraces ante las propias narices de los espantajos furiosos pero inmóviles. Y sin prisa —no hay cuidado de que les persigan— nuestros tres amiguitos se alejan del pueblo de Espantapájaros, en busca de Trompetilla y del Microbio Chico para abandonar con ellos esa luna inhospitalaria con toda su variedad de lunáticos odiosos y extravagantes.





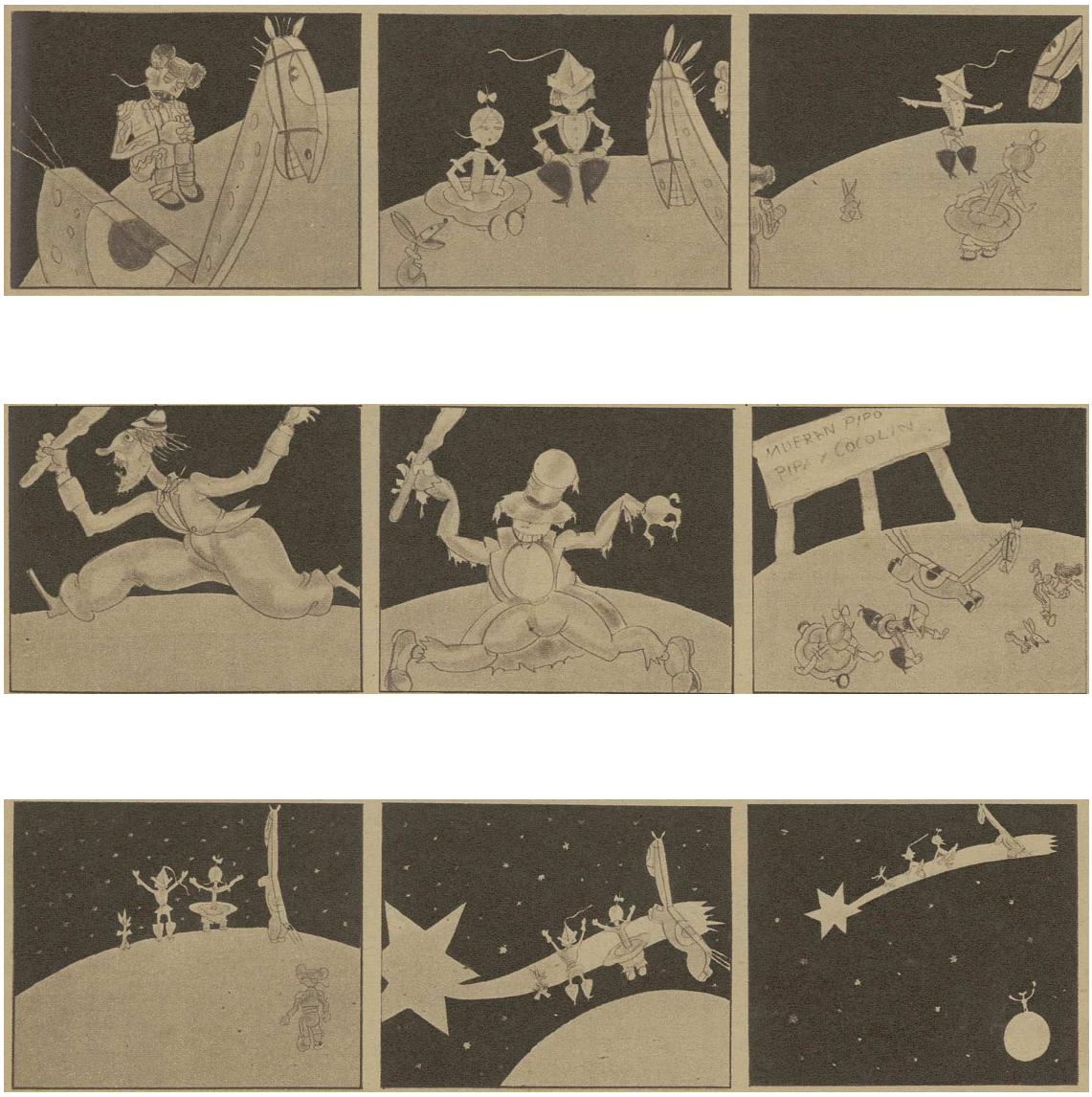
EPISODIO CLXXVI

LA ESTRELLA QUE PASA

Mucho tiempo llevan el Microbio Chico y Trompetilla esperando la vuelta de Pipo y Pipa, en el mismo sitio que los dejaron nuestros héroes. El Microbio, a quien todo le sale por una friolera, se aburre tanto, que se queda dormido y tiene una pesadilla horrible: sueña que se ha enganchado en los cuernos de la luna. En cambio, el buen Trompetilla está preocupadísimo par la suerte de sus amigos. ¿Habrán logrado Pipo y Pipa salvar a Cocolín? ¿O habrán perecido en la empresa? De pronto, el caballito de cartón lanza un relincho de alegría, que despierta al Microbio de sopetón: «¡Allí vienen ya los tres!» Vienen tan fatigados por sus aventuras, que caen rendidos en el suelo, y ya completa la reunión, se delibera gravemente: «¿Adónde ir? ¿Nos quedamos en la luna o nos volvemos a la tierra?» —preguntan todos—. «Lo primero sería comer algo, a ser posible alguna golosina.» (No necesitamos decir que esta proposición parte de Pipa.) Pero de pronto, los cinco se ponen en pie al oír pasos precipitados y una voz furiosa. El que llega es el poeta Floringuindingui, que, enarbolando una gruesa garrota, parece dispuesto a vengarse de los chichones que le produjo Pipo, y que por lo visto todavía no ha digerido. (Esto es natural. ¡Cualquiera digiere chichones!) Ante el ataque imprevisto, el héroe se presta a la defensa, pero por otro lado llega al mismo tiempo el presidente de los Espantajos, que también enarbola un garrote no menos grueso que el del poeta. Por lo visto, logró, al fin, despegarse del saco y parece dispuesto a castigar a sus burladores. ¡Sálvese el que pueda! Nuestros amigos optan por la huida, que en casos como éste es un recurso honroso.

Así corriendo, recorren la luna en todos los sentidos; pero adonde quiera que van sólo encuentran caras hostiles y letreros amenazadores. «¡Y nos preguntábamos lo que íbamos a hacer! —exclama nuestro héroe—. Pues ya no cabe duda; lo que vamos a hacer es abandonar cuanto antes la luna, que se ha vuelto inhabitable.»

«Pero mi amo —dice Pipa—. ¿Cómo salir de aquí, si no tenemos aeroplano?» «¡Ni siquiera paracaídas!» —añade Cocolín—. «No os preocupéis; tengo una idea —contesta el héroe—. Nos vamos a acercar al borde de la luna y esperaremos a la primera estrella errante que pase.» «¡Sí, sí! —grita Cocolín, encantada—. Cuando pase desearemos tres cosas, y es seguro que se cumple una.» «No seas tontuela, Cocolín —dice Pipo—. No se trata de supersticiones, sino de salir de aquí agarrándonos al rabo de la estrella.» Y así lo hacen; después de esperar un rato, como quien espera el autobús, ven llegar una estrella y de un salto los cuatro saltan sobre ella. Digo los «cuatro», porque el Microbio se ha negado a seguir a sus compañeras; prefiere quedarse «en la luna» y buscar una ocasión de triunfo dándole unos pases y unas verónicas al Tauro, en la Plaza del Zodiaco. Así que, desde la luna, agita su pañuelo: «¡Adiós! ¡Adiós!» —dice despidiéndose de nuestros héroes, que ya, a toda velocidad, desaparecen por los espacios siderales.


MUERAN PIPO
PIPA Y COCOLIN

EPISODIO CLXXVII

UN PAÍS EXTRAORDINARIO

¡Pfffffffftttttttt! Como un cohete a la estrella errante, lanzada por los espacios siderales; agarrados a su cola, nuestros amigos las pasan negras; tan pronto se asfixian de calor y sudan como patos, porque pasan por la proximidad del Sol, como tiritan de frío y lanzan un verdadero concierto de estornudos al acercarse a la constelación de la Osa Mayor.

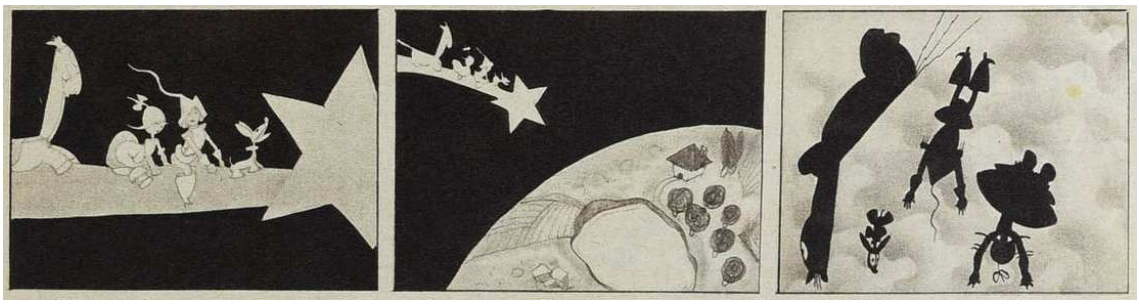
De pronto, la aguda mirada de nuestro héroe distingue, entre los millones de mundos diferentes que los rodean, uno que le hace exclamar como a Colón: «¡Tierra!» Y es verdad, allí está nuestro redondo planeta dando vueltas, como de costumbre. «¿Cómo aterrizaremos?» —pregunta pipa. «En cuanto pasemos sobre un lugar oportuno —contesta Pipo—, yo os aviso y nos tiramos.» «¿Sin paracaídas?» —exclama Pipa asustada—. «Sí, porque caeremos en el agua y no nos haremos daño.» «¿En el agua; sin calabazas?» —torna a protestar Pipa, con inquietud creciente—. Pero Pipo no hace caso; ya ha vislumbrado un lago, y, con su sagacidad de siempre, advierte que es de poca profundidad. «¡Ahora!» —grita.

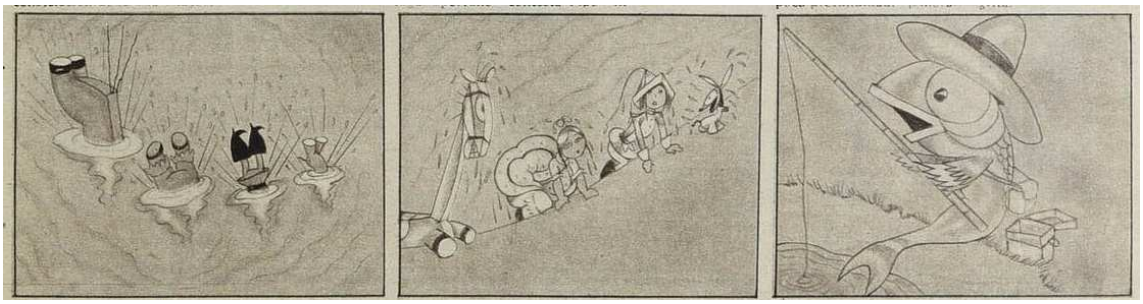
El héroe ha dado el ejemplo tirándose el primero, y sus compañeros no han tenido más remedio que seguirlo; allá van todos, y ya los tenemos en el lago, donde los pobres están metidos en el barro del fondo con agua hasta la cintura. Diréis que hasta la cintura no es mucha agua, pero es que están cabeza abajo.

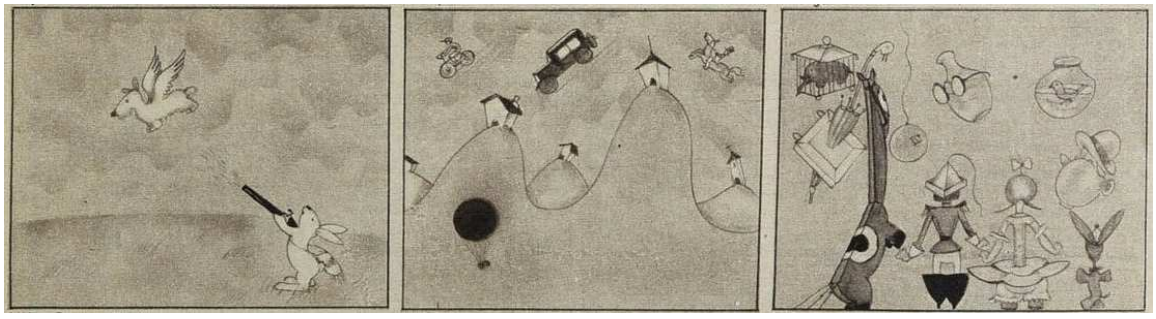
El primero en desasirse es, naturalmente, nuestro gran Pipo, que logra salir a la superficie, y de un tirón vigoroso consigue sacar a sus compañeros por los pies. Chorreando están los cuatro, y menos mal que luce un sol espléndido que, caritativo, sorbe el agua que los empapa. De pronto, Cocolín lanza una exclamación de sorpresa.

«¡Mira, Pipo! ¡Mirad todos!» La verdad es que el espectáculo es para sorprender a cualquiera: en el borde del lago hay un pescador; lleva un ancho sombrero de paja y está pescando; dos cosas que en un pescador no tienen nada de particular, ya lo sé; pero lo extraordinario es que este pescador es... un pez, un enorme besugo.

Contemplándolo están nuestros amigos, cuando de pronto les sobresalta el ruido de un disparo; vuelven la cabeza y ven en el campo un cazador, que es… un conejo; fusil al hombro, este conejo acaba de disparar un tiro con tan poco acierto que la caza escapa, volando por los aires; este animalito que vuela no es ninguna perdiz, es… un perro, sí, un perro con alas. «¿Pero qué país tan raro es éste?» —pregunta el buen Trompetilla—. «Pronto lo vamos saber —dice Pipo—; en cuanto lleguemos a algún pueblo.» Echan a andar y llegan en seguida a una ciudad donde las casas están edificadas sobre altísimos picachos; en el llano circulan globos y aeroplanos, mientras cruzan por los aires automóviles, bicicletas, «metros» y hasta carretas tiradas por bueyes. Al verse rodeado de elefantitos metidos en jaulas, pájaros nadando en peceras y otras cosas por el estilo, nuestro héroe se golpea la frente: «¡Ya sé dónde estamos! —exclama—. Este es el país del mago Andrés, donde todo sucede al revés.»







EPISODIO CLXXVIII

UNA CARTA MISTERIOSA

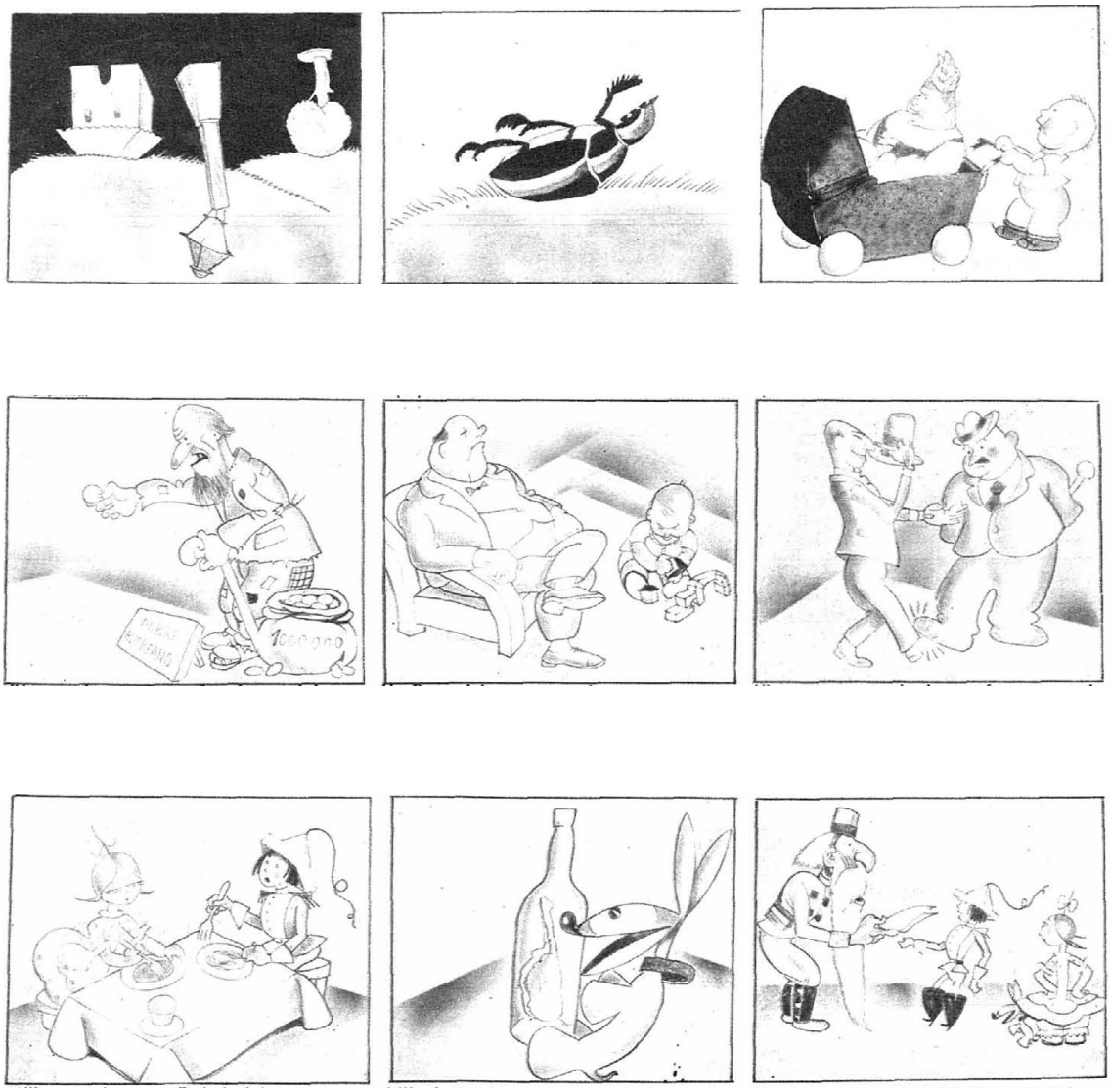
Recorriendo aquel extraordinario país del Mago Andrés, donde todo sucede al revés, nuestros amigos van de sorpresa en sorpresa. Las casas descansan sobre el tejado, y en la misma singular postura aparecen los árboles, los faroles; todo en general. «Tiene gracia —dice Cocolín—; por lo que se ve, aquí todo está boca arriba.

«Y hasta hay animales que cambian de nombre.» —dice Pipo—. «¿Cómo es eso, mi amo?» —pregunta Pipa—. Nuestro héroe designa un precioso insecto tumbado en el suelo sobre su caparazón de dorados reflejos. «¡Mirad! —dice—. Este insecto, en cualquier otro país, sería un escarabajo y aquí es un «caraarriba».» Pipa y Cocolín ríen el chiste de buena gana, cuando oyen que les imponen silencio. «¡Chist, no metáis ruido, que me vais a despertar a la chacha!» El que así habla es un nene gordinflón y sonrosado que empuja un cochecito en el que va una robusta pasiega dormida. En efecto, se despierta y, llorando, pide biberón que el bebé se apresura a administrarle con solicitud maternal. A pesar de que todo sucede al revés en el país del Mago Andrés, también hay, como aquí, mendigos. Ahora que éstos, al tender la mano al transeúnte, le imploran en la siguiente forma: «Tenga la caridad de aceptar esta limosnita, hermano.» Y le entregan un duro que sacan de un saco repleto de dinero.

Dentro de las casas no suceden cosas menos singulares que en las calles. Así, por ejemplo, cuando los Reyes le llevan a un niño un juguete de construcción mecánica, no creáis que el papá se apodera del juguete y se pone a jugar con él, como sucede en todas partes; son tan raros, que es el niño el que se entretiene en hacer construcciones mientras que el padre se conforma con mirarlo. Ya lleva Pipa un rato gruñiqueando: «¡Tengo hambre! ¡Estoy cansada!». Y su amo decide buscar una fonda. Cuando van a entrar, presencian una escena singular: un señor le pisa a otro un pie y éste se echa a reír y pone el otro pie, diciendo con amabilidad: «Si usted gusta puede repetir. En la fonda le sirven una comida que debe de estar suculenta..., pero no la pueden ni probar; porque para tomar la sopa le dan tenedores y para cortar la carne cucharas de palo. Pipo aprendió en la China (¿dónde no habrá estado él?) a comer el arroz con palitos, pero esto es todavía más difícil.

La más desesperada es la pobre Pipa, que padece un verdadero suplicio de Tántalo, pues le han traído una magnífica chuleta... encerrada en una botella de cristal, y por más vueltas que le da la desventurada no acierta a hincarle el diente, y tiene que contentarse con el olorcilto que, por supuesto, contribuye a abrirle todavía más el apetito.

Nuestros amigos salen de la mesa con más hambre que tenían al sentarse, cuando les distrae la aparición de un botones, que es un venerable anciano de luengas barbas, pues allí los continentales solamente emplean chicos mayores de ochenta años. Este botones entrega a Pipo una carta cuyo sobre va encerrado dentro del pliego de papel.



EPISODIO CLXXIX

UNA ANCIANITA DE CINCO AÑOS

«Ilustre héroe —dice la carta, que Pipo lee en voz alta ante sus compañeras—: enterado de tu llegada, te ruego acudas a mi palacio cuanto antes.» Y la firma: «El rey». «¡Chico —exclama encantada Cocolín—, qué honor! Se conoce que su majestad quiere invitarnos a alguna fiesta.» «O a algún banquete» —sugiere Pipa relamiéndose de gusto por anticipado—. El propio Pipo se pone un poquito hueco. En seguida los tres se disponen a acudir a la tan halagadora invitación; Pipo se cepilla su gorro de papel, Pipa se lava el hocico con asperón y Cocolín se pone en el pelo su lazo de los domingos; y ya los tenemos ante el palacio real. Mas ¿qué es esto? El tal palacio es una miserable choza hecha de hojas de lata, en el cual vive un desgraciado, flaco y pálido señor, vestido de harapos..., pero con una corona de latón en la cabeza, porque, al fin y al cabo, aquel pobretón es el soberano en persona. Al ver a nuestros amigos, el rey se echa a llorar: «¡Ay, Pipo! —exclama—. No te vayas a creer que ni yo ni mi país hayamos sido siempre como nos ves ahora. Hace algún tiempo todo aquí era normal, y yo, soberano acaudalado, era además el padre feliz de una nena de cinco años, que era mi encanto y el ídolo de mi pueblo. Pero, ¡ay!, yo tenía un enemigo poderoso, un mago sapientísimo que, pasándose la vida en la contemplación y el estudio de las estrellas, había acabado por saber todo cuanto se puede aprender en la Tierra. Me refiero al mago Andrés, a quien todo le gusta al revés. Este mago vino aquí y, con sus artes diabólicas, logró hacerse el amo de mi país; donde se dedicó a volverlo todo patas arriba. Su primera hazaña consistió en convertir mi hija, mi adorada Cunegundita, en una anciana horrible, arrugada y encorvada de pelo gris, nariz de bruja y boca sin dientes. Pero a pesar de su apariencia, la supuesta vieja sigue teniendo las aficiones propias de su verdadera edad, o sea de niña; de modo que sólo se entretiene jugando con sus muñecas. Lo más grave es que, al mismo tiempo, el mago Andrés, en su afán de volverlo todo el revés, enriqueció a mis mendigos, mientras que a mí me hacía más pobre que una rata, y como no tengo ni una mala cocinera, tengo que conformarme con lo que guisa mi hija en sus cocinitas, que son regularmente albóndigas de miga de pan y agua, aderezadas con polvo de ladrillo, que simula pimentón. ¡Así me estoy quedando de flaco! Después de poner mi reino todo del revés, cual lo ves, el mago Andrés satisfecho de su venganza, se retiró a vivir en un castillo de piedra, que edificó en lo alto de la más alta montaña del país, cuya cima se pierde entre las nubes. Allí, solo como un hongo, vive el mago Andrés, a quien todo le gusta al revés, en aquellas inaccesibles regiones a las que sólo pueden llegar las águilas y los halcones.»

«Pues a esas inaccesibles regiones, adonde sólo pueden llegar las águilas y los halcones, llegaré yo, ¡palabra de héroe! —ruge el noble Pipo, en uno de sus arranques de valor—. Y nos veremos las caras, yo y el mago Andrés, a quien todo le gusta al revés.» Al oír estas palabras, a Cocolín le da un patatús y Pipa se desmaya, gimiendo: «¡Buena nos espera!»

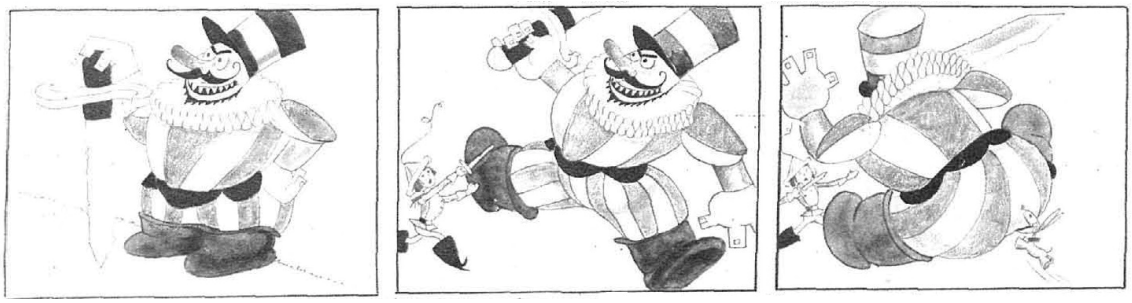
FRAGIL

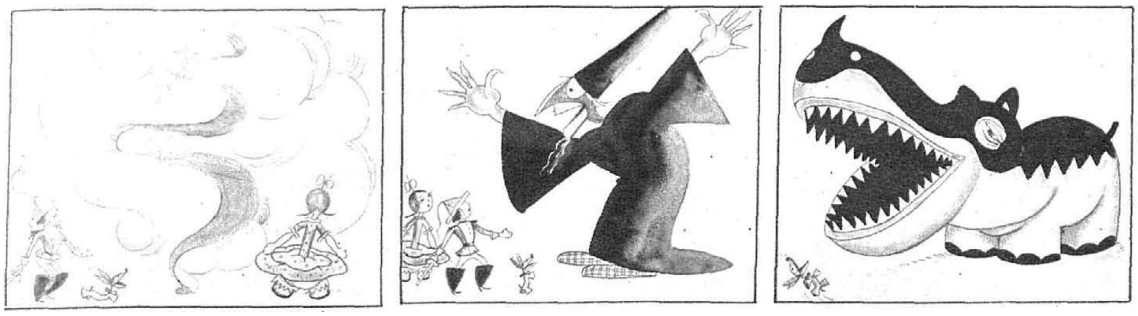
EPISODIO CLXXX

EL TERRIBLE FIERABRÁS, FEO POR DELANTE Y FEO POR DETRÁS

"¡Ese mago va a ver quien es uno!" —dice Pipo—. Y para imponer más respeto al señor Andrés, a quien todo le gusta al revés, va en busca de su brioso Trompetilla, sobre el que monta fieramente. "Pipo —suplica Cocolín—, déjame ir contigo." "Esto no son empresas para niñas, Cocolín" —protesta el héroe—. "Eso, eso, ni para perritas tampoco" —dice Pipa, que siente por la expedición el mismo entusiasmo que pudiera sentir por ir a casa del dentista—. Pero Cocolín insiste: "Más peligro corro si me quedo sola —dice—, y si voy con vosotros te prometo que no tendré miedo." Al fin, Pipo cede y allá van los cuatro compañeros camino del castillo del mago Andrés, a quien todo le gusta al revés. Al llegar ante la puerta Pipo pega dos aldabonazos. En una ventana aparece, coronado por alto y puntiagudo gorro, el rostro del hechicero. Es feísimo. "¡Eh, so antipático! —dice Pipo, retándole—. Vengo a luchar contigo." "¿Conmigo? ¡Jajay! —contesta el mago, burlándose—. Antes tendrás que habértelas con mi fiel guardián, el gigante Fierabrás." Al sonar este nombre aparece la figura formidable del tal Fierabrás, que es feo por delante y feo por detrás. "¿Quién es el infeliz que se atreve conmigo?" —pregunta con voz de trueno—. "Es este pulgoncete. ¡Ji, ji, ji" —contesta el mago, siempre burlón—. "¡Sí, yo!" —ruge Pipo, enfurecido por las ironías del mago Andrés, a quien todo le gusta al revés.

Y desenvainando su invencible espada de madera, grita: "¡En guardia, Fierabrás!" Pero ya el gigante Fierabrás, que es feo por delante y feo por detrás, avanza sobre nuestro héroe con su formidable espadón de acero en la mano. Cocolín lanza un grito y, pese a su promesa de no tener miedo, cierra los ojos y reza un padrenuestro. En cuanto a Pipa, mira de reojo hacia la carretera y se dispone a poner patitas en polvorosa. Pero ante el trance espantable en que se halla su amo, el tierno corazón de la fiel perrita da un vuelco y su cariño por Pipo puede más que su cobardía. En un arranque heroico, se precipita hacia Fierabrás, que está de espaldas, con lo cual se halla ante cierta parte del cuerpo del gigante muy propicia para que una perrita clave en ella sus afilados colmillos. Al sentirse mordido, Fierabrás se vuelve hacia atrás; su gesto ha durado un segundo... que Pipo aprovecha para clavarle su espada en la tripa. ¡Clac! Ha sonado un enorme estampido, y, reventando como un globo, Fierabrás se deshace en humo y se volatiliza en el aire. Por lo visto, estaba encantado y no era un gigante de verdad. "¡Eh, señor Andrés! —grita Pipo—. Ya he vencido a su guardián." Pero el mago sale hecho un basilisco. "No vale —dice—, hay trampa; porque te ha ayudado tu perrita. Para castigarla, por meterse en lo que no le importa, tiene que luchar ella solita con Periquín." "¡Venga ese Periquín!" —exclama Pipa, enardecida por su victoria... y segura, además, de que el tal Periquín debe de ser algún canario—. Pero, ¡ay!, cuál no es su horror al hallarse ante el "animalito" que avanza contra ella. ¡Periquín es un hipopótamo que quita el hipo! De espanto, la pobre Pipa da tres volteretas en el aire.





EPISODIO CLXXXI

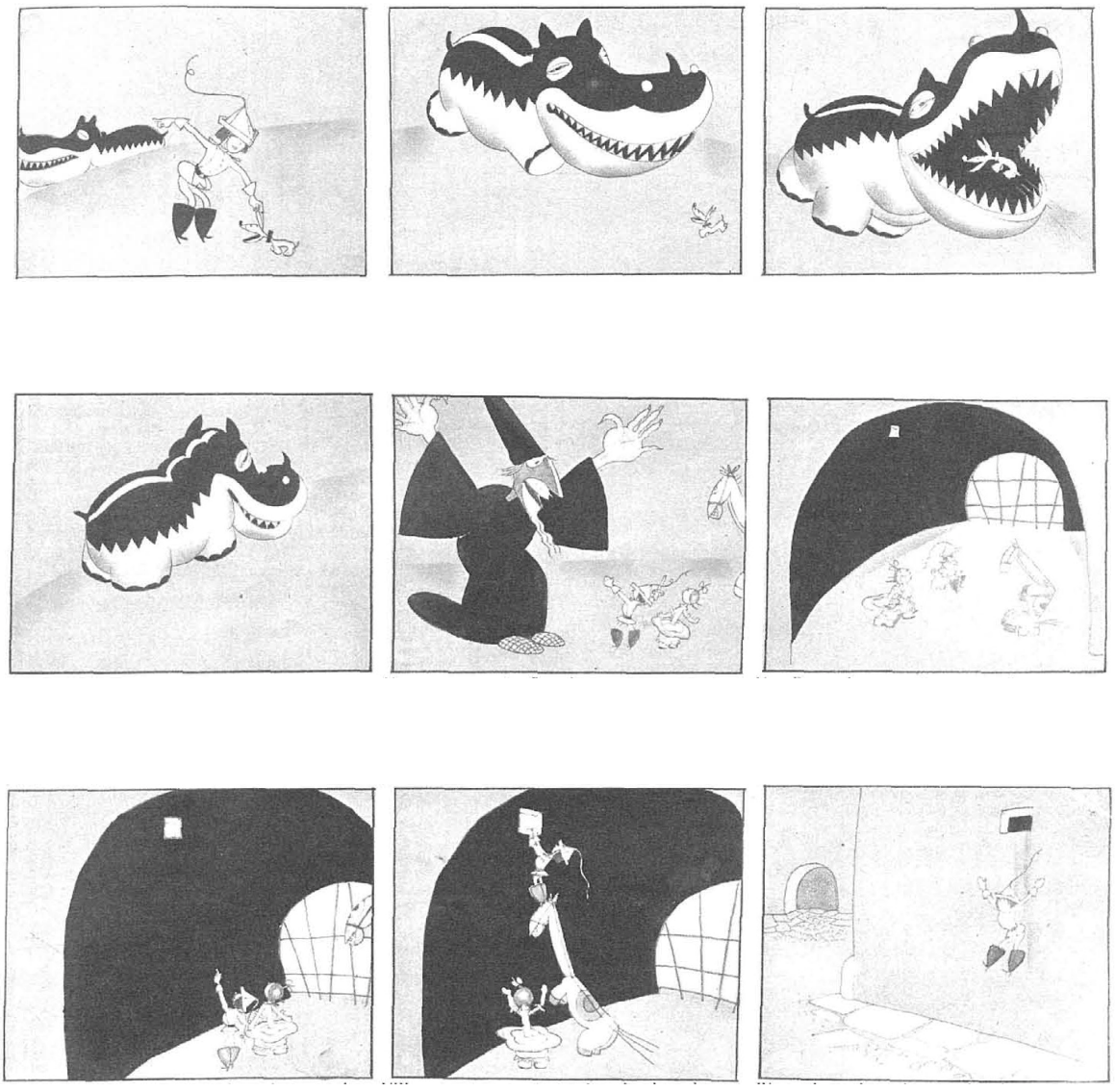
¡POBRE PIPA!…

Después de dar tres volteretas de susto, Pipa vuelve la cola para huir; pero su amo la agarra de las orejas: "¿Qué es eso, pequeñísima cobardona? —exclama el héroe indignado—. ¿Vas a hacerme perder la partida y vas a tener la culpa de que una desventurada princesita de cinco años siga siendo una horrible anciana de ochenta? ¡Hala a luchar contra el hipopótamo Periquín o te retiro el saludo!" Esta amenaza de su amo produce en la perrita un efecto fulminante: "¡Lucharé!" —grita—. Y sin pensarlo más se lanza con ímpetu contra la fiera, dispuesta a pegarle un mordisco, aunque sea en ese cuernecillo ridículo que tiene el hipopótamo en medio de la nariz. Pero el terrible Periquín lejos de defenderse contra la acometida de su minúscula contrincante, lo que hace es esperarla abriendo la boca; una boca enorme, una boca colosal, una bocaza que parece la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones; una boca, en fin, en que la pobre Pipa se hunde y desaparece en medio segundo, cual una mosca aspirada por un volcán.

Tranquilo y sonriente, ni más ni menos que si se hubiera tragado un bomboncito de anís en dulce, el monstruo vuelve la espalda, se aleja con aire de desdén supremo y se retira al castillo: "¡Ah —ruge Pipo, loco de rabia y de desesperación—; se me ha comido a mi fiel perrita! Pero yo la vengaré. ¡En guardia, miserable! ¡Viva o muerta yo arrancaré a Pipa de tu estómago sin entrañas!"—. Y el héroe se abalanza blandiendo su espada de madera; pero entonces surge ante él el mago Andrés, a quien todo le gusta al revés, y le corta el paso: "¡Alto ahí amiguito —dice con voz burlona—; el trato es trato. Has perdido la partida y me pertenecéis tú y tus compañeros."

De una de sus amplias mangas, el mago saca un pito de plata y lanza un pitido estridente. Al punto, Pipo, Cocolín y Trompetilla se sienten arrastrados hacia el castillo fatal por una fuerza misteriosa, y antes de que se den cuenta de lo que les pasa se encuentran encerrados en una cueva sombría y húmeda, cerrada por una enorme verja de hierro.

Nuestros tres amigos pasan varias horas sumidos en una desesperación horrible. Cocolín llora, Trompetilla bosteza, porque tiene hambre, y Pipo medita profundamente. Al fin, el héroe levanta la cabeza para practicar un reconocimiento de los lugares, que resulta bien poco alentador; aparte de la verja de hierro, no hay en la cueva más abertura que un pequeño tragaluz colocado en el muro a tal altura que es imposible llegar hasta él. Pero ¡qué!, la palabra "imposible" no existe en el vocabulario de nuestro héroe. Siguiendo sus indicaciones, el buen Trompetilla se coloca de puntillas sobre sus pezuñas y, trepando por su lomo y por su cuello. Pipo logra, al fin, llegar hasta el tragaluz, por el cual, tres nuevos esfuerzos inauditos, acaba de deslizar su cuerpo, que ya sabemos que no abulta mucho. Entonces, Pipo se descuelga por la parte de fuera y, ¡paf!, se deja caer hasta el suelo. Se halla en un enorme patio de piedra, verdadero patio de castillo feudal, con su puente levadizo y todo.



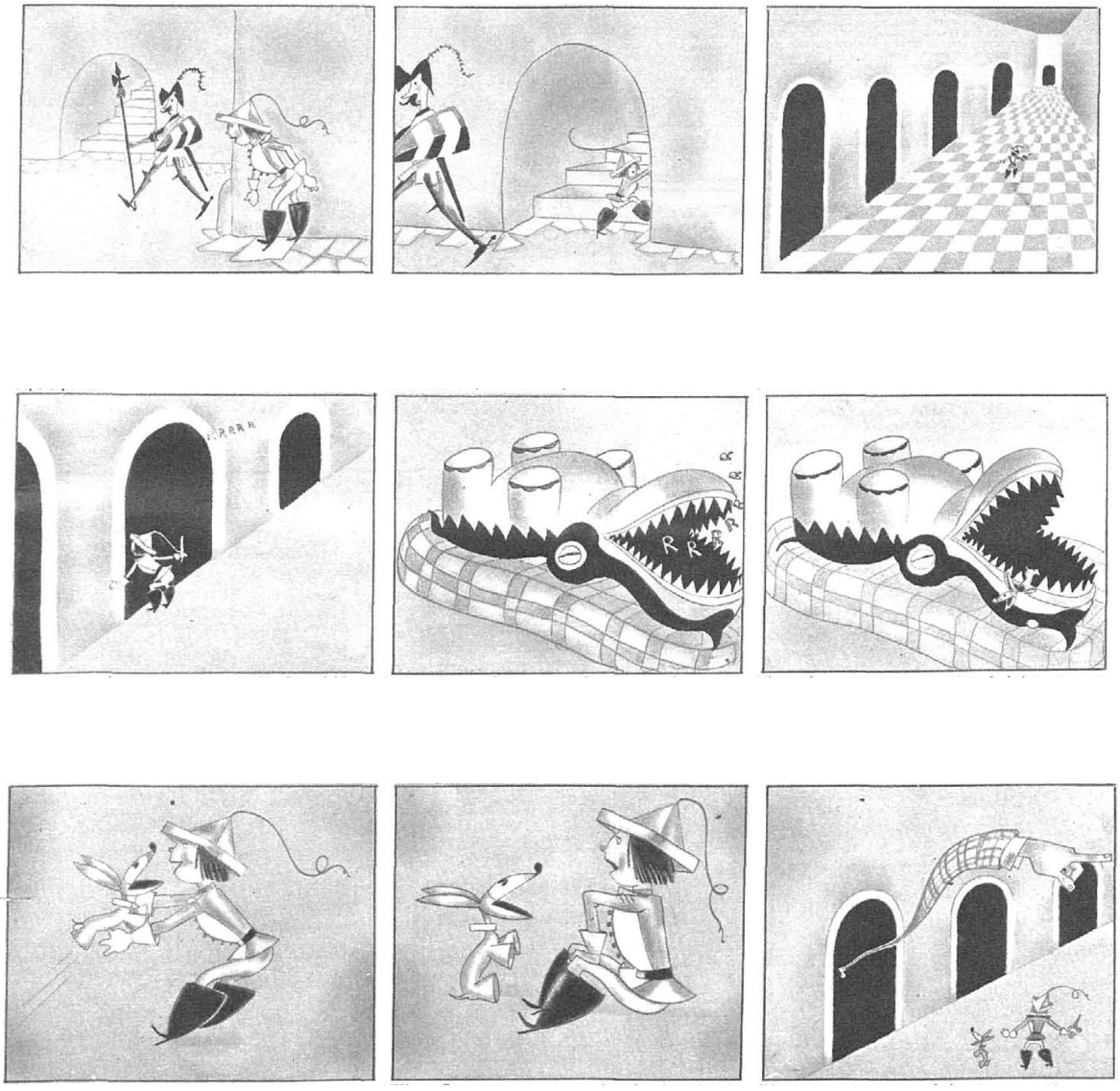
EPISODIO CLXXXII

LA VOZ MISTERIOSA

Pegadito a la pared, andando con tal sigilo que sus pisadas meten menos ruido que las de un gato en la nieve. Pipo recorre una parte del patio y llega cerca de un portón, ante el cual monta la guardia un centinela, armado hasta los dientes, que pasea de un lado para otro. «¡Un dos! ¡Un dos! ¡Un dos!» Sin respirar, Pipo espera a que el soldado, en su paseíto, le dé la espalda, y entonces, ¡paf!, rápido como una centella, se cuela por el portón dentro del castillo a ver qué pasa. Lo que pasa es él, el propio Pipo, que pasa por una larguísima galería sin encontrar un alma. A los lados de la galería se abren (bueno, no se abren, puesto que están cerradas) incontables puertas.

Pipo pega el oído a la primera y escucha: nada. Repite la misma operación con la segunda, con la tercera, con la cuarta; nada... Nada; no se oye nada. Por lo visto (y por lo «no» oído), allí no hay nadie. «¿Estará desierto el castillo?» —se pregunta nuestro héroe—. Pero, de pronto, de detrás de una de aquellas puertas, llegan hasta Pipo unos ronquidos formidables. ¿Dormirá allí algún gigante? En lugar del oído, Pipo aplica un ojo al de la cerradura, y lo que ve le llena de indignación, hasta tal punto, que apenas logra contener un grito de rabia. En aquella habitación está el hipopótamo Periquín cómodamente tumbado sobre un mullido colchón, durmiendo a pata suelta y roncando ni más ni menos que si tuviese la conciencia tranquila; en fin, que si no se acabase de tragar despiadadamente a la más fiel, a la más simpática de las perritas. «¡Ahora me las vas a pagar todas juntas, monstruo!» —murmura Pipo—. Y, apretando los dientes, los puños y el ídem de su espada, se dispone heroicamente a irrumpir en la habitación para luchar contra la fiera y vengar a su querida compañerita de aventuras, cuando, de pronto, ve algo que le deja clavado en el sitio. ¡De la colosal bocaza del hipopótamo surge... Pipa! Pipa, sí, en persona; mejor dicho, en animalito, que, deslizándose por la lengua del hipopótamo como por un tobogán y agarrándose a sus enormes colmillos, salta ligeramente hasta el suelo. En un impulso de loca alegría, Pipo abre la puerta (por fortuna ésta no estaba cerrada con llave) y ya están amo y su simpática perrita en brazos uno del otro, y sus abrazos se confunden con sus exclamaciones de júbilo.

«¡Cuenta, cuenta pronto cómo has logrado salvarte!» —exclama el héroe—. «Pues verás, mi amo —empieza Pipa, muy ufana de poder referir tan sensacional aventura—. Cuando me sentí tragada por el hipopótamo, conseguí permanecer en su garganta, y agarrándome a su campanilla, y haciéndole todas las cosquillas que podía para molestarle, me estuve esperando la primera ocasión en que abriera la bocaza para evadirme.» Charlando amo y perrita, y olvidando toda prudencia, se han sentado en la galería, cuando, de pronto, ven salir de la cerradura una mano fantástica que indica una dirección, mientras una voz misteriosa, como de duende zaragozano, ordena: «Seguid adelante, o ¡ay de vosotros!»

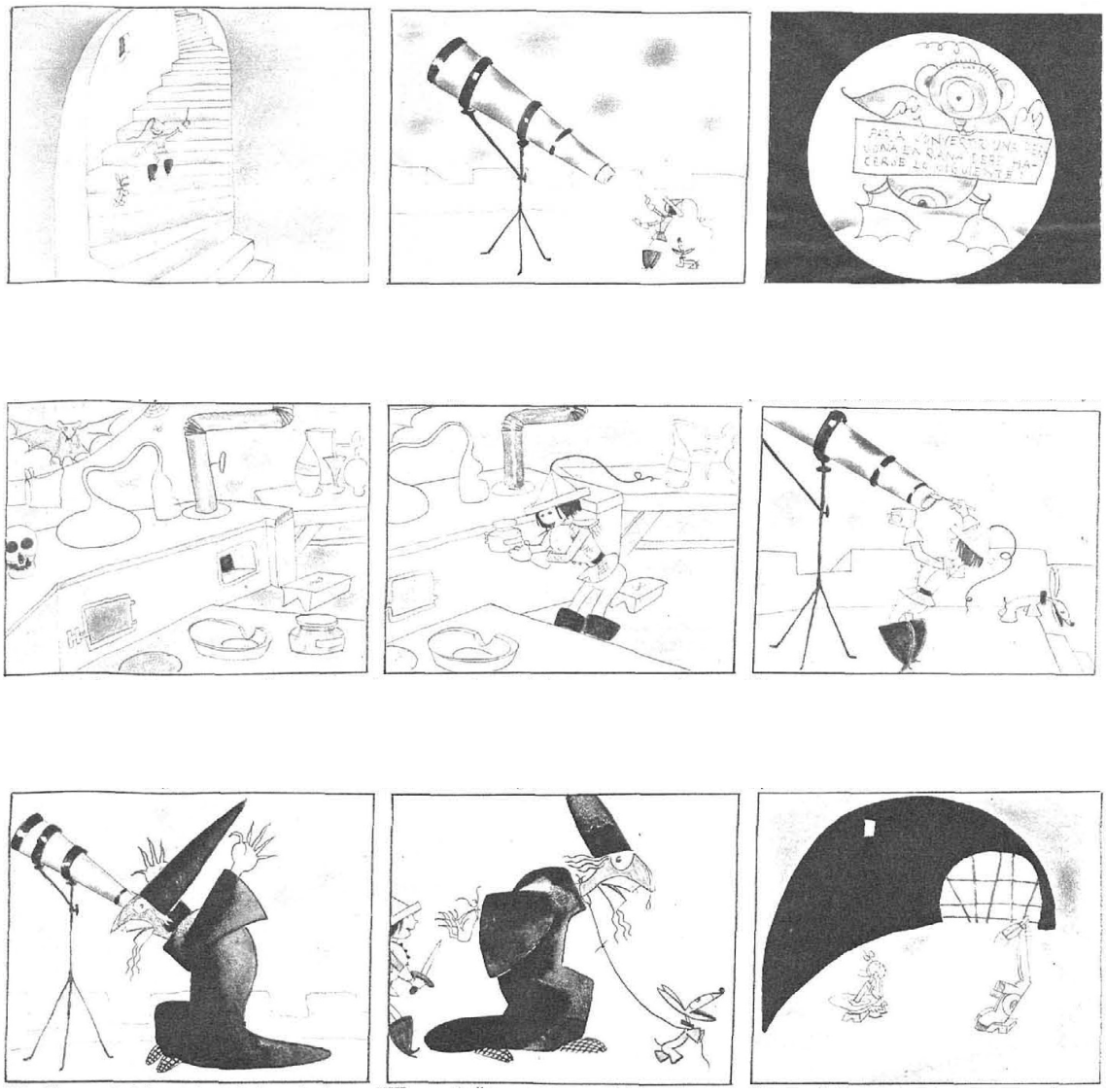

RRRR
R
R
R
R
R

EPISODIO CLXXXIII

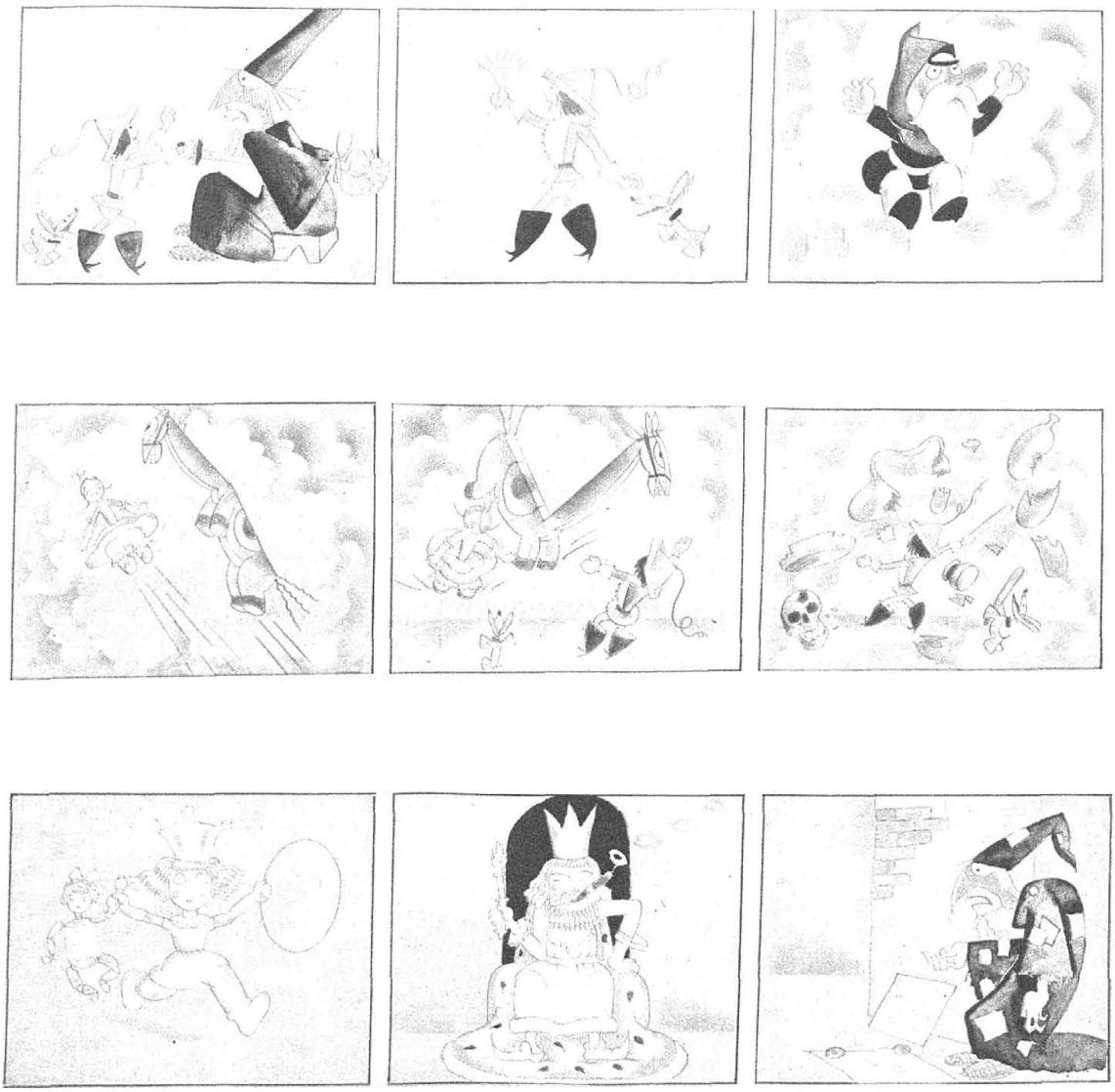
EL TELESCOPIO DEL MAGO ANDRÉS

Aprovechando un minuto de descuido del centinela, Pipo y Pipa se cuelan, ¡paf!, por la puerta y se hallan ante una escalera tan alta que parece aquella que, según nos enseña la *Historia Sagrada* vio en sueños Jacob. Empiezan a subir; empiezan y no acaban en mucho rato, tanto, que, a pesar de sus buenas piernas y patas están fatigadísimos, cuando, al fin, desembocan en una terraza, en lo alto de la más alta torre del castillo. En el centro de esta azotea está colocado un magnífico telescopio, que es el aparato por el cual el mago Andrés, a quien todo le gusta al revés, se pasa los días mirando los astros. Pipo, por no perder una ocasión de instruirse se apresura a mirar por la lente, y lo que ve en el cielo le llena de asombro. Lo que ve es el planeta Saturno, en el cual se agitan multitud de seres fantásticos, que son los saturninos. Cada uno presenta un enorme cartel, en el cual van escritas recetas de brujería, como ésta: "Para convertir a una persona en sapo, basta con decir tres veces, muy de prisa, y sin equivocarse: Un tigre, dos tigres, tres tigres." O esta otra: "Para utilizar una escoba a modo de aeroplano, basta con sonarse siete veces sin doblar el brazo." Al leer estas cosas. Pipo exclama: "¡Ah! Ya comprendo ahora por qué esos que se llaman astrólogos dicen que todo lo saben viendo los astros." Luego se mete en el laboratorio donde el mago Andrés prepara sus bebedizos para poner todas las cosas al revés, y busca, entre frascos y alambiques, algo que le sirva para ejecutar cierto plan que tiene. Claro que para ello aprovecha el momento en que sabe que el mago no suele entrar en su laboratorio. Al fin, encuentra lo que buscaba: es un frasco de "Pegotín" que es una cola que pega más que Paulino Uzcudun. Entonces vuelve a la azotea, y, acercándose al telescopio, unta con cola los bordes de la lente. "Date prisa, mi amo —le dice Pipa tirándole de la blusa—, que oigo pasos." Ya ha acabado Pipo su operacioncita y los dos se esconden, a tiempo que aparece en la azotea el terrible dueño del lugar.

El mago Andrés, a quien todo le gusta al revés, va derechito, según su costumbre, a mirar por el telescopio, y así, viendo las estrellas y estudiando brujerías en ellas, se pasa horas y horas. Nuestros amigos, en su escondite, se impacientan, aburridos; pero tienen que aguantarse hasta que, de pronto, el mago lanza un grito terrible, y es que ha visto las estrellas, pero no por el telescopio, sino muy de cerca, pues se le ha pegado el ojo al cristal y se ha hecho daño al querer retirarse. Este es el momento que esperaba Pipo para ejecutar su plan. Se acerca al mago, que está inmovilizado, con el ojo pegado al telescopio, y le ata las manos; luego le despega el ojo con agua caliente, y, triunfalmente se lo lleva furioso, humillado y cabizbajo, al interior del castillo. Del castillo, en cuyo sótano, y en la cueva que ya conocemos, siguen encerrados la gentil Cocolín y el buen Trompetilla, aburridos, los pobres, hambrientos y tristes, pero esperanzados con la convicción de que el héroe no tardará en venir a libertarlos.



EPISODIO CLXXXIV

LA CAMPANILLA MÁGICA

Sereno y resuelto, Pipo conduce a su enemigo, encadenado, a una estancia solitaria, donde le obliga a sentarse en un banco, le coloca sobre el pecho la punta de su invencible espada de madera y con voz enérgica le conmina: "¡Si no me devuelves inmediatamente a mis compañeros y me descubres el secreto de tus brujerías eres mago muerto!" "Está bien —contesta el brujo, viendo que toda resistencia contra nuestro héroe seria inútil—; me declaro vencido. Todos mis secretos de hechicería están contenidos en los cacharros de mi laboratorio; ahí también encontrarás una campanilla de cristal; para que se cumpla tu deseo no tienes más que agitarla pronunciando tres veces la palabra Casparrapuchiquiqui." Pipo se apresura a seguir estas indicaciones. Apenas ha agitado la campanillita de cristal, cuando suena en sus oídos un ruido de trueno y deslumbra sus ojos una claridad fulgurante, y, rodeado de humo y de luces fantásticas, aparece, sentado entre nubes, un enano barbudo y feísimo que se inclina y le dice: "¿Qué deseas, señor? Manda; soy tu esclavo." "Deseo —contesta Pipo— que me traigas inmediatamente a mis compañeros." Más truenos, más relámpagos, más luces, más humos: el enano fantástico ha desaparecido. No han transcurrido dos segundos, cuando Cocolín y Trompetilla sienten de repente que van volando por los aires, con la misma suavidad y ligereza que si les hubiesen nacido alas. Atraviesan, sin saber cómo, los muros del castillo y se encuentran en la estancia donde, ¡oh, sorpresa!, están Pipo y Pipa, en cuyos brazos y patas caen con la alegría que os podéis figurar. Tan emocionante es la escena que cualquiera lloraría al presenciarla. Sin embargo, el malvado mago rechina los dientes de rabia ante la alegría de sus vencedores. "Ahora —dice Pipo— hay que pensar en deshacer todo el mal hecho por el mago Andrés y arreglar todas las cosas que él puso al revés." Para ello, los cuatro amigos entran en el laboratorio y la emprenden a puñetazos y a patadas y a palos con todos los frascos y alambiques que contienen los poderes infernales del mago; de los cacharros rotos salen gases sutiles con olor a azufre, y por cada cacharro que se rompe se arregla algo en el país trastornado. El primer prodigio es el de cierta viejecita que se hallaba jugando a las muñecas y se convierte en una niña de cinco años, que es, como ya os habréis figurado, la propia princesita, hija del rey; al mismo tiempo, el propio rey deja súbitamente de ser mendigo para volver a ser un soberano magníficamente vestido, que vive en soberbio palacio. Y ya los autos y los tranvías se bajan de los aires y caminan por el suelo, mientras que los aeroplanos dejan de volar bajo tierra, a modo de "Metro", y remontan su vuelo hacia las alturas. Todo, en fin, vuelve a ser tal como era antes de que se apoderara del país el mago Andrés, a quien todo le gusta al revés. Este, en cambio, arruinado por el fracaso, tiene que ponerse a pedir limosna con un letrero que dice: "Pobre mago sin trabajo."